

Love is in the air



Mariah
Evans



Love is
in the air



Mariah Evans

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Love is in the air.

©Mariah Evans, 2019.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

*Esta novela esta dedicada con todo mi cariño a:
Pili Doria, JMary Jurado y Mireia Loarte. ¿Qué
haría yo sin vosotras? Muchísimas gracias por
apoyarme siempre en mi sueño y por esos
momentos de conversaciones por las redes.
Lo paso genial con todas vosotras.
Muchas gracias por estar siempre ahí.*

Mariah.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)

Agradecimientos

1

No le iba a volver a hacer caso. Era la segunda cita que le montaba su amiga Dana y, esta vez, sí que estaba segura. Ni una más. Por más que insistiese, que se lo vendiese como que aquel era el hombre indicado para ella, no iba a volver a caer en la trampa. No más citas a ciegas. ¡Aquella era la última!

Abby colocó un mechón de cabello rubio tras su oreja y asintió mientras daba un sorbo a su copa de vino.

—Como ves, todo se reduce a saber negociar. —Sonrió él de forma atractiva—. Lo esencial es conocer perfectamente la capacidad económica y financiera de la empresa que diriges. Segundo —indicó con su dedo—, conocer el mercado en el que te mueves. Tercero, y casi el más importante —enfaticó—, conocer a tus competidores.

Abby soltó la copa de vino con cuidado sobre la mesa.

—Me has dicho que te dedicabas a... —dejó la frase sin acabar.

—Soy gerente financiero de una compañía de seguros —contestó Jack con una gran sonrisa. Colocó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos de sus manos a la altura de sus labios, observándola pensativo—. Desde seguros de vida a seguros médicos, de hogar...

—Ya —rió Abby tontamente mientras cogía la copa de vino de nuevo.

“Tierra trágame”, pensó mientras daba otro sorbo y miraba en dirección al camarero al que habían pedido la cuenta hacía diez minutos. ¿Por qué tardaba tanto? En un principio, cuando había visto por primera vez a Jack Harris frente a la puerta del restaurante le había causado muy buena impresión, incluso por su mente había rondado la idea de que su amiga Dana quizá hubiese tenido razón. Un chico atractivo. Rubio, ojos marrones, más alto que ella, lo cual no era ningún logro dada su estatura de metro sesenta y cinco... En definitiva, un chico con buena presencia. Aquella había sido su segunda cita organizada por

Dana, según ella, el hijo de unos amigos de sus padres. Todo había ido bien hasta que había sido consciente de que Jack no dejaba de hablar. No sabía si era porque la pasión por su trabajo lo tenía absorbido o porque no sabía hablar de otra cosa, pero le estaba explicando con pelos y señales, durante toda la cena, en qué consistía su trabajo, sus logros, cómo había logrado asumir partes del mercado que anteriormente no tenían... En fin, una velada muy, muy aburrida que ni las copas de vino que había bebido habían logrado animar.

—Supongo que con tu profesión debes tener seguros de todo tipo, ¿verdad?

Abby casi se atragantó con el vino mientras volvía a depositar la copa sobre la mesa.

Sonrió con una sonrisa forzada.

—Jack, no pensarás venderme un seguro, ¿no? —bromeó, aunque aquella pregunta llevaba implícito un ligero toque de atención.

—No, por supuesto que no —explicó divertido—. Pero supongo que una azafata de vuelo...

—Auxiliar de cabina —corrigió ella rápidamente.

—Sí, eso. Una azafata de vuelo tendrá todos los seguros necesarios —continuó sin darle importancia a la rectificación que ella le había hecho.

Desvió la mirada a un lado cuando el camarero dejó la cuenta en la mesa. Iba a cogerla cuando Jack se adelantó.

—No hace falta —indicó Abby mientras abría el bolso al ver sus intenciones.

—No te preocupes, insisto —dijo Jack extrayendo la cartera de piel de su americana—. Lo he pasado muy bien —continuó con una gran sonrisa.

Ella volvió a desviar la mirada hacia un lado para no mantener el contacto visual.

—Sí, yo también.

—Podríamos repetir —continuó risueño mientras dejaba unos cuantos dólares en la pequeña bandeja plateada.

Ella seguía sin mirarle, evitando así que él pudiese clavar su mirada en sus ojos. Era incapaz de mentir sin que se le notase. Nunca se le había dado bien.

—Claro.

—La semana que viene tengo el viernes libre. El sábado tengo una cena con una importante empresa: calzados Benson —indicó mientras se ponía en

pie—. Espero poder conseguir que la empresa contrate nuestros seguros. — Abby se puso en pie con una sonrisa—. Así que, si quieres, el viernes podríamos...

—La semana que viene tengo vuelos —indicó ella mientras se ponía el abrigo.

—¿Toda la semana? —preguntó sorprendido.

—Creo que sí —respondió acelerada—. Me pasaron el roster la semana pasada y no lo recuerdo.

—¿El roster? —preguntó mientras le indicaba con un movimiento de cabeza que pasase delante de él para dirigirse a la puerta de salida del restaurante.

—El horario —aclaró ella—. Creo recordar que la semana que viene trabajo casi toda la semana.

Jack se adelantó a ella rodeándola por un lado y abrió la puerta para permitirle el paso.

—Qué caballero —bromeó ella mientras salía por la puerta que Jack mantenía abierta. Aquel gesto la cogió de improviso, así que se limitó a sonreír y salió a la calle, donde el frío viento de finales de noviembre hizo que sus cabellos volasen hacia atrás.

Abrió su bolso y buscó los guantes.

—Bueno, pues... tienes mi número —continuó Jack en tono resuelto—. Si quieres podemos hablar esta semana y concretamos una segunda cita.

Abby gimió, lo miró y sonrió levemente.

—Claro —susurró con fingida emoción mientras cerraba los ojos unos segundos, pues el viento movía sus cabellos rubios hacia delante.

Ni loca pensaba quedar de nuevo con él, pero no quería ser descortés o herir sus sentimientos.

Ambos se miraron unos segundos hasta que ella fue quien tomó la iniciativa y tendió la mano para estrechar la de él.

—Encantada de conocerte, Jack.

Jack estrechó su mano con una gran sonrisa.

—Igualmente, Abby.

Abby se soltó de su mano y dio unos pasos por la acera en dirección a la carretera para buscar un taxi.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? —preguntó Jack desde atrás.

En ese momento un taxi apareció al final de la calle y, por suerte para ella, una luz indicaba que estaba vacío. Elevó la mano con efusividad para llamar

la atención del taxista.

—No hace falta. Vivo aquí cerca y en taxi son cinco minutos.

—No me importa —remarcó él mientras daba unos pasos para acercarse.

El taxi se detuvo ante ella y abrió la puerta trasera.

—No te preocupes. —Intentó ofrecerle una sonrisa sincera mientras subía al taxi. El hecho de que hubiese sido una de las citas más aburridas de la historia no significaba que no apreciase el detalle de querer llevarla—. Vamos hablando.

—De acuerdo. Buenas noches —indicó moviendo su mano a modo de despedida con una sonrisa en su rostro.

¿Y sonreía? Ese hombre no se enteraba de nada...

Cuando el taxista arrancó y le indicó la dirección de su hogar se apoyó contra el respaldo del coche y suspiró.

—Madre de Dios —susurró para sí misma mientras ponía los ojos en blanco. Se sentía como si hubiesen exprimido todas sus fuerzas.

Rebuscó en el bolso su móvil mientras observaba de vez en cuando las adornadas calles de Newark, un barrio de Nueva Jersey, una zona tranquila lejos del imponente y continuo bullicio de la gran manzana, a media hora en coche de la ciudad de Nueva York.

En aquella época, cuando se acercaba la Navidad, le encantaba pasear y disfrutar de la luminosidad que inundaba la ciudad. Las casas se transformaban en obras de arte.

Extrajo el móvil del bolso y abrió el privado llamado: “*Amigas para siempre*”, donde Dana, su mejor amiga y compañera de trabajo, y Ruby, la primera chica que conoció al trasladarse a Nueva Jersey, se habían vuelto inseparables.

Abby: Dana, no vuelvo a hacerte caso.

La respuesta de Ruby fue inmediata.

Ruby: ¿Cómo ha ido?

Ruby: Me parece que no muy bien.

Abby: Supongo que la frase “Dana, no vuelvo a hacerte caso” es bastante explícita 😊

Ruby: ¿Qué ha pasado?

Dana no tardó en aparecer.

Dana: ¿Ya has acabado tu cita? Si solo son las once de la noche.

Abby suspiró. Sabía que era el hijo de unos amigos de sus padres. No quería parecer desconsiderada después de que le hubiese preparado aquella cita, pero... ¡Dana la conocía!

Abby: Habla mucho. MUCHO.

Dana: Ya te dije que era parlanchín.

Abby enarcó una ceja.

Abby: Solo habla de su trabajo 😞

Abby: Es buen chico, de verdad, pero...

Ruby: Resumiendo: agotador.

Ahí estaba Ruby, no podía ser más clara.

Abby: Un poco 😊

Dana: Pues vaya, pensaba que te gustaría.

Dana: ¡Es que tú también eres muy selectiva!

—Ja —exclamó Abby haciendo que el taxista mirase por el retrovisor.

—¿Perdone? —Le preguntó el hombre.

—No, no, disculpe... no hablaba con usted —comentó Abby volviendo su atención al móvil.

Abby: ¿Yo selectiva?

Ruby: A ver, un poco sí lo eres.

—Traidora —susurró Abby.

Dana: Mucho.

Dana: Así no hay quien te encuentre novio 😞

Abby: Yo no he pedido que me busques novio.

Dana: Ya, pero...

Abby: No más citas a ciegas, por favor.

Ruby: Dana, déjala. Si Abby va a acabar como la loca de los gatos... 😊

Dana: Tu madre me ha enviado un mensaje para que le explicase cómo te había ido la cita. ¿Qué le digo yo ahora?

Abby abrió los ojos como platos.

Abby: ¿Por qué le explicas esto a mi madre?

Dana: Va colegui... que tampoco es para tanto 😊

Aquel era el verdadero problema. Dana y ella siempre se habían mantenido muy unidas desde pequeñas. Tras la muerte de la madre de Dana su madre había intentado suplir esa carencia. Amigas incansables desde la infancia, ambas habían decidido estudiar para auxiliar de vuelo. Abby no tenía hermanas, pero Dana, sin duda, era como su hermana. Habían acabado juntas en la academia para auxiliar de vuelo y trabajando en la misma compañía, Alpha Airlines, considerada una de las mejores aerolíneas de Estados Unidos. Aunque sus horarios no coincidían mucho, siempre tenían tiempo para verse cuando ambas gozaban de unos días libres tanto en Nueva Jersey como en cualquier otro destino donde coincidiesen.

Abby: ¡No tienes por qué informarle de todo!

Dana: ¡Pero si tu madre y tu abuela se emocionan un montón! 😊

—Dana... noooooo —sollozó ella.

Sabía qué era lo que ocurriría a primera hora de la mañana. Su madre o su abuela paterna la llamarían para que les explicase todo lo concerniente a su cita. No entendía por qué estaban tan empeñadas en que encontrase pareja.

Abby: No les digas nada más.

Dana: Pero tendré que contestarle, ¿no? Es de mala educación no hacerlo.

Abby resopló.

Abby: Dile que no me ha caído bien.

Dana: ¿En serio no te ha caído bien?

Ruby: Esto me recuerda a la otra cita que tuviste.

Dana: Es verdad Ruby, lo mismo que con el dentista.

Dana: ¿Qué le pasaba a Toby?

Abby resopló.

Ruby: Toby estaba muy bueno.

Recordó la primera cita que le había organizado Dana. El primo de una amiga suya: dentista, rubio, ojos claros, alto... muy atractivo, pero todo lo contrario a Jack. Muy reservado. Además, tenía la fea costumbre de mirar directamente a la boca cuando hablabas, como si te estuviese realizando la revisión dental anual. Aquello la ponía de los nervios.

Abby: ¿Por qué no le buscas un novio a Ruby?

Ruby: Porque yo no quiero novio.

Abby: Yo tampoco.

Dana: Pero tu madre sí que quiere. Está obsesionada con que vives sola, que te puede pasar algo...

Ruby: cómprate un perro como yo y no tendrás ese problema 😊

Abby suspiró. Quizá lo que Ruby sugería sirviese.

Abby: Quizá sí lo haga, quizá me compre un perro.

Dana: Estás tonta. ¿Y quién va a cuidar del perro?

Dana se estaba mosqueando, se lo notaba incluso por el privado.

Abby: Te lo dejaré a ti y a Declan.

Dana: Ni hablar. Sabes que Declan tiene alergia a los perros.

Aquello hizo sonreír a Abby. Declan, la pareja de Dana, con la que había iniciado una relación a la edad de veinte años. Ambos se habían conocido en la escuela de auxiliar de vuelo y, a veces, coincidían los tres en alguna ruta.

Abby: La próxima vez que me organices una cita lo haré.

Abby: Pienso comprarme un perro.

Dana: En fin...

Dana: Es muy pronto. ¿Queréis quedar a tomar algo?

Abby miró su reloj. Las once y diez.

Abby: Yo no puedo. Mañana tengo vuelo.

Dana: ¿Adónde?

Abby: Montreal. Uno a las 10:05 y otro a las 15:20.

Dana: Son vuelos cortos. Yo lo hago pasado mañana.

Dana: ¿Te han pasado el roster del mes que viene?

Abby: Ya, volamos juntas. Yo repito.

Abby: ¿Han pasado ya diciembre?

Dana: No, por eso te preguntaba.

Abby: Supongo que entre mañana o pasado mañana lo pasarán.

Abby: Si queréis mañana por la tarde sí que estoy libre. Podemos quedar para cenar.

Ruby: Por mí perfecto.

Dana: De acuerdo.

Dana: Pero ¿qué le digo a tu madre? —insistió su amiga que parecía desesperada con la situación.

Dana: ¿Mejor le digo que no lo sé y que te llame ella?

Abby cerró los ojos cargándose de paciencia. El hecho de que hubiesen pasado toda la infancia juntas y de que Dana hubiese perdido a su madre con siete años había hecho que Molly, su madre, hiciese las veces de madre de ella.

Abby: No le digas nada. No respondas.

Abby: A ver cuánto aguanta. 😊

Dana: Jajajaja

Dana: No la subestimes.

Dana: Sabes que si no respondo mañana a las siete de la mañana te llamará.

Abby: A las siete estaré rumbo al aeropuerto y no podré cogerlo.

Dana: Que exagerada, ¿a las siete?

Abby: Bueno, vale... a esa hora no, pero poco después —admitió.

Dana: Entonces me llamará a mí.

Abby miró de forma traviesa la pantalla.

Abby: No haber dicho nada. Toda tuya.

Ruby: Jajaja

Ruby: Nunca le paséis mi número a tu madre.

Ruby: Con todos los respetos, eh.

Abby: Descuida.

Abby: Nos vemos mañana.

Ruby: ¿Quieres que te pase a buscar por el aeropuerto?

Abby: ¡Me harías un favor enorme!

Ruby: ¿A qué hora?

Abby: Pásame a buscar a las seis. Ya estaré lista.

Dana: Nos vemos mañana.

Diez minutos después el taxista la dejaba frente a su pequeño pero confortable piso.

Se había trasladado allí hacía seis años, cuando había conseguido el puesto de trabajo como auxiliar de vuelo en la compañía. Un año después, Dana y Declan se habían mudado a Nueva Jersey también. Aunque no vivían en el mismo barrio estaban a poco más de diez minutos en coche la una de la otra.

Durante el primer año allí había conocido a Ruby gracias a su vecina, la señora Paterson, una bellísima y cariñosa mujer de setenta años que vivía en la planta de arriba. Ruby, su nieta, iba a visitarla varias veces por semana y la misma señora Paterson las había presentado. Habían congeniado desde un principio y durante aquel primer año Ruby se había convertido en su gran apoyo.

Ruby se encargaba de sacarla a tomar una copa, incluso de presentarle a sus amigos y quedar con ellos de vez en cuando. Le había facilitado mucho la vida y le había hecho sentirse acompañada.

Trasladarse a un lugar donde no conocías a nadie podía ser difícil, pero gracias a Ruby había sido todo mucho más llevadero.

Su piso no era muy grande, aunque tampoco necesitaba mucho más. Disponía de un comedor amplio en el que tenía un largo sofá color azul oscuro pegado contra la pared. Frente a este, unos muebles modernos que soportaban una pantalla plana de cuarenta pulgadas. Una mesa pequeña con cuatro sillas y, al lado, la cocina, que pese a ser bastante estrecha era muy alargada y le permitía tener al final un espacio para la lavadora.

Desde el comedor se accedía a través de un pasillo al aseo y a dos habitaciones. Una de ellas era la suya, la otra la usaba como habitación de invitados, aunque la única invitada que tenía era su abuela cuando venía a visitarla.

La mayoría de las veces sus padres se alojaban en un hotel, ya que para ellos siempre que viajaban a verla era como unas vacaciones. Sin embargo, contaba con la compañía de su abuela en el piso. Le gustaba cuando iba a visitarla, al menos no se sentía tan sola y siempre que llegaba a casa le tenía preparada la comida o unas galletas.

Fue directa a su dormitorio y abrió el armario empotrado donde guardaba su uniforme de vuelo: un conjunto de dos piezas, chaqueta y falda en un color azul claro y una camisa blanca. La parte que menos le gustaba era la del birrete, pero, por suerte, solo debía tenerlo puesto mientras ayudaban a los pasajeros a tomar asiento.

Dejó la ropa preparada para el día siguiente y se fue directa a la cama.

2

Caminó a toda prisa por el área de personal del aeropuerto con el móvil en la mano.

Se había levantado a las seis y media de la mañana y a las siete y cuarto salía de su piso rumbo al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy vestida ya con su uniforme. Para las ocho pedía un café en el comedor privado para el personal.

—No, mamá... ahora noooo —susurró mientras se dirigía al avión programado para ella. Miró el móvil de nuevo, iluminándose la pantalla con el nombre de “*Mami*”. ¡Qué mujer! Aquello era culpa de Dana... Si no fuese tan bocazas...

Suspiró cuando el móvil dejó de sonar. Iba a enviarle un mensaje para decirle que tenía que coger un avión cuando volvió a sonar por segunda vez. Se detuvo en seco, paralizada a pocos metros del resto de sus compañeras que esperaban en la zona de embarque.

—Uffffff —susurró. Aquella mujer era incansable. Resopló, descolgó el teléfono y lo llevó a su oído—. Hola, mamá.

—Cariño, no sabía si estarías trabajando...

Ella puso los ojos en blanco y caminó de nuevo siguiendo a sus compañeras.

—Tengo un vuelo ahora —explicó—. Si quieres podemos hablar cuando vuelva de...

—Dana me dijo ayer que tuviste una cita —exclamó emocionada—. Te he llamado un par de veces antes, pero como no me contestabas le he escrito a ella...

—Ahhh... —respondió sin saber qué decir.

—¡Y tampoco me responde! —exclamó conmovida—. ¿Cómo fue?

Dime —preguntó con ansiedad.

Se pasó la mano por la frente mientras se situaba tras una de sus compañeras para acceder a las escaleras y subir al avión. Tras el briefing, la reunión entre comandantes y auxiliares de cabina para preparar el vuelo, el crewbus, un pequeño autobús, los llevaba hasta el avión.

Al menos aquella vez le había tocado con un par de compañeras con las que tenía buen trato. Otra cosa bien diferente era Alexa Porter, aquella despampanante rubia que subía las escaleras ante ella moviendo sus caderas excesivamente de un lado a otro. Jamás le había gustado, aunque parecía que no compartía esa impresión con el resto de sus compañeras. La mayoría de ellas la idolatraban. Para ser realistas y claros: era una guarrilla que pretendía comportarse como una señora, pero por los cotilleos que rondaban entre la tripulación había pasado por la cama de más de un comandante y oficial de segunda, incluso también por la de algún auxiliar de vuelo.

—Mamá, tengo que trabajar —comentó en un tono más bajo, subiendo las escaleras para entrar al avión—. Pero no, no fue bien. No me cayó bien —aclaró.

—Ohhhhh... pero si Dana me explicó que era buen chico, que...

—Mamá... —La interrumpió—. Te prometo que a mediodía te llamo, pero es que me están esperando para entrar.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero llámame, ¿eh?

—Síiiii. Hasta lueeeego.

Colgó directamente. Le encantaba hablar con su madre, excepto en aquellos momentos en que parecía más una celestina que la mujer que la había traído al mundo.

Abrió su bolso mientras entraba al avión para guardar el móvil justo cuando chocó con uno de sus compañeros, aunque al dar un paso atrás enarcó una ceja.

—Comandante —pronunció ella con educación, rodeándolo.

Ahí estaba, el comandante Chase Hudson. Treinta y dos años, cabello castaño oscuro, unos enormes y profundos ojos color caramelo que destacaban con su reciente bronceado. Uno de los comandantes más deseados por todas las féminas de la tripulación y, como dato muy importante, estaba soltero.

Chase le ofreció una agradable sonrisa mientras colocaba su gorra azul marino correctamente sobre su cabello.

—Buenos días, Abby.

Abby pasó al lado del segundo oficial saludándolo con una sonrisa y fue

al compartimento para guardar los utensilios, situado al lado de donde guardaban los alimentos y bebidas que más tarde ofrecerían a los viajeros.

—La bodega de equipaje está completa —informó el sobrecargo. Miró a uno de los auxiliares—. Indica que ya pueden entrar los pasajeros.

Chase Hudson se colocó al lado de ella mientras esta se peleaba por introducir su bolso entre todos los de sus compañeras.

—Así que volamos juntos hoy... —dijo con una gran sonrisa mientras se apoyaba contra la pared. Aunque ya se habían visto en el briefing no habían entablado conversación hasta ese momento.

Ella lo miró de reojo y cerró el cajón.

—Sí, eso parece —Le devolvió la sonrisa, aunque se dio cuenta de cómo Alexa pasaba por su lado con un movimiento indecoroso. Abby la escudriñó con la mirada mientras Alexa se alejaba de ellos por el pasillo entre los asientos, aunque se giró y sonrió a Chase unos segundos. Abby se giró hacia él, estudiándolo, Chase sonreía ante el gesto de Alexa—. ¿Otra de tus conquistas?

Aquello sacó de su ensoñamiento a Chase que la miró con aire gracioso. Luego negó.

—No, que va...

—Ya, seguro —bromeó ella haciendo que Chase sonriese aún más—. A mí no me engañas.

Chase rio y se acercó a ella como si le fuese a confesar un secreto mientras Abby enarcaba una ceja.

—No es de mi gusto.

Ellaladeó su cuello.

—Pues eres de los pocos que dice eso —Se burló en un susurro.

El comandante Chase Hudson era uno de los primeros con los que había volado, incluso cuando él figuraba como segundo de a bordo. Tras varios años había conseguido las horas de vuelo y las acreditaciones necesarias para ser comandante, el superior, y en la actualidad coincidían regularmente. Raro era el mes en el que no volaba unas cuatro o cinco veces con él.

Si Alexa destacaba por su hermosura y por ser la más provocativa de todas, no solo por su físico sino por sus modales, Chase era su versión masculina.

Muchos de los miembros de la tripulación dirían que era un poco autoritario, incluso prepotente, pero no se lo parecía a ella. Chase, pese a ser su superior de vuelo, siempre había sido amable con ella. Suponía que el

hecho de ser una de las primeras auxiliares de cabina con las que había tratado le daba cierta ventaja.

Se fijó en su traje azul marino planchado, en su porte elegante y durante unos segundos se le escapó un suspiro... Era tan atractivo.

Apartó la mirada de él cuando Chase volvió su atención hacia ella.

—Si te soy sincero... no está nada mal.

¿Qué? ¿De qué hablaba? Siguió la mirada de él que en ese momento se dirigía hacia Alexa que iba abriendo los compartimentos superiores para que los pasajeros pudiesen guardar sus equipajes de mano.

Abby estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—Demasiada confianza, comandante —susurró apartándose mientras se dirigía al otro pasillo para abrir también los compartimentos, dejando a Chase con una sonrisa.

En cuanto los pasajeros entraron fue ayudando a que colocasen los equipajes en la parte superior y a encontrar sus asientos mientras el comandante, el segundo y el sobrecargo los recibían en la puerta para saludar y darles la bienvenida.

Por suerte esta vez no iban con retraso y, seguramente, el vuelo saldría a su hora.

Cuando todos los pasajeros estuvieron acomodados se dirigió a la parte delantera.

—Disculpe, señorita... —dijo una mujer a su lado—, ¿puede ponerme el bolso en la parte de arriba?

—Claro —contestó Abby con una sonrisa mientras abría el compartimento e introducía el bolso. De reojo, pudo ver cómo por el pasillo paralelo Alexa avanzaba hacia ellos con una gran sonrisa, con los brazos en alto asegurándose de que todos los compartimentos superiores estaban bien cerrados.

Aquella forma de andar, aquel movimiento que realizaban sus caderas, la forma en que miraba a los tres hombres y, concretamente, a Chase... A una le daban ganas de sacarse el zapato y arrojárselo a la cabeza desde allí. ¿Cómo se podía ser tan... tan...?

—Muchas gracias —contestó la mujer.

Abby volvió su rostro hacia ella.

—No hay de qué —contestó mientras iniciaba la marcha hacia ellos.

En ese momento el sobrecargo cerró la puerta del avión. Abby abrió un cajón y extrajo el salvavidas y la mascarilla para explicar a los pasajeros las medidas de seguridad en caso de que fuese necesario evacuar el avión. De

rejojo vio cómo Chase colocaba una mano en el hombro de su segundo y le indicaba que pasase a cabina.

—Vamos allá. Vamos a hacer unos derrapes por la pista de despegue — bromeó mientras cerraba la puerta.

Abby puso los ojos en blanco mientras los veía encerrarse. Más de un pasajero saldría corriendo del avión si lo escuchase hablar así.

Cogió todos los utensilios necesarios para la explicación y avanzó unos pasos hasta colocarse en medio del pasillo.

A las once y treinta y dos minutos aterrizaban en el Aeropuerto Internacional Elliott Trudeau. Poco después de que todos los pasajeros abandonasen el avión y el equipo de limpieza comenzase su trabajo se dirigieron a la planta superior del aeropuerto donde disponían de cafetería y un comedor. Hasta las tres y veinte no despegaba el segundo vuelo, lo que implicaba que tenían libre hasta las dos del mediodía.

Algunas veces, en las ocasiones en que disponía de más tiempo, había salido a dar una vuelta, pero ahora, entre que comían, tomaban un café y preparaban el siguiente vuelo ya se les echaba encima la hora de despegar.

Cogió su bandeja y fue a la mesa donde la tripulación, compuesta por los cinco auxiliares de cabina y los dos comandantes, comía. Los comedores estaban en la parte alta del aeropuerto, una zona restringida únicamente para los trabajadores.

Se sentó entre dos de sus compañeras, al lado de Alexa que no dejaba de hablar con aquel timbre de voz tan estridente y Margareth al otro lado.

Frente a ella se encontraba Henry, el segundo comandante, y en diagonal frente a Alexa el comandante Chase Hudson el cual masticaba lentamente mientras atendía a lo que Alexa explicaba.

Abby suspiró y se puso la servilleta de tela sobre la falda azul claro. Le dieron ganas de sonreír cuando vio que Chase asentía a Alexa y miraba su plato intentando evadirse de todo lo que su compañera le explicaba.

Chase no se andaba con rodeos, era tan transparente que desde allí casi podía escuchar sus pensamientos pidiendo por favor a Alexa que callase.

Coincidió la mirada un momento con Abby y sonrió mientras se metía un trozo de pescado en la boca, luego volvió su atención a Alexa y volvió a asentir sin ninguna emoción.

Abby fue comiendo mientras supervisaba cada poco tiempo su reloj.

—Mañana me envían de destacamento a Londres —explicó Margareth. Abby la miró sorprendida.

—Yo estuve en septiembre. ¿Te hacen el relevo a la semana?

Margareth asintió.

—Sí, así que me espera una larga y tediosa semana allí —Se quejó. Hizo un gesto de desagrado—. He mirado el tiempo y va a estar todos los días lloviendo.

—Puedes aprovechar para hacer algo de turismo —contestó Abby encogiéndose de hombros—. Yo lo hice. Es una ciudad bonita, pese a la lluvia.

Margareth resopló mientras se llevaba a la boca su último bocado de pollo.

—Odio tener que estar una semana fuera de casa esperando que llegue el relevo.

Henry, el segundo comandante, intervino en la conversación.

—Es lo que ocurre cuando solo hay un vuelo programado a la semana. A mí, hace un par de meses, me enviaron a un Londres-Cancún. —Luego sonrió gracioso—. Muy bonito Cancún. Bonitas playas.

—Esa opción me atrae más —bromeó Margareth.

En ese momento Abby se giró cuando escuchó a Chase carraspear.

—¿Estás bien? —Le preguntó.

Chase asintió y volvió su atención hacia Alexa que no dejaba de hablarle.

—Por cierto —dijo Margareth llamando la atención de Abby—. Esta tarde llegan los horarios de diciembre.

—¿Te lo han confirmado? —preguntó Abby rápidamente.

—Sí, necesito verlos por si tengo que hacer algún cambio —explicó ella—. Este año queríamos ir a celebrar la Navidad con la familia de Robert ya que el año pasado no pudimos.

La voz de Alexa se coló por sus oídos.

—Sí, he pensado presentarme a purser en la nueva convocatoria.

Abby la miró de reojo y de nuevo miró a Chase que parecía tener un resorte en el cuello de tanto asentir.

¿Alexa de sobrecargo? Lo que le faltaba por escuchar.

Iba a desconectar cuando Chase volvió a carraspear. Abby enarcó una ceja hacia él mientras dejaba los cubiertos sobre el plato.

—¿Te estás resfriando? —preguntó directamente a Chase.

Iba a levantarse para dejar la bandeja en las estanterías metálicas y coger

un postre cuando se le cayó la servilleta.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó a Margareth mientras se levantaba. Se agachó para coger la servilleta cuando algo la paralizó. Chase volvía a carraspear, y ahora creía entender el significado. Alexa se había quitado el zapato de tacón y lo arrastraba suavemente por la tibia de él. Abrió los ojos al máximo y durante unos segundos se quedó conmocionada—. Será guarrona... —susurró mientras cogía la servilleta.

Se puso en pie y miró fijamente a Chase, el cual observaba a Alexa con una ceja enarcada. Parecía que no se sentía muy a gusto en aquel momento, aunque por otro lado no lo podía asegurar al cien por cien, en ningún momento apartaba la pierna ni hacía ningún gesto intentando evitar el contacto.

—¿Alguien quiere que le traiga algo? —preguntó al resto, aunque centró su mirada en él—. ¿Chase? —preguntó.

Chase miró su plato, aún le quedaba un cuarto de pescado. Soltó los cubiertos y se puso en pie de un brinco.

—No, ya voy yo. Voy a mirar... —Observó a Alexa que lo miraba con una sonrisa—. Ahora vuelvo —comentó también con una sonrisa.

Aquello dejó un poco mosqueada a Abby que fue directamente hacia la estantería para depositar su bandeja y se dirigió al bufé libre donde podía encontrar macedonia, pasteles y helados.

Cogió una macedonia y una cucharita y se giró justo cuando Chase le cortó el paso impidiéndole que pudiese avanzar. Él miró la macedonia que llevaba.

—¿Macedonia?

—Hay que guardar la línea —pronunció ella. Chase cogió un trozo de tarta de chocolate—. Por cierto, te va a oler a pies el pantalón —bromeó ella.

Chase la miró de reojo comprendiendo que había visto lo que ocurría por debajo de la mesa.

—Ya... —susurró mientras cogía una cucharita—. Alexa. Hoy está...

—¿Desinhibida? —continuó ella con la broma.

Él la miró con una fingida sonrisa.

—Iba a decir habladora... pero sí, eso también.

—Pues si no quieres no le des tanta cancha —comentó ella en el mismo tono.

Chase enarcó una ceja y miró de reojo hacia la mesa donde estaban todos y donde Alexa permanecía de espaldas a ellos.

—¿Y quién dice que no quiero? —Esta vez usó un tono más bravucón.

Aquel comentario hizo que Abby resoplase y se dirigió a la zona de la

cafetería.

—Uno corto, descafeinado —pidió a la camarera.

Chase se colocó a su lado y saludó con una sonrisa a la camarera.

—Uno largo... normal —puntualizó él.

Abby se giró para observarlo.

—¿Y para qué carraspeas?

Esta vez Chase le ofreció una mirada intrigada.

—¿Carraspear?

—Sí, has carraspeado varias veces.

—Ah, bueno... me he tragado una espina —comentó divertido. Ella puso los ojos en blanco mientras la camarera colocaba el café ante ella, aquel gesto hizo gracia a Chase—. ¿Pensabas que le estaba insinuando a Alexa que parase? —Abby suspiró mientras Chase se acercaba más, casi echándose encima, con una pose un tanto chulesca—. Me hubiese bastado con apartar la pierna.

Ella cogió el café y le sonrió enseñándole todos los dientes.

—O que te hubieses atragantado con la espina del pescado. —Se encogió de hombros divertida mientras él enarcaba una ceja—. Seguramente Alexa habría saltado de su asiento para hacerte la maniobra de Heimlich. Lo hubieses disfrutado más y no te olería a pies el pantalón —ironizó antes de darse media vuelta y dirigirse a la mesa de nuevo.

—Aquí tiene su café, comandante —dijo la camarera con una sonrisa.

—Gracias —respondió mientras lo cogía y en la otra mano llevaba la tarta de chocolate. Dio unos pasos acelerados colocándose a su lado—. Volviendo al tema... ¿no me harías tú la maniobra? —preguntó con una sonrisa de soslayo.

—¿Para qué? La disfrutarías más con ella... —Y rodeó la mesa por el otro lado para volver a su sitio.

Chase la siguió con la mirada mientras depositaba la tarta y el café en la mesa y se sentaba en su silla.

—¿Tarta de chocolate? —preguntó Alexa.

—Sí. —Ladeó su cabeza y miró a Abby—. Hoy estoy dulzón.

Aquella respuesta se llevó otro soplido de Abby que hundió la cuchara en la macedonia mientras intentaba coger el hilo de la conversación que Margareth mantenía con Herry.

Nada más acabar el postre y beber el café salió del comedor dejándolos a todos. Sabía que si no llamaba a su madre para explicarle lo ocurrido acabaría

acosando a su amiga Dana y, aunque se lo merecía por cotilla, prefería explicarle ella misma lo sucedido.

Llegó hasta un banco y se sentó mientras buscaba el teléfono móvil, aunque se sorprendió cuando vio que tenía un mensaje justamente de Jack.

—Mierda... —susurró abriéndolo.

Jack: Hola, ¿qué tal todo? ¿Mucho trabajo?

Resopló y cerró la aplicación de mensajes. Hablaría con su madre y después ya vería si le contestaba o no. No quería ser maleducada, pero tampoco quería darle falsas esperanzas.

Marcó el número de su madre en la agenda y se distrajo mirando hacia delante, hacia la mesa. Desde allí podía observar a la tripulación y, concretamente, la espalda de Chase. Se le veía tan guapo, tan atractivo... que si no fuese tan fanfarrón sería perfecto. Muchas dirían que su comportamiento tenía encanto, que denotaba seguridad en sí mismo, y no lo negaba, sabía que era buen chico y que gran parte de las cosas que le decía eran bromeando, pero por otro lado la ponía de los nervios.

—Cariño —dijo su madre al otro lado de la línea—, ya pensaba que no ibas a llamarme. Me comenzaba a preocupar.

Aquellas palabras la sacaron de sus pensamientos y le hicieron concentrarse en la conversación con su madre.

—Hola, mamá —dijo acomodándose en el asiento—. Acabo de comer. Ahora en quince minutos tengo que ir a preparar el siguiente vuelo.

—¿Ya vuelves?

—Sí, hoy son pequeñas escalas —explicó.

—Bien, bien... —contestó su madre, aunque se le notaba excesivamente que no quería andarse con rodeos, sobre todo cuando fue directamente al grano—. Bueno, explícame eso de la cita. Dana me dijo que era muy buen chico, que es gerente financiero de...

—Sí, de una empresa de seguros —explicó como si aquello le aburriese.

—¿Por qué lo dices en ese tono? —preguntó de una forma acusadora—. Debe ser un chico inteligente para...

—Mamááááá —interrumpió arrastrando la última letra—. No me gustó —sentenció ella—. Hablaba demasiado.

—Mejor que sea así a que sea...

—Pero solo hablaba de él. Ni siquiera me preguntó por mis aficiones, o

por cómo era mi trabajo, si me gustaba o no... Nada. —Se pasó la mano por los ojos—. Solo él. No digo que sea mal chico, pero... me agotó. —Usó el mismo término que le dijo Ruby. De hecho, aquel término era perfecto para describir cómo se había sentido una vez acabada la cita.

—¿Pero le vas a dar otra oportunidad?

—Pues no lo sé... —comentó ella.

—Quizá estaba nervioso.

Abby negó con su cabeza sin dar crédito a las palabras de su madre.

—¿Por qué os empeñáis tanto la abuela y tú en buscarme un novio? —Y acabó en un tono divertido.

—Ay, cariño... ya lo sabes. No me gusta que vivas sola.

—Al final me voy a comprar un perro —susurró ella para sí misma.

—Ah, no, no... de perros nada. —Abby se sorprendió cuando su madre respondió aquello, pues pensaba que lo había pronunciado tan bajo que no la habría escuchado—. Tienes veintiocho años y... un trabajo estable, un piso...

—¿Y qué?

—Pues que toda madre quiere que su hija esté feliz y...

—Pero si estoy feliz —rio ella asombrada—. Me encanta mi trabajo, tengo un piso que me gusta, amigos... Y hago lo que quiero sin tener que dar explicaciones a nadie —puntualizó.

—Oye, yo no le doy explicaciones de nada a tu padre —comentó ella.

—No, eso ya lo sé —ironizó Abby.

—El día que te cases comprenderás lo equivocada que estabas. Compartir tu vida con alguien es...

Miró hacia delante cuando vio que toda la tripulación se ponía en pie.

—Ya, pero alguien que me haga feliz.

—No quiero que estés sola —insistió su madre.

Abby suspiró. ¡Pero qué obsesión tenía su madre! Se puso en pie y cogió su bolso.

—Mamá, tengo que dejarte. Tengo la reunión para preparar el siguiente vuelo.

—¿Ya quieres colgar?

Margareth salió la primera del comedor seguida por el resto y fue la que le indicó con un movimiento de mano que debían bajar ya.

Abby asintió hacia su compañera y caminó tras el resto de la tripulación.

—No quiero colgar, pero tengo que trabajar —susurró ella—. Mañana te llamaré y hablamos.

—¿Mañana? —Se quejó su madre que parecía querer continuar la conversación.

—Sí mamá, mañana. Tengo el mismo vuelo y mismo horario. Te llamaré a la misma hora.

—De acuerdo, de acuerdo... —respondió su madre—. Al menos envíame un mensaje cuando llegues a Nueva York.

—Sabes que siempre lo hago —contestó en un tono más tierno—. Hasta mañana.

Cuando su madre se despidió se quitó el teléfono del oído y lo guardó en el bolso, aunque al levantar la mirada se dio cuenta de que Chase, que caminaba unos pasos por delante de ella, la miraba con una medio sonrisa.

—Cómo son las madres, ¿eh? —bromeó.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—No tienes ni idea de cómo es la mía —contestó haciendo que la sonrisa de él llegase de oreja a oreja.

3

Eran las seis de la tarde cuando Abby firmaba en las oficinas de Alpha Airlines conforme había llegado. Aquella vez no había traído ropa para cambiarse en el aeropuerto, en las salas especiales de vestuarios de las que disponía la compañía. Aún era pronto y, si Ruby iba a buscarla al aeropuerto tal y como habían quedado el día anterior, podría pasar por casa y darse una ducha antes de ir a cenar.

—¿Han salido ya los horarios del mes que viene? —preguntó Abby a la administrativa.

—Sí, ya están enviados —contestó.

—Perfecto. Gracias. —Colocó el bolso en su hombro—. Buenas tardes.

Caminó por el pasillo mientras buscaba en su bolso el móvil para avisar a su amiga y preguntarle dónde la esperaba. Se cruzó con una de las mujeres de la limpieza y siguió por el largo pasillo vacío. Aquella zona, a determinadas horas, estaba a petar, con varias salas donde realizaban las reuniones para planificar la ruta de vuelo y donde se encontraban también los vestuarios. En ese momento, sin embargo, aquel pasillo estaba prácticamente vacío.

Una puerta se abrió ante ella sin previo aviso y Abby se obligó a frenar de golpe, resbalando hacia atrás.

Frunció el ceño cuando vio que Alexa salía de la sala arreglándose el cabello, aunque se sorprendió cuando vio que aquella puerta era la del vestuario masculino. Alexa se distanció sin percatarse de que Abby se encontraba tras la puerta, a poco más de un metro de estamparse contra ella. Le sorprendió cuando Alexa miró hacia atrás, sonriendo y colocándose correctamente la ropa sin dejar de avanzar.

—¿En serio? —susurró Abby totalmente pasmada. Esa muchacha tenía un serio problema. Seguramente ya habría pillado a otro de la tripulación y se lo

habría montado en los vestuarios. Además, parecía que le iba el riesgo porque aquel sitio era bastante frecuentado por todos. En ese momento se percató de que alguien mantenía abierta la puerta desde el otro lado y, por lo que pudo intuir, también debía estar sonriendo ya que Alexa iba girándose para devolver la sonrisa de vez en cuando mientras sus cabellos rubios volaban hacia los lados.

Se acercó a la puerta y se asomó con cierto disimulo. Lo primero que hizo fue apretar los labios y luego enarcar una ceja hacia Chase que aún sujetaba la puerta.

—¿En serio? ¿Chase?

Estaba claro que el comandante no esperaba que ella estuviese allí, y mucho menos tan cerca. Dio un brinco hacia atrás llevándose la mano al corazón y se golpeó la espalda con la puerta.

—¡Joder! —gritó observando con ojos como platos a Abby que se colocaba a su lado cruzándose de brazos. Se puso erguido y resopló. Él sí se había cambiado de ropa. Llevaba unos tejanos y una camisa blanca a la cual le faltaban un par de botones por abrochar—. ¿Por qué eres tan silenciosa?

Ella desencajó la mandíbula.

—¿Silenciosa? Casi me estampas la puerta en las narices —Se quejó Abby. Lo escudriñó de arriba abajo. Sí, estaba claro lo que había ocurrido en ese vestuario—. Parece que al final sí es de su gusto, comandante —bromeó. Chase se encogió de hombros mientras se abrochaba el primer botón cerca del cuello con aire relajado, como si le diese igual que Abby los hubiese pillado de pleno. Suerte que entre los dos había confianza y que Chase tenía más bien poca vergüenza con ella—. ¿Así que otro vestidor mancillado?

A Chase se le escapó la risa.

—No hables así.

—¿Así como?

—Como si fueses de otra época —bromeó él.

Abby puso los ojos en blanco, negó y le dio la espalda alejándose de él. Maldito fuese, si no estuviese tan bueno seguramente no le molestaría tanto que hubiese hecho manitas con Alexa. Podría haber escogido a cualquiera... pero Alexa...

—¿Has visto que han pasado los horarios del mes que viene? —preguntó Chase elevando un poco la voz mientras ella se alejaba.

—No he podido verlos aún.

—Ja —rio él—. Te van a gustar —ironizó antes de entrar de nuevo en los

vestuarios.

Abby se giró en ese momento, justo cuando la puerta se cerraba.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó.

Chase ya no escuchaba.

Aquello la intrigó. Fue directa a las escaleras y se dirigió a la planta cero. Abrió su correo electrónico y buscó el correo electrónico de su compañía. Sí, ahí estaban sus horarios para el mes siguiente.

Dejó que se descargasen mientras abría un privado a su amiga Ruby para preguntarle si ya se encontraba por allí.

Abby: Hola Ruby, ¿estás en el aeropuerto?

No tardó más que unos segundos en contestar.

Ruby: Llego en dos minutos.

Abby: Terminal A

Ruby: Ok

Caminó afuera del aeropuerto donde decenas de coches, autobuses y taxis esperaban en doble fila. Fue hasta la acera y abrió el archivo descargado.

Buscó su nombre en el listado y entonces lo vio: aquello era a lo que se había referido Chase, sin duda.

—Qué cabrón —susurró observando con ojos como platos.

“Destacamento del nueve al doce de diciembre: Londres—Las Vegas”.

¿En serio? ¿Iba a viajar de Londres a Las Vegas? Sabía que no era un vuelo regular, así que partirían el día siete hacia Londres, haría sus dos noches de descanso y cogería el siguiente vuelo el día nueve rumbo a Las Vegas. La duración del viaje requería al menos setenta y dos horas de descanso, así que no sería hasta el día doce de diciembre que tomarían el vuelo regular Las Vegas-Nueva York.

Observó el destacamento:

9 diciembre 2019

10:10 - 13:00

Londres (LGW) a Las Vegas (LAS)

Boeing 747

PF:

C. Chase Hudson

PM:

C. Owen Murray

Sobrecargo:

Vera Gutiérrez.

TCPs:

Dana Jackson, Declan Adams, Abby Mitchell, Max Porter,

Logan Sanders, Zoe Parker, Colton Harris

Tragó saliva cuando leyó el nombre del comandante Chase Hudson. ¿Iba a viajar junto a él a Las Vegas? Sin poder evitarlo buscó el nombre de Alexa, pero para su alivio no se encontraba en aquel destacamento. Una sonrisa inundó su rostro. Al menos coincidía con Dana y su pareja, Declan. No era la primera vez que viajaban juntos, aquello, últimamente, se estaba convirtiendo en una rutina, aunque no le importaba lo más mínimo.

Cogió el móvil, le hizo una captura de pantalla y se la envió a Dana. Seguro que le haría gracia viajar a Las Vegas y más aún en el mismo destacamento que su pareja.

—Eh, Abby —gritó Ruby deteniendo el vehículo frente a ella—. Vamos, sube.

—Hola —saludó mientras abría la puerta y se sentaba en el asiento del copiloto, aunque en ese momento vio aparecer a Chase caminando tranquilamente con su maleta de mano donde suponía que llevaría el uniforme—. Menudo pieza —susurró mientras cerraba la puerta y se ponía el cinturón.

—¿Qué tal? —preguntó Ruby con una sonrisa—. ¿Qué pasa?

Arrancó y circuló a baja velocidad.

—¿Ves a ese de ahí?

—¿Cuál? —preguntó con interés.

—El del abrigo negro y largo. El alto y moreno —explicó Abby.

En ese momento pasaron por su lado y ambas giraron su cabeza para observarlo, Chase manejaba su móvil con una mano mientras con la otra arrastraba la pequeña maleta azul marino.

—Fichado —dijo Ruby volviendo su vista al frente.

—Es Chase. —Fue escuchar el nombre y Ruby detuvo el vehículo de inmediato, provocando que ambas se echasen hacia delante por la brusquedad

del frenazo—. ¿Qué haces? —preguntó sorprendida.

—¿Tu amigo Chase? ¿El buenorro? —Abby resopló—. ¿El comandante?

—El mismo. —Puso los ojos en blanco.

Chase seguía caminando en su dirección. En ese momento Abby lo vio aparecer por el retrovisor lateral.

—Arranca, Ruby.

—No, espera... dile algo.

Abby se giró molesta.

—¿Que le diga algo? —gritó—. ¿Qué quieres que le diga? —Alzó la mano hacia delante—. Arranca —ordenó.

—Quiero verlo bien —protestó Ruby.

—No, tira, por favor... —Llevó la mano con la que señalaba hacia delante hasta la pierna de Ruby y apretó como si así pudiese conseguir que acelerase.

—¿Qué más te da? —Se quejó ella de nuevo—. Todos lo conocéis y cuando habláis de él me siento desplazada —bromeó.

—Arranca —ordenó de los nervios.

—Pero ¿no es tu amigo? —comentó sin dar crédito a la reacción de su amiga.

—Ahora no quiero verlo.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó interesada.

En ese momento Abby intuyó que estaba pasando algo, pues Ruby miraba a través de la ventana contra la que estaba apoyada Abby.

Ruby dibujó una sonrisa nerviosa en su rostro y tocó la palma de la mano de ella.

—Gírate —susurró casi sin mover los labios—. Está mirando.

Abby rugió antes de girarse con movimientos nerviosos hacia la ventana. Sí, era cierto, Chase se mantenía quieto a pocos metros de ellas, saludándolas con la mano. Chase observó el coche con mirada intrigada y avanzó hacia ellas.

—Abre la ventana —susurró Ruby.

—Cállate —comentó con los dientes apretados mientras pulsaba el botón para que el cristal bajase.

Chase llegó hasta el coche y se inclinó para ponerse a la altura de la ventana.

—¿Va todo bien? —preguntó Chase.

—Sí, claro... —respondió Abby con inocencia mientras su amiga se

echaba casi sobre ella para verlo mejor—. ¿Por qué lo dices?

—Ammmm... —dijo mirando a los lados—. Estáis aquí paradas y está prohibido.

—Ya, es que se le ha calado el coche —explicó a modo de excusa mientras se sentaba correctamente en el asiento.

—Con este frío se cala mucho —disimuló Ruby.

Chase las escudriñó con la mirada y luego se fijó en el ruido del motor al ralentí.

—Pero si está encendido —respondió aturdido por la respuesta de ambas.

Ruby se echó más encima de Abby para hablar con él mientras su amiga resoplaba.

—Sí, es que se ha calado y ahora lo he encendido. Le estoy dando al acelerador para calentarlo —dijo con una gran sonrisa ante la mirada de soslayo de su amiga, aunque luego Ruby clavó su mirada en la de Abby que enseguida comprendió lo que su amiga quería.

Miró de reojo a Chase.

—Chase, ella es mi amiga Ruby.

—Encantado —respondió él con una grata sonrisa.

—Ruby, el comandante Chase.

—Ohhh... ¿comandante? —preguntó como si no lo supiese, lo cual hizo que Abby se girase hacia ella lentamente—. ¿Se puede ser comandante tan joven?

—No soy tan joven —contestó encogiéndose de hombros.

—No, no lo es —interrumpió Abby—. Aunque a veces se comporte como un niño. —Y acabó mirándolo a él mientras parpadeaba varias veces, lo que hizo que Chase borrara la sonrisa de su rostro.

Ruby miró a los dos. Chase estudiaba con atención a Abby, Abby a su vez observaba a Chase de forma muy seria.

—Otras dirían que me comporto como un hombre —comentó él con los dientes apretados, sin ningún pudor y haciendo referencia a su último encuentro de hacía diez minutos. Ladeó su cabeza con una sonrisa mientras Abby desencajaba la mandíbula por lo que había dicho. Chase se encogió de hombros y sonrió al darse cuenta de que la había dejado sin palabras—. Bien, nos vemos mañana, Abby. —Se agachó para saludar a Ruby—. Encantado de conocerte, Ruby.

—Igualmente —susurró ella mientras él se ponía erguido y se alejaba del coche.

Ambas se quedaron unos segundos en silencio, en estado de shock.

—Madre de Dios —balbuceó Ruby con la mirada fija en la espalda de Chase—. Yo seguramente diría que es un hombre.

Aquella frase hizo despertar a Abby que giró su cuello hacia ella y la miró con rabia.

—Ya te vale... —rugió—. ¿Contenta?

Ruby le mostró los dientes con una sonrisa.

—Mucho.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó con ansiedad.

—Sí, sí... ya nos vamos —indicó ella mientras ponía el intermitente y aceleraba. Cuando pasaron por su lado Chase estaba hablando por el móvil—. Y... ¿vuelas con él?

—Algunas veces. Nos van rotando. —Aquello le hizo arrugar la frente. Chase había dicho: “*Nos vemos mañana, Abby*”. Cogió el móvil de nuevo y abrió el horario que le habían enviado—. Qué... cabrón... —susurró—. Mañana vuelo con él.

—¿En serio? ¿Adónde? —preguntó emocionada.

—Como hoy. A Montreal —susurró pensativa.

El golpe de Ruby en el volante hizo que Abby la mirase asustada.

—Me voy a comprar un billete para ir con vosotros —gritó emocionada.

—No, ni se te ocurra —pronunció Abby elevando el tono, pues sabía que Ruby era capaz de eso y más. Negó y guardó el móvil en su bolso.

—Oye... por curiosidad... ¿por qué ha dicho eso de que otras creen que es un hombre?

Abby resopló.

—Porque lo acabo de pillar haciendo manitas con una compañera —explicó—. Por eso mismo no quería verlo.

Ruby abrió los ojos al máximo.

—¿En serio?

—Sí. Es buen chaval, me llevo muy bien con él... pero... es... un...

—Calientabragas —apuntó ella.

Abby ladeó su cabeza hacia ella.

—Un picaflor —puntualizó Abby.

Ruby se quedó pensativa unos segundos y se detuvo en el semáforo.

—Decidido, me compro un billete para mañana a Montreal.

Dana la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? —preguntó—. ¿En el vestuario de las oficinas? —Abby asintió con énfasis—. Alucino.

—¿Sabes qué? De Alexa me lo esperaba —contestó Abby.

—Tiene fama —aclaró Dana a Ruby.

—Pero ¿de Chase? No sé, ya sabemos cómo es, pero no esperaba que fuese a llegar a tanto.

Dana elevó su copa hacia el camarero.

—¿Me traes otra cocacola, por favor? —Volvió su atención hacia Abby—. Pues a mí de Chase tampoco me sorprende.

—¿En el trabajo? —volvió a preguntar asombrada—. Vale que cuando hemos salido todo el equipo siempre acaba de la misma forma, pero ¿en las oficinas de la compañía? —preguntó absorta.

—Ya... —respondió pensativa—. ¿Seguro que estaban haciendo algo?

Abby ladeó su cuello hacia Dana.

—No soy tonta —dijo señalándose a sí misma. Dio un sorbo a su refresco y miró a sus dos amigas que esperaban expectantes las explicaciones—. Alexa iba sonriendo como una boba, con su contoneo de caderas como siempre... y Chase, bueno, Chase estaba a medio vestir.

—¿Medio vestir? —preguntó Ruby sofocada.

—Llevaba la camisa por fuera y un par de botones desabrochados. Y... cuando le he dicho: “¿Has mancillado este vestuario?”, no me lo ha desmentido.

Dana abrió la boca, sorprendida.

—¿Le has preguntado eso al comandante?

Abby se encogió de hombros.

—Además, en Montreal, cuando hemos comido en el aeropuerto, he pillado a Alexa paseando su pie por su pierna, insinuándose —añadió.

—Bueno, a ver... —interrumpió Dana—. Alexa es muy mona, la verdad. Es bastante...

—Fresca —interrumpió Abby.

—Sí, eso también, pero no es mala tía.

—Solo es un poco buscona —Se burló ella—. En fin, ellos sabrán —Se encogió de hombros—. Eso es lo que ha ocurrido hoy.

—¿Mañana viene Alexa con nosotras? —preguntó Dana.

—No, no sé dónde estará.

—Ni falta que os hace —interrumpió Ruby—. El que interesa saber dónde

está es el comandante.

—Estará en cabina, pilotando —Se burló Dana—. Por cierto... —susurró mirando a Abby—, ¿hablaste con tu madre?

Abby puso los ojos en blanco.

—Sí, hablé con ella. La próxima vez, por favor —suplicó Abby—, no le cuentes nada. Ya sabes cómo son. Entre mi madre y mi abuela se retroalimentan. Prefiero tomarme las citas con calma.

—De acuerdo, ni una palabra más. Por cierto... tengo un amigo que se llama Dave, bueno, es amigo de Declan, trabaja como traductor en...

—No —cortó Abby—. No más citas por un tiempo.

—Pero si Declan dice que es muy majo —dijo con una gran sonrisa.

—No —repitió ella—. Ya he tenido dos citas y no quiero ninguna más de momento.

Dana resopló y miró con una sonrisa picarona a Ruby.

—¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó Ruby.

—¿Te interesa conocerlo?

Abby rio mientras cogía unas cuantas patatas del plato que había en medio de la mesa.

Ruby se encogió de hombros.

—Bueno, tú tienes pareja —Señaló Ruby a Dana—. Ella ya lo ha intentado dos veces —señaló esta vez a Abby y se encogió de hombros—. Por probar...

Ambas la miraron sorprendida.

—¿En serio? —preguntó Dana.

—¿De verdad? —reaccionó rápidamente Abby.

Si por algo se caracterizaba Ruby era porque siempre decía que no quería pareja, que estaba muy bien como estaba.

—Te organizaré una cita. —Dana dio palmas de emoción—. Ya verás, Dave es majísimo... y muy guapo. No lo he visto en persona, pero sí en foto.

Ruby chasqueó la lengua.

—¿Y por qué no me montas una cita con el comandante? —Y miró a Abby con una gran sonrisa.

Dana chasqueó los dedos ante ella para llamar su atención.

—Ruby, céntrate. Yo no tengo tanta confianza con él, la que lo conoce bien es Abby —indicó—. Vamos al tema, Dave. ¿Cuándo te va bien quedar? —preguntó mientras sacaba el móvil.

—¿Vas a preparar ya la cita? —preguntó Abby sorprendida.

—Se lo voy a decir a Declan —respondió divertida.

—Así es como funciona, ¿no? —bromeó Abby—. Siempre me había preguntado cómo organizabas las citas.

Ruby cogió una patata y señaló con ella a su amiga.

—Deberías dejar de ser azafata y montar una agencia matrimonial — bromeó Ruby.

—Auxiliar de cabina —La rectificaron las dos.

—Eso, eso... —comentó Ruby.

—Bueno, pues venga... dime fechas, Ruby —insistió Dana emocionada —. Voy a presentarte al hombre de tu vida.

Tanto Ruby como Abby se miraron de reojo.

—Bueno, y si no lo fuese... al menos tendremos una anécdota divertida que contar —dijo Ruby.

4

Tras realizar el briefing donde comandantes y auxiliares de cabina se reunían para preparar el vuelo, detallar el tiempo previsto, etc., cogieron el crewbus para dirigirse al avión.

Dana iba sentada detrás de Abby.

—¿Has acordado ya un día? —preguntó asomándose a su asiento.

Abby negó mientras tecleaba en el móvil, concentrada.

Abby: No. El 12 de diciembre llego de Las Vegas. Puedo cogerte el vuelo para el 13 o 14 de diciembre.

—No hay quien se aclare con mi madre —susurró.

Mami: ¿Pero no llegabas el 9?

Abby: Sí, pero a Londres, luego vuelo a Las Vegas y vuelvo a Nueva York el 12.

Mami: Ok, ok.

Mami: Pues el 14 de diciembre estaría bien. ¿A qué hora sería?

Abby rebuscó en su bolso color azul a juego con el uniforme la hoja de vuelos de esa semana de diciembre.

Abby: Hay dos vuelos. O a las 8:50 de la mañana o a las 16:30.

Mami: Lo hablo con tu padre y tu abuela y te digo.

Abby: Vale, ¿y para la vuelta?

Mami: Podríamos estar hasta el 26.

Mami: Pasaremos el fin de año con los Flecher.

Abby: ¿Y la abuela se quedará unos días más?

Mami: No creo. Volverá con nosotros.

Abby miró de nuevo la hoja de ruta de los días que le había dicho.

Abby: Hay vuelos por la mañana y por la tarde. El horario es más o menos el mismo.

Miró hacia delante cuando llegaron al avión y el miniautobús se detuvo.

Abby: Estoy en el avión.

Abby: Dime algo y cuando llegue a destino lo miro.

Abby: Un abrazo.

Mami: De acuerdo. Ve con cuidado.

Apagó el móvil y lo guardó en el bolso. ¿Que fuese con cuidado? Quienes debían ir con cuidado eran los dos comandantes.

Chase y Henry, un comandante con el que había volado pocas veces, hablaban animadamente esperando a que la puerta del bus se abriese.

Chase se comportaba con naturalidad, sin cohibirse delante de ella tras lo ocurrido el día anterior con Alexa. Lo cierto es que sentía curiosidad, ¿habrían hecho algo? Estaba claro que “algo” habrían hecho, ¿por qué razón si no iba a salir Alexa del vestidor de hombres?

—Vamos —dijo Dana cuando las puertas se abrieron.

Declan se colocó al lado de Abby con una sonrisa mientras se dirigían a las escaleras para subir al avión.

—Ya me ha dicho Dana que con Jack no funcionó.

¡Oh, no! Dana era chismosa, pero cuando se juntaba con Declan... eran tal para cual.

Se detuvo tras la espalda de los comandantes esperando que estos subieran al avión.

—No, últimamente Dana no acierta mucho —Se burló de ella.

—¿Últimamente? —preguntó Dana mientras comenzaban a subir las escaleras del avión—. Solo me has dejado planearte dos citas... —Miró a Declan—. ¿Has hablado con Dave? ¿Sabes si aceptará la cita con Ruby?

—Creo que sí —explicó Declan subiendo—. ¿Por qué no se lo presentas a ella?

—No quiero más citas —remarcó Abby deteniéndose de nuevo mientras abrían la puerta del avión. Se abrazó a sí misma.

—Pues... bien tonta que eres. Te gustaría... —explicó Declan—. Es bueno.

—Y es guapo —remarcó Dana. Luego extendió los brazos hacia ella—. Pero ahora ya has perdido tu oportunidad. Será para Ruby.

Abby puso los ojos en blanco y negro con su rostro.

—Qué frío hace, ¿no?

Declan se apoyó contra la barandilla.

—Yo sé de uno al que le gustaría darte calor...

Abby puso los ojos como platos.

—¡Pero qué bruto eres! —gritó ella—. Jack no me gusta.

En ese momento escucharon una sutil carcajada y los tres elevaron la mirada hacia arriba. Tanto Chase como Henry los observaban risueños escuchando la conversación.

Henry fue el primero en pasar al avión. Chase permanecía mirando a Abby, aunque luego se giró hacia Dana.

—¿Organizas citas? —preguntó divertido.

Dana lo miró sonriente.

—¿Necesitas alguna?

—Qué va, Dana. A él le sobran —bromeó Abby—. Qué injusto es el mundo. Unos tanto y otros... tan poco.

Chase ladeó su cabeza hacia ella y la miró con sorna.

—¿Cuántas citas llevas, Abby?

—Dos —Se adelantó Dana.

Abby se giró hacia ella molesta por la respuesta.

—¿Y la confidencialidad? ¿Dónde la has dejado? —preguntó molesta.

En ese momento Chase entró en el avión sonriendo por la situación.

—¿Qué más da?

—Cómo que “¿Qué más da?” ¿Puedes dejar de difundir mi vida privada a toda la gente?

Dana la miró divertida.

—Vamos, si solo es a tu madre y... al comandante guapo —susurró ella.

Abby entornó la mirada.

—Mi vida no le interesa a nadie —Le susurró antes de entrar en el avión.

Cuando pasó la puerta los dos comandantes ya estaban en cabina haciendo la puesta a punto. Se dirigió directa al armario para dejar el bolso en el

interior y cuando se giró vio que Chase se quitaba la gorra dejándola sobre el asiento con una burlona mirada clavada aún en su dirección.

Abby resopló mientras daba unos pasos hacia la cabina para dejar pasar a Dana, Declan, y una auxiliar de cabina llamada Stephanie. Era la primera que iba a volar con esta última, de hecho, no recordaba haberla visto antes, así que seguramente sería nueva.

—Hola, Stephanie... es de tus primeros vuelos, ¿no? Creo que no habíamos coincidido nunca hasta hoy —dijo Abby con una sonrisa para hacerla sentir cómoda.

Stephanie parecía agradable.

—Hola —respondió emocionada—. Sí, llevo poco tiempo, tan solo seis meses. Aún no conozco a muchas de las chicas, me han tenido en destacamento estos últimos meses —Miró a la espalda de Abby—. Hola, comandante —dijo con una gran sonrisa hacia Chase, elevando su mano y parpadeando en exceso.

Oh, por Dios... Ya ocurría de nuevo... otra auxiliar de cabina loca por el comandante.

—Hola, Stephanie, ¿qué tal? —preguntó Chase acercándose a ellas y situándose a la espalda de Abby.

—Bien, de nuevo aquí —bromeó ella.

Abby giró su cuello para observar a Chase, sorprendida de que supiese su nombre.

—Eso está bien —respondió cruzándose de brazos.

Stephanie le devolvió la sonrisa, colocó un mechón de cabello castaño tras su oreja con cierto rubor en sus mejillas y se giró para dirigirse a los asientos.

Abby arqueó una ceja hacia él y sonrió divertida.

—¿Una nueva conquista? —preguntó.

—Qué va... es una niña —comentó abochornado—. ¿Cuántos años debe tener? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Ya, pero no se te resiste ni una, ¿eh? —ironizó ella.

Chase volvió la mirada hacia Abby. ¿Por qué la miraba tan fijamente? Se reclinó hacia delante provocando que ella tuviese que arquear su espalda hacia atrás. Sonrió sin apartar la mirada de sus ojos a poco más de dos palmos.

—Alguna sí —comentó sin parpadear.

Abby enarcó una ceja justo cuando el segundo lo llamó.

—Comandante —pronunció Henry—, ¿doy orden ya para que embarquen

los pasajeros?

Chase se giró hacia atrás mientras se ponía firme.

—¿Has hecho las comprobaciones...?

—Todo hecho —indicó Henry—. Me informan de que viene hacia aquí el camión cisterna con el queroseno.

—Estupendo.

—¿Nos van a dar pista a la hora programada? —preguntó Chase.

Abby dio unos pasos hacia atrás. Aquellas últimas palabras la habían dejado aturdida. El muy... sabía cómo actuar y qué hacer para que se quedase sin palabras, y lo peor de todo es que lo conseguía.

Pestañeó varias veces mientras se giraba hacia la zona de asientos, tiesa como un palo. Sabía que lo hacía para bromear con ella, aquel juego que tenían los dos la divertía, pero por otro lado... ¡llevaba demasiado tiempo sin pareja como para bromear con eso!

Avanzó aún sin reaccionar mientras escuchaba la conversación de fondo y, finalmente, incrementó su paso y fue hacia el final de la cabina para hacer las comprobaciones pertinentes.

Chase asintió hacia su segundo.

—De acuerdo —comentó.

Se giró para seguir aquella conversación con Abby, pero se encontró solo. Abby se había alejado por la cabina de pasajeros para realizar sus tareas.

Se quedó observándola. Abby era una de las primeras auxiliares de cabina con las que había volado y, además, era más o menos de su misma edad. Se había sentido cómodo con ella desde un principio, era una chica risueña y, para qué engañarse, le encantaba mantener aquellas conversaciones con ella, cosa que con otros no podía. Había llegado a alcanzar con ella un nivel de complicidad y confianza muy superior al que mantenía con otros comandantes, sobrecargos o auxiliares de cabina.

Por la cara que había puesto al pronunciar aquella última frase estaba claro que la había dejado noqueada, pero esperaba que estuviese aún allí y no que hubiese huido de él para no seguir con la conversación. La conocía demasiado bien como para saber que en ese momento se alejaba a consciencia.

Ya la pillaría en otro momento, y más ahora que tenía tema de conversación. ¿Qué era eso de las citas que le montaba Dana? Pasaría un buen rato preguntándole sobre eso...

Se giró y entró en cabina cogiendo la gorra que había depositado sobre su

asiento mientras veía acercarse al camión cisterna por el otro lado.

Los pasajeros no tardarían en llegar y siempre debían recibirlos en la puerta, órdenes de la compañía.

Se colocó la gorra correctamente y observó a través de la ventanilla

Abby miró con una sonrisa a su compañera de línea en Montreal. Nada más descender del avión y tras comer se había dirigido a las oficinas de la aerolínea para conseguir los billetes para sus padres y su abuela.

—Sí, tres billetes. —Le dio la hoja donde había apuntado los datos de sus familiares—. El día catorce de diciembre a las 16:30. Regreso de mis padres y mi abuela el día veintiséis a las 18:30.

—De acuerdo —contestó su compañera mientras tecleaba—. ¿Vienen a visitarte por Navidad?

—Sí —respondió alegre—. ¿Puedes darle a mi abuela ventana? —Aquel comentario hizo que su compañera sonriese. Abby hizo un gesto gracioso—. Le gusta mirar.

—Sin problema —explicó ella—. ¿Te envió los billetes al correo electrónico de la compañía?

—Sí, por favor —contestó ella colocando una mano en su hombro. Miró hacia delante y observó aparecer a la tripulación que se dirigía a la sala para preparar el briefing. Miró su reloj de muñeca. Las tres de la tarde—. Tengo que irme. Muchas gracias por todo.

—De nada. A ver si algún día vienes con más tiempo y podemos comer juntas —contestó mientras Abby salía de detrás del mostrador.

—Te avisaré —contestó girándose mientras iba hacia sus compañeros.

Dana, Declan y Stephanie hablaban de forma animada. Parecía buena chica, aunque podía ver cómo desviaba de vez en cuando la vista hacia Chase que se encontraba delante del mostrador esperando que sacasen de la sala de ordenadores el parte meteorológico.

—¿Vamos en hora? —preguntó Abby colocándose al lado de Stephanie.

Henry, el segundo, fue quien se giró para informarla.

—Parece que el vuelo se va a retrasar un poco. No pueden efectuar el mantenimiento hasta dentro de media hora.

—¿Y eso?

Chase se giró también mientras tomaba el parte meteorológico y lo observaba.

—Una fuga hidráulica en un Tupolev Tu-204. Están en ello —respondió sin mirarla. Desvió su atención hacia su segundo de a bordo y le tendió el parte—. Todo bien, aunque cerca de Albany se prevén rachas de viento de veinticinco kilómetros por hora.

—Al inicio del descenso —corroboró Henry.

—No son rachas de cola ni cruzadas, son de dirección sur a norte. No darán problemas. Alguna ligera turbulencia en el descenso, quizá —explicó. Se giró de nuevo hacia el compañero que les ofrecía toda la información—. ¿Número de pasajeros?

—Serán ciento cuarenta y cinco. Uno de ellos menor. Cinco años.

—Ohhhh —dijeron Abby y Dana con ternura.

Tanto Henry como Chase elevaron una ceja hacia ellas.

—Ya me ocupo yo —dijo Abby con una sonrisa.

Chase asintió.

—¿El menor va con acompañante? —preguntó Chase al compañero del mostrador.

—Ha contratado el servicio de acompañamiento —corroboró—. Te paso todo detallado en un minuto —indicó mientras se levantaba para ir a hablar con el resto y buscar la información del vuelo.

Dana se colocó a su lado.

—¿Has sacado ya los billetes para la familia? —preguntó.

—Sí, es verdad —reaccionó recordándolo. Sacó el móvil y abrió su correo electrónico. Su compañera ya se los había enviado. Revisó que todo estuviese correcto y lo reenvió al correo electrónico de su padre—. Voy a decírselo.

—¿Al final cuando vienen? —preguntó Dana.

—Del catorce al veintiséis de diciembre.

Abby: He enviado los billetes al correo de papá.

Abby: Acuérdate de imprimirlos.

—¿Viene Madison? —preguntó Dana emocionada—. Tengo ganas de verla —exclamó.

—Pues te vas a cansar de verla esa semana —bromeó.

Volvieron su vista al frente cuando el compañero entregó a Chase toda la información sobre el vuelo.

—Gracias —dijo cogiéndola. Miró la hoja y sonrió a su segundo

comandante—. Boeing 727 —indicó.

—Podéis ir a la puerta B4 para que os pase a buscar el crewbus — indicaron desde el mostrador.

Chase se apoyó contra el mostrador.

—¿Y el retraso? ¿Sigue igual?

El hombre tecleó en el ordenador y chasqueó la lengua.

—Ammm... Me temo que peor. Se anula la salida programada a las dieciséis treinta y hay nueva programación para las diecisiete y veinte.

—Perfecto, me encanta —ironizó Chase volviéndose hacia su tripulación—. Sobre todo cuando tienes que pilotar un vuelo cargado de pasajeros descontentos.

—No te quejes —indicó Dana como si estuviese exagerando—. Nosotros somos los que tenemos que tratar con ellos. Tú te encierras en cockpit y no te enteras de nada.

—Y menos mal —bromeó mientras indicaba a su segundo que se dirigiese a la puerta B4 para tomar el minibús—. Vamos, haremos la puesta a punto antes.

Iniciaron la marcha y se dirigieron a las escaleras para descender a la planta baja.

Abby notó cómo el móvil vibraba en su bolso y lo sacó para consultar el mensaje.

Mami: Ahora mismo los imprime tu padre.

—Qué ansiosa es —susurró mientras tecleaba en el móvil con una sonrisa.

Abby: Sí, no vaya a ser que se os escape el vuelo 😊

Estaba feliz de que viniesen a verla. Al menos en esas fechas no estaría sola. Iba a guardar el móvil en el bolso cuando se percató de que Chase caminaba un poco más lento retrocediendo hasta llegar a su lado.

Ella lo miró sin comprender. Guardó el móvil en el bolso y cerró la cremallera.

Chase la observaba con una sonrisa de medio lado.

—¿Dos citas? —preguntó mirándola fijamente. Luego volvió su atención al frente—. No sabía que tuvieras citas —bromeó.

—Ja. Pues sí comandante, tengo citas. Aunque son más tranquilas que las

tuyas. —Chase puso los ojos en blanco mientras recibía una mirada asombrada por parte de Abby—. En serio, ¿Alexa?

Chase torció su cuello hacia ella para observarla con un semblante más serio, sin dejar de caminar.

—¿Ocurre algo con Alexa? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Por Dios... —susurró esta vez acercándose más ante la mirada mosqueada de él—. Cada semana está con uno...

—¿Y? —La interrumpió. Luego le sonrió—. No le pedí precisamente matrimonio. —Aquella contestación hizo que Abby resoplase—. Pero volviendo al tema que nos interesa. ¿Dana suele prepararte...?

—No —comentó ella colocando su dedo índice ante él—. Ese tema no nos interesa.

Chase cogió su mano y la bajó.

—Y tanto que sí —rio—. ¿O qué ocurre? ¿Podemos hablar de mis relaciones pero no de las tuyas?

—Pero es que yo no tengo ninguna relación —Se quejó.

—Ya, ¿y por qué será? —preguntó enarcando una ceja hacia ella.

Aquel comentario hizo que ella lo observase mosqueada.

—¿Qué insinúas? —Chase se encogió de hombros con inocencia—. No las tengo porque ninguno de ellos me ha interesado. Si quisiese ahora mismo tendría dos —canturreó mientras volvía a poner dos dedos ante él.

Chase apartó de nuevo su mano.

—Deja de poner los dedos delante de mis ojos, ¿o es que quieres dejar a tu comandante ciego y que pilote con un parche en el ojo?

Ella rio divertida mientras bajaba las escaleras.

—Seguro que debe tener su morbo.

—Y si además es azul marino iría a juego con el uniforme así que... —continuó él también con la broma—. Por cierto —prosiguió en un tono más animado—. ¿Viste el horario del mes que viene?

—Destacamento a Londres. Vuelo Londres-Las Vegas —dijo ella.

—Genial —indicó—. Aunque para esas fechas suele estar bastante masificada.

—No he estado nunca —confesó ella.

—Es mi octavo destacamento en esa ruta. —Resopló—. Hace dos semanas me mandaron al Caribe.

Ella lo observó de la cabeza a los pies.

—Ya decía yo que estabas bastante moreno para ser invierno.

Chase hizo un gesto gracioso.

—Estuvo bastante bien —Indicó con un movimiento de cabeza hacia delante, hacia Stephanie—. Voló conmigo en ese trayecto.

—Ahhhh.

De acuerdo, ahora lo comprendía todo. Con razón la conocía y recordaba su nombre... había pasado toda una semana con ella en el Caribe hasta que había llegado el relevo.

—¿Punta Cana? —preguntó. Chase asintió—. Nunca me envían a destacamentos en el Caribe. El mejor en el que he estado ha sido...

—Shanghái —dijo él—. Lo recuerdo. Estuviste maldiciendo el picante durante un mes.

Aquello le hizo reír. Salieron a la zona próxima a las pistas de despegue y aterrizaje para esperar a que pasasen a buscarlos.

Chase se acercó a Declan y colocó una mano en su hombro.

—Eres el sobrecargo, ¿no? —Declan asintió—. Recuerda que a la hora en ruta puede haber turbulencias.

—Estaré al caso. No serviremos nada en la segunda parte del viaje.

—Chase —dijo Dana acercándose—. Hemos planeado hacer una cena de Navidad parte del equipo de la base de Nueva York.

—Ah, ¿sí? —preguntó Abby desde atrás. Primera noticia que tenía.

Dana asintió y volvió su atención hacia el comandante.

—¿Qué día? —preguntó él.

—El diecinueve de diciembre.

—No sé si tengo vuelo —dijo sacando de su bolsillo el móvil.

Abby extrajo también el suyo.

—Yo no podré ir. Mi familia viene a verme y mi abuela se aloja conmigo —Le recordó.

—Bah, tonterías —rio Dana—. Es una cena informal. A tu abuela nos la traemos.

Abby suspiró.

—Danaaaa —susurró mientras cerraba los ojos armándose de paciencia. Lo peor de todo es que sabía que hablaba en serio.

—Podría ir. Estoy de libranza —informó Chase guardando el móvil de nuevo en su bolsillo—. ¿Quiénes seremos?

—Pues de momento: Stephanie —La señaló a ella—, Henry, Declan, Abby...

—Que no sé si podré ir... —repitió ella con paciencia.

—La abuela de Abby que se llama Madison y es muy maja —continuó Dana ignorando a su amiga, lo que hizo reír a Chase mientras escuchaba el largo suspiro de Abby justo detrás de él—, y tú. —Se encogió de hombros—. Enviaré un correo electrónico como el año pasado para que los compañeros con base en Nueva York me confirmen.

Chase asintió.

—La cena del año pasado estuvo muy bien. Lástima que tuve que irme pronto —recordó él.

—Este año no tendrás excusa —sonrió Dana.

Se apartaron de la acera cuando el minibús se detuvo ante ellos para llevarlos hasta su avión.

Chase se adelantó para entregarle el documento al conductor e informarle de qué avión era el suyo mientras el resto de la tripulación se sentaba en los asientos.

Dana se sentó detrás de Abby e inmediatamente se apoyó en su asiento.

—Podemos invitar a la cena de Navidad a Ruby. —Abby se giró para observarla. Dana le indicó con un movimiento de cabeza hacia Chase que seguía hablando con el conductor—. Estaría bien contenta de venir.

—Sí, supongo que sí...

5

Eran las cinco de la tarde cuando los pasajeros ya se acomodaban en los asientos. Al menos parecía que no se iba a retrasar más el vuelo y a las diecisiete y veinte tal y como se había programado por última vez se realizaría el despegue.

Estaba esperando en la entrada del avión cuando una de sus compañeras apareció con un pequeño que no dejaba de hablar.

—Pues ya verás qué bien te lo pasas hoy —dijo Judith.

—Síiiii —respondió el pequeño cogido de la mano a la azafata—. Y, ¿vamos a ir muy rápidos?

—Sí, pero no lo notarás. —Judith se colocó ante Abby—. Mira Thony, ella se llama Abby, te acompañará en el vuelo y estará contigo.

—Hola, Thony —comentó Abby tendiendo su mano—. ¿Tienes ganas de volar? —Le preguntó con una gran sonrisa.

—Sí —respondió, el niño parecía realmente emocionado—. Y de ir rápido.

Aquel comentario hizo reír a Abby. Desde luego los niños tenían unas salidas increíbles. El niño tenía unos preciosos ojos azules y el cabello de color dorado.

—Vale, pues si me acompañas te llevaré al asiento que tenemos reservado para ti en el avión—dijo tendiéndole la mano.

Thony se soltó rápidamente de la mano de Judith y se cogió a la de Abby.

—Asiento dos A —explicó Judith mientras le daba el billete a Abby—. Adiós. Thony —dijo pasando una mano por encima de su cabeza—. Que te diviertas mucho en el vuelo.

Abby se giró y observó a toda la tripulación esperando a que pasase con el niño, aunque la reacción del menor hizo sonreír a todos los presentes.

—¡Holaaaa! —gritó con alegría.

Todos lo saludaron con una gran sonrisa.

—Mira Thony, te voy a presentar a los miembros de la tripulación —dijo conduciéndolo hacia delante—. Ella se llama Stephanie.

—Hola, Thony —respondió con una gran sonrisa.

—Él es Declan, ella Dana. —Señaló al segundo de a bordo—. Él es el segundo comandante y él es el comandante Hudson, el piloto, el que nos va a llevar a casa.

El niño no paraba de saludar con la mano, emocionado ante aquel recibimiento. Aunque todos se asombraron cuando se soltó de la mano de Abby y dio un paso hacia delante.

—¿Esa es la cabina? —preguntó con una gran sonrisa y miró a Abby que cogió su mano de inmediato.

—Sí, desde ahí pilotan los comandantes el avión.

—¡Qué chulo! —gritó entusiasmado.

Abby comenzó a reír.

—Sí, ¿eh? —dijo mientras se agachaba para quitarle el abrigo—. Mira, vamos a dejar el abrigo arriba en el compartimento para que estés bien cómodo durante el viaje.

El niño colaboró quitándose el abrigo, con una gran sonrisa iluminando su rostro.

Lo cierto es que cuando volaban con niños no sabían lo que iban a encontrarse. Algunos de ellos reaccionaban muy mal y llevaban fatal eso de viajar solos, sin embargo, Thony, aquel precioso niño de ojos azules, los tenía a todos encandilados con su alegría.

—Mira, este es tu asiento... —Señaló Abby a la segunda fila. Thony corrió hacia allí para sentarse mientras ella guardaba el abrigo en la parte superior.

Cuando Thony hizo intención de subirse al asiento la voz de Chase lo detuvo.

—Eh, Thony —dijo inclinándose hacia él—. ¿Quieres ver la cabina? —Le preguntó con una sonrisa.

El niño lo miró con ojos muy abiertos, emocionado, incluso formó una O con su boca.

—Síííí —dijo dando unos pasos rápidos hacia la mano que Chase le tendía.

—Vale, pero no se puede tocar nada —comentó cogiéndolo de la mano—.

Mejor hacemos una cosa —dijo agachándose y cogiéndolo en brazos. De aquella forma lo controlaría mejor.

Las auxiliares de cabina se apartaron para dejarles pasar.

—Alaaaaaa... —susurró Thony abrazándose a los hombros de Chase mientras entraban en cabina—, ¡Qué grande es!

—¿Sí? ¿Tú crees? —preguntó incrédulo. Desde luego, cuando se era pequeño todo parecía más grande de lo que en realidad era.

—¡Y cuántos botones! —gritó entusiasmado, mirando en todas direcciones.

—Sí, cada uno sirve para una cosa.

—¿Y el volante? —preguntó el niño buscándolo.

Chase dio un paso al frente y lo señaló.

—Con esto dirigimos el avión hacia donde queremos.

—Pero si parece un palo —pronunció el niño sorprendido y luego miró a Chase con los ojos muy abiertos.

—Sí, Thony... lo acabas de descubrir, pero no se lo digas a nadie. Volamos los aviones con palos —bromeó. El niño comenzó a reír—. ¿Te gusta?

—Sí, yo de grande seré piloto —Se señaló a sí mismo.

—¿Sí? ¿Seremos compañeros de trabajo? —preguntó Chase mientras se giraba ya para salir de cabina.

Lo dejó en el suelo y rio, pues no le llegaba ni a la cintura.

—Sí, y volaré un avión muy rápido —comentó convirtiendo sus manos en puños y subiéndolas a la altura de sus mejillas, mientras daba saltitos emocionado.

—Pues tienes que estudiar mucho, ¿eh? —Le señaló con el dedo. Thony asintió—. Y cuando estés preparado me llamas que te contrataré.

El niño lo miraba asombrado y dio unos saltos, loco de contento.

Abby rio al ver las expresiones de felicidad y alegría del pequeño.

—Vamos, Thony, hay que prepararse para el despegue. Hay que sentarse y atarse el cinturón.

—Pero... yo quiero llevar el avión —dijo con la mirada hacia Chase, con una clara súplica emocionada.

Abby miró a Chase riendo y con una ceja enarcada. A ver cómo salía de esta.

—Por supuesto minicomandante, si me canso le avisaré para que me sustituya, ¿estará preparado?

Thony asintió rápidamente y se sentó.

Abby le puso el cinturón.

—Muy bien, pues cuando despegue el avión vendré a verte. —Se puso erguida y señaló a la parte de arriba, hacia la luz—. Mira, ¿ves esta luz con forma de cinturón de seguridad? —Thony asintió rápidamente—. Cuando estemos volando habrá un momento en que se apagará, y entonces vendré aquí contigo. Me sentaré aquí delante, ¿de acuerdo? —preguntó señalando a un asiento que había de cara a ellos.

Pocos minutos después incrementaban la velocidad por la pista de despegue y se elevaban al cielo. Abby no perdió de vista al niño, pues muchos se asustaban ante la mínima sensación de ingravidez. Ese no era el caso de Thony, que miraba emocionado en todas direcciones e incluso intentaba levantarse para ver desde allí por la ventanilla.

Cuando apagasen la luz de los cinturones le llevaría un muñeco y un cuaderno con el que colorear y mantenerse entretenido. Aunque, bien pensado, casi hubiese sido mejor ponerlo al lado de la ventana. Normalmente no era partidaria de ello, pues muchos niños se asustaban por la impresión, pero desde luego Thony estaba hecho de otra pasta.

Cuando por fin pudo levantarse fue hacia uno de los armarios y lo abrió buscando uno de los cuadernos. Cogió una cajita con cinco colores y fue hacia Thony.

—¡Hola! —exclamó arrodillándose a su lado—. ¿Todo bien?

—Sí... ¡qué divertido! ¿Cuándo me llamarán para llevar el avión? —dijo con ansiedad.

Abby rio y bajó la bandeja ante él.

—Pues hay que esperar a ver si el comandante se siente cansado. Mira —dijo mostrándole un cuaderno—, te he traído esto para que pintes mientras esperas a que te llamen, ¿te apetece pintar?

El niño asintió rápidamente y cogió el cuaderno y los lápices que Abby le ofrecía. Abrió la primera página y señaló el dibujo de un avión que era pilotado por un niño. Abrió los colores y señaló el avión a Abby.

—Va a ser de color rojo. Mi avión será de ese color —comentó divertido mientras cogía el color rojo y comenzaba a colorear el dibujo.

—Estupendo, pues oye... cuando acabes de pintarlo me lo enseñas, ¿de acuerdo?

—Sí. —Luego la miró lleno de curiosidad—. ¿Vamos muy rápidos?

—Sí, mucho —contestó con una sonrisa.

—¿Y la puerta no se abre?

Aquella pregunta cogió a Abby desprevenida. Aquel niño sentía una gran curiosidad por todo lo relativo a los aviones. Se agachó de nuevo a su lado y cogió su manita.

—Te voy a explicar una cosa. —El niño sonrió con ganas de saber—. Las puertas no se pueden abrir cuando el avión está en el aire, solo cuando está en tierra, ¿y sabes por qué? —Thony negó de inmediato—. ¿Sabes lo que es la presión? —Thony negó—. Es la fuerza que ejerce un objeto sobre otro. En este caso, la presión que hay dentro del avión es más grande que la presión que hay fuera, así que es totalmente imposible abrir la puerta. —Thony la miró intrigado, como si no comprendiese muy bien los términos, aunque intentaba hacerlo—. De una forma fácil, aquí dentro hay unos mecanismos, unas cositas, que hacen fuerza para que el aire no se la lleve. Y aunque se la llevase no pasaría nada —dijo rápidamente para que no se asustase—. Es imposible que se abra.

—Ahhhhhh, pero ¿si se abre saldríamos volando?

Ella rio.

—No, nos quedaríamos aquí dentro, solo que haría más frío —bromeó ella.

—Ahhh... qué chulo.

Abby chasqueó la lengua.

—No, no es chulo, pasaríamos mucho frío.

El niño se llevó la mano al oído y se lo señaló.

—Me hace piiiiiiiiiii.

—Es normal, ¿te duele? —Thony negó—. No pasa nada, eso es porque estamos muy altos.

Thony asintió mientras intentaba arrodillarse en el asiento para mirar por la ventanilla.

—¿Y cuándo podré llevar el avión? —preguntó de nuevo emocionado.

Abby miró pensativa hacia la cabina de vuelo y se giró hacia él.

—Luego hablaré con el comandante.

—Vale —dijo él dando unas palmas. Cogió el lápiz y volvió a colorear.

Abby recorrió el pasillo observando que algunos pasajeros ya se habían quitado el cinturón cuando su compañera Dana, desde delante, extrajo el carrito para ofrecer alguna bebida o café a los pasajeros.

Recorrieron todo el avión sirviendo cafés, zumos e incluso alguna copa de vino.

Para cuando volvían a recorrer todo el avión con el carrito de la basura ya habían llegado casi a la mitad del trayecto.

—¿Cómo va, Thony? —preguntó al pasar por su lado.

—¡Mira! —Le mostró el dibujo coloreado.

—Caray, qué artista estás hecho —dijo mientras seguía caminando—. ¿Vas a pintar otro?

—Sí, este —dijo enseñándole otro avión, aunque este era de combate—. Este será de color... amarillo —dijo mientras cogía el color y comenzaba a colorear.

Dana se encargó de vaciar la basura. Declan cogió el teléfono para hablar con cabina mientras Stephanie recorría el pasillo para atender a uno de los pasajeros que había encendido la luz para solicitar asistencia.

—Activarán el aviso del cinturón en diez minutos por turbulencias leves.

Abby miró directamente hacia Thony.

—Le subiré la bandeja —pronunció, aunque en ese momento la puerta de cabina se abrió y Chase enseñó la cabeza—. Declan, adentro. Será un minuto —Le pidió mientras se echaba a un lado para que el sobrecargo entrase en cabina. Su mirada coincidió un segundo con Abby—. ¿Hay alguien en el aseo? —Ella se giró y negó—. Bien —dijo dirigiéndose a él—. ¿Cómo va nuestro pequeño comandante? —preguntó mientras Declan se encerraba en cabina con el segundo de a bordo mientras él iba al aseo.

—Con muchas ganas de saber. ¿Te puedes creer que me ha estado preguntando por qué no se abre la puerta? —Señaló con un movimiento de cabeza—. Y mejor que no te vea o va a querer entrar a pilotar —bromeó—. Ya me ha preguntado varias veces que cuándo ibas a avisarlo.

—¿En serio? —preguntó divertido—. Menudo fiero.

—Sí, no sé para qué has tenido que decirle algo así... está emocionadísimo.

Chase chasqueó la lengua mientras entraba en el reducido espacio del aseo.

—Mujer, es un niño... así estará más tranquilo.

—Creo que lo has puesto más nervioso.

Chase miró en dirección al pequeño que seguía coloreando sus dibujos.

—Parece entretenido —Volvió la mirada hacia ella—. Retírale la bandeja, en diez minutos atravesaremos un frente de turbulencias —ordenó antes de cerrar la puerta.

Abby se despidió de Thony moviendo su mano. La acompañante contratada en el aeropuerto de Nueva York lo esperaba nada más abrirse la puerta para que pudiese salir el primero.

—Qué encanto de niño. —Había dicho Dana mientras revisaba los asientos vigilando que los pasajeros no hubiesen olvidado nada.

No sería la primera vez que debían dirigirse a la sección de objetos perdidos para entregar móviles, libros o incluso algún bolso.

Chase salió de la cabina de vuelo junto con Henry y miró al asiento de Thony, luego recorrió todo el avión con la mirada.

—Así que el renacuajo se ha tomado en serio lo de pilotar... —rió. Se giró hacia Henry con una sonrisa—. Por lo visto ha estado insistiendo en cuándo lo íbamos a llamar.

—Qué peligro de niño —rió Henry.

Abby cogió el bolso que guardaba en el armario y lo colocó en su hombro.

—Lo mejor de todo es que si le hubieses dejado no hubiese tardado ni un segundo en ponerse a ello.

—Le auguro un buen futuro profesional —rió Henry.

—Ese niño nos jubilará a nosotros —rió Chase mientras se ponía la gorra. Miró a toda la tripulación—. ¿Ya está todo revisado?

—Sí, comandante —pronunció Stephanie.

—De acuerdo, pues vámonos. Ya está esperando el minibús.

Eran las siete de la tarde cuando finalmente firmaban en las oficinas de la compañía informando de su llegada.

—Bien —dijo Chase—. Pues hasta la próxima, voy a cambiarme —Se despidió mientras se dirigía a los vestuarios—. Por cierto —miró a Dana—, ya me informarás de dónde es la cena.

Dana asintió y se cogió de la mano de Declan.

—Hasta la próxima —canturreó—. Abby, ¿te vienes con nosotros?

Chase se giró y miró a Abby que afirmaba.

—Sí, por favor... —dijo ella entregando el documento—. Paso de coger un taxi ahora, ¿seguro que no te importa acercarme a casa?

—No, mujer... faltaría más —dijo Declan.

—¿Nunca usas los vestuarios? —preguntó Chase pasando por su lado, aunque con un ligero toque cómico.

Ella enarcó una ceja.

—Prefiero cambiarme en casa. —Sonrió hacia él mientras se colocaba el

bolso en el hombro y se giró hacia Declan y Dana que avanzaban hacia la puerta de las oficinas—. Tú les sacas mucho más partido... —Chase arqueó una ceja deteniéndose a unos pasos de ella—, a los vestuarios me refiero —remarcó en tono de broma.

Chase se quedó observándola y se quitó la gorra.

—Una pena...

—¿Una pena qué?

Chase se encogió de hombros, chasqueó la lengua como si se resignase y comenzó a alejarse, aunque se giró para sonreírle de forma atrevida.

—Que no uses los vestuarios —pronunció. Aquello hizo que ella se cruzase de brazos y diese unos golpecitos con el pie en el suelo. Esa reacción hizo que Chase sonriese más antes de cruzar la puerta rumbo a los vestuarios—. Hasta la próxima, Abby.

—Menudo caradura —susurró ella al verlo desaparecer.

Salió de las oficinas y siguió a Declan y a Dana por el aeropuerto. Por suerte, ambos habían dejado su vehículo aparcado en el garaje particular de los trabajadores del aeropuerto.

Fuera hacía frío, mucho frío. Esa tarde no debían superar los siete grados centígrados.

—Dicen que para la semana que viene se prevén nevadas —explicó Declan mientras llegaban al vehículo—. ¿Vuelas? —preguntó mirando a Abby que abría la puerta trasera y se introducía en el coche.

Soltó el bolso a su lado y se frotó las manos.

—Por Dios, pon la calefacción. —Cuando Declan arrancó el vehículo la encendió, aunque aún tardaría un par de minutos en salir aire caliente—. Sí, tengo unos cuantos. Y hago noche en Mérida, México.

Dana se giró desde el asiento delantero.

—A Mérida fuimos nosotros hace un par de años de viaje. Es impresionante.

Declan la miró recordando.

—Era donde estaba el yacimiento arqueológico maya, ¿no?

—Sí —respondió Dana.

—Pues está muy bien, aprovecha si puedes. Merece la pena verlo.

—Dudo que pueda —respondió Abby aún frotándose las manos—. Creo que el vuelo llega a las cinco y poco de la tarde y sale el relevo al día siguiente a las diez de la mañana. Apenas tendré tiempo de hacer nada.

Dana chasqueó la lengua y se giró.

—Pues qué pena. —Se quedó pensativa unos segundos y miró al frente mientras salían ya del aeropuerto—. ¿Vamos a cenar algo rápido?

—Por mí perfecto —dijo Abby—. Tengo mucha hambre.

—Yo también —interrumpió Declan—. ¿Adónde queréis ir?

—Eh, ¿avisamos a Ruby? —preguntó Dana—. Así la informamos de la cita.

Abby se acercó a los asientos delanteros.

—¿Ya le has planeado la cita?

Declan se giró un segundo hacia ella antes de detenerse en un semáforo.

—Sí, este sábado —comentó con una gran sonrisa.

Abby se quedó observándolo. Declan era un encanto, de hecho, nada más verlo ya se intuía. Tenía el cabello rubio oscuro y unos ojos marrón verdosos enormes, aunque lo más llamativo eran las pecas que tenía en las mejillas y que le daba un aspecto travieso.

En ese momento sonreía, como si la situación le divirtiese. Dana tecleaba frenéticamente en el móvil avisando a Ruby para ir a buscarla. ¡Menudo par!

—Desde luego, estáis hechos el uno para el otro —susurró mientras se apoyaba de nuevo en el asiento.

6

La verdad, cuando viajaba con gente con la que no tenía tanta confianza era todo mucho más aburrido.

Se había sorprendido a sí misma buscando por el aeropuerto al comandante Chase Hudson, pero era bastante difícil coincidir con él si no tenían el mismo vuelo.

Suerte que en diez días viajaría a Londres y de Londres a Las Vegas. Allí podría verlo, además, también iría acompañada de Declan y Dana.

Aquella última frase de él la había dejado noqueada.

¿Que usase los vestuarios? Bueno, ya todos sabían que a Chase le gustaba usar el vestuario para algo más que cambiarse de ropa. Sabía que bromeaba constantemente con ella, y no es que ella se cortase tampoco un pelo. Aquellos últimos años sus bromas no habían cesado y con ello aumentaba su confianza, pero... quizá sí debería usar el vestuario de allí, solo por ver qué pasaba. Una sonrisa traviesa inundó su rostro mientras se quedaba absorta mirando el logo de la compañía.

—Disculpe, necesito la firma —preguntó el administrativo que esperaba ante ella.

—Sí, sí... perdón —respondió bajando de las nubes.

Firmó conforme que había llegado del vuelo procedente del Aeropuerto Internacional Niágara, en Búfalo. Un vuelo de una hora y veinte minutos que le había hecho pasar gran parte del día allí. Por suerte había comido con sus compañeros de vuelo y para las 17:30 ya despegaba el avión que la llevaría hasta Nueva York. Un vuelo sin ninguna incidencia. Un vuelo aburrido.

Salió del aeropuerto rumbo a la zona de taxis. Rara era la vez que cogía su propio vehículo. No le gustaba conducir por las calles de Nueva York, así que si podía cogía el metro o bien un taxi. De hecho, se había planteado

comprarse una moto, aunque debía recalcar que no le gustaban nada.

Era extraño: no tenía miedo a encontrarse a una altura de diez o doce mil metros, pero sí a circular por las calles de Nueva York.

Nada más conseguir el taxi e indicarle la dirección encendió el teléfono móvil.

No tardaron más que unos segundos en llegar los mensajes. Se mordió el labio cuando vio que uno de los privados era de Jack, otro era de sus amigas.

Abrió primero el de Jack.

Jack: Hola Abby, ¿qué tal estás?

Jack: Perdona que no te haya escrito antes.

En ese momento ella enarcó una ceja, ¿que la perdonase? Una sonrisa de incredulidad apareció en su rostro.

Jack: Aprovechando que es viernes he pensado que quizás te apetecería quedar a tomar algo...

Miró el mensaje, eran de las seis de la tarde. Miró la hora, eran las ocho y diez. Resopló y fue directa al privado con sus amigas. Por un lado, no le iría mal quedar y distraerse, había tenido una semana horrible, pero por otro lado él no era el más indicado para entretenerla y, además, no quería que se hiciese ilusiones. Por lo visto Jack sí estaba interesado en ella, o al menos eso creía.

En el grupo que tenía con sus amigas hablaban de la cita de Ruby.

—Es verdad —susurró Abby.

No lo recordaba, Dana había organizado la cita entre Ruby y Dave para aquella tarde. Comenzó a leer los mensajes que se iniciaban diez minutos atrás.

Ruby: Acabo de llegar a casa.

Dana no había tardado más que unos segundos en contestar.

Dana: ¿Cómo ha ido?

Ruby: ¡Genial! ¡Es majísimo!

Dana: 😊

Dana: ¡Lo sabía!

Dana: Sí, Dave es un encanto.

Ruby: Hemos quedado para cenar mañana.

Dana: Ohhhhh, ¿en serio?

Dana: Le has tenido que gustar, no es un chico que se ande con rodeos.

Aquello sorprendió a Abby.

Ruby: No sé... je je

Ruby: Pero ha sido una cita muy agradable, lo he pasado en grande.

Dana: Seguro que sí. Si no no te diría de quedar otra vez, créeme.

Dana: ¿Y dónde vais mañana?

Ruby: Me ha dicho que es sorpresa.

Ruby: Me pasará a buscar mañana a las ocho de la tarde.

Dana: ¿Sorpresa? Uooooooooo.

Abby comenzó a reír. Vaya, vaya con Ruby, tanto negarse a tener una relación y ahora todo hacía presagiar que iniciaría una más pronto que tarde.

Intervino en la conversación.

Abby: Holaaaa

Abby: Ya estoy aquí.

Abby: ¡Qué bien, Ruby!

Abby: Cuenta, cuenta...

Dana: Hola Abby, ¿ya has aterrizado?

Abby: Sí, ahora mismo he subido al taxi.

Ruby: Pues la verdad, no quiero hacerme ilusiones.

Ruby: Pero tengo ganas de volver a quedar con él.

Abby: Dana, plantéate lo de abrir una agencia matrimonial 😊

Dana: Bueno, al menos con ella parece que ha funcionado más que contigo.

Dana: Tengo que volver a centrarme en ti.

Abby abrió los ojos al máximo.

Abby: 😊

Abby: No hace falta.

Abby: Dame un tiempo de relax.

Dana. ¿Cuánto?

Abby enarcó una ceja.

Abby: ¿Cómo que cuánto? Era una pregunta retórica.

Dana: Necesito un tiempo estimado.

Abby puso los ojos en blanco.

Ruby: Eh, Abby, deja que te prepare otra cita. Es divertido.

Abby: Ya me ha preparado dos, además, no me apetece.

Abby: Ahora mismo estoy en plan relax.

Dana: Te voy a dar de margen un mes.

Abby: 🙄

Dana: Si en un mes no te has montado tú una cita por tu cuenta te busco yo una, ¿vale?

Abby no contestó.

Dana: Declan tiene muchos amigos.

Dana: ¿De acuerdo?

Dana: Eh... Abbyyyyyyy

Abby resopló.

Ruby: Abby se ha asustado jaja

Abby: No me he asustado.

Abby: Dana, cuando quiera una cita tranquila que ya te la pediré 😊

Dana: El plazo de un mes comienza a contar desde mañana mismo.

Dana: Así que tienes cuatro semanas para montarte una cita o si no...

Abby: ¿Cómo que un mes?

Dana: Y da gracias que es Navidad y estoy generosa 😊

Abby: 🙄

Puso los ojos en blanco. Lo mejor sería cambiar de tema, con suerte se le olvidaría, aunque lo creía poco probable. Seguramente ahora mismo estaría apuntando en su agenda la fecha límite.

Abby: Chicas, tengo un problema.

Ruby: ¿Qué ocurre?

Abby tragó saliva.

Abby: Respecto a la cita que tuve con Jack, ¿recordáis?

Ruby: “El agotador”.

Abby: Sí, ese.

Dana: No digáis eso, que es buen tío.

Abby: No digo que no sea buen tío...

Abby: Pero de verdad, no me gusta como para tener una relación con él.

Dana: Ya, bueno, sobre gustos... jeje

Abby: Pues me ha escrito un mensaje para quedar.

Dana: ¡Queda con él!

Ya se había imaginado que Dana diría aquello.

Abby: No puedo Dana.

Abby: Creo que le gusto.

Abby: Y no quiero herirle o darle falsas esperanzas.

Abby: El problema es que es amigo de Declan.

Dana: ¿Y?

Dana: No estás obligada a quedar con él por el hecho de que sea amigo de Declan. Si no quieres quedar con él no quedes.

Dana: La verdad, Jack es un poco enamorado...

Dana: Ya le pasó con una compañera de trabajo.

Abby: ¿Qué?

Dana: Jack le explicó a Declan que se había enamorado de una de sus clientas.

Ruby: ¿En serio?



Dana: Sí, se obsesionó un poquito con ella jeje

Dana: No es peligroso por eso 😊

Dana: Pero yo simplemente te lo presenté, quedaste con él y, si no te gusta, pues ya está.

Dana: Declan y yo no pintamos nada más ahí.

Sintió cierto alivio. Una de las cosas que la habían frenado a la hora de contestarle era el hecho de que fuese amigo de Declan. No quería que al rechazarlo se pudiese sentir herido.

Dana: Por cierto, tú Ruby tienes una cita mañana, pero Abby...

Dana: ¿Te apetece ir mañana de compras?

Dana: Necesito pantalones 😊

Abby: Claro, estupendo.

Pagó la carrera al taxista y bajó del taxi rumbo a su piso. En cuanto se subió al ascensor abrió el privado con Jack y decidió contestarle. Aunque Dana le había dicho aquello no quería ser maleducada y mucho menos herirle, simplemente no era el tipo de hombre que ella buscaba. Echando la siesta sí, pero nada más.

Abby: Hola Jack, perdona que no haya respondido antes.

Abby: Acabo de llegar de un vuelo y estoy agotadísima.

Apretó los labios y tragó saliva. Mejor una mentira piadosa.

Abby: Me sabe fatal, pero ahora con la Navidad a la vuelta de la esquina se incrementan los vuelos.

Abby: Y voy a tope de trabajo.

Jack no tardó en responder.

Jack: Hola, Abby.

Jack: Claro, comprendo. La gente viaja mucho en estas fechas.

Jack: No te preocupes. Descansa.

Aquella respuesta la conmovió. Le dio lástima. Quizá estuviese siendo muy dura con él. No era mal chico.

Salió del ascensor y abrió la puerta. Quizá por un café no pasaría nada,

así podría tantear mejor el terreno.

Abby: No sé qué te parecerá la idea, o si podrás.

Abby: El domingo podríamos tomar un café.

Abby: Sería rápido. De cuatro a cinco... porque luego tengo un vuelo programado.

Jack tardó un poco en contestar.

Jack: Claro, sin problema. El domingo me va perfecto.

Jack: Si quieres te paso a buscar.

Abby: No, tranquilo. El domingo por la mañana, cuando lo tenga todo atado, te confirmo el sitio, ¿de acuerdo? Por si te va bien.

Jack: De acuerdo.

Jack: Hasta el domingo.

Se apoyó contra la puerta de su piso y suspiró.

Le daría otra oportunidad, pequeña, que no pudiesen decir que no lo intentaba. De aquella forma estaría segura de no estar prejuzgándolo. Puede que solo hubiese estado nervioso en la primera cita.

De acuerdo, definitivamente aquello había sido un error.

El día anterior había ido con Dana de compras. Aquello era un verdadero peligro, pues Dana siempre la instaba a probarse vestidos, camisetas, pantalones, faldas... y finalmente ella también había caído y se había comprado varias cosas. Un vestido, un pantalón, dos jerséis y una camisa.

De hecho, Dana le había dicho que el vestido que había comprado de color verde quería que se lo pusiese para la cena de Navidad que iba a preparar.

—Fue estupendo —comentó Jack—. La verdad es que se quedaron a cuadros cuando les hice los números delante de ellos y vieron que se ahorraban mucho más conmigo... si me contrataban a mí.

Abby tragó saliva y miró disimuladamente el reloj.

Llevaba más de tres cuartos de hora hablando. Los diez primeros minutos se había sorprendido, pues Jack le había preguntado por sus vuelos, qué hacía en los aeropuertos mientras esperaba... de hecho, parecía interesado en su

trabajo.

Sin embargo, todo había cambiado con la siguiente frase...

—Tienes una profesión increíble, pero... para increíble lo que conseguí el otro día —rio—, ¿recuerdas que te dije que había quedado con una de las mejores compañías de zapatos a nivel estatal? ¡Pues lo logré! Los tengo ahora mismo en la cartera de clientes....

—Vaya, muchas felicidades —comentó Abby con una sonrisa.

Jack se encogió de hombros y le sonrió de forma un tanto egocéntrica.

—Bueno, el que vale, vale —confirmó refiriéndose a él—. La reunión comenzó un poco floja, de hecho, el propietario de la empresa me plantó delante de mis narices el seguro que tenía contratado. ¡Ah! Pero yo ya me los conozco todos... —La señaló a ella—. Ya te dije que una de las cosas más importantes para un gerente financiero es conocer perfectamente la competencia y el mercado... Pues bien, revisé su póliza en solo unos minutos. ¡Aluciné! Primero, su póliza, en las contingencias comunes, incluía...

Y ahí Abby había desconectado. ¿Acaso no se daba cuenta de que ella se aburría?

Estaba bien que le explicase su trabajo, pero es que desconectaba de tal forma de su entorno... Solo hablaba de él y de sus logros. No le gustaban las personas vanidosas y que se jactaban continuamente de sus triunfos.

Volvió a mirar el reloj, los minutos pasaban demasiado despacio. Por suerte le había dicho que a las cinco tenía que marcharse.

—La semana que viene tengo otra reunión con uno de los principales bancos del país. ¿Conoces a...?

—Jack —interrumpió ella, él se calló de inmediato—. Disculpa, pero tengo que irme...

Aquello lo pilló desprevenido y miró su reloj.

—Aún quedan siete minutos —remarcó él.

Ella sonrió nerviosa y se levantó directamente.

—Era una hora estimada. —Cogió el bolso mientras se ponía en pie y extrajo su monedero—. Estoy nerviosa de que no me dé tiempo a prepararlo todo —Se excusó.

—Ya te invito yo —indicó sacando la cartera del bolsillo.

—No, no... —Se adelantó hacia la barra—. El otro día me invitaste a cenar, deja que te invite al menos a un café.

Jack la miró, sonrió y asintió como si le diese su permiso.

—De acuerdo.

Se acercó a la barra y se apoyó sobre ella tendiendo el brazo al camarero.
—Por favor, ¿me puede cobrar los dos cafés? —preguntó con urgencia.

Dios, necesitaba salir de aquel bar y tomar aire fresco, pero, ante todo, deseaba unos minutos de silencio. Aún no comprendía cómo podía hablar de aquella forma. ¿Respiraba por los oídos? Si algo le había quedado claro era que era un buen vendedor de seguros. ¿Cómo no iba a serlo? ¡No se callaba! La gente le compraría el seguro solo para que se callase. Hasta ella misma se había planteado contratar alguno para que así dejase de hablarle de ello.

El camarero la miró confundido por su tono de súplica y cogió los dólares.

—Quédese con el cambio —sonrió ella mientras se daba media vuelta. Jack la esperaba en la puerta, dispuesto a abrirla para dejarla pasar primero.

Lo miró, suspiró y se dirigió hacia allí. Unos minutos más y sería libre.

Pasó a su lado y cuando salió a la calle sus cabellos se movieron por el viento.

—¿Quieres que te acerque? He dejado el coche...

—No, tranquilo —respondió ella mientras tendía su mano hacia delante para estrecharle la suya y despedirse de él. Al menos esperaba que pillase aquella indirecta—. Son cinco minutos en taxi. Pero te agradezco el ofrecimiento.

Jack cogió su mano con una leve sonrisa.

—Me alegro de haberte vuelto a ver —comentó sin soltar su mano.

Abby tragó saliva y se forzó a sonreír.

—Igualmente —Iba a soltarse, pero Jack la retuvo.

Se acercó un paso a ella, con una leve sonrisa y un suave rubor en sus mejillas, aunque no sabía bien si ese rubor era causado por el viento helado.

Abby enarcó una ceja y se puso en lo peor. Jack no soltaba su mano y parecía dudoso de decir unas palabras, aunque finalmente reunió el valor.

—Me gustaría invitarte a cenar la semana que viene...

—Ammmmm...

—Una cita formal —dijo rápidamente.

Abby parpadeó varias veces, estupefacta. ¿Una cita formal? ¿Más formal que estar casi una hora hablando de seguros?

Abby suspiró y se soltó de su mano delicadamente.

—Verás Jack, ahora estoy muy ocupada. Ya te lo comenté —explicó con delicadeza—, se incrementan las horas de vuelo y además este mes viene mi familia, así que no voy a tener mucho tiempo libre.

—Ah, ¿viene tu familia por Navidad? ¿De dónde son?

Ella parpadeó varias veces. Si se hubiese molestado un poco más en preguntar sobre ella lo sabría.

—De lejos... —acabó diciendo—. Pero no te preocupes —dijo dando un paso hacia atrás, no fuese que la volviera coger de la mano—, tenemos los teléfonos de contacto, así que... quizá en otro momento.

Jack ladeó su cabeza y le sonrió de una forma traviesa.

—Me lo vas a poner difícil, ¿eh? —bromeó.

Abby siguió dando pasos hacia atrás, aunque se le dobló el tacón al escuchar aquella pregunta y estuvo a punto de caer. ¿Que se lo iba a poner difícil? ¿Acaso pensaba que se estaba haciendo la estrecha?

Emitió una sonrisa nerviosa mientras un tic aparecía en el párpado inferior de uno de sus ojos. Se limitó a contestar como pudo.

—Ammm... que vaya bien, Jack. Felices fiestas —pronunció mientras se dirigía al paso de peatones para cruzar la calle aprovechando que el semáforo peatonal estaba en verde. Con suerte llegaría al otro extremo antes de que se pusiese en rojo.

—Te llamaré —prometió Jack elevando su mano hacia ella con una gran sonrisa de felicidad.

Ella lo saludó con una sonrisa, pero nada más llegar al otro extremo y subir a la acera cerró los ojos unos segundos y maldijo por lo bajo.

—Mierda, maldita sea... —susurró mientras iba rápidamente a la parada de taxis.

Aún no entendía cómo le había dado otra oportunidad. Aquella cita había sido más desastrosa aún que la primera.

Cuando se subió al taxi este arrancó y ganó distancia con la figura de Jack, cada vez más lejana. Se apoyó contra el respaldo del coche y emitió un largo suspiro.

—Hace frío, ¿eh? —comentó el taxista que parecía tener ganas de conversar.

Abby lo miró a través del retrovisor.

—Mucho —Le dio la razón mientras sacaba el móvil.

Dana: Sí que os ha dado fuerte, ¿no?

Ruby: Bueno, solo vamos a ir al cine.

Dana: Pero si vais a cita por día...

Estaba claro que la cita de Ruby con Dave del día anterior había sido mejor aún que la del primer día.

—Pero al no cuajar la nieve se quedan todas las aceras sucias —continuó el taxista.

Ella elevó la mirada y observó las aceras. Llevaba dos días nevando por la noche, aunque aún no había llegado la gran nevada del año que dejaría todas las calles blancas.

—Seguro que la semana que viene estará todo blanco y bien esponjoso —comentó ella con una sonrisa.

—Las mejores Navidades y las más bonitas son las blancas.

Ella asintió mientras guardaba el móvil en su bolsillo. Ya explicaría su segundo intentando de cita a sus amigas cuando llegase al piso. Ahora, por el momento, necesitaba algo de relajación y silencio. Desconectar de todo y evadirse.

—Y usted, señorita, ¿va a algún sitio en Navidad?

7

Tal y como Abby había pronosticado a la semana siguiente todo estaba nevado, incluso los días anteriores se habían cancelado algunos vuelos. Ahora que la tormenta había disminuido en intensidad se habían retomado los vuelos sin retrasos.

Aquellas fechas siempre la agotaban. La ciudad de Nueva York siempre acababa colapsada y, aunque le encantaba la Navidad, era el período del año que más detestaba para trabajar, pues eran numerosos los retrasos diarios en los vuelos programados.

El vuelo de Nueva York a Houston duraba tres horas y diez minutos. Había tenido que madrugar mucho aquel día puesto que su vuelo partía del aeropuerto de Nueva York a las siete y cincuenta de la mañana, por lo que a las cuatro ya estaba en pie.

Con el frío que hacía se había llevado el uniforme al aeropuerto y se había cambiado en los vestuarios.

Por suerte, en el momento del despegue no nevaba y el tiempo en Houston era mejor según el pronóstico.

El vuelo aterrizó en el Aeropuerto Intercontinental George Bush, en Texas, a las diez y cuarenta y nueve, y Abby había aprovechado para ir a tomar un café.

Se había planteado salir del aeropuerto un par de horas, pues hasta las cuatro y media no despegaba su vuelo y, por lo tanto, no tenía que estar en el briefing hasta las tres y media. Le quedaba un margen de casi cuatro horas libres, aunque viendo lo nublado del día y sin llevar un abrigo decente, pues solo vestía el uniforme, se había decidido por pasar el rato en el aeropuerto.

Podía aprovechar para leer, hablar con sus amigas e incluso ver alguna serie en el móvil, pues había dejado colgadas algunas hacía tiempo.

Las compañeras con las que había viajado aquel día no las conocía, era la primera vez que viajaba con ellas y, de hecho, ninguna de ellas se había ofrecido para ir a comer juntas.

Una de ellas había desaparecido nada más abrirse las puertas del avión, otra se había marchado a las oficinas de la compañía para intentar cambiar unos días de Navidad con algún compañero. Posteriormente se había enterado de que la primera de las auxiliares tenía familia en Houston y habían ido a verla.

Así, de repente, se había encontrado sola en un aeropuerto al que era la tercera vez que acudía y que, por lo tanto, no conocía muy bien, sin nada más que hacer durante las siguientes cuatro horas.

—Será posible... —susurró mientras daba un sorbo a su segundo café mirando la pantalla del móvil.

Había decidido distraerse por el Duty Free. Primero se había tomado un café para despertarse, luego había dado un paseo por las tiendas de ropa y de regalos y había vuelto al mismo bar a tomar un segundo café, esta vez descafeinado, donde había visto que hacían platos combinados.

Resopló y se pasó la mano por la frente mientras volvía a leer el mensaje.

Quizá hubiese sido mejor cortar por lo sano con Jack. Era el tercer mensaje que le enviaba.

El primero había sido al día siguiente de su última cita.

2 de diciembre

Jack: Hola Abby, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido el vuelo?

Abby: Hola, muy bien. Gracias.

Jack: Me preguntaba si te apetecería quedar a cenar algún día entre semana.

Había tardado más de dos horas en contestar.

Abby: Lo siento Jack, voy muy ocupada.

Jack: De acuerdo. Dime algo cuando te vaya bien.

Ni cuarenta y ocho horas después había insistido de nuevo.

4 de diciembre.

Jack: Hola, Abby. ¿Has decidido algún día?

Aquello la había puesto en tensión y se planteó si lo mejor era ser directa con él y decirle que no le interesaba, pero cuando comenzaba a escribir el mensaje siempre acababa dándole pena y lo borraba.

Abby: Me va a ser imposible, Jack.

Abby: Ando fatal de tiempo.

Jack: Vas muy ajetreada 😊

Abby: Así es mi vida 😊

Esperaba que, al darle largas por segunda vez, pillase la indirecta y no insistiese más, pero hacía poco más de media hora le había vuelto a llegar otro mensaje.

Resopló mientras volvía a leerlo.

5 de diciembre

Jack: Hola, ¿vas más tranquila hoy?

Lo que le había dicho Dana acerca de que era muy enamoradizo era cierto.

Quizá lo mejor era decirle que le cambiaban la base de trabajo y que se trasladaba a México, o no... mejor a Sídney. Capaz era de ir a buscarla.

Abrió el privado con Dana directamente, pues sabía que Ruby había quedado con Dave a comer y prefería no interrumpir.

Abby: Me aburro, ¿dónde estás?

Al menos Dana estaba pendiente del móvil.

Dana: Preparada para coger el vuelo Chicago-Nueva York.

Dana: Estamos esperando el minibús.

Dana: ¿Y tú?

Abby: En Houston. Mi vuelo no sale hasta las 16:30.

Dana: Ya no te queda mucho.

Abby miró su reloj. Las dos. Hasta las tres y media seguía sin tener nada que hacer, aunque mientras comía e iba al aseo aquella última hora se le

pasaría más rápido.

Abby: Jack me ha vuelto a escribir.

Dana: 😊

Dana: Qué majo.

Dana: (modo ironía)

Abby: Ya había detectado que era con ironía.

Dana: ¡Fíjate! Tú queriendo huir de tu cita y Ruby y Dave que no se despegan.

Abby: ¿Declan está contigo?

Dana: No. Está en La Habana.

Dana: Llega hoy a las ocho de la tarde.

Dana: Tengo que coger el bus.

Dana: Hablamos luego.

Abby suspiró.

Abby: De acuerdo. Buen vuelo.

Dana: Igualmente 😊

Salió del privado de Dana y volvió a mirar el de Jack. Cerró los ojos unos segundos mientras gemía. ¿Qué iba a hacer con él? Nunca se había visto en una situación así.

—¿Agobiada?

Una voz masculina le hizo abrir los ojos. Elevó la mirada y lo primero que hizo fue parpadear varias veces.

—¿Chase? —preguntó sorprendida.

Chase se encontraba al otro lado de la mesa con las manos en los bolsillos. Llevaba el uniforme, aunque la gorra la había colocado bajo su brazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó también él sorprendido—. No has venido conmigo. — Luego señaló la silla—. ¿Puedo? ¿Está ocupada?

—No, no... toda tuya —Se la ofreció.

—Qué suerte la mía... —comentó Chase sonriente.

Depositó la gorra sobre la mesa y se sentó mientras se desabrochaba el botón de la chaqueta azul marino y se quitaba un poco de presión del nudo de la corbata.

—¿Estás bien? —preguntó centrando la mirada en ella.

—Sí, ¿por?

—Estabas ahí con los ojos cerrados maldiciendo algo... —Se burló mientras giraba su cabeza hacia la cola de aquel bufé libre.

—No estaba maldiciendo.

—¿Vas a comer aquí? —preguntó directamente.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, no tengo el briefing hasta las tres y media. Ahora comeré.

—¿Tienes el vuelo de las cuatro y media? —Ella asintió—. El mío es el de las dieciocho cincuenta y seis. He llegado hace poco. —Se giró y le sonrió, luego miró el móvil que permanecía sobre la mesa—. ¿Cómo van las citas? Dana te ha...

—¡Chase! —protestó ella.

Él se apoyó contra la mesa con gesto gracioso.

—Vamos, tenemos una hora y cuarto antes de que tengas que irte. ¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó enarcando su ceja.

—Comer —bromeó ella.

—Y, ¿mientras comes? —preguntó más divertido.

Abby puso los ojos en blanco mientras Chase se llevaba el tenedor enrollado de espaguetis a la boca.

—No me parece correcto —puntualizó ella mientras depositaba el tenedor en el plato y lo apartaba a un lado.

Chase miró las dos croquetas de pollo y las patatas fritas que había dejado Abby y arqueó una ceja hacia ella.

—Pues yo creo que es lo que deberías hacer —contestó mientras se pasaba la servilleta por la boca. Volvió a introducir el tenedor en la masa de espaguetis y volvió a enrollar—. A veces es mejor cortar por lo sano. —Ella chasqueó la lengua—. Vamos, Abby —elevó la mirada hacia ella—, te escribe casi cada día pidiendo volver a verte. —Señaló el móvil—. Y eso que tú le has dicho que estás ocupada. Insiste porque sabe que no puedes negarte, que eres demasiado... buena.

Ella enarcó una ceja.

—Tampoco soy tan buena. —Se encogió de hombros—. Es que creo que si lo rechazo dos veces y además le digo que estoy muy ocupada ya se da por sentado que no quiero quedar con él —pronunció desesperada.

—Ahí te equivocas. —Se llevó el tenedor a la boca y masticó durante unos segundos mientras Abby resoplaba fastidiada. Chase se quedó observándola, parecía angustiada con el tema—. A ver, enséñame los mensajes otra vez... —sugirió. Luego señaló su plato—. ¿No vas a comerte las croquetas ni las patatas?

—No —respondió mientras cogía el móvil y lo desbloqueaba.

Chase pinchó una de las croquetas y la llevó a su boca. Abby lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—¿Cómo puedes comer tanto? ¿Dónde lo metes?

—Deporte —dijo soltando el tenedor, cerrando así el tema—. A ver, trae —Le cogió por sorpresa el móvil de la mano y lo colocó ante él.

—Eh —Se quejó ella intentando quitárselo.

—Quieta, te voy a ayudar —dijo apartando su mano con la suya mientras con la otra sujetaba el móvil y manipulaba la pantalla con el dedo.

—Chaaaaase... —Se quejó.

—Espera —Le señaló con el dedo.

Ella finalmente se rindió.

Chase abrió el privado con Jack y leyó en voz alta los últimos mensajes haciendo que ella volviese a resoplar.

—Hola, ¿vas más tranquila hoy? —repitió el último mensaje de Jack. Luego elevó la mirada hacia ella enarcando una ceja—. Este tío es un impaciente... y bastante pesadito —acabó diciendo.

Abby suspiró.

—Muuuuy pesado —arrastró las letras—. No se entera de nada.

—Y tanto que se entera —bromeó. Luego cogió el tenedor y pinchó la otra croqueta que había dejado Abby en el plato—. Eres demasiado inocente.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Soy educada... —remarcó.

Chase soltó el tenedor de nuevo, puso los ojos en blanco y sujetó el móvil de ella con las dos manos. Abby dio un brinco sobre la silla cuando vio que tecleaba.

—Eh, ¿qué haces? —gritó echándose encima de él.

Chase se apartó.

—Librarte de este pesado —remarcó.

—No hace falta. Estate quieto. Ya haré yo lo que tenga que hacer —dijo intentando arrebatárselo de las manos.

—Sí, seguro que sí —ironizó Chase que sonrió mientras acababa de

teclear echándose hacia atrás para evitar las manos de ella.

—Dame el móvil —ordenó. Chase se detuvo y la miró con una sonrisa—. ¿Qué has hecho? —preguntó con un tono de voz enfadado.

Le tendió el móvil que ella cogió de inmediato.

—Solucionarte el problema. Así te dejará en paz —Giró su cabeza hacia el bufé libre—. ¿Te apetece algo de postre? Voy a cogerme un trozo de tarta de...

—Pero ¿qué has hecho? —gritó desencajando la mandíbula.

—Vamos... si he sido educado —Se defendió.

Abby abrió los ojos al máximo y leyó el mensaje que aparecía como enviado.

—Hola, Jack. Me caes bien, pero prefiero ser clara: no me interesas —gritó incrédula.

—Directo y claro —enfaticó él—. Y que conste que he añadido lo de "*me caes bien*" porque se supone que lo escribes tú y eso son cosas que las mujeres decís, por mí hubiese bastado con: "*no me interesas*".

—¿Por qué has puesto eso? —preguntó desquiciada.

Chase se apoyó contra la mesa acercándose a ella con la mirada fija en sus ojos.

—Porque aquí, la señorita, no tiene los suficientes cojones como para...

—Pues claro que no tengo, soy una mujer —interrumpió ella con un grito.

—Sea como sea ya está solucionado. ¿Ves? No era tan difícil —volvió a decir con una sonrisa provocadora—. Ese tío es un pesado y a ti no te interesa. Fin de la historia.

Ella elevó los brazos hacia el techo.

—Es demasiado brusco —insistió.

—Es mejor así. Sin anestesia —concretó mientras ella se removía inquieta en el asiento—. Vamos, Abby, tranquila... —La miró sorprendido—, cualquiera diría que te importa de verdad.

—No, no me importa... Bueno, quiero decir... no quiero que le pase nada malo... —Chase arqueó una ceja por aquellas palabras—. Y sí... es un poco agobiante, pero... pobrecillo.

—Ni pobrecillo ni nada, que se busque a otra a la que acosar —sentenció mientras se ponía en pie—. ¿Quieres algo de postre o no? —preguntó señalando a la barra como si el tema principal no tuviese importancia—. ¿Fruta? ¿Helado? ¿Tarta?... —Ella elevó su mirada de la pantalla del móvil hacia él totalmente enfurecida—. ¿Una tila? —bromeó. Ella no contestó—. Sí,

creo que una tila te iría bien —ironizó mientras se alejaba de la mesa rumbo a la zona de postres y cafés.

Abby tragó saliva y volvió a mirar la pantalla del móvil releendo el mensaje de Chase.

Abby: Hola, Jack. Me caes bien, pero prefiero ser clara: no me interesas.

Sollozó mientras lo leía. Notó que el corazón le daba un vuelco cuando Jack aparecía en línea. ¿Lo estaba leyendo?

—Ahhh —gritó desesperada soltando el móvil sobre la mesa como si le quemase.

Resopló y miró hacia Chase que hablaba con la camarera.

Maldito fuese. Sabía que aquello era lo mejor. Jack no le interesaba, y aquella última semana la estaba poniendo muy nerviosa, pero las cosas podían decirse de otra forma o, simplemente, no decir las y ya se daría por aludido tarde o temprano. Prefería ahorrarse esos malos tragos.

Suspiró y apoyó su frente en la mesa cerrando los ojos e intentando calmarse.

Todo hubiese sido mejor si no le hubiese explicado aquello a Chase, pero ¿cómo iba a imaginar que el comandante iba a reaccionar de aquella forma?

Nunca se había notado el corazón tan desbocado. Cogió el vaso de agua y dio un sorbo, pues la boca se le secaba por segundos. No pudo evitar gemir cuando escuchó que su móvil vibraba.

—Mierda —susurró.

Chase se colocó ante ella. Lo primero que hizo Abby fue centrar su mirada en el trozo de tarta de queso que él depositaba sobre la mesa y luego en el vaso que colocaba ante ella.

Abby se quedó mirándolo fijamente.

—¿Una tila? ¿De verdad? —ironizó.

Chase se encogió de hombros mientras se sentaba y veía como Abby cogía de nuevo su móvil.

—¿Contesta ya el pesado?

Ella resopló, pero no dijo nada y se limitó a separarse levemente de la mesa para que él no pudiese tener acceso al móvil de nuevo mientras leía el mensaje. Chase tenía los brazos ágiles y las manos muy largas.

Abrió el privado con Jack ante la atenta mirada de Chase que, al contrario

que ella, parecía divertirse con la situación, pues poseía una extraña sonrisa en sus labios.

Leyó el mensaje y se quedó consternada varios segundos.

—Ahhhh... ammmm...

—¿Ha respondido?

Ella elevó su mirada hacia él.

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Ammm... —Se colocó correctamente en la silla y miró con cierta duda a Chase. Luego volvió a prestar atención al mensaje y se lo leyó—. De acuerdo, Abby. Disculpa si te he molestado. No era mi intención —Parpadeó varias veces. Pensaba que se enfadaría, incluso que le diría alguna palabra subida de tono por la brusquedad del mensaje, pero no esperaba que reaccionase de aquella forma. Chase resopló mientras partía un trozo de tarta—. ¿Qué? —preguntó ella sin comprender.

—Qué cabrón. Intenta darte pena... —Ella se quedó pensativa unos segundos—. No le respondas.

—Bueno, puedo decirle que...

—No —dijo él—. Ya está. No más mensajes con Jack. —Abby arqueó una ceja hacia él, lo que sorprendió bastante a Chase—. ¿O es que quieres que te siga acosando?

—No, no... —comentó ella dejando rápidamente el móvil en la mesa.

—Pues ya está. —Cogió un trozo de tarta, se lo metió en la boca y sonrió—. Todo solucionado.

—Ammmmm... —Seguía removiéndose inquieta.

Chase tragó y le ofreció el plato.

—¿Quieres?

—No.

Él se encogió de hombros.

—En estos temas es mejor dejar las cosas claras desde un principio. —Se limpió la boca y en un movimiento muy rápido cogió el teléfono de ella de nuevo.

—Chase —Se quejó de nuevo, aunque esta vez más asustada—. Para ya, déjalo —suplicó.

—Tranquiiiila —dijo tecleando en el móvil de nuevo. Sonrió y volvió a dejarlo sobre la mesa—. Me he hecho una llamada a mi móvil desde el tuyo —indicó mientras volvía a partir un trozo de tarta—. Cinco años volando

juntos y aún no tengo tu teléfono. ¿Lo tiene Jack y yo no? ¿Por qué? —bromeó al final.

Ella suspiró y decidió guardar el móvil en el bolso. Chase tenía mucho peligro.

—Ya tengo tu correo electrónico.

—Es más divertido el móvil. —Y le guiñó un ojo antes de meterse un trozo de tarta en la boca.

Aquello le parecía surrealista. Aunque, bien pensado, quizá así Jack no le enviase más mensajes y se daría cuenta de verdad de que no estaba interesada en él.

Cogió el sobre de sacarina y lo vertió en la tila. Luego removió el contenido del vaso de plástico con la cucharilla.

Puede que no hubiese sido tan mala idea lo que había hecho Chase. Lo miró confundida y una duda asaltó su mente.

—¿Alguna vez han hecho algo así contigo?

En ese momento el móvil de él sonó. Lo extrajo de su bolsillo y observó la pantalla. Chase resopló y volvió a meter el móvil en el bolsillo. Aquel gesto llamó la atención de Abby.

—¿Alguna de tus conquistas pesadas? —preguntó con mofa.

Chase chasqueó la lengua y negó.

—Era un recordatorio —dijo mientras cortaba otro trozo de tarta—. Mañana tengo hora con el médico aeronáutico.

—¿La revisión anual para renovar la licencia? —preguntó Abby. Chase asintió—. ¿Y te estás metiendo una tarta de queso ahora entre pecho y espalda? —continuó asombrada—. ¿No te hacen análisis? Te va a salir el colesterol por las nubes.

Chase arqueó una ceja en su dirección.

—Qué va, tengo el colesterol bien. Estos son caprichos que me doy de vez en cuando. No es cada día.

—Ya, pero el día antes de las pruebas...

Él se encogió de hombros

—Luego saldré a correr —Y le enseñó los dientes con una gran sonrisa.

—¿Con el frío que hace? Aún te pondrás enfermo... —susurró ella.

—Mañana solo es el electrocardiograma de los dos años...

Ella sonrió e hizo un gesto como si lo recordase en aquel momento.

—¿Ya no lo tienes cada cinco? —Se mofó—. Claro, como ya eres mayor...

Chase carraspeó.

—Los electrocardiogramas son cada dos años cuando se superan los treinta. Tengo treinta y dos, me toca. No soy mayor. —Ella se encogió de hombros—. Solo tengo tres años más que tú —Se burló.

—No, cuatro. —Chase la miró sorprendido—. Tengo veintiocho.

—¿No cumples años ahora en invierno?

Ella asintió.

—Sí, en febrero.

—Pues son tres años y unos meses. No cuatro —enfaticó.

Ella rio, por lo visto el comandante era susceptible con el tema de la edad. Sopló en el vaso de plástico para enfriar el contenido y dio un sorbo a la tila.

—¿Y qué más pruebas te tocan mañana?

—Análisis, electrocardiograma y visual y auditiva —indicó.

—¿La psicológica y psiquiátrica no? —Se burló.

Chase la miró fijamente y ladeó su cabeza con una sonrisa de soslayo.

—No, ¿qué insinúas? —Abby le sonrió divertida. Chase la señaló burlándose—. Se refieren a enfermedades psiquiátricas agudas o crónicas, o a las congénitas o adquiridas con posterioridad. —Le sonrió más y se encogió de hombros mientras se llevaba un trozo de tarta a la boca—. La última vez que fui, hace siete meses, me dijo que estaba bien... —Le sonrió más aún—, luego nos subimos los dos en el unicornio color arcoíris y volvimos a casa —acabó riendo.

Abby casi expulsó la bebida sobre él y tuvo que golpearse varias veces el pecho para tragar. Chase la miró con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó como si no comprendiese su reacción—. ¿No has montado en ninguno? —siguió con la broma—. Yo los cabalgo cada día... —Y se encogió de hombros como si nada.

Abby consiguió tragar la bebida y rio.

—Vas a hacer que me atragante...

Chase rio también mientras se apoyaba en la mesa con una gran sonrisa. Se quedó observándola. Abby era realmente preciosa. Se había fijado en ella desde el primer día que le había tocado compartir vuelo, cuando aún era el segundo comandante. Entre ellos había surgido una gran amistad desde el inicio, y realmente disfrutaba de los vuelos en los que ella estaba, aunque casi no la viese en el transcurso de la ruta, pues se mantenía encerrado en el cockpit. Al menos siempre podía disfrutar de ella en los briefings.

Se quedó embobado durante unos segundos observando cómo ella intentaba contener la risa y soplabla de nuevo la bebida que le había traído. Se apoyó contra el respaldo y suspiró.

—Por cierto, he recibido el correo electrónico de Dana para confirmar la cena de Navidad.

—¿Lo ha enviado ya?

—Sí, lo acabo de ver —explicó.

Abby negó.

—Llevo un rato sin mirar el correo electrónico.

—Ya... —Miró a su alrededor unos segundos. El restaurante comenzaba a llenarse y la cola para conseguir algo de comida abarcaba ya varios metros—. ¿Irás? —preguntó volviendo la mirada hacia ella.

Abby se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya lo comenté. En esa época está mi familia y mi abuela en casa...

—Sí, lo recuerdo... —contestó con una expresión de decepción en la voz.

—Me sabe mal dejarla sola —respondió con culpabilidad—. Solo viene a verme en esta época del año...

—Ya, comprendo —contestó limpiándose la boca.

—¿Tú que harás estas navidades? ¿Tienes días libres?

—No, no me he pedido días libres —Se encogió de hombros—. Prefiero cogerlos en otra parte del año. Además, me coincidía con cinco días libres. Ya tengo suficiente...

Abby lo miró con una sonrisa y asintió. Luego miró su reloj e hizo un gesto de desagrado.

—Las tres y cuarto —susurró. Alzó la mirada hacia él. Chase la miraba fijamente, con una sonrisa bastante tierna—. Tengo que irme.

—¿Ya es la hora? —preguntó comprobando su propio reloj.

—Sí. —Se puso en pie y se colocó su chaqueta azul claro. Luego se llevó la mano a la parte alta de su cabeza y colocó correctamente el birrete.

—Está bien —Le indicó Chase.

—Bueno, pues... nos vemos en breve.

—Pasado mañana —confirmó él—. Dirección Londres y después Las Vegas.

Ella asintió y le sonrió.

—Que vayan bien las pruebas médicas, comandante. Y gracias por la comida.

Chase hizo un gesto para quitarle importancia a eso.

—Ya te contaré —bromeó.

Abby se despidió con un movimiento de mano.

Chase la siguió con la mirada mientras se internaba entre todos los pasajeros, sin apartar la vista de aquella espalda que se alejaba. Se apoyó contra el respaldo y finalmente miró la cola que había formada para la zona de cafés.

Lo mejor sería tomar un café en otro sitio, se negaba a tomar el del avión: era malísimo con todos los productos químicos que le echaban.

Se puso en pie, cogió la gorra colocándola bajo su brazo y se dirigió en busca de otra cafetería en la que pudiese adquirir un café más rápido.

8

Eran las siete de la tarde cuando finalmente salía del aeropuerto de Nueva York. Se había cambiado en el vestuario y se había puesto unas buenas botas y un abrigo. Cuando habían aterrizado comenzaba a nevar de nuevo.

No pudo evitar mirar la puerta del vestuario masculino cuando pasó a su lado. Chase estaría en esos momentos en ruta. Se le escapó una sonrisa cuando recordó su encuentro de aquel día. Debía tener cuidado. Siempre le había parecido atractivo, desde la primera vez que lo había visto, pero desde hacía unas semanas, concretamente desde que lo había pillado con Alexa, creía sentir algo más. Le molestaba haberlo encontrado con otra.

—Es un amigo, nada más —Se dijo a sí misma intentando convencerse—. No caigas como el resto de la plantilla femenina —Se ordenó.

Saludó a sus compañeras de la oficina y fue directa a la salida.

Tras casi una hora en taxi logró llegar a su casa. Las últimas nevadas en Nueva York enlentecían el tráfico por toda la ciudad.

Lo primero que hizo fue darse una ducha de agua caliente y cenar. Por suerte siempre tenía la costumbre de cocinar a lo grande y se dejaba comida congelada.

Mientras comía miró el móvil y no pudo evitar leer de nuevo el privado con Jack. Parecía que había surtido efecto y, al menos, no la molestaría más. Quizá hubiese sido más correcto dejárselo claro desde un primer momento, pero le sabía mal hacerle daño, sabía lo que era estar enamorada de una persona y que dicha persona no quisiese saber nada. No quería ser la causa de un sentimiento así, pero, por otro lado, tampoco podía estar dándole largas durante meses hasta que Jack se cansase.

Además, aquella última semana no había parado de enviarle mensajes.

Fuese como fuese parecía que ya estaba solucionado.

Tras cenar vio un rato la televisión y se fue a dormir. Al día siguiente debía preparar la maleta para la ruta de Londres-Las Vegas. Le hacía ilusión. Hacía tiempo que no se emocionaba tanto con un viaje.

Normalmente no solía hacer rutas de ese estilo, máximo unas cuatro al año. Sabía cuál era el motivo y no era el hecho de que le hubiese tocado viajar junto a Dana y Declan, sino el dichoso comandante que no podía quitarse de la cabeza.

A la mañana siguiente durmió hasta tarde y se despertó cuando eran prácticamente las doce del mediodía. Hacía tiempo que no dormía tanto, pero recuperar el sueño le sentaba de fábula.

Había dedicado parte del día a organizar la ropa que se llevaría. Había visto el tiempo en Las Vegas y la temperatura oscilaba entre menos un grado y trece grados centígrados positivos, así que iba a hacer frío. Por suerte, no parecía que fuese a llover, aunque sí anunciaban en la predicción que estaría muy nublado.

En Londres llovía como era habitual y la temperatura se situaba entre los tres y los once grados positivos. La única diferencia real era que seguramente en Londres le caería un buen chaparrón. Aquello no le importaba, pues solo estaría un día allí y sabía que sería para descansar y prepararse para la larga ruta hasta Las Vegas.

Si los horarios se cumplían y el tiempo se apaciguaba despegarían del Aeropuerto JFK a las once y veinte de la mañana y llegarían a Londres seis horas y media después, aunque por la diferencia horaria serían casi las once de la noche.

Podría descansar aquella noche y el día siguiente, y el día nueve partirían de Londres a las tres y cincuenta y cinco del mediodía, en un vuelo que duraría diez horas cuarenta y cinco minutos, llegando a Las Vegas a las cinco y cuarenta del mismo día.

Aquellos cambios horarios la enloquecían. Sabía que en un día se recuperaría y cogería el ritmo. Por suerte, las veces que había hecho rutas largas se acostumbraba rápido a los horarios. Permanecería tres días allí a la espera de volar de regreso a Nueva York.

Cuando había decidido la ropa que llevarse se había sentado en el sofá. Cogió el móvil y abrió el grupo que tenía con Dana y Ruby.

Abby: Holaaaaa

Ruby fue la primera en responder.

Ruby: Holaaaaa

Ruby: ¿Ya lo tienes todo preparado?

Dana: Holaaaaa

Abby: Sí, todo listo. ¿Y tú, Dana?

Dana: Declan se está haciendo la maleta ahora. Yo ya la tengo preparada.

Abby: He mirado el tiempo. Allí no nieva, pero hace frío.

Ruby: Qué envidia me dais.

Dana: Es por trabajo, Ruby.

Dana: Sí, ya miré el tiempo yo también.

Ruby: Igualmente, tenéis tres días libres allí.

Ruby: ¿Habéis mirado qué hacer?

Abby: Hay espectáculos del Circo del Sol.

Dana: Sí, me encantaría ver alguno.

En ese momento se le abrió un privado de un número que no conocía en el que ponía: *¿Lo ves?, apto.*

Abby abrió ese privado y miró fijamente el número. *¿Apto?*

Al momento le llegó una fotografía. Dio un brinco en el asiento cuando descargó la fotografía. Leyó en susurros.

—Licencia Clase uno. Comandante Chase Hudson.

Miró el número y fue al registro de llamadas. Recordaba que Chase le había hecho una llamada en el aeropuerto de Houston.

Sí, era el mismo. Grabó el número y volvió al privado.

Abby: Hola Chase. Muchas felicidades.

Chase: Mañana podré cabalgar el unicornio sin problemas.

Estaba como una cabra.

Abby: 😂

Chase: ¿Todo preparado?

Abby. Sí, todo listo ya. ¿Cómo fue el vuelo de ayer?

Chase: Sin incidencias.

Abby: Cuando llegué estaba nevando fuerte.

Chase: Sí, por suerte la nevada se detuvo poco después.

Le parecía increíble estar hablando con él. Iba a explicarlo en el grupo de sus amigas, pero se detuvo. No, mejor no. Sabía que aquello podía desencadenar en que Dana intentase juntarlos.

¿Y de qué hablaba con él?

Volvió al grupo de sus amigas donde no paraban de escribir, intentando relajarse.

Dana: Actúa también Bruno Mars, Celine Dion... Hay un montón de cosas que hacer.

Ruby: Podéis ir a los casinos también.

Dana: ¡A jugarnos el sueldo! 😊

Ruby: Lo mismo volvéis millonarias.

Dana: Lo dudo, con la mala suerte que tengo siempre...

Dana: Creo que no sé jugar a nada.

Ruby: Pues metes dinero en las máquinas tragaperras.

Dana: No me gustan mucho...

Ruby: ¿Vas a ir a Las Vegas y no vas a jugar en una tragaperras?

Ruby: Eso es como un delito.

Dana: Sí, un delito federal 😂

Dana: Declan dice que le gustaría ir a ver el Gran Cañón.

Ruby: ¿Eso no pilla lejos?

Dana: A unos 500 km.

Ruby: O sea, lejos.

Abby leyó la conversación intentando centrarse.

Abby: Podemos ir a ver el Red Rock Canyon. Dicen que es muy chulo.

Abby: Sé que no es el del Colorado, pero si Declan quiere ver rocas raras...

Abby: También está el Death Valley.

Dana: Dice Declan que mañana le digas a la cara lo de las rocas raras...

Dana: Está considerado Patrimonio de la Humanidad.

Abby: Rocas raras. —repitió Abby bromeando.

Le llegó un nuevo mensaje de Chase.

Chase: Nos vemos mañana, Abby.

Chase: Que descanses. Buenas noches.

Abby chasqueó la lengua. Le gustaría hablar más con él, pero lo cierto es que no sabía de qué.

Abby: Buenas noches, Chase.

En ese momento miró el reloj. Marcaba las diez y media de la noche. Quizá estaría bien acostarse pronto, al día siguiente a las siete debía estar en pie, y a las ocho un taxista estaría en la puerta de su piso.

Tras llamar a la central de taxis y concretar la hora fue directa a su habitación.

Necesitaba estar descansada, aunque si algo tenía claro es que aquella noche le iba a costar conciliar el sueño.

Eran las nueve de la mañana cuando entraba por la puerta del aeropuerto dirigiéndose a las oficinas de la compañía. Pasó el arco de seguridad para los trabajadores del aeropuerto y se encaminó al vestuario.

Se puso el uniforme y fue al espejo. Se había hecho un moño bajo a la altura de la nuca, enrollando su cabello rubio. Se maquilló un poco más y cerró la taquilla con su ropa. Guardó la llave en el bolsito y fue al exterior. Al menos, de aquella forma, cuando llegase del viaje tendría ropa que ponerse sin necesidad de abrir la maleta.

Salió de los vestuarios y se dirigió a la sala donde realizarían el briefing, pero aún no había nadie allí. Si el vuelo debía despegar a las once y veinte de la mañana suponía que harían la reunión sobre las diez. Aún disponía de media hora para poder tomar un café tranquilamente. Lo necesitaba. Le había costado dormirse más de lo esperado, aunque también era lo normal si se había levantado aquel día a las doce del mediodía.

Fue directa hacia la pequeña sala que tenían habilitada como cafetería. Había varios compañeros, aunque entre todos ellos destacaba el comandante Chase Hudson con su impecable uniforme acompañado de otro de los comandantes, Owen Murray, con el que había volado varias veces. Murray era

un hombre de unos cincuenta y cinco años, de aspecto serio, pero que cuando se le cogía un poco de confianza resultaba ser encantador. Sonrió levemente cuando vio la complicidad entre los dos comandantes, pues alguno de ellos debía haber dicho algo gracioso y reían sin parar mientras tomaban el café. Su sonrisa desapareció cuando observó que al lado de Chase se encontraba Alexa.

¿Alexa? Recordaba que cuando había leído el horario ella no volaba en su mismo vuelo. No iría en sustitución de nadie, ¿verdad?

Apretó los labios cuando observó cómo Alexa ponía la mano en el brazo de Chase y este le devolvía la sonrisa. ¿Qué ocurría ahí? ¿Tenía algo con ella o no?

Puso los ojos en blanco y fue directa a la cafetera. Quizá estuviese siendo injusta con ella, realmente Alexa nunca la había tratado mal, ni le había dicho algo para ofenderla, al contrario, era demasiado amable con todos... demasiado. Pero la fama que tenía no le gustaba nada.

Depositó el bolso sobre la mesita mientras saludaba a otros compañeros que cogerían diferentes vuelos y extrajo su móvil.

Abby: Dana, ¿estáis ya en el aeropuerto?

Depositó el móvil a un lado y cogió la cafetera y un vasito de plástico. Necesitaba una buena dosis de café o corría el riesgo de acabar en una de las *crewrest areas* para los TCP's, unas pequeñas habitaciones con literas para los tripulantes de cabina de pasajeros. Muy poca gente tenía conocimiento de que en los vuelos de larga duración los aviones, y en concreto en el que iban a volar, el Boeing 747, poseían dos pequeñas habitaciones equipadas para el descanso: una para las auxiliares de cabina y otra en cockpit, en la cabina de vuelo, con dos literas que permitían a los pilotos poder descansar unas horas cuando el otro compañero le sustituía a los mandos durante el largo vuelo.

Miró el móvil cuando escuchó que sonaba.

Dana: Declan acaba de aparcar. Vamos para allí.

Dio un sorbo a su café e hizo un gesto de desagrado.

—Mierda, el azúcar —susurró mientras cogía unos cuantos sobrecitos y los echaba en el vaso.

Notó una presencia a su lado y supo de inmediato quién era, ni siquiera

tuvo que girarse para comprobarlo.

—¿Ya ni saludas? —preguntó Chase a su espalda. Ella se giró con una leve sonrisa—. Buenos días, Abby.

Miró a su alrededor antes de dar un sorbo a su café y prestarle toda su atención.

—Buenos días, comandante. —Se encogió de hombros y le extrajo la lengua levemente en un gesto gracioso—. No quería interrumpir, parecías... ocupado. —Y señaló con un movimiento de cabeza hacia Alexa que en ese momento salía por la puerta.

Chase se giró para observarla y se despidió de ella con un ligero movimiento de mano.

Se encogió de hombros y volvió a mirar a Abby.

—Ya... —Se colocó al lado de ella y cogió un vaso de plástico y la cafetera—, tiene el vuelo de las once y diez. Antes que nosotros. —Llenó el vaso de plástico y cogió un sobre de azúcar para echarlo—. Me ha explicado que formaba parte de la tripulación que tuvo el problema hidráulico.

Aquello le sorprendió.

—Ah, ¿sí?

Chase asintió.

—Al final tuvieron que cambiar el avión —respondió poniendo los ojos en blanco.

Ella asintió y dio un sorbo. Su móvil hizo un pitido y lo cogió de nuevo observando la pantalla.

Dana: ¿Dónde estás?

Depositó el vaso de plástico ante la atenta mirada de Chase y tecleó.

Abby: Sala de cafés.

—¿Jack sigue molestando? —preguntó enarcando una ceja.

Abby negó mientras guardaba el móvil en el pequeño bolsito.

—No, no... —reaccionó rápidamente—. Hablaba con Dana, ya vienen hacia aquí. —Ladeó su cabeza con una leve sonrisa—. La verdad es que aquella frase funcionó —reconoció—. No ha vuelto a decirme nada.

Chase le guiñó un ojo.

—¿Quién tenía razón? —preguntó socarrón.

Abby sonrió y miró hacia la puerta esperando que Dana y Declan apareciesen en cualquier momento.

—Por cierto, felicidades por la renovación de la licencia.

Chase se apoyó contra la mesa mientras tomaba el café.

—Y nada de colesterol —La señaló con el dedo.

—Sí, ya vi —contestó ella—. Todo un logro después del trozo de tarta que te zampaste.

Chase se acercó a ella para susurrarle en un tono divertido.

—Ahora tengo todo un año hasta el próximo análisis. Puedo comer todo lo que me dé la gana.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo funciona eso? —continuó ella con la broma—. ¿Te atiborras durante once meses y el mes de antes haces dieta?

Chase rio y negó.

—Qué va, ya sabes que bromeo —sonrió. Luego se quedó observándola mientras ella daba otro sorbo a su café—. Y dime, ¿Dana te ha preparado alguna cita más?

—Chaaaase —Se quejó ella mientras él reía—. Sin duda has encontrado la forma perfecta de chincharme —susurró más para ella que para él.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Y tú? ¿Has vuelto a encerrarte en el vestuario de hombres con alguna?

Chase finjió sorpresa ante esa pregunta.

—No. —Luego arqueó una ceja en su dirección y sonrió con cierta malicia—. ¿No me dijiste que tú no usabas el vestuario?

Abby volvió a desencajar la mandíbula mientras él reía más.

—Pues da la casualidad de que lo llevo usando unas semanas, con este frío prefiero cambiarme aquí a venir vestida de casa con esta ropita.

Sonrió hacia él cuando Chase la miró dudoso, como si su respuesta también le hubiese cogido de improviso.

Chase sopló a su café y desvió la mirada a la puerta.

—¿Y no me avisas? —preguntó sin mirarla, aunque con un tono sugerente—. ¡Hola, Declan! —Saludó al compañero.

Aquello hizo que ella desviase la mirada hacia Declan y Dana que se dirigían hacia ellos con una gran sonrisa.

—Aún no entiendo cómo te han validado psicológicamente —susurró hacia él haciendo que Chase la mirase, se encogiese de hombros y riese.

Chase dio unos pasos al frente para estrechar la mano a Declan.

—Buenos días, comandante —pronunció con tono alegre.

Chase sonrió a Declan mientras soltaba su mano y saludaba con una sonrisa a Dana.

—Buenos días —respondió—. ¿Qué tal?

—Muy bien, con muchas ganas de llegar a Las Vegas —bromeó Dana.

Aquella frase divirtió a Chase.

—Sí, ¿verdad? —Chasqueó la lengua—. Lástima que primero tengamos que pasar por Londres —Se encogió de hombros.

—Estamos pensando en ir a ver un espectáculo o hacer una excursión al desierto... o jugar a las tragaperras —explicó Dana emocionada ante la mirada divertida de Abby y Declan.

Chase la señaló.

—Me apunto a lo del espectáculo y a jugar a las tragaperras. Lo del desierto... la verdad es que para ver piedras...

—Jaja —Se burló Abby señalando a Declan, pues era la misma respuesta que le había dado ella por móvil el día anterior y por la que Declan se había sentido ofendido.

—Es Patrimonio de la Humanidad —Se quejó él.

Chase desechó esa idea con un movimiento de mano.

—Sí, sí, si no digo que no. Es solo que, para tres días que tenemos... o más bien dos días enteros prefiero descansar y divertirme.

—Opino igual —contestó Abby elevando su mano.

—Genial —contestó Chase girándose hacia ella y chocando los cinco.

Declan enarcó una ceja hacia los dos.

—Desde luego, tal para cual.

—Bueno, ya veremos qué hacemos —zanjó Dana intentando calmar a su pareja.

—¿Estamos todos? —preguntó Chase mientras sacaba el móvil de su bolsillo y observaba el horario—. Vera Gutiérrez —dijo buscándola, pues se encontraba al otro lado de la sala—. Dana —La señaló—, Declan, Abby... —Hizo lo mismo—, y Max Porter.

—¿Logan Sanders, Zoe Parker y Colton Harris están ya allí? —preguntó Abby—. Vi que salían ayer por la noche en ruta.

—Sí —contestó Chase—. Nos reagrupan para el destacamento a Las Vegas. Tuvieron un vuelo movido a Londres, sobre todo al final: turbulencias.

Dana resopló.

—No me digas... —Se quejó.

—Bien —dijo Chase guardando el teléfono en el bolsillo. Colocó su gorra de comandante sobre su cabeza y señaló la puerta—. Vamos a hacer el briefing, a ver qué datos nos dan para el vuelo a Londres de hoy.

9

Cuando todos los pasajeros ya estaban en sus respectivos asientos y los dos comandantes habían finalizado la puesta a punto del Boeing 747, este avanzó por la pista de despegue.

—Tripulación, ocupen su puesto para el despegue —pronunció a través de los auriculares.

Miró a Owen que permanecía a su lado.

Quince minutos después se encontraban a mil quinientos pies de altitud, sobrevolando Long Island rumbo al Océano Atlántico.

—Estabilizado —comentó Chase mientras pulsaba un botón situado a su derecha—. Piloto automático.

Ahora, efectuado el despegue y conectado el piloto automático, debería supervisar que el avión hiciese expresamente la ruta puesta en el ordenador de vuelo o lo que ellos ordenaban desde el panel principal.

Se quitó el cinturón que lo sujetaba desde los hombros y miró a Owen con una sonrisa.

—¿Cómo están tus niñas? —preguntó mientras iba controlando.

—Bien, el otro día le confirmaron a mi pequeña que entraba en veterinaria...

—Felicidades, ¿en qué universidad?

—Iowa. La que ella quería... —Chasqueó la lengua y miró a Chase con cara de disgusto—. La misma que el novio, resumiendo.

Chase rio ante su última frase.

—Novios, qué gran problema, ¿verdad? —bromeó.

—No lo sabes tú bien, el día que te toque a ti ya verás —continuó Owen—. Por cierto, ¿y tú? —preguntó esta vez con una sonrisa—. ¿No tienes nada serio?

—Serio no —Se encogió de hombros mientras miraba por la ventanilla de al lado.

—Pues como no espabilas...

—Pero si soy muy espabilado, ya lo sabes —ironizó él.

Tras una hora de vuelo dieron el paso a cabina a Abby que acudía con las dos bandejas de comida. Una para cada uno.

—¿Todo bien ahí fuera? —preguntó Owen mientras cogía la bandeja.

—Sí, todo bien —sonrió Abby—. ¿Come usted primero?

—Sí, que coma él —respondió Chase—. No tengo mucho apetito, de momento.

Abby sonrió a Chase mientras depositaba la comida sobre la pequeña bandeja.

—¿Y por aquí todo bien?

—Sí, el unicornio responde bien —bromeó Chase.

—¿Qué? —preguntó Owen mientras abría su botella de agua.

—Nada, una broma entre nosotros —respondió Chase mientras miraba el panel de control—. En cuatro horas estaremos en Londres —Se volvió hacia Abby que ya se disponía a salir por la puerta—. Nos vemos luego.

Ella se giró y asintió con una sonrisa. Cuando se quedaron solos en cabina y Owen comenzó a comer el pollo con arroz sonrió levemente a su compañero.

—Tienes muy buena relación con esa auxiliar, ¿no?

Chase no se giró, sino que seguía atento al panel de control.

—La conozco desde hace cinco años. Fue una de las primeras con las que volé.

—Ajá. —Asintió mientras se llevaba otro tenedor a la boca lleno de arroz —. Es muy amable.

—Sí, sí que lo es —respondió sin darle mayor importancia.

Se notaba en exceso que Owen quería sonsacarle algo, aunque al ver que Chase no respondía de la misma forma abandonó aquella conversación.

—Bien, pues como rápido y que te pasen luego la bandeja a ti.

—No te preocupes, come tranquilo —respondió apoyando su cabeza en el asiento y mirando por la ventanilla de al lado donde las espesas nubes formaban un colchón blanco.

Eran las diez y cuarenta y ocho minutos hora de Londres cuando tocaban suelo en la pista de aterrizaje. Había sido un vuelo muy tranquilo y sin ningún incidente excepto por los últimos minutos: al atravesar las nubes que cubrían el cielo de Londres habían sufrido alguna turbulencia, pero nada que no

pudieran tener bajo control.

Tras desembarcar todos los pasajeros, inspeccionar la tripulación el avión y entrar el equipo de limpieza en acción la tripulación abandonó la aeronave.

El minibús los esperaba para llevarlos al aeropuerto, a la zona de recogida de equipajes y, una vez todos tuvieron sus maletas, se dirigieron a la parte de personal donde firmaron conforme a la llegada.

El Sofitel Heathrow, el hotel que había destinado la compañía para esas dos noches, tenía acceso directo por un pasillo cubierto desde la terminal cinco del aeropuerto, contaba además con gimnasio abierto las veinticuatro horas, dos bares y dos restaurantes, así como unas bonitas vistas panorámicas del aeropuerto.

Eran las doce menos cuarto de la noche cuando se plantaban delante del mostrador con sus credenciales y le daban una habitación a cada uno.

Los comandantes, cómo no, siempre tenían una habitación de mayor categoría, mientras que el resto de la tripulación se conformaba con una más sencilla.

—¿Cansada? —preguntó Dana acercándose a Abby.

—Un poco. Me he levantado a las cuatro de la madrugada.

Dana asintió.

—Hemos pensado en que mañana podríamos hacer alguna excursión a la capital y ver algo. Podríamos aprovechar.

Abby asintió.

—Me parece bien, pero preferiría no madrugar mucho.

Declan se acercó con una leve sonrisa.

—Me han dicho —dijo señalando con un movimiento de cabeza a los recepcionistas—, que a cinco minutos a pie está la estación de tren y en veinte minutos te deja en el centro de Londres. Max dice que se apunta a la excursión, Vera dice que prefiere descansar y que va a aprovechar el spa del hotel.

Abby asintió.

—También es una opción.

—Va, no digas chorradas... —comentó Dana—, a un spa podemos ir en Nueva York también. Además, será un rato, al menos podríamos ver el Big Ben y los alrededores, y para las siete de la tarde estar aquí, o antes incluso. El avión despega al día siguiente a las diez y diez, así que con estar a las ocho y media en la terminal ya hay suficiente, y estamos aquí al lado.

Aquello convenció a Abby. No era la primera vez que viajaba a Londres, pero sí la primera vez con ellos.

—De acuerdo.

Dana se adelantó y fue hacia los comandantes colocando una mano en el brazo de Owen.

—Mañana vamos a ir a dar un paseo por la ciudad. Si os apetece...

Owen chasqueó la lengua.

—Yo creo que me quedaré a disfrutar del gimnasio y el spa.

Chase miró unos segundos a Abby y a Declan que seguían conversando y centró su atención en Dana.

—¿Quién ira?

—Pues nosotros tres —Señaló a Declan y a Abby—, y Max que también se apunta. Vera prefiere quedarse en el hotel y disfrutar del spa.

Se quedó pensativo unos segundos.

—No será mucho rato, ¿verdad?

—No, para las siete como muy tarde estaremos aquí.

Chase asintió con más énfasis.

—De acuerdo, me apunto. —Y miró a Declan y a Abby—. ¿A qué hora quedamos? —preguntó alzando el tono de su voz.

Declan miró a Abby que se encogió de hombros.

—¿A las diez? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

Dana se cruzó de brazos.

—Mejor a las nueve y media en el comedor, así desayunamos con calma —propuso Dana.

Todos asintieron.

—De acuerdo, pues mañana las nueve y media aquí —comentó Dana mientras se cogía al brazo de Declan.

Dana y Declan, como era de esperar, compartían habitación en la misma planta que el resto de la tripulación. Las habitaciones eran espaciosas y las camas muy cómodas.

Abby se encerró en la habitación, se quitó el uniforme y lo guardó debidamente colgado en el armario. Al día siguiente lo llevaría a la tintorería del hotel. Llevaba otro en la maleta y, aunque suponía que en el hotel de Las Vegas también habría tintorería, prefería dejar listo el tema de la vestimenta, solo por si acaso.

Se dio una ducha rápida con agua caliente y se puso el pijama. Lo cierto es que estaba cansada y daba por hecho que no tardaría más que unos minutos en quedarse dormida.

Se secó el cabello y fue directa a la cama.

Sabía que Chase dormía unas plantas más arriba, y durante unos segundos estuvo tentada de enviarle un privado por el móvil diciéndole alguna tontería sobre el unicornio, pero era posible que ya durmiese.

No pudo evitar sonreír al recordar las bromas entre ellos.
Se sorprendió cuando vio un mensaje de Dana y de su madre.

Dana: Tu madre me ha preguntado si hemos llegado ya.

Dana: Ya le he respondido que estamos bien.

—Ufff... mamá —susurró Abby.

Se había olvidado totalmente de escribirle, la pobre debía estar preocupada.

Abrió el privado con su madre:

Mami: Hola cariño, dime algo cuando llegues a Londres.

Mami: ¿Has llegado ya?

Tecleó rápidamente.

Abby: Hola. Perdona, me he metido en la ducha y se me ha olvidado contestarte.

Abby: Estamos ya en el hotel y mañana saldremos a dar un paseo por Londres.

Su madre apareció en línea.

Mami: Estupendo. ¿El tiempo bien por allí?

Abby: Pues creo que llueve... para variar... 🤔

Abby: Voy a dormir. Estoy que me caigo de sueño mamá.

Mami: De acuerdo, que descanses.

Mami: Buenas noches.

Abby: Buenas noches.

Puso el móvil a cargar, se metió en la cama y adoptó una postura fetal.
Pocos minutos después se sumió en un profundo y plácido sueño.

Cuando el despertador de su móvil sonó a las ocho y media de la mañana saltó de la cama. Aquellas horas de sueño le habían sentado estupendamente. El cansancio arrastrado por el viaje y el cambio horario había menguado con sus más de ocho horas de sueño. Se notaba llena de energía. Lo primero que hizo fue mirar por la ventana. Estaba muy nublado, pero al menos en ese momento no llovía. Miró a través de la aplicación del móvil la temperatura. Seis grados.

Se aseó, se arregló y se recogió el cabello en una cola alta. Con aquella humedad no le salía a cuenta alisárselo. Se maquilló y arregló un poco la habitación.

Se vistió con unos tejanos, un jersey grueso color crema y el abrigo negro. Echó en el bolso los guantes y una bufanda para taparse el cuello y cuando ya eran las nueve y veinte bajó al comedor.

Estaba a rebosar. Entre todos reconoció a Chase que se dirigía a una de las mesas con una taza de café humeante.

Se quedó unos segundos parada. No estaba acostumbrada a verlo con ropa normal de calle, ya que normalmente solía verlo con el uniforme de comandante.

Llevaba unos tejanos y un jersey azul claro. Se le veía más joven así vestido.

Tragó saliva y fue hacia allí.

—Buenos días —pronunció a su espalda mientras él depositaba la taza de café en la mesa.

Chase se giró y sonrió.

—Buenos días. La primera en bajar... ¡Al fin llega alguien! —bromeó.

Ella le sonrió y rodeó la mesa para depositar el abrigo y el bolso en la silla.

—Supongo que no tardarán en bajar. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —respondió mientras se giraba hacia el bufé—. Y me he despertado bastante hambriento.

—Yo también —contestó ella colocando la silla correctamente.

Ambos fueron al bufé. Había de todo: fruta, yogures, pan para tostar, quesos, huevos fritos, salchichas...

Abby cogió unas rebanadas de pan y las metió en la tostadora, en un plato se puso varios tipos de queso y pepino.

—Parece que va a llover hoy —comentó Chase colocándose a su lado.

—He mirado el tiempo. Pone que lloverá por la tarde —explicó—. Igualmente, aquí siempre llueve, no debería sorprendernos —Se burló.

—Sí —respondió divertido mientras echaba un par de salchichas en el plato—. ¿Sabes adónde quieren ir?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Dana dijo de ir a ver el Big Ben, pero la verdad es que con este tiempo...

—¿No preferís el spa? —preguntó mirándola fijamente.

—No he traído el bañador.

—Eso se compra rápido. En el aeropuerto hay tiendas —propuso él.

Ella enarcó una ceja.

—¿Tú has traído bañador?

—Me gusta bañarme desnudo... —Ella lo miró sorprendida—. Es broma —continuó divertido—, siempre llevo un bonito y diminuto bañador en la maleta. —Y le guiñó el ojo. Qué provocador era. Sin duda eso le encantaba—. Si volvemos pronto quizá podamos aprovecharlo... —susurró acercándose más, con un tono provocador.

Abby colocó una mano en su pecho para detenerlo.

—Quieto, fiero... —Chase rio—, quizá con otras esto te funcione, pero no conmigo.

Chase abrió los ojos como platos.

—Joder, Abby —susurró asombrado con la respuesta.

Iba a seguir hablando justo cuando Dana apareció junto a Declan. Un somnoliento Max los seguía a pocos metros.

—Buenos días —canturreó ella feliz—, ¿dónde os habéis sentado?

Chase señaló con un movimiento de cabeza hacia la mesa sin apartar la mirada de Abby, la cual se dirigía a la máquina de café.

Los tres se alejaron para depositar los abrigos y bolsos en las sillas. Chase aprovechó para acercarse de nuevo por su espalda.

Abby había depositado en el plato las dos tostadas calentitas y se echaba el café en la taza, concentrada. Chase se aproximó por detrás.

—Cobarde —Le susurró.

Estaba claro que ella no esperaba que él estuviese allí, y menos aún que le susurrase desde atrás. Aquello hizo que se asustase y estuviese a punto de volcar el contenido de la taza.

—Ah, ¡idiota! —Se giró mosqueada hacia él mientras Chase volvía a reír—. ¿Para qué haces eso? Has estado a punto de conseguir que te arroje el café

hirviendo. —Chase rio más—. No te estarías riendo tanto ahora. —Depositó la cafetera en la mesa.

Chase chasqueó la lengua y miró directamente a Abby.

—Sabes que bromeo, ¿verdad?

Ella resopló y se giró de nuevo hacia él.

—Sinceramente, contigo no hay quien se aclare —susurró.

Chase colocó los brazos hacia los lados.

—¿Y qué quieres aclarar? ¿Si quiero que vayamos al spa? Por supuesto que quiero ir, lo prefiero mil veces a helarme de frío por las calles de Londres —explicó.

Ella se encogió de hombros.

—Pues quédate aquí, nadie te obliga a venir —siguió susurrando—. Owen se queda aquí.

—Owen no es tan divertido como tú —contraatacó—. No se ruboriza si le digo ciertas cosas.

—Claro, y esto te divierte, ¿verdad?

—No tanto como meterme en el spa contigo, pero sí.

Abby resopló y puso los ojos en blanco. Prefirió no responder a aquello. Sabía que con Chase tenía las de perder. Se encaminó a la mesa con el plato y la taza en la otra mano, los depositó y se sentó.

Chase se sentó frente a ella.

—¿Huyendo? —Se mofó.

Abby le hizo un gesto burlesco con su rostro y comenzó a extenderse el queso sobre la tostada caliente, luego le añadió el pepino encima.

—¿Qué mezcla es esa? —preguntó Chase asombrado.

—¿Nunca lo has probado? Es muy típico aquí.

—No me gusta el pepino.

—A mí me encanta el pepino... —Chase arqueó una ceja—. De hecho, comería pepino a todas horas.

Él cogió la taza y la observó fijamente. Dio un sorbo y la depositó con cuidado, con la mirada fija en ella. Se apoyó sobre la mesa con una sonrisa tímida.

—Abby, ¿te das cuenta de que con esas contestaciones solo puedo darte un tipo de respuesta? Me lo pones en bandeja.

Ella dio un bocado y se encogió de hombros con inocencia.

—¿Por? —sonrió con cierta sorna—. Me gusta el pepino. ¡Me encanta! Un buen pepino, ¡ñam, ñam! —dijo elevando los brazos levemente hacia el cielo,

haciendo que Chase riese más—. Además, también dicen que es bueno para el cutis, que mejora la piel...

—Ammmmmm... te la estás ganando a pulso —susurró retándola.

—¡Chicos! —interrumpió Dana depositando la bandeja sobre la mesa y sentándose al lado de Abby, emocionada—. Ayer, antes de dormir, estuve mirando qué podemos hacer hoy. —Declan se sentó al lado de Chase, seguido por Max—. Una actividad cortita y entretenida que nos permita volver pronto al hotel.

—¿En qué has pensado? —preguntó Abby.

—La Millennium Wheel, la gran noria mirador de los jardines Jubilee. Podemos ir, subimos, comemos algo por ahí y nos volvemos. De todas formas, a las cinco ya es de noche y con el frío que hace...

—Estoy de acuerdo —Le señaló Chase rápidamente.

—Me hace ilusión subir. Dicen que las vistas desde allí son impresionantes.

—¿Y ya habrá entradas? —preguntó Abby.

—Sí, claro. Había la opción de cogerlas por internet, pero no sabía si estaríais de acuerdo...

—A mí me parece buena idea —intervino Max mientras daba un bocado a la tostada de queso.

—Pues listo —dijo Dana feliz—. También he mirado la ruta para llegar en tren. Es muy fácil. —Dio un sorbo a su café—. Está todo controlado.

10

Habían cogido el tren a las diez y cuarto en la terminal del aeropuerto. En veinte minutos se encontraban en el centro de Londres y a las once y media habían comprado las entradas para subir al London Eye, aquel mirador con forma de noria que alcanzaba los ciento treinta y cinco metros de altura, situado en los Jubilee Gardens, al lado del Támesis, entre Westminster y Hungerford.

Entraron los cinco en la cabina acristalada de ocho metros de longitud por cuatro de diámetro. En el centro de la cabina había un alargado banco donde un par de parejas se habían sentado.

Por suerte, no había mucha gente, así que podían ir por toda la cabina sin problema y obtener la vista que quisiesen.

—Ven —dijo Dana cogiendo a Abby por la cintura. La colocó a su lado y estiró el brazo hacia arriba—. Le enviaremos una foto a Ruby. Se va a morir de envidia —rio.

Cuando el flash las deslumbró Abby se giró para observar. La rotación de la noria era muy lenta. De hecho, tardaba quince minutos en llegar al punto más alto y otros quince en descender, permitiendo aprovechar así totalmente cada ángulo, cada panorámica.

—Pobrecilla. Algún día tenemos que invitarla a alguno de estos viajes... —propuso Abby.

—Ahora está demasiado ocupada con Dave —Se burló Dana—. Parece que van en serio —comentó ilusionada—. Y pensar que los presentamos nosotros, ¿eh? —dijo dándole un golpe en la espalda a Declan.

—No, si al final de tanto insistir consigues formar parejas... —Se burló Abby.

Chase se acercó.

—¿Vas montando citas a todo el mundo? —bromeó Chase.

Dana asintió.

—Y en algunos casos funcionan —dijo señalándole y guiñando un ojo—.

¿Quieres que te monte una cita?

—No, no... —respondió rápidamente.

—Oh, venga... Chaaaaase. Tengo muchas amigas solteras que podrían estar interesadas en conocerte —bromeó.

—No, gracias —rechazó amablemente.

Dana resopló y miró a Max, el cual le devolvió una mirada intrigada.

—Oye, Max, ¿tú tienes pareja? —preguntó dando un paso hacia él.

Abby sonrió divertida y se acercó a Chase.

—Ahí está su próxima víctima —Le susurró colocándose a su lado, haciendo que Chase también riese.

—Pues... no, no tengo pareja —respondió Max dudoso.

Dana dio un salto colocándose ante él.

—Tengo una amiga soltera, majísima. Se llama Rachel, es profesora de música...

—Ammmm... no sé —interrumpió Max desubicado por la situación.

—Es castaña, ojos enormes y azules. Es muy guapa. —Parecía que le habían dado cuerda—. Veintiséis años, ¿cuántos años tienes tú?

Max tragó saliva.

—Veintiocho.

—¡Estupendo! Te encantaría... ¿quieres conocerla?

—Ammmm... yo... pues...

—También tengo más amigas. —Y señaló a Abby—. Abby también está soltera.

—¡Dana! —Se quejó Abby ante la mirada divertida de Chase—. ¡Que estoy aquí! Además, me diste un plazo de tiempo, ¿recuerdas?

Dana se giró hacia ella con una ceja enarcada, aunque tras unos segundos lo recordó.

—Es verdad. Te di un mes... —La señaló—. Por ahí te has librado.

—Menos mal —susurró dándole la espalda, girándose para ver las vistas. Chase se apoyó en la ventanilla al lado de ella.

—¿Un mes? —preguntó divertido.

Ella lo miró mosqueada y finalmente suspiró.

—Sí, Dana me dio un ultimátum. Un mes de plazo para que me buscase yo misma una cita —Se burló—, sino me la buscará ella. —Chase soltó una

carcajada y miró a Dana interrogar a Max—. ¿Qué le pasa a Dana?

Abby se encogió de hombros.

—Yo que sé —contestó con la mirada perdida en las vistas.

Desde ahí podía verse todo el Támesis y, al cruzarlo, el Big Ben se alzaba hacia el cielo. Desde aquella altura ya podía comenzar a verse el Buckingham Palace, y eso que aún no habían alcanzado la parte más alta.

—¿Y cuándo expira ese plazo? —preguntó divertido.

—A primeros de enero —respondió de mala gana.

Chase se quedó pensativo.

—Aún te queda tiempo.

Ambos se giraron al escuchar la conversación. Max parecía que le había dado el número de teléfono a Dana.

—Vale, pues se lo comentaré a Rachel y podéis quedar para tomar un café. Seguro que os caéis muy bien —continuó Dana con alegría.

—Claro —respondió Max que en ese momento parecía emocionado.

Abby se apoyó contra la barandilla blanca y suspiró.

—Le ha encontrado pareja a una amiga, Ruby —explicó a Chase—. Parece que les va muy bien —Se encogió de hombros—. Disfruta intentando formar parejas.

—¿Y tú eres uno de sus conejillos de indias?

Ella arqueó una ceja. Se giró y se cruzó de brazos mirando en su dirección.

—¿Sabes qué? Lo cierto es que es divertido... —respondió con cara de traviesa—. Una cita a ciegas es emocionante.

Chase resopló.

—Abby, por favor...

—Nunca sabes lo que te vas a encontrar...

—Ya, y luego necesitas a tu comandante para que se deshaga de los pesados que te acosan —Le recordó.

—Antes de Jack tuve otra cita.

—E imagino que fue muy bien, ¿no? —bromeó—. Teniendo en cuenta que tuviste una segunda cita...

—Ammmm... —negó con su cabeza—. Un fiasco —reconoció con naturalidad haciendo que Chase aumentase su sonrisa. Se encogió de hombros y miró en dirección a Dana—. Pero tiene buena intención, y reconozco que físicamente no tiene mal gusto. Las dos citas que me buscó eran chicos guapos, cultos y trabajadores.

—Ajá —continuó divertido.

—De hecho, Jack era vendedor de seguros. Casi me vende uno —bromeó.

—¿En serio? —preguntó asombrado.

Ella rio.

—Estuve a punto de contratarlo para que dejase de hablar de trabajo —admitió divertida—. Esa fue la segunda cita. La primera cita fue con un dentista...

—Oh, vaya —comentó sorprendido.

—Tiene muchos amigos, ¿no?

—Sí, me parece que tiene un listado de todos los solteros de Nueva York.

—¿Y qué ocurrió con el dentista? ¿Te quiso hacer un empaste? —ironizó.

Ella arqueó una ceja.

—No. —Se acercó un poco más para susurrarle—. Pero ¿sabes ese tipo de persona que cuando hablas solo hace que mirarte los dientes? Me ponía nerviosa —admitió.

—Comprendo.

—Así que viendo el éxito que he tenido con sus citas le he pedido un tiempo de relax...

—El mes —recordó Chase.

—Lo cierto es que le dije que no me montase ninguna cita más, pero ella me amenazó con que si no me procuraba yo misma una me la montaría ella...

—Miró de reojo a Dana—. Y lo peor de todo es que sé que no se le olvidará —gruñó—. Seguro que se ha puesto una alarma en el móvil y todo.

—Pues míentele... invéntate que has quedado con alguien.

Abby resopló.

—No sé mentir... y ella me conoce demasiado bien.

Chase se encogió de hombros.

—Haremos una cosa —Le propuso—, si para el día seis de enero no has encontrado ninguna cita, avísame. Puedo llevarte a tomar una café —dijo rápidamente—. Así no tendrías que mentirle.

Ella chasqueó la lengua y se acercó para susurrarle, con gesto travieso.

—Eso sería peligroso para ti...

Chase arqueó las dos cejas.

—¿Por?

—Porque si Dana se entera de que me has invitado a tomar un café no te dejará en paz. Debería ocultar tu nombre —continuó con la broma.

Chase rio y esta vez la miró más seriamente.

—En serio... —Se encogió de hombros—. Podríamos quedar a tomar un café algún día. Vivimos relativamente cerca. —Luego hizo un gesto de desagrado—. Cierto que tú eres de los pijos de Nueva Jersey...

—Ehhhh... no te metas con Nueva Jersey, ni que los de Nueva York fueseis...

—Mucho mejores, gracias por admitirlo —La señaló con el dedo haciendo que ella apretase los labios—. Cualquiera cosa por ayudar a una amiga —Y la señaló.

Ella resopló.

—Muy amable, Chase —Se burló. Se giró de nuevo y observó las preciosas vistas. Chase se quedó mirando unos segundos su perfil. Lo cierto es que no le importaría invitarla a un café, o a cenar... últimamente no dejaba de pensar en ella, incluso el otro día se había lanzado y le había enviado un mensaje de móvil—. Qué bonitas vistas —susurró mirando al horizonte.

Aunque el día estaba nublado y hacía mucho frío allí dentro se estaba bien, y merecía la pena subir hasta arriba para poder observar las hermosas vistas. Londres era una ciudad majestuosa.

—Sí —La miró de reojo—. Son las mismas más o menos que desde el cockpit los primeros segundos —bromeó.

Ella lo miró divertida. Se quedó observando su perfil también unos segundos.

—Te tomo la palabra...

Chase se giró hacia ella.

—¿Qué?

—Acepto. Si no consigo una cita para el seis de enero te llamaré, y te aviso desde ya de que me debes un café.

Chase puso su espalda recta y tendió la mano hacia ella.

—Trato hecho.

Abby cogió su mano y la estrechó.

—Trato hecho —confirmó ella.

Dana los interrumpió.

—Eh, ¿qué hacéis?

Ambos se soltaron de la mano y la miraron con inocencia.

—Nada —Se encogió de hombros Abby.

—¿Nada? —preguntó con curiosidad—. ¿Os estabais estrechando la mano? ¿Habéis firmado un acuerdo? —Se burló.

Abby chasqueó la lengua y miró divertida a Chase.

—Más o menos. —Luego ladeó su cabeza hacia Dana—. Por cierto, ¿dónde vamos a comer? ¿Has mirado algún lugar? —Cambió de tema.

—Sí. Aquí cerca hay un fish and chips. ¿Os apetece?

Los dos asintieron mientras Dana se dirigía al otro lado, donde se encontraban Max y Declan para proponerles el lugar.

—Al menos es fácil de distraer... —comentó Chase.

—Sí, cuando se trata de organizar cosas sí —afirmó Abby.

Eran las cinco menos diez cuando accedían al hotel y, justo en ese momento, comenzaba a llover. Habían decidido volver en taxi, de aquella forma al menos veían un poco más la ciudad. Había sido una excursión corta, si bien habían podido ver un poco la ciudad y disfrutar de ella.

Dana le había estado enseñando fotos de Rachel a Max, el cual había quedado impresionado. La chica realmente era guapa o, al menos, así lo había expresado Max.

A las seis y media habían quedado para cenar en el restaurante del hotel y así disponer ya de la tarde libre y poder aprovecharla.

Su plan había sido claro desde un principio. Lo único que le apetecía era meterse en la habitación, tumbarse en la cama y ver la tele.

Se había puesto en pijama y se había arrojado sobre el mullido colchón. Eran las ocho de la tarde cuando el teléfono de su habitación sonó.

Le había sorprendido aquello, pero más aún cuando, tras arrastrarse por la cama para llegar hasta el teléfono, una voz masculina le había hablado a través del auricular.

—Me han dicho que el spa está abierto hasta las nueve de la noche.

Se incorporó en la cama sentándose y se removió inquieta, intentando centrarse en lo que le decían.

—¿Chase?

—Comandante Chase Hudson —rectificó él.

—¿Qué haces llamándome a...?

—¿Te apuntas?

Esa proposición la había dejado sin palabras.

—¡No! —exclamó—. Estoy ya en la cama.

—¿Tan pronto? —preguntó sorprendido.

—Son las ocho, y mañana hay que levantarse a las seis de la mañana.

—¿A las seis? Estamos al lado del aeropuerto —Le recordó.

—Ya, pero... —resopló—. No voy a meterme en un spa contigo —Se sinceró.

—Pzzzzz...

Aquel fue el último sonido que escuchó por parte de él antes de que ella colgase el teléfono.

Sin poder evitarlo comenzó a reír.

Por Dios, Chase estaba como una cabra. Con lo serio que parecía en su trabajo y delante de sus compañeros...

Siempre se había comportado así con ella, y aun así no dejaba de sorprenderle.

El comandante comprendió perfectamente la negativa de Abby, pues no insistió más.

Estuvo despierta viendo las noticias hasta que fueron las nueve y media de la noche.

Se metió en la cama y cogió el móvil. Sabía por la diferencia horaria que en Minneapolis sería mediodía.

Abby: Hola, mamá, ¿qué tal?

Abby: Estoy en el hotel

Abby: Mañana cojo el vuelo dirección a Las Vegas.

Abby: Son unas diez horas y media de vuelo, así que no te preocupes si no contesto.

Mami: Hola, cariño.

Mami: ¿Qué tal por Londres?

Abby: Todo muy bien. Hemos dado un paseo durante el día.

Mami: ¿A qué hora coges el vuelo?

Abby: Será de madrugada allí. Aquí sale el vuelo a las 10:10 de la mañana.

Abby: Cuando llegue será mediodía allí.

Mami: Acuérdate de avisarme en cuanto aterrices.

Abby sonrió al leer aquello. Su madre siempre se preocupaba cuando eran vuelos tan largos.

Abby: Claro.

Abby: ¿Y por allí? ¿Qué tal todo?

Mami: La abuela ha estado un poco resfriada.

Abby: Ah, ¿sí? Pero ¿ya está bien?

Mami: Sí, ya está perfecta, pero nos ha contagiado el resfriado a todos.

Mami: Tu padre estuvo ayer en cama.

Abby: Vaya, es que hace mucho frío.

Mami: Sí, a ver si llega ya el verano...

Mami: ¿Qué hora es allí?

Abby miró el reloj de su muñeca.

Abby: Las nueve y media.

Mami: Pues no te acuestes tarde.

Mami: ¿Podrás dormir en el avión?

Abby: Tenemos unas cabinas para auxiliares de vuelo. Si tenemos sueño podemos acostarnos un rato.

Abby: Mañana vuelvo en un Boeing 747.

Mami: ¡Qué bien!

Estaba segura de que su madre no tenía ni idea de que se trataba de uno de los aviones más grandes e importantes de cuantos existían.

Mami: ¿Y Dana cómo está?

Abby: Descansando ya con Declan.

Mami: Me gusta que viajéis juntas.

Abby: Sí, a mí también.

Abby: Cuando son destinos lejanos se agradece tener a amigos cerca.

Abrió la galería de imágenes y le adjuntó la fotografía que Dana le había enviado. La que se habían hecho en la noria.

Mami: Salís muy guapas.

Mami: Tienes que enviarme más fotos.

Abby: Dana hace más que yo.

Mami: Pues que me envíe ella también.

Mami: Bueno, descansa.

Mami: Voy a prepararle a tu padre un vaso de leche con miel.

Abby: De acuerdo, que se mejore.

Abby: Dale un besito de mi parte.

Abby: Y otro para la abuela y para ti.

Mami: Otro para ti.

Mami: Y escíbeme en cuanto aterrices.

Abby: Sí, de acuerdo.

Abby: Hasta mañana.

Mami: Hasta mañana.

Puso el móvil a cargar y se echó la sábana y la manta por encima.

La imagen de Chase recorrió sus pensamientos, aunque esta vez no fue la del comandante con su uniforme, ni el recuerdo de ellos conversando durante el desayuno o la noria. Esta vez su mente fue más allá y dibujó la imagen de Chase con el diminuto bañador que le había comentado en el desayuno, relajado en una piscina caliente del spa del hotel.

Así, con aquella imagen, no había forma de pegar ojo.

11

Después de desayunar a las ocho de la mañana se habían dirigido al aeropuerto vestidos ya con sus uniformes.

A las diez menos cuarto habían realizado el briefing y recibido el parte meteorológico que anunciaba algunas turbulencias en el despegue por un viento cruzado. No era de extrañar con el mal tiempo que hacía allí.

Con un poco de retraso, a las diez y media de la mañana, habían despegado del aeropuerto de Heathrow. Los primeros diez minutos habían sufrido bastantes turbulencias, pero posteriormente el avión se había estabilizado y la ruta estaba siendo tranquila.

—¿Pollo o pescado? —ofreció Abby a los pasajeros mientras repartía la comida.

Vera, la sobrecargo de la ruta, ya había entrado la comida en cabina y seguramente los dos comandantes estaban comiendo.

Tras repartir la comida deseada y esperar a que les retirasen luego las bandejas, los pasajeros aprovechaban para dormir o ver alguna película en sus televisiones particulares.

—Vuestro turno si queréis —Les ofreció Vera a Abby y a Dana.

Max y Declan ya habían dormido un par de horas al inicio del trayecto, y Vera y otra auxiliar, Zoe, otro par más.

—No tengo mucho sueño —indicó Dana.

—Ya, pero supongo que no nos iría mal intentar dormir un poco —dijo Abby—. Cuando lleguemos a Las Vegas será la una del mediodía y tendremos todo el día por delante. —Miró a Vera agradecida—. Yo me voy a acostar aunque sea una hora.

Vera asintió.

—Lo que haga falta —aceptó Vera mientras se dirigía por el pasillo a

atender a un pasajero que había reclamado la presencia de una auxiliar de vuelo.

Abby abrió el pequeño compartimento consistente en dos literas. Era muy pequeño y consistía simplemente en una pequeña cama encima de otra con un colchón. Te podías echar una manta por encima y usar una de las pequeñas almohadas, las mismas que se entregaban a los pasajeros.

—¿Vienes? —preguntó Abby entrando al compartimento.

Dana se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que no me ira mal estirarme un poco.

Dana cerró la puerta tras de sí y se sentó directamente en la cama de abajo.

—Pondré el despertador para dentro de una hora y cuarenta y cinco minutos —explicó Abby mientras se quitaba los zapatos y subía a la cama superior—. Por si Logan y Colton quieren echarse un rato también.

—De acuerdo —contestó Dana abriendo una de las bolsas con la manta y la pequeña almohada—. Toma —dijo ofreciéndosela a Abby.

—Gracias —dijo echándose la manta por encima.

Los últimos auxiliares en unirse al vuelo habían sido Logan Sanders, Colton Harris y Zoe Parker. Con Zoe y Logan ya habían coincidido alguna vez, pero no con Colton. Lo cierto es que eran todos muy agradables. Logan y Zoe, sin duda, iban a unirse a ellos si decidían hacer alguna salida, pues tenían prácticamente la misma edad y estaban deseando llegar a Las Vegas. Colton debía rondar la misma edad que el segundo comandante Owen Murray, y parecía decantarse más por aprovechar el spa y dar un paseo tranquilo por la ciudad.

—¿Ya estás? —preguntó Dana desde abajo—. ¿Apago la luz?

—Sí —respondió ella colocando la almohada bajo su cabeza.

Se giró y cerró los ojos cuando se apagó la luz. Realmente, era bastante difícil dormir allí, pues siempre había ruido, pero al menos se les permitía estirarse y pasar un rato tranquilo y, de vez en cuando, echar una cabezada.

Aquella mañana, cuando se habían reunido para desayunar en el hotel había pensado en preguntarle a Chase si había aprovechado finalmente el spa, pero la presencia de todos sus compañeros no se lo había permitido.

De hecho, no había tenido un solo momento a solas con él donde poder intercambiar alguna palabra. Por otro lado, Logan, su compañero de tripulación, no dejaba de hablar. Era la tercera vez que viajaba a Las Vegas y estaba entusiasmado con llevarlos a dar una vuelta por toda la ciudad, pues

parecía que se la conocía al dedillo.

Así que, seguramente, le esperaban unos días movidos. Serían solo tres noches antes de volver a Nueva York, pero seguro que podría contar unas buenas anécdotas de aquel viaje y enviar unas buenas fotografías a su madre.

Había conseguido dormir una hora seguida y el resto había echado alguna cabezada.

Era la una y cinco minutos del mediodía cuando habían tocado tierra en la pista perteneciente al Aeropuerto Internacional de McCarran y las dos cuando firmaban conforme a la llegada en las oficinas de la compañía en el aeropuerto.

—Si esperan en la puerta C4 los llevarán al hotel para su estancia — confirmó el compañero de la oficina.

—¿Qué hotel es? —preguntó Chase.

—Nobu Hotel at Caesars Palace.

—Ah, ya —confirmó Chase como si lo conociese.

Dana se colocó a su lado mientras cogía del brazo a Zoe.

—¿Qué queréis hacer?

Declan apareció por detrás.

—Yo no sé vosotras, pero a mí me gustaría descansar un par de horas.

—A mí también me iría bien —reconoció Max detrás de él—. No he podido pegar ojo.

Declan miró a su pareja que lo observaba intrigada.

—Podríamos tener la tarde libre y descansar un poco. Ya nos juntaremos para cenar.

Chase se acercó a ellos.

—A mí me parece estupendo. También necesito como poco un par de horas de sueño.

Dana no parecía muy conforme y miró a Abby esperando que le echase una mano, pero Abby alzó sus manos hacia delante. La verdad es que le apetecía estar un rato tranquila, darse una ducha, relajarse en la habitación...

—Estoy de acuerdo. Podemos quedar luego sobre las siete u ocho e ir a dar un paseo y cenar algo.

—Ocho —corroboró Chase colocándose a su lado mientras cogía su maleta—. De momento vamos hacia el hotel —dijo iniciando el camino junto a su compañero Owen. Lo miró e hizo un gesto de disgusto—. No tengo ni

hambre, solo necesito descansar.

Un minibús esperaba en la puerta C4 para llevarlos al hotel. Se subieron los diez e iniciaron la marcha.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó el conductor.

Chase, que se había sentado en primera fila junto a Owen, fue quien contestó.

—Muy bien, todo muy tranquilo, excepto el despegue de Londres. Ha sido un poco movido.

—¿No hacía buen tiempo? —preguntó el conductor.

—¿Y cuándo hace buen tiempo en Londres? —ironizó él.

—Bueno, aquí ya veis... —dijo señalando el cielo mientras se dirigían a la salida del aeropuerto—. Ni una nube. Ahora se está más o menos bien...

¿Más o menos bien? Se preguntó Abby. Hacía sol, pero hacía frío.

—Por la noche hace falta el abrigo, baja bastante la temperatura —confirmó él—. Por cierto, el hotel está a quince minutos de aquí, llegaremos enseguida.

—Sí, ya he estado un par de veces —confirmó Chase.

Owen asintió también.

—Sí, yo estuve hace unos cuatro meses aproximadamente. Es un muy buen hotel.

—El spaaaaa —dijeron los dos a la vez.

Abby que iba sentada detrás de ellos arqueó una ceja. ¿Qué les ocurría a los comandantes con el spa de los hoteles?

Tal y como había dicho el conductor no tardaron más de un cuarto de hora en llegar al hotel. Abby se sorprendió cuando lo vio.

—Madre mía —susurró a Dana—. ¿Este es nuestro hotel?

Dana asintió.

—Parece que sí. ¡Qué pasada! —dijo un poco más alto.

Puede que el resto estuviese más acostumbrado a realizar ese destino, pero para ella era su primera vez en Las Vegas.

Pese a que eran las dos del mediodía las calles estaban repletas de gente. Pensaba que el ambiente se notaría más por la tarde o noche, pero estaba claro que aquella ciudad no descansaba nunca.

Bajó del minibús con la vista clavada en aquel alto edificio. Frente al enorme hotel había unos preciosos jardines con los setos podados creando formas. El hotel tenía un aspecto, tal y como cómo decía su nombre, de palacio romano.

A su izquierda, aunque bastante alejada, identificó la torre Eiffel en miniatura. Tenía que dar una vuelta por allí. La calle estaba repleta de tiendas.

El porche del hotel y la recepción eran realmente impresionantes. Arrastró la maleta de ruedas mirando de un lado a otro sin poder articular palabra.

Se quedó maravillada mientras los dos comandantes se encargaban de pedir las habitaciones tras entregar todas las acreditaciones.

—¿Sabéis de quién es este hotel? —preguntó Zoe con una gran sonrisa—. De Robert De Niro.

Abby pestañeó varias veces.

—¿En serio?

Zoe asintió mientras cogía las llaves que Owen ofrecía a cada uno de ellos.

—Comandante Murray —dijo el recepcionista tendiendo una llave hacia Owen—. Usted tiene la Kanoke suite. Espero que sea de su agrado y que disfrute la estancia estos días. —Comandante Hudson —Chase se acercó también—. La Sake Suite. Espero que sea de su agrado. Sea bienvenido a nuestro hotel.

Abby resopló. No entendía por qué los miembros del hotel siempre hacían tanto la pelota a los comandantes, sin embargo, al resto de la tripulación les daban simplemente las llaves, eso sí, con mucha amabilidad, pero no de una forma tan empalagosa.

—Espero que todos disfruten de la estancia en nuestro hotel. Cualquier cosa que podamos hacer para que su estancia sea más confortable no duden en pedirla y rápido les atenderemos.

—Gracias —contestaron todos.

—Los ascensores se encuentran por aquí —indicó amablemente.

Todos se dirigieron hacia los ascensores, aunque estaba claro que los diez con las maletas no cabían.

—Subid vosotras primero —ofreció Chase.

Las cuatro mujeres y Declan subieron primero al ascensor.

—Nos vemos a las ocho para cenar aquí abajo —indicó Dana antes de que las puertas se cerrasen. Se apoyó contra el ascensor observando que Declan había marcado la cuarta planta donde todos tenían sus habitaciones—. ¿Seguro que no queréis hacer nada? ¿Ni dar un paseo?

—Tenemos tres días, calma —rio Declan.

—Esta noche podemos salir a dar una vuelta —propuso Abby.

—¿Habéis visto que hacen espectáculos en el hotel? —preguntó Zoe

emocionada con su sonrisa juvenil—. Actúan Celine Dion y Mariah Carey.

—Ah, ¿sí? —preguntó Abby—. Me encantaría verlas.

—Seguro que es carísimo —Se quejó Declan.

—También hay spa, casino, un restaurante japonés...

Las puertas se abrieron. El pasillo se dividía a ambos lados. Todos miraron sus tarjetas.

—Tengo la habitación 424 —indicó hacia la izquierda.

—Nosotros vamos hacia el otro lado —dijo Dana—. Bueno, pues nos vemos a las ocho abajo, ¿de acuerdo?

Todos asintieron y Abby fue la única que giró por el pasillo a la izquierda, suponía que Colton y Logan, los dos asistentes de vuelo que faltaban por subir, también estarían ubicados a ese lado del hotel.

Abrió la puerta y se quedó impresionada unos segundos. Introdujo la tarjeta para conectar la electricidad en la rendija de la pared y arrastró la maleta por el amplio pasillo.

La habitación era de un color crema con una cornisa por el techo de color blanco.

Nada más entrar había un amplio pasillo que, a su lado izquierdo, era un enorme armario empotrado. Una vez finalizaba el armario había la primera y única puerta que comunicaba con un enorme aseo, con una bañera acristalada que ocupaba un tercio del aseo. Además, disponía de varios jabones e incluso de sales minerales con las que poder disfrutar de un buen baño. El aseo, de paredes en color blanco puro, destacaba por sus mármoles negros brillantes y aquella bañera en el mismo color.

La habitación disponía de una gran cama decorada con cojines verdes y lilas y varios cuadros de monumentos romanos en las diferentes paredes. Frente a la cama, con una mesita de noche a cada lado con una lámpara individual, se ubicaba un escritorio y una enorme pantalla plana de cuarenta y nueve pulgadas colgada sobre este.

Al otro lado de la cama había un espacio donde se ubicaban dos butacas y una mesa en el centro, justo al lado de la enorme ventana por donde entraba una gran claridad.

La habitación era enorme y decorada con todo lujo de detalles, así que no quería ni imaginar lo que debía ser la suite de los comandantes.

Cogió la revista del hotel y observó todo lo que este ofrecía: un restaurante japonés; casinos, ahí estaba claro que tenían que ir, aunque también le hacía gracia visitar alguno de los de fuera, seguro que serían más

espectaculares; un bar que también visitaría; espectáculos tal y como Zoe le había explicado; piscina exterior que no iba a utilizar; masajes... ¡Quinientos cincuenta y cinco dólares por cien minutos de masaje!

Pasó de página y se quedó maravillada.

—Madre de Dios... —susurró observando las fotografías—. Menudo spa.

Al final Chase iba a tener razón. El spa era un enorme recinto en mármol color miel con una piscina en medio que formaba cascadas a los lados. A ambos lados había pequeñas piscinas, suponía que con el agua a diferente temperatura y, en el centro, una enorme columna de agua bajaba del techo. Además, disponía de unos asientos reclinables que parecían esponjosos y que, a buen seguro, daban hasta masajes, velas aromáticas encendidas, flores que daban colorido a la estancia... Era un lugar relajante que incitaba a ser visitado. Miró al final de la página. ¡Y venía incluido en el precio!

Eso era justamente lo que necesitaba... pero no tenía bañador.

Bien, calma... disponía hasta las ocho de la tarde para sí misma, así que vaciaría la maleta y preguntaría a recepción si había alguna tienda cercana donde poder adquirir un bañador.

Lo primero que hizo fue quitarse su uniforme y colgarlo al igual que el resto de la ropa que había llevado. Se puso algo cómodo y se arrojó sobre la cama con el móvil en la mano mientras se apoyaba contra el cabecero de la cama.

Abby: Hola mamá, hemos llegado hace rato.

Abby: No he parado hasta ahora.

Abby: Estamos ya en el hotel.

Abby: Es muy bonito. Luego te pasaré fotografías.

Cogió el teléfono de línea de la habitación y marcó el cero diez para llamar a recepción.

Mami: Hola, ¿el viaje bien?

Abby aguantó el teléfono con la mejilla contra su hombro mientras tecleaba en el móvil.

Abby: Sí, un vuelo muy tranquilo.

—Recepción, ¿en qué podemos ayudarle?

—Hola, buenas tardes —contestó Abby dejando el móvil sobre la cama y cogiendo el teléfono con la mano—. Estaría interesada en informarme de si debe pedirse hora para el spa.

—No, no debe pedir hora, puede bajar cuando usted desee —respondió la mujer muy amablemente.

—Disculpe, ¿sabe si hay alguna tienda cercana donde pueda comprar un bañador?

La mujer tardó un poco en responder como si a la vez estuviese haciendo otras cosas.

—Sí. En la planta baja del hotel, al lado de la recepción, podrá encontrar varias tiendas. En una de ellas venden bañadores.

—Supongo que hacen falta chanclas y gorro de baño, ¿no?

—Chanclas sí, el gorro de baño no es necesario. Respecto al albornoz, dispone de uno en su habitación. En el mismo spa encontrará zonas habilitadas para cambiarse de ropa.

—De acuerdo, muchísimas gracias.

—No hay de qué. Espero que disfrute del spa si acude.

—Seguro que sí.

Colgó el teléfono y cogió de nuevo el móvil. Vaya, desde luego estaban preparados para todo, y eran muy amables.

Abby: ¿Cómo está papá del resfriado?

Mami: Mucho mejor. Supongo que mañana ya estará bien del todo.

Mami: Ya sabes cómo es.

Mami: Un exagerado que se queja por todo.

Mami: Tose un poco y ya se piensa que tiene una pulmonía.

Aquello le hizo reír.

Abby: Bueno, a ver si se pone bien del todo.

Abby: Te voy a pasar una fotografía de las vistas que tengo desde el hotel.

Abrió la cámara y enmarcó la preciosa fuente en medio de los jardines.

Mami: Vaya, qué bonito es todo.

Abby: Sí, muy bonito. Tenéis que venir alguna vez.

Mami: No sé yo... prefiero ir a otros sitios antes que a Las Vegas.

Abby fue hacia la cama y se sentó de nuevo.

Abby: Te voy escribiendo, voy a descansar un poco.

Mami: De acuerdo, hasta luego.

Abby: Un besito

Mami: Otro. Que descanses.

Buscó el cargador del móvil en el bolso y lo puso a cargar.

Se echaría un rato en la cama hasta las cuatro y media o cinco y después iría a comprarse el bañador y aprovecharía el spa. Al menos, de aquella forma y sabiendo que todos estarían descansando, se aseguraba no encontrarse con nadie allí. Podría estar tranquila, justo lo que se iba buscando en un spa.

12

Ni de lejos era el bañador más bonito que tenía. De hecho, solo podía optar entre tres colores: negro, azul claro y verde. Lo había escogido en negro.

Normalmente siempre se ponía bikini. Al menos no hacía falta ponerse el gorro, lo cual era una liberación.

Eran las cinco y cuarto cuando depositaba la ropa en una de las taquillas, se ponía el albornoz y las chanclas y accedía a través de la puerta al spa.

Nunca había sido asidua a esos sitios, pero debía confesar que las fotografías no le hacían justicia a la elegancia y la paz que transmitía aquel lugar.

Era increíble cómo en medio de aquel caos de ciudad podía haber un lugar así, como un oasis. Por suerte no había mucha gente, a duras penas seis personas en todo el recinto. Lo primero que hizo fue observar a cada una de ellas y, para su tranquilidad, ninguna era miembro de la tripulación. No quería encontrarse con nadie allí.

Fue hasta una de las hamacas y colocó la toalla sobre ella. Dejó colgado el albornoz en el perchero que había detrás y se quitó las chanclas.

El lugar era increíble. Las velas aromáticas sumadas a los vapores emanados por las aguas calientes te hacían entrar en paz en el mismo momento en que cruzabas el umbral de la puerta de los vestuarios. No le extrañaba que a Chase le gustasen tanto aquellos sitios, realmente era relajante, y más cuando todas las personas permanecían en silencio disfrutando de aquella paz.

Fue hacia la piscina central y bajó los anchos escalones. El agua estaba un poco caliente para su gusto, pero su cuerpo se adaptó rápidamente a ella. Fue hasta el otro lado de la pequeña piscina donde unas hamacas de obra permitían que te tumbases dejando la cabeza a flote.

¡Oh! Aquello era vida. Ni casinos, ni espectáculos, ni cenas... nada, iba a

quedarse allí los tres días hasta que tuviese que volver a coger el avión. Le daba igual acabar arrugada como una pasa.

A partir de ese momento se plantearía aprovechar más los hoteles que la compañía le ponía cuando viajaban lejos. Cuando le brindasen la ocasión se aseguraría siempre de echar un bañador en la maleta.

Para ella, su prioridad cuando viajaba a una ciudad que no conocía era visitarla, ahora se daba cuenta del desperdicio que había hecho. Recordaba que en el viaje a Shanghái el hotel también disponía de spa y lo había rechazado.

¡Tonta! Se riñó a sí misma. No volvería a cometer aquel error.

Notó cómo sus músculos se relajaban mientras el agua caliente acariciaba su piel.

Abrió los ojos observando el techo por donde a través de unas pequeñas claraboyas se filtraba la luz emitiendo rayos que chocaban con el agua y el mármol color miel.

Cerró los ojos de nuevo. Disponía al menos de una hora antes de volver a su habitación y arreglarse para cenar, aunque puede que estirase el rato un poco más, de todas formas, hasta las ocho no habían quedado.

—Vaya, vaya —comentó una voz masculina a su lado. No hizo falta que abriese los ojos para reconocerlo—. Anda que me avisas.

Abrió los ojos y giró su cuello a la derecha, a la hamaca de piedra situada al lado y donde, en ese momento, Chase se acomodaba.

—Mierda —susurró removiéndose en la hamaca. ¿De toda la tripulación tenía que encontrarse justamente con Chase?

—Tú por aquí —continuó él tumbándose a su lado. Debía de haber llegado recientemente porque no tenía el pelo mojado. Luego la miró de la cabeza a los pies, lo que hizo que Abby sintiera más vergüenza aún—. ¿No me dijiste que no habías traído bañador?

—Y no he traído. Me lo he comprado aquí —contestó de mala gana incorporándose de nuevo en la hamaca—. ¿No estabas descansando?

—Y descansando estoy —contestó sin perder la sonrisa de su rostro—. De hecho, había quedado con Owen en bajar al spa. —Aquello la puso en alerta. ¿Más miembros de la tripulación allí? Chase tuvo que notar que ella se disgustaba porque añadió rápidamente—. Pero se ha quedado durmiendo, así que me he decidido a venir yo solo y... ¡sorpresa! Mi auxiliar de vuelo favorita está aquí en el spa... y sin decírmelo —acabó la frase en un tono más grave.

—¿Favorita? —bromeó ella—. Pensaba que Alexa encabezaba la lista.

—De favoritas no.

Ella resopló por aquella respuesta.

—La idea era estar yo sola y relajarme.

—Pues no sé si te vas a poder relajar... ahora vienen Logan y Max para aquí. —Chase observó cómo ella volvía a abrir los ojos y se incorporaba sobre la hamaca sobresaltada—. Que es broma —rio él. Sí, estaba claro que no le hacía mucha gracia encontrarse allí con sus compañeros. Ella resopló y volvió a tumbarse—. ¿Qué te pasa? ¿No te gusta que te vean en bañador? —Se burló. Supo que había dado en el clavo porque Abby no respondió y se limitó a apretar los labios—. Oh, venga, Abby... —dijo con paciencia—, ¿no serás de esas chicas que se avergüenza solo por enseñar un poco más de carne?

—No me hace gracia. Si no tengo más remedio o me pillan de improvisado... —dijo mirándolo a él—, pues no me queda otra que aguantarme, pero si puedo remediarlo... sí, lo prefiero.

—Pero si estás muy bien —dijo señalándola, lo que provocó que ella enarcase una ceja—. No sé de qué te avergüenzas. A más de una le gustaría estar como tú.

Abby negó con su rostro y cerró los ojos de nuevo. Adiós a su paz interior y hola a los nervios.

La otra noche había pensado en Chase en bañador en el spa del hotel de Londres, ahora, se encontraba junto a él, básicamente en ropa interior, en el spa del hotel de Las Vegas.

Abrió lentamente los ojos y giró su cuello al no recibir ninguna palabra más. Le sorprendió ver a Chase relajado, con los ojos cerrados, en paz, disfrutando también de aquella calma.

Se fijó en la reciente barba que comenzaba a asomar en sus mejillas y fue descendiendo poco a poco.

“¡No!”, se dijo a sí misma. “¡No sigas! Es tu comandante...”. Suspiró y cerró los ojos, pero luego los volvió a abrir y volvió a girar la cabeza. “Va, un poquito solo”, de todas formas... él estaba con los ojos cerrados, ¿no?

Comenzó a bajar la mirada por su pecho donde, por lo que veía, tenía poco pelo y bajó hacia los abdominales. El problema es que el agua le tapaba parte de la visión.

Se movió levemente en la hamaca, con disimulo por si él abría los ojos, buscando un mejor ángulo.

De acuerdo, no llevaba un minibañador como él le había dicho, llevaba un

bañador normal y corriente azul marino que le llegaba por las rodillas. Aquello la calmó en cierto modo, solo le faltaba verlo en un bañador de esos ajustados y se moriría allí mismo.

—¿Qué tal tu habitación? —preguntó Chase.

Abby se colocó de nuevo tumbada y observó que él mantenía aún los ojos cerrados. Tragó saliva, cada vez más consciente de su presencia.

—Muy bien. Es muy amplia. ¿Y la tuya?

—Está bien —comentó como si nada—. La otra vez que estuve aquí nos alojaron en otro hotel. El spa estaba mejor.

—Yo lo veo muy bien el hotel —contestó ella—. Aunque está claro que no estoy al mismo nivel que tú y las habitaciones no son las mismas.

Aquella respuesta provocó una sonrisa en los labios de Chase y giró su cuello para observarla.

—La habitación está bien, no es de las mejores donde me han alojado, pero... es original —rio y la miró divertido—. ¿Sabes? Tengo una mesa de billar en medio de la suite.

—¿En serio?

—Sí, me ha hecho gracia. Me he encontrado bañeras en medio de suites, chimeneas acristaladas, incluso jacuzzis, pero ¿una mesa de billar?

—Por si te aburres... —bromeó ella.

—Ya, ¿y con quién juego? —continuó él con la broma. Luego la miró y enarcó una ceja—. Podríamos...

—No sé jugar —Lo interrumpió ella sabiendo que era lo próximo que iba a proponerle.

—Venga ya, ¿quién no sabe jugar al billar? Es darle a una bola con un palo.

Ella chasqueó la lengua.

—No tengo mucha puntería.

—¿Has jugado alguna vez?

—Muy pocas.

—Bueno, estaríamos igualados entonces —ironizó. Volvió a mirar hacia el techo y cerró los ojos—. Por lo demás la habitación está bien: unas preciosas vistas, una sala independiente para ver la televisión con *home cinema*, una cocina...

—¿En serio? —preguntó asombrada.

Él se encogió de hombros.

—Claro.

—Cámbiamela —sugirió. El comentario divirtió a Chase—. Venga —suplicó, aunque en tono de broma—. A ti siempre van a alojarte en suites y puedes permitirte... yo no.

—Ammmm... bueno, la cama es grande, si quieres puedes venirte a dormir conmigo. —Ella arqueó una ceja—. En el pack de la suite voy yo incluido —Y le enseñó los dientes—. Incluso hay dos aseos, así que no tendríamos que pelearnos por ir al servicio. Y te dejo escoger lado en la cama.

—Pzzzzzz...

Chase rio de nuevo.

—¿No? Vaya, una lástima... —Ella lo miró divertida—. Al menos podríamos jugar una partida al billar —acabó diciendo—. A ver quién agujerea antes el parqué de la habitación.

—Menudo peligro nosotros dos con unos palos.

—Seguro que antes de que acabase la partida terminábamos recreando la batalla de "*La guerra de las galaxias*" con las espadas láser —comentó divertido.

—Eso ni lo dudes —añadió ella, se incorporó en la hamaca y se giró hacia él levemente mientras apoyaba la cabeza en la mano—. O podríamos usar el palo de escoba voladora —añadió ella.

—Me gusta la idea —La señaló—. A la vuelta hacia Nueva York me presentaré así en el avión. Vamos a despegar, ¿quién se sube? —Y lo acompañó de un movimiento de mano como si animase a los pasajeros.

Ambos se encontraron mirándose y tronchándose de la risa.

—Está claro, nadie se subiría. Como mucho yo para seguirte la corriente y no dejarte solo...

—Los pasajeros alucinarían —siguió divertido. Luego la miró más serio—. Podríamos probarlo el próximo día. No tendrían motivo para quejarse. Vuelo y espectáculo a bordo.

—Además, despegando desde Las Vegas es lo que toca —continuó ella mientras se tumbaba del todo en la hamaca de nuevo y cerraba los ojos para relajarse.

Chase se quedó observándola. Su cabello rubio flotaba rodeando su cabeza.

Con Abby siempre se divertía, con ninguna otra compañera tenía aquella conexión.

—Esto es mucho mejor que ir a ver piedras, ¿eh? —bromeó Chase de nuevo.

—Como Declan te oiga decir eso...

—Lo sé, lo sé... por eso aprovecho. —Se incorporó sentándose sobre la hamaca y miró al frente, a las siguientes piscinas—. ¿Cambiamos?

—¿Por? —preguntó ella con los ojos cerrados—. Aquí se está bien.

—Lo bueno es hacer el circuito. Sirve para activar el metabolismo, según dicen.

Ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Las siguientes piscinas son iguales a esta?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. Normalmente hay una de agua fría y otra de templada. —Luego señaló a su derecha—. Y ahí están el jacuzzi y el baño turco.

—Ve tú si quieres —respondió con los ojos cerrados—. Yo me quedé aquí. Estoy a gusto.

Chase se giró para observarla. Ella permanecía tumbada con los ojos cerrados y sí, parecía estar realmente a gusto.

—Está bien —dijo bajando de la hamaca—. Voy a los baños turcos unos minutos. Ahora vuelvo.

—De acuerdo —contestó ella sin moverse, aunque cuando escuchó el sonido del agua al desplazarse abrió los ojos y lo observó—. Madre de Dios —susurró.

Tenía los hombros y la espalda ancha y cuando subió los escalones para salir de la pequeña piscina se fijó en su trasero y en sus piernas.

Tragó saliva mientras lo veía avanzar. Bendita visión. Si lo que buscaba era estar calmada en aquel spa con Chase al lado no iba a conseguirlo, y menos aún si se paseaba mostrando aquellos abdominales y aquel culo.

—¿Vienes? —volvió a preguntar al coincidir la mirada con ella.

—No —respondió cerrando los ojos de nuevo. Como si no tuviese bastante con verlo pasearse en bañador por ahí—. Lo único que me falta ya es meterme en una sauna de vapor contigo para que me dé un infarto —susurró para ella misma.

—Bueno, a ver... sé primeros auxilios —contestó Chase.

Aquello no se lo esperaba y brincó en la hamaca, estando a punto de caer de ella y hundirse en el agua. Chase había rodeado la piscina y se había arrodillado a su lado, colocando la cabeza casi sobre la suya.

Se colocó de nuevo sobre la hamaca y lo miró mosqueada. Él sonreía sin parar con aquella encantadora sonrisa.

—Entonces, ¿esperas aquí? —preguntó sin darle importancia a la anterior

frase pronunciada por ella.

—Que síiiii —repitió con paciencia.

Se encogió de hombros y se puso en pie, alejándose hacia la sauna de vapor. En cuanto lo vio entrar se llevó la mano al corazón notando cómo palpitaba con fuerza.

Maldito fuese, la había pillado in fraganti diciendo aquello, aunque al menos parecía que no le había dado importancia. Conociéndolo lo sacaría a relucir en otro momento.

Se mordió el labio mientras se moría de la vergüenza. Una cosa era insinuar en plan de broma y decirse tonterías mutuamente y otra muy diferente era que él la escuchase decir que como se encerrase en una sauna de vapor con él le daría un infarto.

Debía aprender a controlarse y a mantener la boca cerrada en su presencia.

Abrió los ojos y se incorporó en la hamaca. Desde allí no podía verse lo que había en el interior de los baños turcos, aunque ya lo podía imaginar. Un par de bancos y una estufa en medio donde se iría echando agua con alguna hierba aromática para generar vapor.

Se bajó de la hamaca y decidió cambiar de piscina. Ahora que él estaba ocupado aprovecharía para moverse por el spa.

Salió y se dirigió a la siguiente piscina, aunque cuando metió el pie emitió un grito que llamó la atención de una mujer mayor que pasaba por su lado y dio un salto hacia atrás. ¡Por Dios! ¡Estaba helada!

Fue hasta la siguiente y metió el pie. Aquella, tal y como le había dicho Chase, estaba templada, o al menos eso intuía, pues ahora notaba la piel caliente de la otra piscina.

Se decidió por el jacuzzi. Notó el agua fresca, pero no tanto como la de la piscina helada. En comparación, aquella temperatura le pareció agradable.

Allí le llegaba el agua por las rodillas. Se sentó y se estiró apoyándose contra la pared. Se fijó en un botón en rojo. Lo pulsó y al momento el jacuzzi comenzó a hacer burbujas.

—Ohhhhhhh —gimió de placer mientras apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos. No sabía en cuál se quedaría más rato, si en la primera piscina o en el jacuzzi, probablemente en el segundo, pues las burbujitas le hacían cosquillas por todo el cuerpo.

Por desgracia, el efecto de las burbujas solo duraba unos tres minutos, así que debía ir dándole al botón cada vez que pasaba el tiempo.

Debían de haber pasado unos diez minutos cuando observó a Chase salir del baño turco y mirar directamente hacia la piscina donde la había dejado a ella. Vio cómo su espalda se ponía tiesa como un palo. Aquello le hizo reír. Estuvo a punto de hundirse en el jacuzzi, pero él se giró rápidamente hacia donde se encontraba y la señaló con la mano.

—Ahí estás —dijo acercándose.

—¿Qué tal el baño turco? —preguntó.

—Está muy bien —comentó. Llegó hasta donde se encontraba ella y miró al resto de piscinas—. ¿Has probado las otras?

—Sí —Señaló a la que tenía más cerca—. Esa tiene el agua templada y la otra está helada de narices.

—¿Te has metido? —preguntó sorprendido.

—No, solo las he probado. Ni loca pienso meterme en el agua congelada.

—Es bueno para la circulación —dijo agachándose de nuevo a su lado.

—Tengo la circulación bien —concretó ella—. Si me meto ahí pillaré una pulmonía.

Chase chasqueó la lengua y la miró desde arriba.

—Está bien.

—Pero ve tú si quieres...

—No, da igual —dijo sin moverse. Se acercó un poco más a ella pasando el brazo por detrás y pulsó el botón con la mirada fija en sus ojos. —Qué bien, ¿eh? —bromeó mirando al frente mientras él apartaba el brazo y el jacuzzi volvía a burbujear.

—Sí —sonrió ella mientras suspiraba—. ¿No te metes?

—No. ¿Has visto que dan masajes?

—Sí, lo he leído en la habitación.

—Hacen uno para quitar contracturas, otro relajante, baños de chocolate...

—¿Estás pensando en hacerte uno? —preguntó con curiosidad.

—Puede —Se encogió de hombros—. Cuando piloto muchas horas se me engarota un poco el cuello —dijo llevándose la mano a las cervicales, masajeándolo—. Por eso me va bien venir a los spas.

—Ah... —dijo ella mirándolo—, pues aprovecha, seguro que aquí lo hacen muy bien y te quitan las molestias —Le sonrió de una forma tierna.

—¿No te apetece hacerte uno?

Abby parpadeó varias veces y negó.

—No, qué va. No me van mucho y además son muy caros.

—¿Qué tontería es esa? Yo te invito.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Chase, son mínimo quinientos cincuenta y cinco dólares por cien minutos de masaje, ¿estás loco?

Él se encogió de hombros.

—Cien minutos es más de una hora y media. Nos da tiempo. No hemos quedado hasta las ocho. Vamos, te invito —comentó levantándose.

—Por Dios —susurró ella desquiciada—. ¿No puedes estarte quieto?

—Va, te irá bien para relajarte... —continuó—. Voy a preguntar si pueden ahora.

—No me hace falta.

Él ladeó su cabeza y le sonrió de una forma atractiva.

—Yo creo que sí, de lo contrario corres el riesgo de que te dé un infarto, ¿no? —bromeó mientras daba los primeros pasos, aunque se giró hacia ella—. ¿No es lo que habías dicho antes?

Ella desencajó la mandíbula unos segundos y lo siguió con la mirada.

—Idiota —susurró.

—Espere tumbada cinco minutos. Cuando suene el timbre levántese con cuidado, ¿de acuerdo?

Abby solo pudo murmurar.

Jamás le habían hecho un masaje así, de hecho, nunca había ido a ningún fisioterapeuta a que le hiciesen uno.

Escuchó que la puerta se cerraba, pero ni siquiera elevó su cuello para mirar si se encontraban ya solos en la sala. Sabía que Chase estaba justo detrás, en la camilla en dirección opuesta. Tenía la cara demasiado bien encajada en aquel agujero de la camilla y estaba segura de que sus brazos no responderían si lo intentaba.

—¿Estás ahí? —Escuchó la voz de Chase.

—Mmmmmmm —Fue lo único que pudo decir.

Madre mía, aquel masaje de más de hora y media valía cada dólar de lo que costaba. Dudaba poder aguantarse en pie cuando llegase el momento de levantarse.

¿Quién quería irse de cena ahora? Después del spa y del masaje lo único que le apetecía era tumbarse en la cama. Jamás se había encontrado tan relajada como en ese momento. Además, el ambiente en aquella sala inducía al

relax.

Iluminados solo por unas velas distribuidas por la estancia y una música relajante que imitaba a las olas del mar y a los cantos de los pájaros aquella había sido una de las experiencias más surrealistas que había tenido nunca.

Sin esperarlo, había acabado tumbada en la camilla de aquella habitación con solo una toalla encima y luchando por no dejar caer la babilla.

En esos momentos, cuando se encontraba tan relajada era cuando se daba cuenta de que realmente le hacía falta de vez en cuando alguna escapada así.

Cuando el timbre sonó marcando que habían pasado los cinco minutos ninguno de los dos se movió. Estaba claro que ambos notaban flojera en todo el cuerpo. Después de un minuto más escuchó que Chase se movía lentamente y resoplaba.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó arrastrando las palabras.

Le costó un poco encontrar su voz.

—Tú primero —susurró.

—¿Qué?

—Sal... tú primero... —repitió en el mismo tono.

Chase se sentó en la camilla echándose la toalla por encima de las piernas y se giró levemente hacia Abby. Aún permanecía con la cara encajada en aquel agujero, tapada con la toalla, sin poder moverse.

En realidad, aquel masaje también lo había dejado a él para meterse directamente en la cama y dormir doce horas seguidas.

—¿Así es como vivís los comandantes? —escuchó que susurraba ella.

—Ammmm... ¿Sí?

—Pues de grande quiero ser comandante.

Chase sonrió. Alargó el brazo y cogió el batín, poniéndoselo. Bajó con cuidado de la camilla y se anudó el cinturón.

—¿Necesitas ayuda o no?

—No, cuando salgas de la sala saldré yo.

—¿Seguro?

—Estoy en pelota picada, Chase. No, no necesito ayuda.

Chase chasqueó la lengua y dio los primeros pasos hacia la puerta. Resopló cuando notó cómo sus piernas temblaban, como si no aguantasen su peso. Miró el reloj comprobando que eran las siete y diez de la tarde.

—De acuerdo pues... nos vemos a las ocho en la planta baja. —Aunque se detuvo antes de abrir la puerta que le conectaría con el vestuario de hombres—. ¿O tendré que venir a buscarte aquí? —bromeó.

—No, estaré... ahí... abajo —dijo como si aún le costase articular las palabras.

—De acuerdo.

—Chase... —Le interrumpió ella antes de que saliese de la sala.

—Dime —comentó medio girándose.

—Gracias por el masaje —susurró.

Chase sonrió.

—No hay de qué —pronunció mientras cerraba la puerta.

Abby se removió en la camilla intentando sentarse. Tuvo que permanecer cerca de otro minuto sentada antes de ponerse el batín y colocar las piernas en el suelo, aunque tuvo que sujetarse a la camilla para no caer cuando dio el primer paso.

—Por Dios, qué flojera —susurró mientras iba hacia la puerta de su vestuario colocando los brazos en forma de cruz para mantener el equilibrio.

13

Se habían reunido todos menos el segundo comandante Owen y la sobrecargo Vera. Ellos dos habían preferido cenar en el hotel y acostarse pronto para aprovechar el día siguiente desde la mañana.

El resto habían cenado en un restaurante de comida americana, con enormes hamburguesas y platos de patatas fritas a rebosar.

Pese a que habían pasado horas desde el masaje aún notaba que el cuerpo le pesaba, y si a eso le sumaba que había comido como si no hubiera un mañana estaba a un solo paso de comenzar a arrastrarse hacia el hotel.

Las calles estaban repletas de visitantes que salían de discotecas, casinos, teatros y restaurantes. Le había hecho gracia cruzarse con Spiderman, el presidente Trump y Obama, con Batman... La gente perdía la vergüenza e incluso se animaba a salir disfrazada a la calle. Lo cierto es que aquella ciudad era un verdadero caos. Era una ciudad llena de luz y color, y también de gente loca... Tuvo que apartarse cuando dos personas pasaron corriendo sin mirar, amenazando con arrojarla al suelo.

—¿Vamos al casino? —preguntó Dana emocionada.

—En el hotel hay uno —recordó Abby—. Podríamos ir al de allí.

Dana corrió hacia ella y se sujetó de su brazo.

—Me apunto. A ver si cantamos un bingo, o una línea... estaría genial —dijo divertida.

Los ocho se detuvieron al ver que, frente a ellos, una pareja de recién casados salía de una de las capillas improvisadas de bodas rápidas. El hombre llevaba a la mujer en brazos y ambos iban cantando la marcha nupcial.

—¡Vivan los novios! —gritó Zoe que estaba deseando divertirse. Ninguno de ellos esperaba aquel grito y dieron un brinco hacia atrás.

La pareja recién casada gritó hacia ellos celebrando su unión.

—Menudos locos —susurró Chase.

—Parecen felices —indicó Dana girándose hacia él.

Chase enarcó una ceja hacia ella.

—Eso es porque van borrachos, ¿no lo ves? —rio divertido—. Ya verás mañana cuando se despierten...

Dana se encogió de hombros y señaló hacia el hotel.

—Venga, puede que nosotros seamos más felices mañana si ganamos uno de los cartones... —dijo tirando de la mano de Abby.

Media hora después Logan levantaba la mano y gritaba.

—¡Línea!

—Ueeeeeeee —gritaron todos sus compañeros alzando sus brazos hacia el cielo.

—Shhhh, shhhh... —dijo Max estresado intentando escuchar los números de su cartón—. Parad que no escucho nada, ¡me quedan cuatro para bingo!

Abby suspiró y miró al frente donde Chase y Declan miraban con seriedad sus respectivos cartones.

—Yo no tengo nada de suerte... —resopló Abby.

—¡Bingo! —gritaron al final de la sala.

Todos se giraron para mirar.

—Qué suertudo —dijo Dana arrojando el cartón al centro de la mesa. Suspiró decepcionada, aunque se giró hacia Abby con ánimo renovado—. ¿Echamos unas monedas en las tragaperras?

Diez minutos después Dana pulsaba enfadada los botones de la máquina que no dejaba de hacer rodar sus rodillos.

—Máquina estúpida —susurró hacia ella.

Abby se cruzó de brazos.

—Nada, que no hay suerte —Se quejó Abby mientras se giraba hacia atrás.

Los chicos se habían situado en las tragaperras de detrás y Logan en ese momento pulsaba el botón. No tardaron más de unos segundos en levantar los cuatro los brazos hacia el cielo y exclamar de felicidad mientras la máquina tragaperras comenzaba a soltar fichas.

—Oeeeeeeee —gritaba Declan cogido del hombro de Chase.

Zoe, Dana y Abby se miraron intrigadas.

—¿Les ha tocado? —preguntó Zoe.

En ese momento todos felicitaban a Logan que parecía ser el causante de aquel alboroto.

—¿Qué le pasa a Logan hoy? ¿Ha vuelto a ganar?
Max se giró hacia ellas alzando los brazos hacia el cielo.
—¡Trescientos dólares!
—Ohhhhh —dijeron todas a la vez.
Logan se giró sonriente.
—¡Mañana tenemos cena gratis! —gritó Logan.
Las tres alzaron los brazos y corrieron hacia ellos.
—Oeeeeeeee —gritaban mientras se acercaban.

Había dormido hasta las once de la mañana perdiéndose la hora de desayuno. No le importaba, la noche anterior había cenado demasiado, así que ya le fue bien.

Había quedado para comer con Dana, Declan y Zoe en el japonés del hotel, así que de nuevo había comido poco. La comida japonesa no era su fuerte. Debía admitir que lo que había probado estaba bueno, pero no era de sus comidas favoritas.

Dana y Declan habían contratado una excursión desde el hotel para ir a ver la zona del Lake Mead National Recreation Area. A ella no le llamaba la atención, pero por lo visto a Zoe, Max, Colton y Logan sí.

En esos momentos le llamaba más la atención dar un paseo por Las Vegas o, simplemente, aprovechar el spa otra vez.

A las dos del mediodía se había despedido de ellos en la puerta del hotel y había subido a la habitación. Se había puesto una película y había pasado gran parte de la tarde entretenida. Sabía que Chase, Owen y Vera debían rondar por el hotel, aunque no los había visto en todo el día y hasta las ocho y media de la tarde no había quedado con sus amigos en la puerta del hotel.

Cogió el móvil y buscó el privado de Chase.

Abby: Holaaaa

Por suerte, Chase no tardó en responder. Vaya, parecía que no estaba en el spa.

Chase: Hola, ¿cómo van las piedras?

Abby arqueó la ceja. ¿Las piedras? ¿Pensaba que se había ido a la

excursión?

Abby: No estoy viendo piedras.

Abby: Me he quedado viendo una peli.

Abby: No me apetecía, aún me dura el relax del masaje 😊

Chase depositó la toalla con que se había secado el sudor en el gimnasio en el mármol del aseo y miró contrariado el móvil.

Chase: ¿Estás en el hotel?

Abby: Sí. Aburrida.

Abby: Hasta las 20:30 no hemos quedado para cenar.

Chase: Ya, ya me lo ha dicho Declan.

Chase: ¿Y no me has avisado?

Abby: Pensaba que querías calma y spa.

—Ja —respondió mientras depositaba el móvil en el mármol. Se quitó la camiseta holgada y la arrojó al suelo.

Volvió a coger el móvil.

Chase: He estado en el gimnasio un rato.

Chase: ¿Te apetece un billar?

Abby se quedó observando el móvil. ¿Que si le apetecía un billar? Por supuesto que sí. Era eso o intentar ver otra película y la programación no era muy buena.

Abby: Sí.

Abby: Prepara las espadas láser, Obi-Wan.

Chase rio cuando leyó aquello.

Chase: Dame quince minutos, necesito una ducha.

Chase: Habitación 907.

¡Genial! Vería la suite que tenía.

Abby: De acuerdo.

Abby: Voy a las 6.

Abby: Dúchate tranquilo.

Chase: Ok.

Chase miró a su alrededor. Bueno, la habitación estaba ordenada y Abby le estaba dando más de media hora de margen para ducharse y arreglarse. Cogió el móvil y sonrió.

Chase: ¿Quieres venir a frotarme la espalda?

Abby casi se atragantó cuando leyó la pregunta. Su mente dibujó la imagen de él en bañador por el spa. ¡Oh! Aquella espalda ancha y musculosa.

Resopló y depositó el móvil en la mesilla. No pensaba contestar a aquella insinuación.

Fue directa al aseo y se observó en el espejo. Llevaba una cola alta. Cogió la plancha del pelo, la conectó y mientras tanto se cambió de ropa. Se puso unos pantalones negros y una camisa blanca entallada. Se quedó observando el vestido verde que había traído, el que se había comprado con Dana.

No, mejor no ponerse aquel vestido en ese momento.

Se cambió de ropa y se puso los zapatos de tacón. Fue al aseo y se alisó el cabello a conciencia. Se maquilló y cuando estuvo lista miró el reloj.

Las seis menos cuarto. Resopló y fue hacia el móvil.

Chase no había vuelto a decir nada más, aunque seguramente se habría duchado ya.

Arregló la habitación y cerró la maleta. El resto de los minutos los pasó distrayéndose con la televisión.

Faltaban cinco minutos para las seis cuando cogió su bolso, el móvil y salió de la habitación.

—Habitación 907 —susurró mientras se dirigía al ascensor.

Se notaba que la novena planta tenía mucho más caché que en la que ella estaba alojada. De por sí el hotel ya era espectacular, pero nada más abrirse la puerta del ascensor se topó con un enorme recibidor enmoquetado con una alfombra color lila y una enorme lámpara de araña formada de cristales que brillaban reflejando la luz.

Tomó el pasillo de la derecha y buscó la habitación del comandante.

Cuando se plantó frente a la puerta sintió nervios.

“Vamos, Abby”, se animó a sí misma. “Chase es solo un amigo. Nada más.

Solo vas a pasar un rato hasta que sea la hora de cenar”.

Tragó saliva y apretó los labios mientras golpeaba suavemente la puerta.

Escuchó unos pasos y al momento la puerta se abrió.

Sí, Chase se había duchado porque desde ahí podía oler el jabón y la colonia, además su cabello castaño oscuro aún estaba un poco mojado. Se había puesto una camisa azul y unos pantalones negros.

Vaya, qué elegante iba, pensó mirándolo de los pies a la cabeza, aunque cuando llegó a sus ojos Chase la miraba con cierta duda.

—No me has respondido al mensaje —comentó seriamente.

Ella ladeó su cabeza.

—¿Y qué querías que respondiese? —preguntó provocativa.

Estaba clara cuál era la respuesta que quería recibir, su sonrisa lo delataba.

—Vamos, pasa —dijo indicándole que entrase con la mano.

Los ojos de Abby se agrandaron mientras él cerraba la puerta.

—Madre mía —susurró mirando al frente.

Nada más entrar había un ancho recibidor con un mueble y un gran espejo. Era un recibidor abierto que permitía vislumbrar el enorme comedor que quedaba por delante. Chase no había mentido. La habitación era realmente enorme.

Había una chimenea en la pared, en ese momento encendida, y una enorme mesa rodeada de sillas bajo una lámpara de diseño, varios sofás frente a una enorme televisión plana y, al otro lado, una mesa de billar tal y como Chase había explicado.

—Es más grande que mi piso —susurró anonadada.

—Ven. Te enseñaré el resto. —Ella asintió entusiasmada. Chase la guió a través del comedor y señaló a su izquierda—. Mira, la sala de cine. —Señaló a una habitación, sin puerta, donde había varios sofás, sillas y otra enorme televisión plana colgada en la pared.

—Podríamos ver una película —propuso ella.

Él se encogió de hombros, llegó a un pequeño pasillo y le señaló una puerta.

—El aseo —indicó. Se quedó extasiada mirando la enorme ducha acristalada—. Y mi habitación —dijo entrando.

Vale, de acuerdo, solo su habitación era más grande que toda la habitación de ella. Al final de esta tenía unas puertas de cristal transparente.

—¿Tienes un jacuzzi? —preguntó asombrada acercándose para observar.

Se giró hacia Chase que se encontraba al inicio de la habitación—. Deja la peli, ¿me puedo meter en el jacuzzi? —bromeó.

—Todo tuyo —Le indicó divertido.

Ella miró todo a su alrededor. Sin duda, podía dormir cruzado en aquella impresionante cama. Se giró y observó las vistas desde la habitación. La oscuridad comenzaba a reinar en Las Vegas y las luces iluminaban ya toda la ciudad.

—Es impresionante —pronunció dirigiéndose a él.

—Sí, no está mal —contestó sin darle mucha importancia mientras ella pasaba a su lado para salir de la habitación.

—¿Cómo puedes decir que no está mal? —reaccionó mosqueada—. Después te enseño la mía, a ver qué opinas.

—No, no lo hagas. Seguramente me dará penilla y tendré que traerte aquí conmigo —rio mientras avanzaba por el pasillo. Al lado del aseo había una pequeña cocina, aunque equipada con todo lo necesario. Fue hasta la nevera y la abrió—. ¿Quieres algo?

—¿Lo has comprado tú? —preguntó al ver que tenía la nevera llena.

Chase negó mientras cogía una cerveza.

—No, estaba así cuando llegué. Y lo mejor de todo es que creo que la reponen cada día. —Le ofreció una cerveza—. Toma.

Ella negó.

—No, no, gracias.

—Va, no seas tonta...

—Es que no me gusta —insistió ella.

—Ah, vale —respondió mirando la nevera—. ¿Una cocacola? —preguntó sacando una botella de cristal.

—Sí, eso sí —dijo cogiéndosela de la mano.

Chase cogió el abridor y abrió tanto el refresco como la cerveza y se dirigió al comedor.

—Bien, entonces... ¿qué prefieres? ¿Una película? ¿Un billar? ¿Nos dejamos de tonterías e interpretamos la última batalla de *Star Wars*? —rio. Se giró hacia ella y subió sus dos cejas de forma divertida—. ¿El jacuzzi?

Ella pasó por su lado en dirección a la mesa de billar.

—Creo que podríamos probar a ver qué tal se nos da.

Dejó el refresco sobre la repisa que conectaba la cocina con el comedor y fue hacia la pared donde colgaban dos palos de billar.

Cogió uno, lo observó y se acercó a la mesa mientras Chase cogía el

triángulo y las bolas de billar y las colocaba en el extremo de la mesa. Le pasó la bola blanca y ella la colocó al otro lado mientras Chase cogía el otro palo.

—Las damas primero —anunció señalando la mesa.

Ella suspiró y se colocó en el extremo de la mesa sujetando el palo con las dos manos.

Se alineó con la bola blanca y golpeó el conjunto de bolas que salió disparado en todas direcciones.

—Bien —La felicitó Chase mientras iba al otro extremo—, de momento no ha salido volando la bola blanca —bromeó.

Ella se distanció un poco de la mesa para observar.

Chase colocó el palo a la altura de la cadera con la mano dominante y la otra mano en el otro extremo, se inclinó levemente sobre la mesa e hizo un puente abierto con la mano abriendo los dedos.

Abby ladeó su cabeza mientras lo observaba, tenía buena postura. Aquello llamó su atención.

Chase dio un sutil golpe a la bola blanca que salió disparada hacia una de las bolas lisas que entró directamente por el agujero de una esquina de la mesa. ¿Así? ¿A la primera?

Se puso erguido y la miró con una sonrisa mientras ella enarcaba una ceja.

—Un golpe de suerte —dijo, y se encogió de hombros mientras rodeaba la mesa para colocarse en el otro extremo de la mesa.

Abby se apartó para dejarle pasar y Chase volvió a reclinarse de nuevo sobre la mesa mientras, esta vez, formaba una V con sus dedos dejando que el palo se deslizase entre ellos. Dio otro golpe y la siguiente bola lisa entró en otro agujero.

—¿No decías que no sabías jugar? —preguntó ella mosqueada.

Él chasqueó la lengua.

—Te dije que había jugado poco —Y le mostró una gran sonrisa mientras se movía al otro extremo y volvía a reclinarse sobre la mesa de billar—. Bola lisa número siete a la esquina derecha. —Y golpeó introduciendo esa bola en el agujero que había dicho.

—Venga yaaaaa —Se quejó ella—. ¿Has estado practicando toda la noche para darme una paliza? —Se burló.

—No, ¿cómo puedes pensar eso? —respondió mientras rodeaba la mesa de nuevo.

—¿Y voy a poder jugar más? ¿O me vas a tener mirando todo el rato? —preguntó dando unos golpecitos con el pie en el suelo.

A Chase parecía divertirle la situación.

—Está bien... —dijo reclinándose—, ¿quieres jugar? —Acabó con tono de burla.

—Sí, me gustaría.

Chase golpeó muy flojo la bola blanca que solo rozó la siguiente lisa y la señaló.

—Su turno —Le ofreció.

—Muchas gracias —dijo dirigiéndose a la mesa.

Por Dios, debía meter al menos una bola. Respiró hondo y se inclinó hacia la mesa.

—¿Qué te parece si relajas un poco la postura? —preguntó él divertido. Abby entornó los ojos hacia él—. Tienes que coger el taco de más abajo... y no lo sujetes con tanta fuerza.

—¿Ahora lo llamas taco? ¿Aprendes términos de billar por momentos? —Lo retó.

Chase se acercó a ella y dejó su taco apoyado contra la mesa. Luego cogió el brazo de ella moviéndolo para quitarle tensión.

—No lo sujetes con tanta fuerza... que fluya... —Abby suspiró y lo soltó levemente—. Vale, ahora coloca la mano sobre la mesa y el palo sobre la mano entre los dedos índice y corazón... —Chase la ayudó a colocarlo—, pero relaja el brazo, mujer —bromeó.

Ella resopló e intentó concentrarse.

—Acércate un poco más a la bola para coger el ángulo... —Le sugirió.

—Yo no tengo los brazos tan largos como tú —Se quejó.

—Pues reclínate un poco sobre la mesa —contestó desquiciado ante la mirada de ella.

Abby se reclinó levemente colocando el trasero en pompa. Se fijó en la bola blanca, con suerte conseguiría golpear una de las bolas ralladas que estaban cerca y la metería en uno de los agujeros.

—Inclínate un poco más para coger el ángulo... —insistió Chase.

Por suerte, siempre se le habían dado bien los juegos. Era un hacha en el fútbol y no se consideraba mala en los bolos, el problema era que al billar había jugado poco, pero sabía que con algo de práctica mejoraría. Iba a mover el palo hacia atrás para impulsarlo hacia delante y golpear la bola blanca cuando resopló.

—Chase, por favor...

—¿Qué?

—Quítame la mano del trasero —dijo mirando al frente, sin apartar la mirada de la bola blanca.

—Es para ayudarte a tomar impulso.

Abby soltó el palo y golpeó la mano de Chase que la apartó al momento.

—¡Auuu, qué bruta eres! —dijo frotándose la mano, aunque riendo.

Volvió a colocarse en posición, concentrándose en la bola blanca.

—No me despistes más... ¿o es que tienes miedo de que pueda ganarte y por eso juegas sucio? —ironizó.

Chase elevó sus manos hacia ella en son de paz.

—Está bien —dijo dando un paso hacia atrás—, me quedo quieto. Ya no te ayudo más.

Echó el palo hacia atrás y lo desplazó hacia delante golpeando la bola blanca que rebotó en una rallada que acabó entrando en uno de los agujeros de la mesa.

Se giró hacia él con una sonrisa de autosuficiencia.

—Dime —Le señaló—, ¿esto te funciona con otras chicas?

Chase carraspeó y enarcó una ceja hacia ella.

—¿A qué te refieres?

Abby se movió hacia el lado observando qué bola golpear.

—A lo de traerlas a tu suite, enseñársela, jugar al billar...

—¿Quieres la verdad?

—Me encantaría —respondió reclinándose hacia delante. Golpeó la bola blanca que rebotó contra una rallada, aunque no con la suficiente fuerza como para que llegase al agujero. Suspiró y chasqueó la lengua.

Chase se movió hacia el otro lado.

—Durante los primeros años no te lo voy a negar: me funcionaba —Se reclinó sobre la mesa y golpeó la bola blanca. Una lisa más entró en uno de los agujeros. Se puso firme y fue a por la siguiente—. Pero ahora... —dejó la frase sin acabar mientras volvía a reclinarse y a apuntar—, ya no me va tanto eso.

—¿Te estás reformando? —bromeó mientras colocaba una mano en su cintura. Él se encogió de hombros antes de golpear de nuevo la bola blanca y meter la siguiente en el agujero—. Eh, ya basta... mi turno —impuso ella.

—Me toca a mí otra vez. La he metido.

—Oye, ¿quieres jugar tú solo o qué? ¿Para qué me dices de jugar al billar entonces? —Se quejó.

Chase suspiró y se apartó de la mesa.

—Esto no es serio. Toda tuya —bromeó mientras se hacía a un lado para que ella se situase en posición ante la blanca—. En cuanto a lo de reformarme... más bien diría que ahora busco otro tipo de cosas.

—Y dime, ¿eso lo decidiste antes o después de encerrarte con Alexa en el vestidor? —bromeó antes de golpear la bola. Salió disparada hacia una de las ralladas que se introdujo por uno de los agujeros—. ¡Bien! —exclamó mientras se ponía erguida para moverse hacia el otro lado, aunque cuando se giró se encontró con Chase a su espalda y una mirada bastante seria—. Ahhhh... joder —exclamó sobresaltada colocando la mano en su pecho para alejarlo. No se lo esperaba tan cerca.

Chase la miraba con intensidad. No sabía si realmente estaba mosqueado porque sacase de nuevo el tema de Alexa o si bromeaba.

—Ya que insistes tanto con Alexa... no fue nada —comentó seriamente.

Ella tragó saliva bastante nerviosa y lo miró sorprendida.

—Vale, pues... muy bien —dijo apartándolo con más vehemencia. Logró separarlo un poco, lo suficiente como para salir de entre él y la mesa de billar, y se movió hacia un lado para ir a por la siguiente bola.

—En serio... no fue nada —repitió.

—Vale, vale... —dijo como si no le diese importancia a lo que le decía.

Chase resopló mientras ella le daba la espalda, se reclinaba sobre la mesa colocando el trasero en pompa de nuevo y buscaba un buen ángulo con el que golpear la bola blanca.

Se pasó la mano por el cabello, desquiciado.

Abby le atraía demasiado últimamente y si encima adoptaba posturas como aquella le daban ganas de cogerla por la cintura, tirarla sobre la mesa de billar y...

Suspiró e intentó relajarse. Era una compañera de trabajo, al igual que las otras, aunque ella era especial. La amistad y la confianza que tenía con ella no la tenía con ninguna otra y eso era algo que no quería perder. Le gustaba lo divertida que era, cuando se ruborizaba ante sus comentarios, cuando lo miraba mosqueada o simplemente cuando le sonreía de aquella forma tan tierna que hacía que su corazón latiese desbocado.

—Tu turno —dijo ella girándose mosqueada, provocando que él despertase de sus pensamientos.

Chase suspiró y fue hacia la mesa.

—¿Ya? —bromeó intentando centrarse.

—Este palo resbala...

—Ponle tiza —dijo señalando al dado azul situado al lado de los colgadores de madera de los palos—, y no se dice palo, es el taco —respondió reclinándose sobre la mesa para apuntar.

Abby cogió la tiza y la pasó sobre la punta del taco.

—Hablando de tacos... —rió ella—, Dana me ha dicho que hoy quieren cenar en un mexicano. ¿A que no adivinas qué?

—¿Tacos? —preguntó él golpeando la bola.

—Exacto —respondió dejando la tiza. Volvió hacia la mesa y observó. Solo le quedaban dos bolas lisas por meter—. Oh, esto no es justo —dijo viendo cómo metía una de las bolas—. Sabes jugar al billar —confirmó mirándolo fijamente mientras Chase volvía a sonreír—. Me has engañado.

—Tuve una época en que jugaba con mis amigos —explicó reclinándose sobre la mesa—, aunque hace años de eso.

—Se te olvidó decírmelo, ¿no? —Se burló mientras veía cómo la última bola lisa entraba en el agujero—. Y hasta aquí la maravillosa partida de billar.

Chase se giró apoyándose en la mesa con una sonrisa.

—¿Otra partida? —Le ofreció.

—¿Para qué? —preguntó ella cruzándose de brazos—. ¿Me vas a dejar ganar?

—No.

—Pzzzzz... —Miró a su alrededor y fue hacia el refresco y su bolso. Lo abrió y miró el móvil—. Aún nos queda más de una hora para ir a cenar. —Chase cogió los dos tacos y los colocó en su sitio—. ¿Quieres ver una película? —preguntó mientras daba un sorbo al refresco.

Chase negó y se giró de nuevo hacia ella. Avanzó con paso lento en su dirección, cogió el botellín de cerveza y dio un largo trago antes de colocarse frente a Abby.

—Ammmm... ¿entonces? —preguntó elevando la mirada hacia él.

Chase la observaba de una forma enigmática, como si la analizase. Aquella mirada la puso bastante nerviosa. Cuando estaba serio y la miraba de aquella forma se ponía demasiado atractivo.

—¿Tienes algún juego de mesa? —preguntó más nerviosa, buscando algo de conversación, pues él solo estaba plantado allí ante ella dando sorbos a su cerveza, aunque negó finalmente—. ¿Vamos al spa? —sugirió desquiciada ante su silencio.

En ese momento Chase rio, se notaba a leguas que su presencia tan cercana la ponía nerviosa. Depositó la cerveza al lado del refresco de ella y

enarcó una ceja.

—¿Qué te pasa?

Ella miró a los lados sin comprender.

—¿Cómo que qué me pasa?

—Pareces nerviosa... —Se burló.

—No estoy nerviosa, solo busco alguna forma de entretenernos —apuntó cogiendo su refresco de nuevo—. Tú también podrías proponer cosas. Algo tendremos que hacer para no aburrirnos hasta la cena.

—Te propondría una cosa... pero seguramente te vas a negar —pronunció con voz provocativa. Aquello hizo que ella enarcase una ceja, aunque lo comprendió al momento cuando siguió el movimiento de su cabeza señalando los tacos de billar.

—¿Otra partida? —pregunto molesta.

—Me refería a la recreación de la batalla de *Star Wars*...

—¿Quieres que nos carguemos la habitación? —bromeó.

—Si vamos con cuidado no tiene por qué pasar nada —continuó riendo.

—¿Cómo se va con cuidado en una lucha? —preguntó ella extendiendo los brazos hacia él. Luego se encogió de hombros—. Además, puede que en el billar me ganes, pero no en una lucha. Sé defensa personal —comentó cruzándose de brazos.

Chase la miró de arriba abajo mientras daba otro sorbo a su cerveza.

—Ya, claro —Se burló enarcando una ceja con incredulidad.

Cuarenta minutos después Abby cogía a Chase por la cintura, colocaba su pierna detrás de la de él y lo empujaba haciendo que perdiese el equilibrio y cayese sobre los cojines que habían puesto en el suelo.

—Mierda —susurró Chase.

Abby se sentó a horcajadas sobre él mientras este maldecía.

—Maldita sea... —rugió él cogiéndola de la cintura para sacársela de encima—. ¡Quitaaa! —Abby rodeó su cabeza con su brazo e hizo presión hacia el suelo mientras Chase se apartaba el cabello rubio de ella de la cara.

—¡Uno!, ¡dos!, ¡tres! —gritó Abby y directamente elevó los brazos hacia el cielo—. ¡Gané!

Chase resopló y dejó caer los brazos sobre el suelo. Ella permanecía sentada encima de su estómago respirando acelerada por el esfuerzo. Aquellos últimos cuarenta minutos habían sido una locura.

Chase le sonrió con cierta malicia.

—Sabes que te estoy dejando ganar, ¿verdad?

Ella se recostó sobre él, colocando un brazo a cada lado de su cabeza y lo miró fijamente.

—Comandante... —bromeó—, eso no se lo cree nadie.

Dio un par de palmaditas en su mejilla y se levantó de encima de él.

—Ayyyy —Se quejó él al recibir los golpecitos.

—Más vale maña que fuerza, chato —comentó feliz.

Chase se puso en pie a su lado y se miró a sí mismo.

—Dios, necesito otra ducha...

—Te he hecho sudar, ¿eh? —bromeó ella esta vez con un tono de voz provocador.

Chase comenzó a desabrocharse la camisa ante la mirada pasmada de ella.

—Tú sigue usando ese tonito de voz conmigo y ya verás... —comentó pasando por su lado y arrojando la camisa al sofá mientras se dirigía al aseo.

Abby sonrió. Fue hacia la mesa y cogió su bolso.

—Nos vemos en media hora. Yo también necesito una ducha —dijo mientras se colgaba el bolso en el hombro.

Chase se asomó a la puerta.

—¿Quieres otra lucha en la ducha? —propuso con un tono insinuante.

—¿Quieres que te estrangule con el cable de la alcachofa? —bromeó mientras se dirigía a la puerta.

—Venga, va... Abby, no creerás que me has ganado, ¿verdad?

—No vas a picarme... he visto tu cara de sufrimiento.

—Pero si te saco una cabeza. Podría haberte dejado KO en cualquier momento —continuó riendo.

—No voy a caer en tu juego, no me vas a picar —dijo al llegar a la puerta de la habitación.

Chase se apoyó en la pared cruzado de brazos.

—Floja... cobarde —susurró en tono divertido. La reacción de ella no se hizo esperar, la conocía ya demasiado bien. Se giró hacia él desde la puerta—. Lo único que he hecho ha sido tratarte con cariño, no quería hacerte daño —pronunció Chase.

—En otro momento aceptaría volver a tirarte al suelo y escucharte gritar como una nenaza, pero... —dijo abriendo la puerta—, es que después de la paliza que te he dado se me ha abierto el apetito y quiero ir a cenar —Y le enseñó los dientes con una gran sonrisa antes de salir de la habitación y cerrar

la puerta tras de sí.

Chase se echó a reír y entró directamente al aseo mientras se quitaba los pantalones.

Abby tenía maña, mucha maña... el problema es que no esperaba que fuese a influirle tanto el contacto personal, más cuando ella no dejaba de cogerlo y arrojarse sobre él como una verdadera guerrera de sumo. Parecía dispuesta a demostrarle que de veras había hecho cursos de defensa personal.

Al principio lo había pillado desprevenido, no esperaba que ella fuese a ponerse a luchar de verdad. Hubiese sido bastante fácil inmovilizarla bajo él, pero si hacía eso corría el riesgo de acabar besándola. Aquel pensamiento lo había abrumado unos segundos, así que lo mejor había sido dejarle hacer y disfrutar en silencio de aquel contacto.

14

Aquellos días en Las Vegas habían sido fantásticos. Finalmente, al día siguiente a las 14:31 horas del mediodía cogería el avión rumbo a Nueva York.

Eran las ocho de la tarde cuando se acercó a la barra de la discoteca. Aquella última noche habían salido todos, incluso Vera y el segundo comandante Owen se habían apuntado a la cena y a tomar una copa, aunque ambos permanecían sentados en una de las mesas charlando tranquilamente.

El resto o bien bailaban en la pista de baile central o pedían alguna consumición en la barra.

Max se acercó a ella.

—¡Ehhh! —gritó, pues la música en ese momento estaba alta—. ¿Vas a pedirte una copa?

Ella asintió.

—¿Quieres algo?

Max le mostró el botellín de cerveza por la mitad.

—¿Qué te vas a pedir?

—Una cocacola.

Max iba por su tercera cerveza y comenzaba a hablar más de la cuenta.

—Puaaaaajjj... ¡Pídete una cerveza mujer! —gritó animado.

Abby rio al ver las caras de felicidad que ponía.

—No me gusta la cerveza.

—Pzzzzz.... —Max se giró y fue hacia Declan, Dana, Colton, Logan y Zoe que estaban unos metros alejados de ellos bailando en la pista.

El ambiente estaba animado, y eso que eran solo las ocho de la tarde. Alzó la mano para llamar a la camarera, pero esta se puso a atender a otros clientes a su lado. Era difícil conseguir una consumición con tanta gente.

Habían decidido cenar temprano y salir a tomar unas copas, pues al día siguiente debían trabajar. Igualmente, no le preocupaba mucho, no debían madrugar. Aún así no quería acostarse más tarde de las doce, pues al día siguiente a las doce y media debía ya estar lista para dirigirse al aeropuerto. A esa hora el minibús pasaría a recogerlos por el hotel, por lo que para antes de la una estarían en el aeropuerto. Tenían suerte de que el hotel estuviese tan cerca de la terminal.

—¿Otra vez aquí? —preguntó Chase colocándose a su lado.

Ella se giró y lo observó. Chase se había puesto una camisa blanca y un pantalón negro. Iba muy elegante. Ella se había vestido con unos pantalones negros y una camisa dorada, aunque, por suerte, se había puesto debajo una camiseta de palabra de honor color rojo. Allí dentro comenzaba a hacer mucho calor.

—Tengo sed —explicó ella—, pero es imposible conseguir una consumición —Se quejó.

Chase dejó su botellín de cerveza vacío y se apoyó contra la barra mientras sacaba la cartera del otro bolsillo.

—¿Qué quieres? —preguntó mirando a la camarera.

—Una cocacola.

Chase la miró fijamente.

—¿Una cocacola? ¡Venga ya! —exclamó—. Todos nos estamos tomando alguna copa —dijo señalando al resto de amigos que bailaban.

En ese momento un chico se situó al otro lado de ella, aunque estaba claro que llegar hasta allí era difícil y se había abierto paso a base de empujones.

Abby salió disparada hacia Chase estampándose contra su pecho.

—Auuuuu...

Chase la rodeó rápidamente con el brazo para sujetarla y miró enfadado al chico que ahora ocupaba el sitio de Abby.

—Eh, tú... —gritó Chase hacia el joven.

Abby se asustó por el tono agresivo. ¿Estaba rugiendo?

El chico lo miró, suspiró como si se armase de paciencia y miró directo a la camarera.

—Déjalo... —comentó ella separándose un poco de él

—¿No te han enseñado educación? —preguntó Chase con la mirada clavada en el muchacho.

—Va, cálmate... —dijo intentando relajarlo, pues parecía muy enfadado.

—Será hijo de... —dejó la frase sin acabar—. Tú —Volvió a gritarle—,

a ver si vamos con más cuidado, capullo.

—Chase —susurró ella—, no ha sido nada...

—¡Le has dado un golpe a mi amiga! —gritó.

Aquello llamó de nuevo la atención del joven que lo miró y luego observó a Abby.

—Perdona —dijo hacia ella—. Es imposible llegar hasta aquí.

—Claro, y por eso vas golpeando a la gente, ¿no? —preguntó Chase—. Abriéndote paso a la fuerza, ¿verdad?

¿Pero qué le pasaba a Chase?

—Lo siento, amigo. No quería golpearla.

—Pues ve con más cuidado la próxima vez —Le señaló—. Sabe defensa personal... así que cuidadito con ella.

Abby desenchajó la mandíbula unos segundos y miró al chico.

—Lo siento —insistió él—. Pedid vosotros primero —ofreció.

—Pues claro que vamos a pedir primero... estábamos aquí antes — continuó Chase.

—Vale, Chase, ya está, le ha quedado claro —dijo ella llamando su atención—. ¿Cuántas cervezas te has tomado?

Chase se centró en ella.

—Esta es la primera.

—¿La primera? —preguntó asombrada—. ¿Y ya vas así?

A Chase le sorprendió aquella pregunta.

—¿Cómo voy? —preguntó sorprendido.

—Ammmmm...

—No me ha subido el alcohol —indicó él—, pero me fastidia ver la poca educación de mucha gente.

—Vale, vale... —dijo mirando hacia la barra—, menudo genio.

—¿Y qué pensabas? —preguntó apoyándose él también—. Ya te dije que ayer me dejé ganar en la lucha.

¿Ahora iba de machito? ¿Quería demostrar su hombría?

La camarera se situó ante ellos, concretamente ante Chase, con una gran sonrisa y contoneando sus caderas al ritmo de la música.

—¿Qué te pongo, guapo?

Abby resopló.

—Yo quiero una cocacola —intervino Abby.

—Ah, no, no... —comentó Chase que miró a la camarera con una sonrisa —, no le hagas caso. Pon dos chupitos de tequila.

—¿De tequila? —gritó Abby mientras la camarera se alejaba para prepararlo, sin darle opción a replica a ella.

—Vamos, por un chupito no va a pasar nada...

—Chaaaaase...

—Aaaabby —bromeó—. ¿Quéééé? —preguntó él con paciencia—. Es solo un chupito —Y se encogió de hombros—. Así brindamos por nuestro viaje —Y le guiñó el ojo.

Abby suspiró y se giró para recibir a Dana que llegaba hasta ellos bailando.

—¿Qué passsssaaaaaa? —gritó. Dana iba ya bastante contenta—. ¿Venís a la pista?

—Vamos a tomarnos un chupito —explicó Chase—. ¿Quieres uno?

Dana asintió, aunque tanto Chase como Abby la miraron sorprendidos cuando se giró y alzó los brazos hacia el resto de la tripulación.

—Ehhhhh... chupitooooooooo —gritó.

Todos se movieron en masa hasta la barra. Abby miró de reojo a Chase que los contaba y se giró de nuevo hacia la camarera.

—Perdona, que sean diez chupitos de tequila, con el limón, la sal....

Abby se pasó la mano por el rostro, agobiada. Madre mía, la que se podía liar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dana colocando un brazo sobre sus hombros.

—Nunca bebo, me sube mucho el alcohol, ya lo sabes —Le recordó.

—No te preocupes, yo te controlo —bromeó Dana.

—Sí, tú... —susurró al ver que Dana iba hacia Declan acompañándolo en el baile.

En ese momento Chase comenzó a repartir el salero y todos fueron poniéndose un poco de sal en la mano. Se colocaron ante la barra y cogieron un trozo de limón y el chupito lleno hasta más de la mitad.

—Ay, ay, ay —dijo Abby cogiendo también su vasito.

Chase le sonrió mientras cogía el suyo propio.

—Vamos Abby, es solo un chupito, ¿qué puede pasar? —Abby suspiró y se encogió de hombros. Chase se giró comprobando que todos tenían uno—. Por muchos más destacamentos en Las Vegas —propuso.

Todos alzaron su mano y se bebieron el tequila de un trago.

El sol entraba con fuerza por la ventana. No debía de ser muy tarde

porque los rayos de sol le daban justo en la cara.

—Mmmmmmm... —Abby ronroneó mientras se pasaba la mano por los ojos. Resopló e intentó fijar la vista en la ventana a su izquierda. Desde allí podía verse la ciudad de Las Vegas, y sí, no debía ser muy tarde porque el sol aún estaba bajo, en el ángulo perfecto para deslumbrarla. ¿Por qué no había echado la cortina la noche anterior?

Se fijó en las cortinas color crema... ¿Color crema?

Miró hacia el techo donde una lámpara de diseño colgaba. Aquella no era su habitación. Se removió inquieta y se incorporó. Al menos no tenía mucho dolor de cabeza, solo un poco de malestar en el estómago.

¿Dónde estaba? El último recuerdo de aquella noche era en la discoteca, tras beber el chupito de tequila al que Chase había invitado. Sabía que después había tomado unos cuantos más, de hecho, no recordaba el número exacto... ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí.

Se fijó en la enorme habitación. Aquella no era la suya. Al final de esta había unas puertas acristaladas con un gran jacuzzi...

Abrió los ojos al máximo. ¡La habitación de Chase!

En ese momento un suave ronquido la hizo girarse a la derecha, lentamente.

Chase permanecía tumbado a su lado, con los brazos en cruz al igual que las piernas. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Pese a que su respiración era tranquila cuando exhalaba el aire resoplaba.

—¡Madre mía! —exclamó saltando de la cama.

¿Estaba en la habitación de Chase? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Se miró a sí misma. Al menos estaba vestida. Miró a Chase y suspiró aliviada al verlo vestido, de hecho, ni siquiera se había quitado los zapatos.

¿Qué había pasado allí? No recordaba nada de la noche anterior.

Necesitaba su bolso. Miró de un lado a otro, ahí no estaba.

Sollozó mientras rodeaba la cama rumbo al comedor, sin que Chase se diese cuenta de nada, pues permanecía totalmente dormido y, de vez en cuando, emitía algún ronquido más fuerte.

Llegó hasta el comedor y lo primero que observó fueron sus zapatos tirados y la americana de Chase al lado.

Al menos su bolso estaba encima de la mesa. Fue hacia él, lo abrió y cogió su móvil.

Siete llamadas de su madre.

¡Mierda! Se le había olvidado llamarla el día anterior. De todas formas,

ahora no estaba en condiciones de hacer nada, y menos de ponerse a hablar por teléfono con su madre, ya lo haría más tarde cuando fuesen hacia el aeropuerto.

La hora que marcaba el reloj la calmó. Las ocho y media de la mañana. Menos mal que no se había dormido.

Se giró para observar a Chase desde allí, sin inmutarse, sin moverse, y se pasó la mano por el rostro apretando los ojos, aunque algo llamó su atención. Se apartó la mano de la cara y la observó medio bizca, intentando enfocar en su dedo corazón. ¿Y ese anillo? ¿De dónde había salido?

Se quedó mirándolo extrañada y, como si algo la obligase a mirar sobre la mesa, vio al lado de su bolso unos cuantos DVD. Enfocó su mirada sobre la portada de uno de ellos...

—Bo... —dijo leyendo lo que ponía en la tapa—, boda Chase y Abby. — Durante unos segundos no entendió nada. ¿Boda Chase y Abby?

En ese momento soltó el DVD sobre la mesa dando un salto hacia atrás.

—¡Ahhhhh! —gritó. Se llevó la mano al corazón y volvió a notar el anillo, lo observó de nuevo—. ¿Pero qué narices es esto? —gritó.

A Chase debió despertarle aquel grito porque se incorporó en la cama asustado, mirando hacia ambos lados.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué hora es? ¿Cuándo volamos? —preguntó recién despierto.

Abby lo ignoró y cogió de nuevo el DVD.

—Ay, ay, ay... no, no... —dijo observando la portada del DVD—, no... esto no puede ser cierto —gritó de nuevo.

Chase se ubicó en ese momento y miró a Abby a través de la puerta.

—¿Abby? —preguntó mientras se pasaba la mano por los ojos también—. ¿Qué haces tú aquí? —Bostezó.

—No, no, no... —sollozó Abby. Aquello no podía ser real, no podía estar pasándole a ella. Se volvió hacia Chase que se tapaba la boca para ocultar el bostezo—. Ay, madre mía... —gimió mientras avanzaba hacia la habitación—, madre míaaaa, madre míaaaaa... —decía cada vez más fuerte.

Chase la observó sin comprender.

—¿Qué te pasa?

—Tú... —Lo señaló—, ¿recuerdas algo de ayer?

Chase se encogió de hombros y volvió a pasarse la mano por los ojos.

—Creo que bebimos un poco —rio, luego la contempló enarcando una ceja—. ¿Has dormido aquí? —preguntó divertido, aunque al no recibir

respuesta elevó su mirada hacia Abby que parecía estar en estado de shock, mirando un punto fijo de su mano—. ¿Qué pasa? —preguntó preocupado—. Me duele un poco la cabeza —susurró para sí mismo.

—No, no... —sollozó ella de nuevo—, tu mano —Le señaló—. Mira...

Chase elevó su mano derecha y la observó, aunque se sorprendió cuando vio que llevaba un anillo en el dedo corazón.

—Anda —dijo divertido—. ¿Y esto? —preguntó sin comprender nada y mostrándole la mano a Abby.

—¡Ahhhhhhh! —gritó ella haciendo que él brincase sobre el colchón—. ¡Mierda! —Dio un paso hacia él y le mostró su mano desquiciada—. ¡Mira!

Chase la observó confundido y miró su mano, luego se encogió de hombros al observar su anillo.

—¿Tú también tienes uno? —comentó sin darle importancia—. ¿Nos tocaron en un sorteo? —Abby elevó sus manos hacia el cielo y salió de la habitación con paso apresurado—. Eh, ¿adónde vas?

Al momento volvió a la habitación con el DVD en la mano y lo tiró sobre la sábana con fuerza.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunto de mal humor cogiendo el DVD. Ella le señaló el DVD y él lo cogió. —¿Qué es esto?

—Lee lo que pone —ordenó.

Le dio la vuelta a la carcasa y leyó.

—Boda de Chase y Abby. —Al principio no reaccionó, pero luego pareció ser consciente y elevó la mirada hacia ella con lentitud—. ¿Boda? —preguntó mientras un tic nervioso comenzaba a apoderarse de su ojo.

Abby se removió nerviosa por la habitación.

—Síííí —gritó ella y le volvió a mostrar la mano—. Tú también tienes un anillo —continuó desquiciada.

—Por Dios, baja el volumen... —gritó él que comenzaba a ponerse nervioso también. ¿Se había casado con Abby? Intentó ordenar las ideas. No recordaba mucho de la noche anterior, algunos vagos recuerdos... pero sí recordaba haber ido a una capilla—. Mierda —susurró levantándose de la cama de un salto con el DVD en la mano.

—¿Te acuerdas de algo? —preguntó ella desesperada.

—De poca cosa... —dijo él saliendo de la habitación rápidamente. Se llevó la mano a la frente—. Me duele la cabeza.

Fue hacia la sala de *home cinema* y se agachó ante el aparato de DVD.

—A mí también —Aunque tal era el susto que llevaba encima que no le

hacia caso—. Madre mía, Chase —gimió ella a su lado—. ¿Nos hemos casado? —preguntó desesperada—. ¿Nos hemos casado de verdad?

—Calla, Abby... —dijo él metiendo el DVD en el aparato reproductor—, me estás poniendo nervioso y ahora mismo tu voz es como un taladro.

—¿Que tú te estás poniendo nervioso? —gritó ella desesperada—. ¿Somos marido y mujer?

Le pulsó al botón y el DVD se introdujo, luego miró alrededor.

—¿Dónde está el mando de la tele? —preguntó poniéndose en pie. Fue hacia los sofás y apartó los cojines arrojándolos al otro lado—. ¿Dónde está el jodido mando? —gritó de los nervios.

—¡Te dije que no era buena idea beber! —sollozó ella. Chase apretó los labios y siguió rebuscando entre los cojines—. ¡Te lo dije! —continuó ella.

Finalmente, Chase encontró el mando y encendió la televisión, pulsó un par de botones más y, de repente, la marcha nupcial se escuchó a través de los altavoces mientras una cortinilla rosa se abría en la pantalla de la televisión y estrellas brillantes caían formando unas letras.

*Enlace de
Chase Hudson y Abby Mitchell*

Abby gritó al leer aquello, se llevó las manos a la boca y comenzó a negar en susurros.

—No, no, no...

Se abrieron varias opciones:

*Película completa
Selección de escenas
Los votos
Fotografías*

Chase dudó unos segundos y fue directo al apartado de “Selección de escenas”. Estaba dividido en diez partes.

¿De verdad se había casado con Abby? En ese momento comenzó a recordar ciertas cosas. En las casillas de la pantalla aparecían imágenes que le sonaban.

Fue hasta la quinta y le dio al play mientras Abby se acercaba a él sin apartar la mirada de la pantalla, con las manos aún delante de sus labios.

Abby entraba con un vestido corto color blanco y un pequeño velo, cogido del brazo de Owen.

—¿Owen? —preguntaron los dos a la vez al verlo.

En ese momento la cámara enfocó a Chase que estaba al lado del altar mientras el párroco, vestido de Elvis, cantaba una canción lenta.

Ambos se convirtieron en estatuas de piedra ante lo que estaban viendo.

—Pero qué guapaaaaa —exclamó Chase en el vídeo.

A los lados el resto de sus amigos bailaban al son de la música que cantaba el Elvis de falsete.

—Esto no puede ser verdad —susurró Abby mirando la escena impasible.

Todos bailaban con descontrol por la capilla, incluso Dana llevaba otro ramo de flores en la mano y lo usaba a modo de maraca.

—¡Vivan los novios! —gritó Dana mirando hacia la cámara.

En ese momento Abby y Chase cerraron los ojos y respiraron profundo.

Elvis rodeó el pequeño altar mientras entonaba las últimas notas de la canción. Todos aplaudieron mientras colocaba el micrófono en el pie de micro.

—Hoy, nos reunimos aquí delante de vuestros amigos... —comenzó a explicar Elvis.

Abby se fijó en ellos dos. Ella llevaba un vestido corto por encima de la rodilla, con un enorme cancan blanco. Parecía un vestido de ballet. Se había puesto un pequeño velo que la cubría hasta los hombros. ¿De dónde había sacado ese vestido tan hortera? Chase iba vestido de traje, aunque la corbata se la había atado en la frente y colgaba sobre su hombro. Además, los dos sonreían hacia Elvis que anunciaba su nuevo compromiso, cogidos de la mano.

—¿Cómo es posible? —gritó Abby señalando la televisión.

Chase no respondía, parecía estar en trance y miraba la pantalla sin pestañear.

Ella volvió a prestar toda su atención a lo que Elvis seguía diciendo.

—...matrimonio entre Chase Hudson y...

—C-c-comandante —Le interrumpió él—, c-c-comandante Chase Hudson —indicó a Elvis. Tanto Chase como Abby enarcaron la ceja hacia la pantalla—. Y ella es Abby... —la miró y sonrió—, mi esshposa. —En ese momento Abby dio saltitos de alegría y alzó los brazos hacia el cielo al grito de “¡Bieennnn!”). Chase la cogió de la cintura y comenzó a descender hacia sus labios cuando todos sus amigos gritaron.

—Ehhhhh —dijeron al unísono.

—¡Que aún no es tu mujer! —gritó Logan, el cual lo señalaba intentando mantenerse en pie.

—¡Quieto fieraaaaa! —gritó Declan.

Elvis se acercó y los separó mientras reía.

—Tienes prisa, ¿eh, chaval? —Y le golpeó en el hombro.

Chase miraba impasible la pantalla y observó de reojo a Abby, la cual abría por momentos los ojos. Dios, si los abría un poco más se le saldrían de las cuencas.

Elvis volvió a ponerse tras el micro y continuó.

—Pues como iba diciendo: Estamos aquí reunidos para celebrar el matrimonio del comandante Chase Hudson... —Chase asintió e hizo el OK con su dedo en señal de conformidad—, y la señorita Abby Mitchell, ambos mayores de edad y nacidos en...

Abby se removió nerviosa por la sala del *home cinema*, apartando la mirada de la pantalla y resoplando. ¿Cómo había podido hacer eso y no acordarse de nada? Por todos los santos, ¿se había casado con Chase?

Se giró y lo observó, aunque le sorprendió ver que Chase en ese momento reía incrédulo. Abby miró la pantalla.

—Ahora sí —dijo Elvis—. Ya puede besar a la novia —Y señaló a Abby.

Abby desencajó la mandíbula mientras observaba lo que ocurría a continuación.

Chase y ella daban un paso al frente y se juntaban en medio. Acto seguido él la cogía por la cintura y ella se sujetaba a sus hombros, aunque en un movimiento rápido Chase la reclinaba hacia atrás en plan película de Hollywood y la besaba mientras ella se sujetaba con fuerza a sus hombros para no caer.

Todos gritaban emocionados y aplaudían.

—¡Vivan los novios! —gritó Dana que volvía a mover el ramo como si se tratase de una maraca.

Elvis se giró hacia la cámara con un salto y extendió los brazos hacia ella mientras reía.

—¡Aquí hay temaaaaaaaaa! —Cogió el micrófono y comenzó a cantar una balada lenta hacia la cámara, con la voz muy grave, mientras Chase aún sujetaba a Abby y no dejaba de besarla. Se giró hacia ellos y se sorprendió cuando vio que aún seguían besándose—. Chaval —rio divertido dejando de cantar—, deja algo para luego —Y automáticamente comenzó a cantar de nuevo mientras Colton, Logan y Owen cogían de la cintura a Elvis y elevaban

su mano hacia el techo acompañándolo en la canción.

Chase puso de pie a Abby, a la cual le costó mantener el equilibrio, aun así, no la soltó. Abby aprovechó ese instante para tirar el ramo hacia atrás, aunque sin darse cuenta de que tenía a Max a su espalda y le dio en toda la cabeza. Podía verse en el vídeo cómo Max se quejaba llevándose la mano a la frente, aunque luego el ramo le caía en los brazos, reía y lo alzaba como si se tratase de un trofeo. Delirante.

En ese momento Chase explotó en una carcajada, como si hubiese estado aguantando todo el rato la risa. Abby se giró para observarlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella de mal humor. Chase se giró con una sonrisa de incredulidad hacia ella, sin saber qué decir—. ¿Que de qué te ríes? —gritó y fue hacia él golpeándole en el hombro—. Para de reírte —dijo mientras Chase seguía riendo—. ¡No tiene gracia!

—Shhh... shhh... venga —dijo sujetando sus manos. Luego miró de reojo la televisión sin soltarla. En ese momento se veían escenas consecutivas de una celebración. Max corría entre todos con el ramo en la mano, celebrando el haberlo cogido. Otra escena mostraba a Abby, Dana, Colton y Zoe bailando con Elvis mientras este cantaba una canción con bastante ritmo. La siguiente escena era de todos los chicos con la corbata en la cabeza, imitando a Chase, saltando y dando botes. Chase soltó otra carcajada al ver aquello. La siguiente escena hizo que los dos entrasen en tensión. Alguien había cogido la cámara y se dirigía hacia ellos que, en ese momento, se estaban besando. Dana, que sujetaba la cámara con una mano, los interrumpió con la otra dando unos golpes en la espalda de Chase para llamar su atención.

—Estaos quietos ya —Se quejó Dana.

Chase soltó las manos de Abby y dio un paso hacia atrás mientras Abby se alejaba de la pantalla impresionada.

—¿Que nos estemos quietos? —preguntó Abby a Chase, luego volvió a mirar la televisión donde Chase observaba hacia la cámara con una sonrisa.

—¡Es mi eeeesshposa! —gritó divertido.

Abby se acercó a la cámara guardando el equilibrio.

—¡Yo sshhoy la sssheñora Hudson! ¡Yujuuuuuu! —dijo alzando la mano como quien logra un triunfo. Chase cogía su mano y se la sujetaba hacia arriba.

Chase rio al ver aquello.

—Menuda borrachera —dijo aún asombrado.

Abby seguía conmocionada. Elevó su mano y miró su anillo.

—¡La que hemos liado! ¿Qué vamos a hacer? —gritó.

Chase se encogió de hombros, como si ahora ya se fuese relajando y encajase mucho mejor la situación, incluso con bastante humor.

—Creo que por matrimonio dan días de vacaciones —respondió divertido.

Aquella respuesta no fue del agrado de Abby que lo cogió de la camisa con gesto amenazante.

—No tiene gracia, Chase Hudson —comentó seriamente mirándolo a los ojos. El tono de voz de ella le hizo ponerse serio—. Estamos casados, tú y yo. ¡Somos marido y mujer! —Lo soltó y se llevó las manos a la cabeza—. ¡Hay que solucionar esto! —gritó desesperada. Dio unos pasos hacia atrás—. Tenemos... tenemos que arreglarlo —continuó nerviosa. Lo miró seriamente—. Hay que ir a la capilla —dijo saliendo directamente hacia el comedor.

—¿A la capilla? —preguntó él siguiéndola.

Abby fue hacia su bolso y lo cogió.

—Los matrimonios se registran. Si nos casamos ayer es posible que aún no lo hayan registrado —explicó acelerada mientras introducía el móvil en el bolso.

—Los matrimonios se registran telemáticamente —dijo él.

—¿Y qué significa eso? —preguntó desquiciada.

—Pues que se registran por internet, al momento —contestó como si fuese lo obvio.

Aquella respuesta la hizo gemir.

—No, no, no... —contestó desesperada mientras se echaba el bolso al hombro—. Quizá podamos arreglarlo —dijo ya dirigiéndose a la puerta.

Chase suspiró y cogió la americana que había en el suelo.

—Espera, voy contigo. ¿Qué hora es? —preguntó cogiendo la tarjeta que hacía las veces de llave de la habitación.

Abby miró su móvil mientras se dirigía al ascensor. Había notado que el móvil vibraba. Su madre de nuevo.

—No, ahora no —sollozó ella mientras apagaba el móvil. Ahora no tenía tiempo para hablar con su madre. Ya lo haría más tarde cuando solucionase ese lío—. Las nueve menos diez. Tenemos tiempo antes de comenzar a trabajar.

Apretó el botón del ascensor y se removió nerviosa mientras este ascendía ante la atenta mirada de Chase.

—Oye, cálmate —pronunció intentando que se relajase.

—¿Cómo quieres que me calme? —Luego lo miró de la cabeza a los pies

—. ¿Cómo puedes estar tú tan tranquilo?

Él abrió los brazos.

—Solo nos hemos casado... no hemos matado a nadie —explicó.

—¿Solo? —preguntó ella nerviosa—. ¿Solo? —repitió—. ¿Te parece poco? —Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron mientras Chase ponía los ojos en blanco—. Puede que para ti no tenga importancia, pero para mí sí —Se señaló a sí misma.

—Claro que tiene importancia para mí, pero no podemos hacer nada, así que cálmate o al final te dará un infarto de verdad. —Suspiró y miró hacia la puerta cerrada del ascensor—. Y no me apetece quedarme viudo tan pronto. — Ella apretó los labios y lo miró con furia—. Mira la parte positiva...

—¿Qué tiene de positivo? —interrumpió de los nervios.

—Tienes mi historial médico. Al menos sabes que estoy sano.

Ella se removió inquieta, ignorando sus comentarios.

—Hay requisitos para anular un matrimonio —dijo pensativa—. El alcohol da la nulidad directa, creo —recordó—. Lo vi en un reportaje, y en la grabación se ve claramente que estamos borrachos. Todos, sin excepción.

Chase se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

—Sí, ahí se ve.

—Hay más causas... pero con esa servirá.

Chase se encogió de hombros.

—También podemos alegar que no hemos consumado el matrimonio —Se mofó. Ella lo miró fijamente—. Estás vestida —La señaló—. Y yo también.

—Menos coñas... —dijo con los dientes apretados. Sollozó y puso las dos manos en su rostro—. No recuerdo nada, absolutamente nada... — continuó desesperada—, ni siquiera recuerdo cómo llegué a tu habitación. Y la cabeza empieza a matarme —acabó quejándose.

En ese momento Chase rio como si estuviese rememorando.

—Yo tengo algún recuerdo... —comentó pensativo, con una gran sonrisa en su rostro. Ladeó su cabeza hacia ella—. Creo que te llevé en brazos a la habitación porque no podías poner un pie delante del otro... —Se quedó pensativo—. No, perdona, no, en brazos no. Te llevé al hombro... —Abby resopló—. Y hay algo que sí recuerdo, porque cuando entré en la habitación te solté y tú comenzaste a correr hacia el comedor, pero tropezaste y te caíste...

—Ay, dios mío —sollozó avergonzada cerrando los ojos.

—Creo que comenzaste a pedirme ayuda al grito de: “Comandante, SOS, tenemos un problema, torre de control, torre de control... —Abby se giró

dándole la espalda, mirando fijamente la pared mientras Chase explicaba lo que recordaba—, aterrizaje forzoso, aterrizaje forzoso”.

Abby fue hacia la pared y comenzó a golpearse la frente con ella, luego Chase la cogió por el hombro para darle la vuelta. Se fijó en que Abby no se reía, al contrario, parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Eh, oye... tranquila, le pondremos solución, no te preocupes. —Ella tragó saliva y asintió. Miró hacia fuera en cuanto las puertas del ascensor se abrieron—. Y si no —continuó él—, te aseguro que seré un buen marido.

—Oh, Chase... —Se quejó Abby al ver que él seguía bromeando, saliendo del ascensor rumbo a la puerta de hotel y seguido por un Chase que no dejaba de sonreír.

15

Chase abrió la puerta de la capilla y la dejó pasar primero.

—¿Seguro que es esta? —preguntó Chase pasando detrás de ella.

Abby le mostró el DVD.

—Eso pone en la carátula.

Tenía forma de iglesia, hasta con su pequeño campanario y todo. Nada más entrar encontrabas un recibidor con un mostrador, donde una mujer de origen asiático atendía a una pareja que solicitaba casarse.

—Mira, como nosotros anoche —bromeó Chase ante la mirada de soslayo de Abby.

A mano derecha había una habitación donde decenas de vestidos de novia y trajes esperaban a ser usados. Ahora sabía de dónde había sacado el vestido de novia.

—Entonces —dijo el chico emocionado—, nos quedamos con el pack que incluye todo.

—¿La limusina también? —preguntó la mujer tras el mostrador. La pareja asintió con vehemencia. —Podéis pasar al vestuario y escoger la ropa —comentó con amabilidad, señalando hacia la habitación—. Al final de la sala están los ramos y los anillos.

Cuando la pareja accedió al vestuario la mujer se giró hacia ellos y una gran sonrisa inundó su rostro.

—¡Hola! —gritó la mujer—. ¿Qué tal todo?

Tanto Chase como Abby se miraron de reajo. Aquella mujer parecía que los recordaba. Ambos se acercaron al mostrador. Abby sonrió con amabilidad.

—Hola —contestó mirando de reajo a Chase que observaba todo a su alrededor, como si intentase hacer memoria—. Verá, ayer nos casamos...

—Sí, sí, lo recuerdo —continuó emocionada—. ¡Hacía tiempo que no me

divertía tanto!

—Ja —contestó Chase mirando a Abby, la cual chasqueó la lengua.

—Ya... es que hay un problema... —continuó Abby—. Ayer bebimos un poco y...

—Sí, ibais un poco bebidos —bromeó la mujer.

—¿Un poco? —preguntó Abby ofendida.

Chase colocó una mano en su hombro.

—Bastante —precisó él—, de hecho, no nos acordamos de nada.

La mujer borró la sonrisa de su rostro y los miró fijamente.

—Oh... —Luego volvió a sonreír—, bueno, al menos tenéis las fotografías y el vídeo. Tuvisteis suerte en ese sentido, contratasteis el pack número dos.

—¿El pack número dos? —preguntó ella.

—Vídeo y fotografías —indicó la mujer señalando la pared donde había un listado con los packs de bodas que ofrecían.

Abby suspiró y se pasó la mano por la cara, agobiada.

—Ya, el problema... y voy a ser muy claro —continuó Chase en un tono calmado—, es que nos casamos borrachos, no recordamos nada. En realidad, no queríamos casarnos.

La mujer volvió a mirarlos asombrada.

—Pero si estabais muy enamorados... —comentó con lástima, como si aquella revelación la afectase.

Ambos parpadearon varias veces, sorprendidos tanto por las palabras como por la actitud de la mujer.

Abby suspiró y colocó una mano sobre el mostrador.

—¿Podemos anular la boda de ayer? —preguntó.

—¿Anular?

—Sí, anular —confirmó ella—. No sabemos si se habrá registrado ya en...

—Claro, se registra al momento —indicó la mujer—. De hecho, se os da una copia firmada del registro.

Ambos se miraron de reojo.

—¿Una copia firmada? —preguntó Chase.

—Os la entregué junto con el DVD y las fotografías —Les recordó la mujer.

Chase negó y miró dudoso a Abby.

—¿Recuerdas eso?

Ella negó.

—No, pero en la mesa de tu habitación había varios documentos —recordó—. Puede que sea uno de esos —Volvió su atención hacia la mujer—. Y, ¿cómo se puede quitar el matrimonio del registro? —preguntó con ansiedad—. ¿Tenemos que firmar otro documento aquí? ¿Le pagamos a usted?

—Ammmm... no, lo que vosotros queréis es divorciaros, ¿verdad?

Aquella palabra los cogió de improviso a los dos. ¿Divorciarse? Aquello eran palabras mayores. A Abby le entró la risa floja.

—Bueno... —rio nerviosa—, lo de divorciarse es un poco fuerte. No estamos realmente casados...

—Sí, sí lo están —confirmó la mujer—. Ustedes dos son un matrimonio —explicó. Chase se pasó la mano por la nuca nervioso mientras miraba a Abby de reojo—. Lo que van a necesitar si desean el divorcio es un abogado.

—¿Un abogado? —gritó ella.

En ese momento un hombre salió por la puerta y fue hacia la mujer del mostrador. El hombre vestía con un traje negro, aunque ambos lo reconocieron de inmediato.

—Es Elvis —susurró Chase acercándose a Abby.

—Sí, ya lo he visto —comentó de mal humor.

El hombre fue hasta la mujer y cogió los documentos que había preparado.

—¿Una boda convencional? —preguntó a su ayudante.

—Sí. No quieren nada especial, solo casarse. Ni música de Elvis, ni Elvis, ni Marilyn...

El hombre suspiró y elevó la mirada hacia ellos dos. Al momento sonrió.

—Eh, comandante... —rio divertido, luego miró a Abby—. Señora Hudson.

Ella se removió inquieta e hizo un puchero con el labio.

—No, no... —susurró—, no diga eso.

La mujer interrumpió.

—No recuerdan nada de ayer...

—¿Nada? —preguntó el párroco que los miró sorprendido.

Chase carraspeó un poco.

—Íbamos un poco ebrios...

—¡Y quieren divorciarse! —gritó la mujer espantada.

El hombre resopló y luego también los miró con pena.

—Vaya, pero si se os veía muy bien. Incluso vuestros votos fueron preciosos.

—¿Votos? —preguntaron los dos a la vez.

—Sí, claro. Los votos de él fueron mucho mejores que los suyos, señora Hudson. —Suspiró y se cruzó de brazos mientras Abby cerraba los ojos angustiada al escuchar cómo la llamaban—. Parece que sí es verdad que no recordáis nada...

—Contrataron el pack de vídeo.

—Ah, pues ahí podrán verlos —continuó con una gran sonrisa.

Abby lo miró sorprendida. ¿Habían recitado unos votos? Debía destruir aquel DVD antes de que pudiese ser visto.

—Ya —intervino Abby de nuevo—, el tema es que necesitamos que alguien nos asesore sobre cómo anular el matrimonio del registro....

—El divorcio —Volvió a remarcar la mujer.

—Pero... ¿cómo... cómo nos vamos a divorciar? —preguntó desesperada ante la mirada de Chase—. Si... —resopló—, si... esto fue de mentira.

—No, no fue de mentira —dijo la mujer del mostrador—. Esta boda es tan legal como cualquier otra. En un lugar peculiar, sí, pero legal al cien por cien.

Abby dejó caer su cabeza hacia abajo, abatida, mientras intentaba controlar otro puchero. Chase suspiró y puso los ojos en blanco. La actitud de Abby desquiciaba a cualquiera. Se habían casado, sí, se habían metido en un lío, también... pero tampoco era para ponerse a llorar.

—Vaya —susurró Elvis—, con la buena pareja que hacéis. Una pena. Hacía tiempo que no me divertía tanto en una boda. Si tuviese que poner la mano en el fuego por una de las parejas que he casado esta semana habría sido por vosotros.

—Ammm... ya —intervino Chase que colocó el brazo sobre los hombros de Abby atrayéndola, pues permanecía con la cabeza hacia abajo y los brazos caídos. ¿Se iba a poner a llorar ahí? Intentó mantener la calma—. Entonces... tenemos que contratar un abogado, ¿no?

—Sí —dijo el párroco—. Un divorcio de mutuo acuerdo se tramita más o menos rápido.

Chase asintió.

—De acuerdo, gracias.

—Pero deberíais pensarlo mejor, hacéis muy buena pareja y ya sabéis lo que dicen de los niños y de los borrachos: nunca mienten —insistió la mujer al ver que se dirigían a la puerta.

Chase sonrió nervioso y asintió mientras miraba de soslayo a Abby que aún se mantenía a su lado.

—Muchas gracias por todo —contestó de nuevo abriendo la puerta.

—Sí, muchas gracias —ironizó Abby en un susurro mientras Chase cerraba la puerta de la capilla.

¿Cómo había llegado a aquello? Lo sabía, sabía por qué... porque Chase, su reciente marido, la había invitado a tequila. Ya sabía ella que no podía beber. Solo se había emborrachado una vez en su vida en una fiesta cuando tenía dieciocho años. Había sido una resaca tan horrible que había decidido no beber nunca más. Hasta ese momento. Y ahora, aunque parecía que soportaba bastante bien la resaca, se encontraba casada con uno de sus mejores amigos. No tendría que haberle hecho caso... Él y su insistencia con tomar un chupito... que no pasaría nada, le había dicho.

Elevó la mirada hacia él, una mirada cargada de furia, y estrelló su dedo índice contra su pecho, haciendo que él entornase sus ojos ante los golpecitos de ella.

—Esto es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —preguntó sorprendido.

—Te dije que no quería beber.

—Oh, sí —exclamó extendiendo los brazos a los lados—, y te puse un embudo en el gástrico a la fuerza, ¿verdad?

Ella rugió y comenzó a caminar alejándose de él.

Chase suspiró y se removió el cabello con la mano quedándose estático a pocos metros de la puerta de la capilla. La observó caminar con los músculos tensos de todo el cuerpo y la espalda tiesa como un palo.

Fue hacia ella y la interceptó por el camino cortándole el paso, aunque ella intentó rodearle sin conseguirlo, pues Chase la cogió del brazo.

—Eh, Abby... lo solucionaremos —comentó—. Tampoco es para ponerse así.

—¿Que no es para ponerse así? —medio gritó—. Por Dios, ¡estamos casados! —gritó mostrándole el anillo.

—¿Y tan malo es eso? —preguntó también con un grito. Aquello hizo que ella cerrase la boca y lo mirase sorprendida por la respuesta. Suspiró e intentó calmarse. Chase se removió nervioso colocando las manos en su cintura y miró alrededor desesperado—. Nos divorciaremos y ya está.

Ella se quedó contemplándolo. Chase era uno de los hombres más atractivos que conocía y su relación con él era increíble. Cualquier mujer hubiese estado encantada de estar en su lugar, sin embargo, no se sentía a gusto. Aquello no era lo que ella quería. Ella quería casarse por amor con un

hombre que la quisiese, no con uno que se jactase de las conquistas que cosechaba, pese a que su relación de amistad fuese estupenda.

—Habrá que contratar un abogado —comentó.

Chase asintió y la miró un segundo.

—No te preocupes por eso, mi hermano es abogado.

Aquello la cogió por sorpresa.

—¿Es abogado?

—Él nos ayudará.

—¿Y vas a explicarle lo que ha ocurrido? —preguntó sorprendida.

Chase se encogió de hombros.

—Claro, necesitamos un abogado para divorciarnos, ¿tú qué crees? —Se burló.

—Eh —Le señaló de nuevo con el dedo—, deja de usar ese tono conmigo —Le recriminó.

—Pues tú deberías aprender a tomarte mejor las cosas, así que deja de lamentarte como si te hubieses casado con un psicópata —Le recriminó él también—. Los dos estamos metidos en esto. Tú estás casada conmigo, pero recuerda que yo también lo estoy contigo y no voy por ahí desesperado buscando el divorcio como si te diese alergia la situación... o llorando como si fuese lo peor que te ha ocurrido en el mundo.

—¿Qué? —gritó desesperada—. ¿Pero qué estás diciendo?

¿Ahora se sentía ofendido?

—Cuando llegemos a Nueva York hablaré con mi hermano y le pediré que nos prepare los papeles. No te preocupes por los gastos, ya corro yo con ellos.

Se giró y cruzó la calle para dirigirse al hotel dejando a Abby conmocionada sobre la acera de la calle.

Abby entró por la puerta del hotel mientras un largo suspiro se le escapaba. Sabía que no había reaccionado bien, y la última frase que Chase había pronunciado se lo había dejado bien claro. Los dos estaban metidos en ese problema, y los dos debían solucionarlo. No servía de nada caer presa del nerviosismo. Por suerte, aquello tenía solución. Las últimas palabras de él la habían hecho sentirse mal.

Le sorprendió ver a Chase más afectado por su forma de actuar que por lo que habían hecho.

—Perdona, de verdad —repitió mientras avanzaban hacia el ascensor.

—Ya te he dicho que no te preocupes, no pasa nada —comentó pulsando el botón para llamar al ascensor—. Te has puesto nerviosa. Punto final.

—Sí —admitió abochornada, consciente de que había perdido los estribos—. ¿Hablarás con tu hermano?

—Sí, mañana lo llamaré. Hoy no llegaremos hasta tarde a casa, y ahora tenemos que trabajar. —Vio de reajo cómo ella apretaba los labios y asentía—. No te preocupes.

Abby se removió inquieta.

—No es por ti... —dijo señalándolo, lo que hizo que él enarcase una ceja en su dirección—, de verdad.

—Ya lo sé —comentó más relajado—. Es la situación —dijo metiendo las manos en los bolsillos. Ella volvió a asentir. Chase se acercó—. Bueno, mira el lado positivo... al menos te has casado conmigo, no con otro. —Ella lo miró sin comprender—. Tal y como íbamos aún tuvimos suerte —continuó con la broma—. Podríamos haber pillado a alguien de la calle y habernos casado con un desconocido.

Abby puso los ojos en blanco y negó justo cuando un grito los sorprendió por detrás.

—¡Mi pareja favorita! —gritó Dana. Ambos se giraron y la observaron dirigirse hacia ellos con los brazos abiertos. Llegó y se abrazó cogiendo a cada uno con un brazo—. ¿Cómo ha ido la noche? —preguntó enseñando parte de la lengua.

Chase se dedicó a arquear su ceja mientras Abby apretaba los labios.

—¿Recuerdas algo de ayer?

—Más o menos. Menuda fiesta... —Luego rio y le mostró la mano—. ¡Boda doble!

Abby desencajó la mandíbula mientras cogía su mano y observaba el anillo.

—¿Tú también te casaste?

—¡Claro! ¿No lo recordáis? —preguntó sonriente, como si no comprendiese la pregunta—. Cuando dijimos que nos íbamos a casar vosotros decidisteis...

—Espera, espera... —interrumpió Chase—. ¿Nos casamos porque os casasteis vosotros?

Dana se cruzó de brazos y los miró mosqueada.

—¿En serio? Ya decía yo que ibais demasiado contentos —Los miró

fijamente—. Claro, tanto chupito de tequila... —Abby se pasó la mano por los ojos como si la situación le agotase—. Cuando os dijimos que Declan y yo habíamos decidido casarnos, tú —Señaló a Abby que dio un respingo—, dijiste que qué envidia, que qué bonito era el amor, que tú también querías casarte algún día...

—¿Dije eso? —preguntó abochornada mientras Chase la miraba con una sonrisa.

—Y entonces, tú... —Señaló a Chase que borró la sonrisa de su rostro—, le dijiste que si tenía ganas de casarse podía casarse contigo y... —Dana elevó los brazos y dio un salto—. ¡Fue una boda superdivertida! Vale que no lo recuerdo todo... pero lo poco que recuerdo... aysssss... —suspiró—, tenemos que volver más veces a Las Vegas, chicos.

Tanto Abby como Chase bajaron su rostro y resoplaron.

—Lo de ayer fue una locura —susurró Abby, aunque con un tono más moderado que el de hacía unos minutos—. Tenemos que buscar un abogado...

—¿Un abogado? —preguntó ella.

—Para el divorcio. El matrimonio está registrado.

Dana parpadeó varias veces.

—¿Os vais a divorciar?

¿Por qué toda la gente les preguntaba eso? Ni que fuesen la mejor pareja del mundo, de hecho, ni siquiera eran pareja.

—Pues claro que nos vamos a divorciar —contestó ella. Se giró cuando las puertas del ascensor se abrían.

—Pues qué pena...

Tanto Chase como Abby miraron extrañados a Dana. Ahí había algo que se le escapaba, ¿por qué sino tanto el falso Elvis, como la mujer asiática de la recepción de la capilla, como Dana les decían que era una pena lo del divorcio?

Ya había visto en el vídeo que en ese momento ambos parecían muy felices, incluso se habían besado de forma reiterada... En aquel momento cayó en la cuenta. ¡Se habían besado! No pudo evitar emitir un leve rugido. Por el amor de Dios, ¡se había besado con Chase y ni siquiera lo recordaba!

—¿Subes? —preguntó Chase a Dana que permanecía fuera del ascensor.

—No, estamos desayunando. ¿Venís?

—Tengo el estómago un poco revuelto —contestó Abby.

—No me extraña —bromeó Dana dando unos pasos hacia atrás—. Te bebías hasta el agua de los charcos.

Las puertas se cerraron mientras veía cómo una divertida sonrisa se dibujaba en el rostro de Dana al alejarse.

Chase había pulsado la planta nueve.

Abby se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared del ascensor mientras Chase hacía lo mismo frente a ella.

Aquella última conversación con Dana la había dejado con la mosca detrás de la oreja.

Realmente la relación entre Chase y ella era muy buena, de hecho, seguramente tenían más confianza que muchas de las parejas que iniciaban una relación. Aquello debía haber confundido al falso Elvis y a la mujer asiática, pero... ¿a Dana también? ¿A todos les daba pena que se divorciasen?

No entendía nada de todo aquello. Lo más lógico era que, al menos, Dana reaccionase de otra forma, diciendo que había sido una locura, que menuda noche la de ayer... pero ¿pena porque ambos se divorciasen? Si ni siquiera se sentía casada de verdad.

En cuanto llegaron a la suite Abby fue directa a la mesa y cogió el documento. Sí, ahí estaba. El certificado del registro matrimonial.

—Lo tengo —comentó ella doblándolo y metiéndolo en el bolso.

Chase asintió.

—¿Lo guardas tú?

—Sí.

Ambos se quedaron mirando unos segundos, sin saber qué más decirse.

—Voy a darme una ducha —contestó Chase—, y tengo que acabar de hacer la maleta.

—Sí —reaccionó ella mirando alrededor, asegurándose de que no se dejaba nada allí—, yo voy a darme una ducha también. —Miró su reloj de muñeca, las once. Fue hacia la puerta y la abrió—. Nos vemos abajo en el recibidor.

—De acuerdo... cariño —contestó Chase dándole la espalda, dirigiéndose al aseo.

Abby inspiró con fuerza, aunque no se giró mientras abría la puerta.

—Menos bromas, comandante —contestó antes de cerrar.

Fue directa hacia su habitación situada en la planta cuarta y una vez cerró la puerta se apoyó en ella y suspiró. ¡Estaba casada! ¡Con Chase Hudson!

A medida que pasaban los minutos debía admitir que la idea era simpática. Era un lío, vale, pero nadie podría reprocharle que no tuviese buen gusto.

Depositó el bolso sobre la mesa observando que llevaba en el interior el certificado matrimonial y se fijó en el DVD de la boda.

En ese momento volvieron a ella las palabras del Elvis falso sobre los votos. Todos habían coincidido en que era una pena pedir el divorcio, e incluso Elvis había mencionado que habían sido unos votos preciosos. Recordaba que cuando había visto el DVD aquella mañana una de las carpetas de vídeo llevaba el título de “Votos”. ¿Quizá lo que habían pronunciado allí era la causa de que todos sintiesen pena por su divorcio? ¿O de que se hubiesen hecho expectativas sobre ellos?

Cogió el DVD y lo introdujo en el reproductor mientras cogía el mando de la televisión y se sentaba en la cama. Notó cómo su mano temblaba mientras la encendía y accedía al menú del DVD.

A saber lo que se habían dicho en aquellos votos.

Dudó unos segundos, pero finalmente reunió el valor suficiente para acceder a esa carpeta y darle al *play*.

Dejó el mando de la televisión a su lado y se cogió las manos, frotándoselas.

La imagen se puso en movimiento enseguida. Ambos permanecían juntos de la mano. Ella con aquel ridículo vestido y el enfundado en un traje y, ahora que se daba la cuenta, la chaqueta le iba una o dos tallas más grandes.

—Abby... —dijo Chase arrastrando las letras—, nosh conocemosh deshde hashe shinco años. —Se giró y miró a sus amigos elevando el puño—. ¡Shincoooo! —Todos aplaudieron y él volvió a centrar su atención en ella que a veces daba algún paso hacia delante o hacia atrás. Madre mía, aquello era una locura. Si algo podía tener seguro es que cualquier juez anularía su matrimonio por embriaguez. Chase se acercó a ella y sonrió divertido—. She me han pashaaaado volando essshtos shinco años... —Y comenzó a reírse él solo provocando que ella también comenzase a reír.

—Madre mía —susurró Abby al ver la escena con los ojos como platos.

—Pero no porque yo condushhca un unicornio... —continuó Chase seriamente—, sshino porque en eshe unicornio mushasss veces vieneshh tú —pronunció esta vez más lentamente, con la mirada fija en ella.

Abby se quedó mirando la pantalla fijamente y tragó saliva.

—Revishho desde hashe shinco años losh horarios para ver cuando coinshido contigo, porque sé que eshe día, el día que apareshes connmigo en el calendario —continuó Chase—, va a sher un bueeeen día. Y ahora que eresh mi eshposa...

—Aún no, amigo —intervino Elvis.

Chase se giró hacia él con una sonrisa.

—Bueno, casi casi... —Volvió a mirarla de nuevo—, ahora todos los días van a ser fantásticos. —Se encogió de hombros—. Tanto con unicornio como sin él. —La miró seriamente—. Estoy enamorado de ti y... —adoptó una postura más seria e incluso hizo un movimiento asustado—, lo de Alexa no fue nada... —Se llevó la mano al corazón—, te prometo que no. Ella no me interesa. Fue un arrebato que tuve y fue antes de que me casara contigo. —Elevó la mano haciendo un juramento—. Yo, prometo sherte fiel siempre... y a Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre.

Todos comenzaron a aplaudir, incluso Elvis aplaudió con una gran sonrisa. Aunque llamó la atención que el propio Elvis se girase hacia la cámara y elevase el dedo pulgar hacia arriba.

—Abby... tu turno —Le indicó Elvis.

En ese momento notó cómo el corazón se le aceleraba. Solo esperaba no haber dicho ninguna tontería de más.

Abby se colocó frente a Chase, cogiendo sus dos manos con fuerza y dio un paso al frente para acercarse.

—Ay, ay, ay... —gimió Abby que se llevó la mano a la boca esperando ver lo que hacía, con los nervios a flor de piel.

—Estoy muy, muy, muy, muy feliz de ver a la señora Hudson... —comenzó con una gran sonrisa, aunque luego la modificó y se puso seria—. Chase... —susurró mientras él mantenía una gran sonrisa en su rostro—, creo que voy a vomitar —Y a continuación se giraba hacia atrás llevándose la mano a la boca.

En ese momento la imagen se cortó.

Le costó reaccionar un poco, incluso se quedó varios segundos absorto tras ver aquello, quieta, sobre el colchón de la cama. ¿Había vomitado en la capilla? ¿Había salido corriendo hacia los aseos? Al menos no había dicho ninguna tontería, aunque no sabía qué era peor que aquello.

Cogió el mando de la televisión y la apagó. Sacó el DVD y lo guardó en la carcasa. Las palabras de Chase volvieron a su mente. ¿Revisaba el horario para saber cuándo le tocaba volar con ella? ¿Aquellos eran sus mejores días?

Decían que los niños y los borrachos nunca mentían. Se quedó pensativa evaluando todo aquello.

¿Estaba enamorado de ella tal y como había dicho? Parecía bastante mortificado al explicar lo de Alexa, de hecho, él ya le había dicho durante la

partida de billar que aquello no tenía importancia.

Resopló y guardó el DVD en su bolso. Fue hacia el armario y sacó el uniforme de trabajo.

Aquello tampoco tenía mucho sentido. Si realmente estaba enamorado de ella desde hacía cinco años... ¿por qué se había metido con Alexa en los vestuarios?

No sabía qué opinar al respecto. Había dicho muchas locuras, pero también cosas muy bonitas y trascendentes. La duda era: ¿cuánto de realidad había en ello?

16

No sabía por qué, pero aquello no le daba buena espina. Nada más llegar al aeropuerto Dana se había acercado a ella y le había susurrado un: “Tenemos que hablar”. Suponía que quería explicarle algo de la noche anterior. Lo cierto era que no tenía ganas de discutir sobre lo ocurrido. Solo quería llegar a casa y ponerse manos a la obra para solucionarlo.

Estaba segura de que Dana había avisado al resto de la tripulación sobre lo que iba a ocurrir entre Chase y Abby porque ninguno había pronunciado nada al respecto, aunque las miradas sí volaban entre ellos.

Chase se había encerrado en cockpit directamente, junto a Owen, y a la hora señalada habían despegado.

—¿Tienes un momento? —volvió a preguntarle Dana colocándose a su espalda.

Abby suspiró mientras guardaba las bandejas de comida sucia y la miró de reojo.

—No tengo ganas de hablar, Dana —susurró mientras se dirigía al ordenador de abordo—. ¿Subo un grado en cabina de pasajeros? —preguntó a Vera, la sobrecargo.

—Sube dos. Tres personas se han quejado de que hace un poco de frío —indicó mientras entraba al aseo.

Abby asintió y pulsó la pantalla táctil del ordenador subiendo un par de grados la temperatura.

—Ya, pero es que... —A Dana se le notaba nerviosa—, tienes que saberlo —susurró.

Era obvio que Dana no iba a parar hasta explicarle aquello.

Pulsó unos botones más y se giró hacia ella.

—Está bien, dime.

Dana se removió inquieta, incluso comenzó a jugar con sus manos, nerviosa.

—Hay... hay un problema... —dijo muy tímida.

Abby la miró sin comprender y puso los ojos en blanco.

—Claro que hay un problema. Me he casado con Chase —Señaló la puerta de la cabina de vuelo. Suspiró e intentó relajarse—. Pero lo vamos a solucionar —comentó más tranquila, como si ya lo hubiese asumido—. Su hermano es abogado y me ha dicho que nos ayudará, así que... todo se va a arreglar —dijo girándose de nuevo, como si la conversación hubiese finalizado.

Se agachó y abrió un cajón extrayendo la cafetera.

—Sabes que ayer yo también había bebido mucho —susurró con un hilo de voz agudo.

Abby puso su espalda erguida al escuchar aquello. Se estaba comenzando a asustar. Se puso en pie y la miró directamente.

—¿Qué has hecho? —preguntó tragando saliva.

—Ammmm... ahhhh...

—Dana —dijo con el tono de voz más alto.

—Sabes que... que hice fotos con el móvil... —continuó mirando hacia los lados, sin centrar la mirada en ella. Abby enarcó una ceja—. Pues... mmmm... esta mañana he visto que envié unas fotos de la boda.

Abby abrió los ojos como platos quedándose estupefacta unos segundos. ¿Había tomado fotos con el móvil? Notó cómo la respiración se le aceleraba.

—¿A quién se las mandaste? —preguntó muy seria.

—Ya... ammmm... —seguía nerviosa.

—¡Dana!

—A tu madre... ayyyyyy... —dijo agachando la cabeza y cerrando los ojos con fuerza.

Abby dio un paso hacia atrás.

—¿Que has hecho qué? —preguntó alterada.

—Perdóname —gimió ella—. No sabía lo que hacía, yo también había bebido mucho y no controlaba la...

—Madre mía —sollozó Abby llevándose las manos a la cabeza. Con razón tenía siete llamadas de su madre aquella mañana. Ahora todo encajaba—. ¿Qué fotos le enviaste? —preguntó rápidamente—. ¿Se me ve vestida de novia? —Ella volvió a cerrar los ojos con fuerza e intentó hacerse pequeña, aunque no lo consiguió—. ¡Enséñamelas!

Dana suspiró y abrió el cajón donde guardaban los bolsos. Abrió el suyo y extrajo su móvil.

Aquello no podía estar pasando realmente, solo era una pesadilla.

—Ammmm... estas —dijo mostrándole el privado que Dana tenía con su madre.

Abby le quitó el móvil de las manos y observó nerviosa.

—Te quedaste a gusto, ¿eh? —reprendió a Dana por la cantidad de fotos que había enviado a su madre.

Se fijó en que en la primera solo salían ellas dos vestidas de novia. Tal vez podría decirle a su familia que se trataba de una broma. Su corazón se aceleró cuando la siguiente foto era del comandante Owen conduciéndola al altar. Sintió deseos de desmayarse cuando vio las siguientes. Chase y ella se miraban sonrientes y en las siguientes se besaban. Si incluso Dana había retratado el momento del beso de Hollywood. En las siguientes fotografías se iban alternando todos los hombres con la corbata en la cabeza, ella abrazada a Chase, los dos besándose de nuevo...

—Quiero morirmeeeeeee —sollozó devolviéndole el móvil a Dana.

—Ammmm... —susurró Dana mientras guardaba el móvil en su bolso—. Lo siento. No sabía ni lo que hacía.

Abby la miró furiosa.

—¿Y qué voy a hacer ahora? Ya sabes cómo es mi madre. Está desesperada con que tenga pareja y a ti no se te ocurre otra cosa que hacer que enviarle fotografías mías y de Chase casándonos borrachos.

Dana apretó los labios y se encogió de hombros.

—Lo siento —gimió de nuevo arrepentida—. En las fotos no... no se os ve borrachos...

—¿Qué le voy a decir a mi madre? —Suspiró y paseó nerviosa por el espacio reducido que ocupaban.

—Dile que fue una noche de borrachera...

—Por favor, Dana —dijo cogiéndola por los hombros—. Esto no ha sido una simple borrachera. Me he casado, ¿lo entiendes? ¡Y tengo que tramitar un divorcio! —sollozó—. Mi estado civil ha cambiado, seré una divorciada —Se quejó.

Dana colocó también las manos en sus hombros.

—Eh, tranquila... —intentó calmarla al ver que comenzaba a respirar muy rápido. ¿Le iba a dar un ataque de ansiedad?

—¿Tranquila? —comentó removiéndose—. Había pensado arreglar esto

sin que nadie se enterase, pero ahora... ¿qué hago yo ahora?

Dana se encogió de hombros.

—Pues dile que fue una broma...

—¿Una broma? —preguntó asombrada—. Por Dios, en las fotos Chase me mete la lengua hasta la campanilla. ¿Qué broma es esa? Mi madre no es idiota.

Dana chasqueó la lengua.

—Ya... dile que bebisteis... —Aunque decidió callarse. No, conocía a la madre de Abby y sabía que si ella le explicaba que se había casado bajo las influencias del alcohol le iba a dar un ataque. En su familia valoraban mucho la familia y el matrimonio—. No, eso no puedes decírselo o le dará un ataque.

Abby miró hacia la puerta de entrada al cockpit. Ahora permanecía cerrada, y hasta que no aterrizasen no volvería a abrirse. De todas formas, no quería explicarle aquello a Chase. Su familia, en ese sentido, era bastante conservadora. Ni siquiera acababan de ver con buenos ojos que una pareja viviese junta sin haberse casado antes. ¿Cómo decirle que se había cogido tal borrachera que había acabado casada con el comandante de la tripulación?

—Mi padre va a desheredarme...

—Qué exagerada —rio

—¿Exagerada? —preguntó hecha una furia. Suspiró y se llevó las manos a la cara. Necesitaba calmarse e intentar llevar lo mejor posible aquella situación.

Cuando llegase a su piso le enviaría un mensaje a su madre para explicarle que había llegado y para pedirle disculpas por no haberle dicho nada los días anteriores y, entonces, dejaría que fuese ella quien moviese ficha, así podría valorar si se creía aquello o no y su estado de ánimo. En función de eso ya actuaría.

El teléfono que conectaba con el cockpit sonó. Abby resopló y descolgó directamente, intentando centrarse.

—Gali —dijo haciendo referencia al lugar donde se encontraba mientras Dana se distanciaba hacia la cabina de tripulación.

—Iniciamos maniobra de descenso. Aterrizaje programado en veinte minutos. —Luego se quedó callado—. ¿Abby?

—Sí, Chase. La sobrecarga está en el aseo. Soy yo.

—De acuerdo pues... veinte minutos y aterrizamos en el aeropuerto JFK... cariño.

En ese momento escuchó una leve risa que suponía que debía ser de Owen. ¿Por qué todo el mundo se tomaba aquello a cachondeo?

—Deja de llamarse así —Se quejó ella.

—Pero eres mi cariño, mi...

Chase no pudo terminar la frase, Abby colgó el telefonillo.

Estaba totalmente de acuerdo en intentar tomarse aquello con humor, con calma, sabía que había solución y, tal y como había dicho Chase, aún tenían suerte de haberse casado el uno con el otro, pero en aquel momento y tras saber lo que Dana había hecho involuntariamente era incapaz de reírse.

Vera, la sobrecargo, salió en ese momento de aseo.

—Han dado la indicación de que inician el descenso. Veinte minutos para aterrizar.

Vera le sonrió y asintió mientras iba al ordenador de abordo y conectaba las luces indicando a todos los pasajeros que debían abrocharse el cinturón.

En ese momento la voz de Chase sonó en todo el avión.

—Les habla su comandante... —Abby cerró los ojos cargándose de paciencia y avanzó por el pasillo del avión asegurándose de que todos se colocaban el cinturón, que los asientos estaban todos en posición vertical, que las bandejas estaban recogidas y que los compartimentos superiores estaban cerrados—, nos disponemos a iniciar el descenso hacia el Aeropuerto John F. Kennedy. Prevemos que será un aterrizaje tranquilo. La temperatura ahora mismo en Nueva York es de un grado y, aunque está bastante nublado, no hay previsión de tormenta en estos momentos. Muchas gracias por haber confiado en nosotros, esperamos que hayan disfrutado del vuelo y nos agradecerá volver a verlos muy pronto.

Así parecía serio... pero si la gente supiese, pensó mientras seguía vigilando que todo el mundo cumpliera las órdenes de seguridad. Llegó al final y se sentó en su asiento atándose el cinturón al lado de Dana que la miraba aún nerviosa, consciente de lo que había hecho.

—Lo siento... —repitió Dana.

Abby asintió con paciencia.

—Está bien... —Tragó saliva. De todas formas, en aquel lío solo estaban metidos Chase y ella—. Pero hazme un favor... no le digas nada más a mi madre sobre esto.

—Claro —contestó rápidamente.

Todos firmaron en la oficina de la compañía a la llegada del vuelo. No había podido intercambiar palabra alguna con Chase tras el aterrizaje, aunque

tampoco quería hablar del tema delante del resto.

Se cambió de ropa con la que había guardado en la taquilla días atrás y dobló el uniforme. Dana se ponía el abrigo en ese momento.

—¿Te llevamos a casa? —preguntó mientras se colgaba el bolso en el hombro.

Abby se puso el abrigo también.

—Me harías un favor —susurró mientras sacaba el móvil del bolso y lo encendía.

Dana arrastró su maleta saliendo del vestidor.

—¿Le has dicho algo a tu madre?

Abby negó mientras la seguía.

—No. Cuando llegue a casa veré qué hago —contestó de mala gana.

Dana decidió abandonar el tema. Ya la había liado bastante y sabía que Abby tenía derecho a estar enfadada por lo que había hecho, aunque hubiese sido sin querer.

Caminaron por el pasillo hasta la puerta del vestuario masculino justo cuando salían Declan y Chase por la puerta. La mirada de Chase recayó directamente en Abby.

—Vamos a llevar a Abby a su casa —dijo Dana hacia Declan, el cual asintió al momento.

En ese momento, Owen, Max, Colton y Logan salieron también del vestuario y tendieron la mano al comandante Chase.

—Hasta la próxima, comandante —Se despidió Max, luego miró a Dana y la señaló—. Avísame cuando tu amiga te diga algo.

—Claro —respondió Dana contenta—. En cuanto me responda te aviso.

Abby miró de reojo a su amiga. Parecía que iba a prepararle la cita a Max.

Comenzaron a caminar por el pasillo. Declan y Chase iban delante de ellas, aunque Chase se giraba de vez en cuando hacia Abby como si quisiese hablar con ella.

—Acercaremos también a Chase a su casa, nos va de paso —explicó Declan mientras salían de la zona de personal del aeropuerto dirigiéndose al aparcamiento.

Declan fue hacia Dana y colocó su brazo sobre los hombros de ella, estrechándola contra él.

—Querida esposa... —bromeó—, ¿qué quieres cenar hoy?

Abby que iba por detrás suspiró, al menos ellos sí parecían felices por

haberse casado. También era normal, ellos sí eran una pareja. Miró de reojo cómo Chase retrocedía disimuladamente hasta colocarse a su lado.

—Ey —dijo Chase.

—Ey —contestó ella mirándolo fijamente.

Chase ladeó su cuello.

—Mañana llamaré a mi hermano. —Abby asintió—, supongo que deberemos quedar con él en persona.

Ella tragó saliva.

—Está bien —susurró. Miró de reojo a Chase y luego clavó la mirada en la espalda de Dana y Declan que caminaban felizmente, arrastrando sus maletas. No comprendía cómo Chase podía estar tan tranquilo.

—Tienes confianza con tu hermano, ¿no?

Aquella pregunta lo sorprendió.

—¿Tú qué crees? Es mi hermano —rio.

—¿Tu hermano mayor? ¿Pequeño?

Chase sonrió ante aquellas preguntas.

—Mi hermano mayor. Tiene cinco años más que yo y dos preciosos niños de cuatro y dos años. —Aquello le hizo sonreír—. Son un poco trastos. —Ella aceptó las explicaciones—. Va a alucinar cuando le explique lo que he hecho —bromeó. Abby resopló nerviosa—. Luego seguramente se tronchará de la risa.

Ella lo miró sorprendida.

—¿En serio? —preguntó asombrada. Chase se encogió de hombros—. ¿Sabes que a partir de ahora no figuraremos como solteros sino como divorciados? Yo no le veo la gracia por ningún lado.

Él ladeo su cabeza hacia ella.

—Vamos, cálmate. No sé cómo funciona un divorcio, pero supongo que en un mes o dos ya estará todo solucionado. —Abby sollozó mientras se llevaba la mano a los ojos—. Deja de hacer eso —Le riñó—. Parece que te hayan condenado a muerte.

Abby resopló justo cuando llegaron al coche.

El resto del trayecto lo pasaron en silencio. Abby se sentó en la parte trasera con Chase y ambos miraban por las ventanas opuestas. En esos momentos no nevaba, pero debía haber nevado los días anteriores porque la nieve invadía las aceras, aunque estaba ya bastante sucia y ennegrecida.

Declan se detuvo ante un edificio. Aquella zona le encantaba. Siempre le había gustado, incluso cuando le asignaron la base en Nueva York se había

mirado la zona de Manhattan para vivir, pero los precios eran poco asequibles para ella. Sin embargo, Nueva Jersey estaba cerca y era mucho más barato.

Chase abrió la puerta y se giró hacia Abby. Dudó de nuevo durante unos segundos, pero finalmente sonrió.

—Mañana te llamo, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Gracias por traerme —dijo a Declan y a Dana que se giraron hacia atrás.

—De nada —contestó Dana—. No te olvides la maleta, ¿eh?

—No, claro que no —respondió Chase saliendo del vehículo. Cogió la maleta del maletero y se situó ante la puerta trasera. Miró directamente a Abby, la cual permanecía aún al otro lado del asiento, apretando los labios y con las manos cogidas—. Buenas noches —Se despidió de todos antes de que el todoterreno avanzase por las calles de Manhattan rumbo a Nueva Jersey.

Si por él fuese le hubiese pedido a Abby que se quedase con él. Necesitaba hablar y poner todas las cartas sobre la mesa, aclarar al menos la situación entre ellos, pues en ese momento Abby estaba demasiado nerviosa.

Si por él fuese le hubiese dado una oportunidad a ese matrimonio. Probar qué tal podía funcionar. Ambos tenían una relación extraordinaria y, la verdad, se estaba enamorando de ella más de lo que esperaba.

Era extraño. Estaba casado, sí, pero su esposa, en ese momento, se dirigía a su propia vivienda deseando una llamada de él al día siguiente para concretar cita con su hermano, el abogado que los divorciaría.

Fue directo hacia su bloque y saludó al portero.

—Buenas noches, Greyson.

—Señor Hudson —exclamó el portero con una gran sonrisa—, ya ha vuelto.

—Sí —dijo dirigiéndose al ascensor.

—¿Ha ido todo bien?

—Muy bien —respondió sin darle mucha importancia a aquellas palabras, mientras las puertas del ascensor se abrían—. ¿Ha llegado algo para mí estos días?

—Nada, señor —respondió desde detrás del mostrador.

Chase entró al ascensor y pulsó la planta treinta y cinco.

—De acuerdo. Gracias y hasta mañana —comentó mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Se había enamorado de aquel piso ya la primera vez que lo había visto. Lo primero que había llamado su atención fueron las vistas.

Entró por la puerta y se dirigió a su habitación atravesando el pasillo y el

enorme comedor, con sus enormes sofás y la pantalla plana dominando una de las paredes.

Fue hacia su habitación, situada en una de las puertas del pasillo, y depositó la maleta en el suelo. Miró su reloj de muñeca y vio que marcaba las doce menos cuarto.

Se encontraba exhausto, no solo a nivel físico, sino sobre todo a nivel emocional. Necesitaba una ducha y una buena cura de sueño, sabía que el día siguiente sería un día movido, sobre todo si tenía que llamar a su hermano para explicarle que se había casado y necesitaba que lo divorciase.

Abby llegó a su piso media hora después. No había hablado prácticamente con Dana y Declan durante el viaje, necesitaba calma y ordenar las ideas.

Eran las doce y diez minutos cuando se puso el pijama y se sentó en la cama con el móvil en la mano preparada para escribir a su madre.

Se fijó en que tenía varias llamadas perdidas más. Suspiró y abrió el *WhatsApp*.

Abby: Hola mamá, perdona que no haya escrito antes.

Abby: Acabo de llegar.

Abby: No sé si estarás durmiendo.

Abby: Es para decirte que estoy bien.

Abby: Mañana por la mañana te llamaré.

En ese momento su madre apareció en línea.

—Mierda —gimió.

Segundos después su teléfono comenzó a sonar. Sollozó y se puso en pie. Bien, lo mejor era tomarlo con calma, quitándole importancia al asunto. Descolgó el teléfono y lo llevó a su oído.

—Hola, mamá —comentó mientras comenzaba a caminar por la habitación.

—Abby, cariño... me tenías preocupada. ¿Cómo no me dices nada en todo el día?

—He estado volando —reaccionó rápidamente—, acabo de llegar a casa y te he llamado corriendo. Verás... —Tragó saliva y giró en su dormitorio caminando de nuevo hacia la cama—, quería comentarte una...

—Ay, Abby, pero ¿qué ha ocurrido? ¿Te has casado en Las Vegas? —preguntó sin anestesia.

Abby se pasó la mano por la nuca mientras notaba los latidos de su

corazón descontrolarse por momentos. “Maldita Dana”, pensó mientras volvía a girar por la habitación sin poder estarse quieta.

—Bueno, eso quería comentarte...

—Dana me pasó unas fotografías de la boda —exclamó—. Por cierto, ¿de dónde sacaste ese vestido tan horrible?

Abby desencajó la mandíbula. ¿Aquella era la primera pregunta de su madre?

—Mamá, es Las Vegas. No es que tengan muchos...

—¿Y cómo que te has casado? ¿Es compañero tuyo?

—Sí, trabajo con él.

—¿Un auxiliar de cabina? —preguntó emocionada.

—No, no... se trata de Chase. Ya te había hablado alguna vez de él. Es el comandante con el que volamos a...

—¿Un comandante? —gritó su madre emocionada—. Ohhhh... ¡Abby! —exclamó. Abby tuvo que apartarse el móvil del oído—. Qué ilusión, cielo. —Aquello la dejó sin palabras, ¿qué ilusión? Abby resopló, ¿su madre se pensaba que aquello había sido una boda formal? ¿Una boda por amor? No daba crédito—. ¿Cómo que no nos dijiste nada?

—Bueno, es que... —Cómo decirle a su madre que ni ella misma lo sabía—. Fue todo muy rápido y...

—¿Cuánto hace que lo conoces?

Su madre ni siquiera dejaba que ella acabara de explicarse.

—Hace cinco años que trabajo con él.

—Es muy guapetón, ¿no?

—Ammmmm...

—Oh, ¡Madison! —gritó.

¿Madison?

—¿Está ahí la abuela? —preguntó extrañada.

—Claro —respondió rápidamente su madre—. Sí, sí... es Abby. Sí que se ha casado —gritó feliz—, ¡con un comandante!

—¿Un comandante? ¿Es del ejército? —Reconoció la voz de su abuela.

—No, ¡un piloto! Dice que trabaja con él desde hace cinco años. Se llama Chase —explicaba su madre emocionada.

Abby fue hacia la cama y se sentó. ¡Su madre estaba emocionadísima! Resopló y se removió sobre el colchón, tenía que cortar aquello ya.

—Ammmmm... mamá, tengo, tengo que explicarte...

—Ayyy... pon el manos libres —Escuchó la voz de su abuela.

—No, mamá, espera...

—Abby, ¡cariño! —gritó su abuela. Ella suspiró y cerró los ojos cargándose de paciencia—. ¿Abby? —preguntó su abuela nerviosa al no recibir respuesta—. Creo que el teléfono no funciona, hija.

—No, no, estoy aquí —comentó Abby tumbándose sobre la cama—. Hola, abuela.

—Hola, ¡cariño! ¡Qué alegría más grande! —Abby sollozó—. Me has hecho la abuela más feliz del mundo. Sabes que una de mis mayores ilusiones era que te casases...

—Abuela... —gimió ella mientras se pasaba la mano por los ojos.

—Además, en las fotos sale muy guapo, parece buena persona. —Abby puso los ojos en blanco—. Y se os ve tan enamorados en las fotografías... —susurró con ternura. En ese momento Abby enarcó una ceja y recordó que Dana había enviado unas cuantas fotografías en que salían besándose. Abby cerró los ojos con fuerza, ¡qué vergüenza!—. Estoy muy, muy feliz, pero... —Y adoptó un tono de voz más serio—, nos tendrías que haber dicho algo. ¡Imagínate tu madre y yo cuando recibimos las fotografías de tu boda! ¡Y no nos habías dicho nada! Ni siquiera sabíamos que salías con un chico...

—No, yo que es no...

—Hace cinco años que trabajan juntos. Lo decidieron muy rápido —Reconoció la voz de su madre explicándose a su abuela.

—Qué romántico —susurró Madison emocionada.

—Sí, mucho —ironizó Abby.

Quizá lo mejor sería dejar las cosas como estaban. Al fin y al cabo, no tardarían mucho en divorciarse, dos meses como mucho para arreglar todo el papeleo. Luego, con decir que la relación no había funcionado... Sabía que su abuela y sus padres no verían con buenos ojos un divorcio, pero prefería mucho más que pensasen eso a que se había casado en una noche de borrachera.

—¿Y trabajas con él? —preguntó su abuela.

—Sí, abuela —respondió Abby observando la lámpara.

—¿Y cómo fue? ¿Te lo pidió él?

Su abuela estaba realmente emocionada, y su madre debía estar igual porque se mantenía callada esperando una respuesta.

—Ammmm... bueno, Dana se casó con su pareja y...

—Ayyyy... ¿Te lo pidió él? —intervino su madre.

Bueno, por lo que recordaba que le había explicado Dana aquella mañana,

ella había sentido envidia diciendo que era una suerte que ella y Declan fuesen a casarse y, en ese momento, Chase se había ofrecido a casarse con ella. No era una petición, más bien era un ofrecimiento gentil de un hombre pasado de copas, pero eso no iba a decírselo.

—Sí —dijo con un hilillo de voz.

—Ohhhhh —exclamaron las dos.

—¿Y cuánto hace que sales con él? —preguntó su abuela.

—Cinco años —Le recordó su madre.

—No, mamá, cinco años hace que trabajo con...

—Ah, pues es tiempo —interrumpió su abuela sin prestar atención a lo que Abby decía.

¿Cómo podían ser tan parlanchinas?

—Bueno, pues... —continuó Madison—, tendrás que presentárnoslo. Por cierto, ¿vendréis a buscarnos los dos al aeropuerto?

En ese momento Abby saltó de la cama como si tuviese un resorte en la espalda. ¿Al aeropuerto?

“¡Mieeeeerdaa!”, gritó en su mente mientras se mordía el puño. No lo recordaba, con el viaje y todo el lío se le había pasado que sus padres y su abuela iban a verla.

—Estáis viviendo juntos, ¿no? Lo digo porque yo no quiero molestar... —bromeó su abuela.

Abby se removió mientras se llevaba la mano a la cabeza. La situación se le estaba escapando de las manos.

—Oh, abuela.... —dijo su madre divertida.

Abby se sintió ridícula, ¿para qué llamaba a su madre si lo único que hacían esta y su abuela era hablar entre ellas?

—Estoy tan, tan, tan feliz.... —continuó Madison—. Qué ganas de veros y daros un fuerte abrazo a los dos —Su abuela estaba francamente emocionada.

—Ya —contestó Abby sin saber qué más decir—, si os parece bien, mañana os llamo y lo hablamos todo. Estoy un poco cansada y necesito dormir...

—Sí, sí, claro... —dijo su abuela—, a dormir... —Y su tono sonó a mofa. Abby se pasó la mano por la cara, desquiciada.

—Buenas noches, cariño —dijeron las dos a la vez.

—Y dale un beso a Sancho de mi parte —dijo Madison.

—No es Sancho, es Chase —rio su madre emocionada—. Hasta mañana, Abby. Llámanos.

—Claro. Buenas noches —respondió con un hilo de voz antes de colgar.

Arrojó el teléfono sobre la cama y elevó los brazos hacia el techo mientras gritaba.

¿Cómo había llegado ahí? ¿Cómo podía complicarse todo tanto en solo unos minutos?

Recorrió la habitación moviendo todo el cuerpo, expulsando los nervios que sentía en aquel momento. Su familia llegaría pasado mañana, lo había olvidado totalmente. Y lo peor de todo es que ahora pensaban que estaba felizmente casada.

—Arrrrrrggggggg —gritó mientras daba un golpe en el suelo con el pie.

Su madre y su abuela estaban muy emocionadas y si les decía que todo aquello era falso y que encima ella y Chase se habían casado bajo los efectos del alcohol corría el riesgo de que su abuela cayese enferma.

Siempre le habían inculcado, desde pequeña, que el matrimonio era importante, que era la unión indisoluble entre dos personas que se querían para formar una familia y estar siempre unidas. ¿Cómo iba a explicarles todo aquello ahora?

¡A su madre y a su abuela les daría un infarto!

Resopló y cogió el móvil de nuevo. Debía hablar con Chase.

Buscó el número en la agenda y miró la hora antes de marcar. Las doce y media. Decidió que no era tan tarde y llamó a Chase llevándose el móvil a su oído.

—Vamos Chase, contesta —susurró nerviosa.

Tenía que hablar con él y explicarle lo que sucedía. Tal y como él había dicho ambos se habían metido en este lío, y ambos tenían que salir de él.

Chase no parecía tener problemas con su familia, de hecho, solo le había nombrado a su hermano, y no parecía que su hermano fuese a reprocharle nada. Aquello la dejó pensativa, ¿y sus padres?

Resopló cuando Chase no le cogió el teléfono y colgó. Miró el *WhatsApp* y comprobó que hacía veinte minutos que no lo miraba.

¿Estaría durmiendo? Sería lo más normal después de que la última noche casi no durmiesen y hubiesen hecho luego la ruta de Las Vegas a Nueva York.

Arrojó el teléfono sobre la cama mientras rugía. De todas formas, a las doce y media de la noche ya no iba a poder solucionar nada. Lo mejor sería calmarse e intentar dormir unas horas, aunque dudaba que pudiese conseguirlo.

17

Eran las nueve y diez de la mañana cuando el taxi se detenía ante el portal donde la noche anterior habían dejado a Chase. ¿Vivía allí?

Había pensado en llamar a Dana para que le confirmase la dirección, pues sabía que Declan había quedado varias veces con él y este sabía dónde vivía, pero prefería no decir nada más y actuar por su cuenta.

El taxista le devolvió el cambio y bajó de taxi.

—¡Qué frío! —exclamó mientras se abrochaba el abrigo y los copos de nieve caían sobre ella.

Miró el alto edificio que tenía por delante. Había paseado algunos días por ahí. Sabía que Chase vivía en Nueva York, pero no imaginó nunca que fuese en la zona de la quinta avenida.

Apple Store, NBA Store, Massimo Dutti, Lacoste, Prada, Tiffany & Co., etc. Aquella era la zona más cara de todo Nueva York, con las tiendas de mayor prestigio.

Fue directa al portal y entró empujando la puerta. Aquel edificio debía de ser de los más lujosos de la zona. El suelo de un gris oscuro muy brillante destacaba con la madera del mostrador que presidía el final de aquel enorme portal, iluminado con ojos de buey con una luz muy brillante.

Fue directamente hacia los buzones y comenzó a mirar. Maldito fuese, si al menos le hubiese cogido el teléfono aquella mañana una de las siete veces que lo había llamado... Recorrió los buzones hasta que dio con él. Ático primera, planta treinta y cinco.

—Aquí estás —dijo con una sonrisa maliciosa.

Chase no se andaba con tonterías y vivía con toda clase de lujos, si bien también podía permitírselo.

—Disculpe, señorita —dijo un hombre que salía por la puerta y se

colocaba tras el mostrador—. ¿Puedo ayudarla?

¿Y tenía portero? Madre mía, ¿y Chase se burlaba de ella diciendo que era una pija porque vivía en Nueva Jersey?

—No, no se preocupe. Voy a visitar a...

—¿A dónde se dirige?

—He quedado con Chase Hudson, tranquilo —dijo con una sonrisa pulsando el botón del ascensor—. Ático primera, planta treinta y cinco. Ya lo sé —dijo como si conociese ese dato de antemano.

—Ah, de acuerdo —comentó el portero sentándose tras el mostrador.

Entró en el ascensor, pulsó la planta treinta y cinco y las puertas se cerraron.

Hasta el ascensor era lujoso.

—Planta treinta y cinco —susurró mientras veía cómo los números aparecían en la pantalla digital indicando por la planta que iba. Miró de nuevo su móvil sin recibir respuesta por parte de él y lo guardó en su bolso.

Aprovechó para mirarse en el espejo. Se había puesto unos tejanos, una camisa blanca y un jersey marrón claro encima. Se había maquillado intentando disimular las ojeras provocadas por la falta de sueño de las últimas dos noches y tras enfundarse las botas y ponerse el abrigo marrón claro había salido de su casa.

Colocó un mechón de cabello rubio tras la oreja y cuando puertas el ascensor se abrieron salió de este sujetándose con fuerza a su bolso.

Miró a ambos lados. Aquella planta solo tenía dos puertas, una a cada lado, y sobre ellas rezaba el número uno y el número dos.

Se dirigió directamente hacia el ático primera y se colocó ante la puerta. Volvió a observar su móvil antes de decidirse a llamar. Aquello no le gustaba, pero el muy capullo debía haber caído en coma la noche anterior y aún no se había levantado. Tenía que arreglar aquello como fuese.

Su mano tembló levemente al pulsar el timbre. Una campana sonó en el interior.

Se removió inquieta y apretó los labios mientras miraba hacia atrás. El recibidor era espacioso, de mármol color blanco, lo que hacía que fuese muy luminoso pese a que no había ninguna ventana allí. Frente a la puerta del ascensor había una planta natural muy bien cuidada, con las hojas muy verdes y que daba una nota de colorido entre toda aquella blancura.

Se acercó a la puerta y escuchó. No se oía nada.

Volvió a llamar al timbre y esta vez pulsó dos veces. ¿Estaría en casa?

Si algo tenía claro es que él vivía allí, lo ponía en el buzón. Sabía que no se había equivocado. Quizá había quedado con su hermano.

Aquella idea la asaltó, aunque la desechó... le hubiese dicho algo, ¿no?

Resopló y pulsó el timbre otra vez cuando escuchó el sonido de una puerta al cerrarse en el interior del piso.

Dio un paso atrás alejándose de la puerta, se colocó de nuevo un mechón de cabello tras su oreja y se sujetó al bolso nerviosa.

Lo primero que hizo Abby cuando la puerta se abrió fue observar a Chase de la cabeza a los pies.

Sí, sin duda estaba durmiendo porque tenía el cabello castaño revuelto y se pasaba la mano por los ojos. La única ropa que llevaba era un pantalón de pijama azul marino.

Su mirada viajó directamente a esos abdominales marcados. ¡Menudas tabletas!

Chase enfocó la mirada hacia ella sintiéndose desubicado unos segundos.

—¿Abby?

—Hola —respondió elevando su mirada.

—¿Qué haces aquí?

Abby lo señaló.

—No me coges el teléfono —protestó.

—¿El teléfono?

—Te he llamado decenas de veces —Se quejó.

—Estaba durmiendo. Lo tengo sin sonido —explicó.

—No me digas —ironizó ella. Luego miró hacia el interior—. ¿Puedo pasar?

Chase se pasó la mano por los ojos de nuevo, suspiró y se echó a un lado para dejarla pasar mientras contenía un bostezo.

Cerró la puerta tras de sí y miró hacia delante. Abby caminaba por el pasillo hacia el comedor con paso lento, observándolo todo.

Suspiró y fue hacia ella.

El comedor era realmente enorme. Estaba dividido en dos espacios. El más cercano a ella tenía una gran mesa de madera con sillas alrededor y varias estanterías con fotografías y algún libro. Más adelante había un enorme sofá cheslón color azul oscuro. Frente al sofá se situaba una mesa donde había otro par de libros y varios mandos y, justo enfrente, una televisión de unas cincuenta pulgadas clavada a la pared y rodeada por unos muebles de madera oscura sobre los cuales reposaban unos altavoces y un DVD.

El parqué, de un color marrón oscuro, dotaba de elegancia al comedor y destacaba con las paredes color crema.

Se giró cuando escuchó unos pasos tras ella. Chase avanzaba a paso lento, aunque con una mirada intrigada en su gesto dormido.

—¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Qué haces aquí? —repitió mientras se pasaba la mano por el cabello revolviéndoselo.

Ella depositó el bolso sobre la mesa del comedor y apretó los labios. Le daba vergüenza explicarle aquello, pero, ante todo, pedirle lo que le iba a pedir.

—Ayer Declan te trajo en coche, ¿recuerdas? Te metiste en este portal. Tu nombre sale en el buzón —explicó rápidamente—. Tengo un problema... —comentó, aunque su mirada descendió de nuevo a aquellos abdominales mientras él se tapaba la boca conteniendo otro bostezo—. Ayer...

—Ya, ya... —La cortó él—. Ya te dije que no te preocupases —comentó con paciencia mientras apoyaba una mano en la silla—. No he hablado con mi hermano aún, lo llamaré dentro de un...

—No, no es eso —dijo ella mordiéndose el labio.

Chase arqueó una ceja y medio sonrió. Por Dios, recién despierto estaba muy atractivo. Dudaba que ella pudiese despertarse alguna vez con aquel aspecto.

Él se cruzó de brazos.

—El niño no puede ser mío.

Abby parpadeó varias veces intentando comprender aquella frase. De por sí ya le costaba ordenar las ideas con él ahí medio desnudo.

—Pero ¿qué dices? —preguntó asombrada. Chase iba a volver a hablar cuando ella lo cortó señalándole—. ¡Cállate! —ordenó—. Nada de bromas ahora. Tengo un problema muy gordo y como tú dijiste esto es cosa de los dos. Necesito tu ayuda.

Chase suspiró y colocó los brazos hacia abajo.

—Está bien, ¿qué ocurre? —preguntó más serio.

Abby se removió nerviosa, frotándose las palmas de las manos, caminando de un lado a otro bajo la atenta supervisión de él que la miraba aún sorprendido porque ella estuviese allí. Sí que parecía nerviosa, más incluso que el día anterior.

—Ammm... Dana hizo fotos de la boda —dijo sin saber cómo comenzar.

Chase se encogió hombros.

—Ajá.

—Y... bueno —resopló—. No sé si lo sabes, pero Dana es amiga mía desde la infancia.

—Algo sabía —admitió.

—Su madre murió cuando era pequeña y... mi madre ha hecho las veces de su madre. —Chase se encogió de hombros—. Tiene prácticamente la misma relación que tengo yo con mi madre...

—Ya, vale... ¿a dónde quieres llegar?

Abby se quedó quieta y suspiró.

—Dana envió las fotografías de la boda a mi madre.

Chase la miraba sin comprender.

—¿Y qué?

—¿Cómo que “¿Y qué?”? —preguntó dando un paso hacia delante, acercándose, aunque sin poder evitarlo desvió de nuevo su mirada hacia los abdominales—. ¡Mi familia cree que nos hemos casado!

Chase extendió los brazos hacia los lados.

—Es que nos hemos casado, Abby. ¿Cuándo vas a aceptarlo? Yo —Se señaló a sí mismo—, soy tu marido. Lo dice un acta matrimonial.

Ella lo miró desquiciada.

—¡No me siento casada! —gritó.

Aquella frase hizo que Chase la mirase fijamente, estudiándola. Adoptó una postura más seria y dio un paso hacia ella.

—¿Quieres sentirte una mujer casada? —preguntó lentamente.

Abby desencajó la mandíbula unos segundos. ¿Qué estaba insinuando? Lo miró boquiabierto, sin poder reaccionar al principio. Chase parecía hablar en serio, al menos no se estaba riendo ni ninguna mirada burlona aparecía en su rostro.

—¡No! —gritó ella—. No me refiero a eso —comentó desquiciada.

Chase resopló y volvió a pasarse la mano por los ojos como si estuviese agotado.

—Pues ya me dirás a qué te refieres... —susurró—. No hay quien te entienda.

—Arrrrggg —rugió ella alzando los brazos hacia él—. Ese no es el problema ahora.

—Y, ¿vas a decirme ya cuál es? —Se burló esta vez.

Abby se señaló a sí misma.

—Mi familia se toma en serio el matrimonio —dijo mosqueada—. Para mi madre y mi abuela el matrimonio es algo especial, la unión de dos personas

que se aman y que quieren formar una familia el resto de...

—Me estoy durmiendo... ¡abrevia! —interrumpió bostezando.

—¡Chase! —gritó ella haciendo que él abriese los ojos como platos. Aquel grito le había pillado por sorpresa—. Esto es serio, ¡es importante para mí! —Fue hacia él y colocó un dedo en su estómago. Vaya, estaba duro, muy duro. Lo apartó al momento detectando cómo su corazón palpitaba con más fuerza—. Estamos metidos en este lío porque tú me propusiste matrimonio...

—¿Qué yo te propuse matrimonio? —rio incrédulo esta vez.

—Sí, Dana nos los explicó. Cuando estábamos en el ascensor dijo que...

—Sí, ya recuerdo lo que dijo Dana. Pero Abby, yo estaba igual de borracho que tú. Yo dije eso, pero tú aceptaste...

—Ya, pero si hubieses mantenido la boca cerrada... —gritó ella.

Chase la miró desquiciado y la señaló con el dedo.

—Puedes dar gracias de que fuese yo el que te lo pidiese, con la borrachera que llevabas podrías haber acabado casada con cualquiera.

—¡Oh, sí! ¡Aún tendré que dar gracias por haber acabado casada contigo! —gritó—. ¡Mi familia va a matarme si se enteran de lo que ocurrió! —Y esta vez su tono de voz sonó desesperado. Aquello hizo que Chase intentase frenarse un poco, Abby estaba realmente nerviosa, incluso su respiración comenzaba a ser acelerada. Si no se calmaba iba a sufrir un ataque de ansiedad.

—De acuerdo, vamos a calmarnos... —comentó Chase en un susurro al ver que ella caminaba de un lado a otro—. Dices que tu familia sabe que nos hemos casado...

—¡Sí! —gritó ella mirando al cielo—. Y en mi familia no está bien visto el divorcio...

—Ammmm...

—Pero menos aún el hecho de casarse borrachos. Te lo repito, mi familia es muy conservadora en ese sentido.

—Vaaaaleee... —comentó con paciencia intentando comprender la situación—, ¿Y en qué puedo ayudarte? —preguntó cruzándose de brazos.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo que en qué puedes ayudarme? ¡Eres mi marido!

—Sí, lo soy —confirmó él—. ¡Al fin lo has entendido! —exclamó señalándola.

Abby miró los músculos que se le marcaban al estar de brazos cruzados.

—Necesito... —dijo esta vez más tímida. Aquellos abdominales la

estaban noqueando—, necesito que... —Luego suspiró y lo señaló—. Por favor, ¿puedes ponerte unos abdominales?... Digo, una camiseta —reaccionó rápidamente, abochornada.

Chase arqueó una ceja mientras la observaba y pasó a su lado atravesando el comedor y dirigiéndose al pasillo.

Para cuando Chase volvió con una camiseta blanca y holgada ya había conseguido calmarse un poco. Se apoyó contra el marco de la puerta, cruzándose de brazos de nuevo y esperando a que ella hablase.

Bien, había llegado el momento de la verdad. Allá iba. Miró a Chase con timidez y carraspeó.

—Necesito... necesito que te hagas pasar por mi marido...

Chase parpadeó de nuevo, confundido.

—Abby, ¿cuántas veces voy a tener que decírtelo? Pensaba que ya lo habías entendido —Y dio un paso hacia ella indignado, señalándose a sí mismo—. ¡Que soy tu marido! Te guste o no.

—Vale, vale... —dijo ella colocando las manos hacia delante—. Pero los dos ya sabemos lo que hay —dijo rápidamente—. Lo que necesito es que te hagas pasar por mi marido de verdad, actuar como si fuésemos un matrimonio...

Chase seguía sin comprender.

—¿Por qué?

En ese momento ella sollozó.

—Porque mi familia viene de vacaciones —extendió los brazos hacia él—. Y ayer cuando hablé con mi madre me dijo que estaba emocionadísima con que me hubiese casado, que era la ilusión de su vida y la de mi abuela. Si les digo que me casé borracha les va a dar un ataque. ¡Me van a desheredar! —Suspiró y agachó su cabeza—. Fui incapaz de explicarles la verdad —admitió—. No... —tragó saliva—, no me vi con fuerzas suficientes para decirles que todo aquello había sido producto de un malentendido motivado por una tremenda borrachera. —Y se llevó la mano a la cara estampándola contra ella—. Mi abuela está loca de contenta y tiene ochenta y dos años. Si le digo que todo es mentira, que fue un error... después de que vieses las fotografías donde nos besábamos con tanta pasión —ironizó ella—, le va a dar un infarto —acabó gimiendo con los ojos cerrados, incapaz de mirar a Chase. Aquello era lo más humillante que había hecho nunca.

Abby permaneció callada, aunque al no recibir respuesta apartó la mano de su cara y abrió primero un ojo observando hacia delante. Chase seguía

apoyado contra el marco de la puerta, pensativo. ¿Por qué pensaba tanto? Aquel silencio la estaba desquiciando.

—Me dijiste que solucionaríamos esto... —sollozó atrayendo la mirada de él—. Y no quiero tener problemas con mi familia por...

—Está bien, está bien —dijo intentando calmarla—. De acuerdo. Te ayudaré —comentó tranquilizándola—. Tampoco quiero que acabes enfadada con tu familia, que mates a tu abuela de un disgusto o que te exilien por un problema que nos atañe a ambos.

Se quedó observándolo. ¿Iba a ayudarla? En ese momento sintió un alivio tan grande que corrió hacia él y se abrazó.

—Gracias, gracias, gracias... —dijo contra su pecho.

—Vale, vale... —dijo abrazándola también en un acto reflejo.

Abby se soltó emocionada de él y dio un paso atrás.

—Son muy majos, de verdad. Es solo que...

—Ya —Se encogió de hombros—, entonces... —dijo tendiendo la mano hacia ella como si esperase instrucciones.

Aquello la dejó sin palabras.

—Ammmm... pues deberíamos vivir juntos —respondió encogiéndose de hombros—. Como un matrimonio normal.

Chase la miró fijamente y asintió.

—De acuerdo.

—Estaría bien que te vinieses a mi piso...

Aquello hizo que Chase enarcara una ceja.

—¿A tu piso?

—Sí.

—No, prefiero que te vengas tú aquí —indicó él.

Ella negó.

—No puede ser. Mi... —tragó saliva—, mi abuela se aloja conmigo siempre. Por eso necesito que vivamos juntos mientras ellos estén aquí.

—¿Y qué problema hay? —preguntó aún sin comprender—. Tengo más habitaciones, Abby. —Aquello hizo que ella lo mirase sorprendida—. Además, tiene más lógica que te traslades tú aquí. —Luego sonrió levemente—. Mi piso seguramente es más grande que el tuyo y está mejor ubicado, además, estamos más cerca de nuestra base. ¿Por qué tendríamos que irnos a Nueva Jersey cuando el aeropuerto JFK está a veinte minutos de aquí? No tiene lógica.

—Ya, pero mi abuela...

Chase suspiró y se giró introduciéndose en el pasillo.

—Ven —Le pidió.

Abby le siguió observando el largo pasillo. Aquel piso era enorme, no sabía cuántos metros cuadrados debía de tener aquel ático, pero mínimo doscientos.

Chase abrió una puerta y le mostró una habitación. Era una habitación sencilla, con un par de camas y una mesita en medio. A un lado había un gran armario. Llamó su atención que sobre las dos camas había un par de muñecos.

—¿Crees que estará cómoda aquí? —preguntó él.

Abby tragó saliva y asintió.

—¿Y esos muñecos?

—Es la habitación que utilizan mis sobrinos cuando se quedan conmigo —explicó cerrando la puerta.

Abby se giró y miró el resto de habitaciones. Desde allí podía ver que en una de las habitaciones tenía montado un pequeño gimnasio con una cinta de correr, un remo, una bicicleta estática, algunas pesas... En otra de las habitaciones por donde había pasado le había dado la impresión de que tenía montada una pequeña biblioteca.

Había bastantes más puertas y, desde el comedor, había visto que se podía acceder a otro pasillo por el otro lado. Aquello era enorme, sin duda, mucho mejor que su piso.

—¿Cuándo viene tu familia?

Aquella pregunta la hizo reaccionar. Lo miró y tragó saliva.

—Mañana —susurró.

—¿Mañana? —preguntó absorto. Ella asintió mientras Chase suspiraba—. Está bien, pues... no hay problema. Vente hoy si quieres, así te adaptas y conoces un poco el piso y mañana que se venga tu abuela. —Luego la miró pensativo—. ¿Y tus padres?

—Mis padres siempre se alojan en un hotel. Son sus vacaciones. Además, no paran quietos, siempre salen por ahí, ven espectáculos de Broadway y también van a Milford un par de días. Tienen unos amigos allí —explicó con timidez—. Mi abuela siempre va con ellos, tampoco estará mucho tiempo aquí...

—No importa, que esté el tiempo que sea necesario.

Ella asintió.

—Gracias, de verdad. Correré con los gastos, te llenaré la nevera y pagaré parte de la luz, el agua...

—Abby, por favor... no digas tonterías —reaccionó poniendo los ojos en blanco mientras pasaba por su lado, aunque se detuvo y se reclinó hacia ella provocando que ella chocase con la pared. —Ya te lo dije: soy un buen marido. —Abby resopló ante aquella frase mientras él volvía a ponerse erguido con una gran sonrisa. Caminó tras él hasta el comedor—. Deberías traer ropa y... —Una duda lo asaltó y se giró hacia ella—, ¿cómo has venido?

—En taxi.

Chase se pasó la mano por los ojos.

—Dame media hora y te llevo a tu piso a que cojas lo que necesites.

—No hace falta que me acompañes. Puedo coger un taxi y...

—Ya, ¿y vas a volver cargada con la maleta? —preguntó ignorando aquello y dirigiéndose al aseo—. No tardo nada, pero necesito una ducha para despejarme. Ammm... —dijo mirándola desde el pasillo—, hay café hecho en la cafetera, y date una vuelta por el piso si quieres. Tú misma —ofreció antes de girar por el pasillo.

Cuando Abby lo perdió de vista giró sobre sí misma. Chase tenía un piso espectacular. Fue hacia la enorme ventana y observó. Las vistas desde allí eran preciosas. Observó cómo los copos de nieve comenzaban a caer con más fuerza.

En ese momento notó cómo sus músculos se le relajaban. Había pasado toda la noche en tensión pensando en cómo convencer a Chase de que la ayudase y había olvidado que realmente él era uno de sus mejores amigos. No sabía ni cómo había podido dudar de él.

La relajación que sintió fue tan grande que fue hacia el sofá y se sentó mientras un largo suspiro escapaba de su boca.

18

Abby dobló los siguientes pantalones y los metió en la maleta. No es que fuese a llevarse toda su ropa de invierno, siempre podía volver y coger algo más, pero al menos necesitaba llenar un poco el armario para que diese la impresión de que sí se había mudado con él.

Se giró hacia la puerta y se asomó al escuchar la voz de Chase.

—Sí, me he casado... —Ella resopló y volvió hacia la cama donde había extendido la ropa que iba a llevarse. Mientras iban hacia su piso Chase había llamado a su hermano pero no se lo había cogido. Hacía pocos minutos que había sonado su teléfono y estaba segura de que estaba hablando con él—. Fue una locura Evan, no te avisé por eso. Nos emborrachamos y... —dejó la frase sin acabar.

Abby puso los ojos en blanco. Al menos parecía que tenía confianza con su hermano. Se ponía nerviosa solo de pensar que tendrían que quedar con él para que les tramitase el divorcio. Había pensado en proponerle a Chase que se lo tramitase otro abogado, pero a él no parecía importarle y a buen seguro que Evan, el hermano de Chase, se lo tramitaría mucho más rápido que otros.

—Ya, pues pasó. Hace años que nos conocemos, trabaja conmigo, es auxiliar de vuelo —Escucharle hablar de aquello con tanta naturalidad la puso de los nervios—. ¡Ya, menudo pedal! ¡Monumental! —rio mientras Abby doblaba un par de jerséis—. ¿Cómo que qué vamos a hacer? Pues divorciarnos. —Hubo un momento de silencio—. ¿Qué? —preguntó Chase fingiendo sorpresa—. ¿Tú por qué crees? Es que no es cariñosa conmigo, no me da besitos... —ironizó.

Abby resopló y decidió ignorar la conversación entornando la puerta, de aquella forma no lo escuchaba tanto. Prefería no oírlo, aquella situación le parecía humillante.

Cerró la maleta y la colocó en el suelo. Pesaba bastante.

Salió de la habitación y fue directa al aseo para coger sus enseres.

—De acuerdo, ¿a las cinco entonces? —Escuchó la voz de Chase—. Sí, supongo que le irá bien, espera. —Se puso en tensión cuando lo escuchó acercarse y se asomó a la puerta del aseo—. ¿Tienes algo que hacer estar tarde querida esposa? —preguntó Chase. Abby lo miró apretando los labios y negó con la cabeza. Su hermano tuvo que decirle algo por teléfono porque Chase comenzó a reír—. Sí, sí que puede —dijo mirándola fijamente mientras ella abría los armarios y metía en un neceser todo lo necesario—. Claro, nos vemos esta tarde. Hasta luego.

Colgó y guardó el móvil en su bolsillo.

—Solucionado —explicó cruzándose de brazos, apoyando el hombro contra el marco de la puerta del aseo—. Hemos quedado a las cinco con mi hermano.

Ella tragó saliva y asintió mientras se giraba e iba a otro armario. Se agachó y cogió un par de toallas.

—¿Vas a llevarte las toallas? Abby, tengo en mi casa —comentó absorto—. Deja eso ahí. —Ella suspiró y se puso en pie mientras lo observaba con timidez. Chase detectó cierta incomodidad en los gestos de Abby, quizá motivada por la visita de aquella tarde—. No tienes que preocuparte por Evan... —Ella chasqueó la lengua mientras cogía el neceser y metía el cepillo de dientes.

—Me da vergüenza —admitió.

Chase se encogió de hombros.

—Pues que no te dé.

Ella resopló y fue hacia la puerta. Pasó por su lado y se dirigió a la habitación.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó sin mirarle, sacando otra pequeña maleta donde metería los zapatos y las botas que decidiese llevarse.

Chase fue hasta la habitación de ella.

—Se ha sorprendido, me ha llegado a felicitar y todo —rio.

—No es divertido, Chase —Le corrigió ella.

Él suspiró y aunque dejó de reír seguía con una sonrisa en su rostro.

—Le he explicado más o menos lo que ocurrió, es decir, que nos bebimos unos cuantos litros de tequila...

—Litros... —susurró ella mientras ponía los ojos en blanco.

—Y nos casamos —acabó él—. Esta tarde ya le explicaremos todo bien.

Por cierto, me ha dicho que tenemos que llevarle el acta matrimonial y la grabación en DVD de la boda. Por lo visto la embriaguez sí que sirve como motivo de nulidad, tenías razón. Lo tienes, ¿verdad?

Abby lo miró de reojo. ¿El DVD? ¿La grabación dónde él le declaraba su amor? Notó cómo su corazón se aceleraba.

—Ammm... sí, lo tengo. —Suspiró y se giró hacia él con cara de circunstancias—. ¿Recuerdas algo de la boda?

—Poca cosa.

Abby suspiró y metió también las deportivas en la maleta ante la supervisión de Chase que observaba la maleta grande y luego miraba extrañado la que estaba llenando ahora.

—¿Cuánta ropa vas a traerte?

—En principio me he ido a vivir contigo, no de vacaciones —Le recordó mientras cerraba la siguiente maleta.

Chase entró más en la habitación y observó.

Su piso era pequeño pero muy acogedor. La habitación de ella tenía una pequeña cama y un gran armario empotrado perfectamente ordenado. Se apartó colocándose al otro lado mientras Abby avanzaba de nuevo al armario para coger un par de abrigos. Chase abrió la mesita de noche y al momento una sonrisa inundó su rostro.

—¿No vas a llevarte esto? —preguntó.

Abby que estaba de espaldas a él se giró y enarcó una ceja al verlo sujetar unas braguitas de encaje color negro.

Resopló, avanzó hacia él, se las cogió de la mano y las depositó en el cajón de nuevo sin decir nada más.

—Estate quieto —Le reprendió ante la mirada divertida de él. Cogió una chaqueta y la arrojó sobre la cama. Al menos todo parecía que iba avanzando, el problema real era cuando llegase su familia, sabía que podía ser muy persuasiva—. Tenemos que planear qué diremos a mi familia —comentó con timidez mientras cerraba el armario. Tragó saliva y fue hacia la cama para dejar la otra maleta en el suelo—. Ayer, cuando hablé con mi madre me estuvo preguntando...

—¿Sobre qué?

—Pues —respondió ella haciendo rodar las dos maletas hacia el comedor —, cuánto hacía que nos conocíamos, cuánto que estábamos juntos...

—¿Juntos? —preguntó sorprendido cogiendo la maleta de mano donde había metido los zapatos y las botas.

Llegó hasta el comedor y soltó las dos maletas.

—Ya te lo expliqué. Mi familia es muy conservadora en ese sentido... — Se giró mientras sus mejillas se teñían de un color carmín—. Les dije que trabajamos juntos desde hace cinco años...

—Entonces —comentó él encogiéndose de hombros—, ¿se supone que llevamos como pareja cinco años?

—No, no... —reaccionó Abby rápidamente—. Ven —dijo indicándole para que la siguiera a la cocina—. Ayer mi madre y mi abuela estaban tan emocionadas que ni siquiera escuchaban, pero mi madre sabe que tuve unas citas...

—¿Sabe de tu cita con Jack? —rio Chase.

Abby fue hasta la nevera y observó. Por suerte no había mucha cosa, la había dejado casi vacía antes de emprender el viaje a Londres.

—Ya te dije que Dana tiene mucha confianza con mi madre, así que muchas veces la pone al corriente de mis asuntos personales.

Chase se colocó tras ella observando el interior de la nevera.

—¿No tienes cerveza? —preguntó sorprendido.

—Sabes de sobra que no me gusta —Le recordó—. Esas son las cosas que deberías saber. —Chase chasqueó la lengua y ladeó su cabeza—. Así que, si te parece bien, podemos decirles que estuvimos saliendo juntos hace un tiempo...

—¿Cuándo? —preguntó enarcando una ceja.

Ella se encogió de hombros.

—Hace un año, pero lo dejamos...

—¿Por qué?

En ese momento una sonrisa traviesa cruzó el rostro de Abby.

—Te pillé poniéndome los cuernos con Alexa y...

—Ah, no, ni hablar —La interrumpió señalándola con el dedo mientras ella volvía a darle la espalda y miraba el interior de la nevera—. Mejor podemos decir que yo te pillé a ti teniendo citas con otros hombres... con un tal Jack y con otro más, un dentista —recordó.

—Claro —bromeó ella mientras sacaba una botella de zumo—. Y podemos decir que la razón era porque no me dabas lo que necesitaba en casa y lo busqué fuera.

Se agachó para abrir el compartimento inferior de la nevera cuando notó la mano de Chase en su espalda subiendo lentamente. Notó cómo sus músculos se ponían en tensión ante el contacto de aquella mano subiendo por su

columna. Se puso erguida de inmediato e iba a girarse cuando Chase la rodeó rápidamente por la cintura desde la espalda y la atrajo hacia él golpeándola con su pecho.

Aquel gesto la cogió totalmente desprevenida. Chase colocó sus labios al lado de su oreja mientras sonreía al ver el gesto sorprendido de ella.

—Abby... —susurró haciendo que la piel de ella se erizase—, eso es improbable. Yo, en una relación, me entrego al cien por cien —continuó con tono provocador mientras Abby permanecía totalmente estática—. Me entrego en cuerpo y alma... sobre todo en cuerpo. Dudo que tuvieses que buscar nada fuera de casa.

Abby se retiró rápidamente. No sabía si Chase lo habría notado, pero su piel se había erizado al susurrar aquellas palabras en su oído.

—¡Quita! —gritó fingiendo molestia, retirando el brazo de Chase con el que la sujetaba. Chase rio con ganas, si bien no se separó mucho de ella.

Debía aprender a no retar a Chase en ese tipo de conversaciones pues tenía las de perder. Fue hacia la nevera y la abrió de nuevo intentando centrarse en algo y relajarse. Hasta la boca se le había secado. Vale, no había casi nada en el interior. El bote de zumo que ya había sacado, unos cuantos huevos que no caducarán hasta dentro de tres semanas, unas latas de refresco que podía dejar allí porque caducaban al otro año...

—¿Cuántas veces vas a revisar la nevera? No creo que se llene sola —pronunció a su espalda.

No, sabía que no se llenaría sola, pero al menos daba fresquito, justo lo que necesitaba después de lo que Chase había hecho.

La cerró con un golpe un tanto brusco, motivado por sus nervios, y se alejó de él.

—Vale, pues... me llevaré el zumo de naranja.

Chaseladeó su cabeza y se cruzó de brazos.

—No hace falta que traigas nada. Si te gusta el zumo de naranja... —pronunció acercándose de nuevo—, podemos comprar naranjas y... exprimirlas —acabó de nuevo con tono socarrón.

De acuerdo, hora de salir de la cocina. El ambiente se estaba caldeando demasiado y sentía que si no se distanciaba de él en aquel momento podía acabar haciendo cosas malas y luego arrepentirse de ello, o quizá no, puede que no se arrepintiese. Estaba segura de que Chase debía ser muy bueno en...

Se giró y salió de la cocina apartando aquellos pensamientos de su mente. Sabía que él solo bromeaba, pero aquel tipo de gracietas promovidas por la

confianza que se tenían, en ese momento, no tenían gracia. A ese paso no le haría falta ponerse el abrigo para salir a la calle.

Chase la siguió hasta el comedor.

—Entonces —comentó mirando a su alrededor—, ¿decimos simplemente que no funcionó?

Abby intentó centrarse.

—¿Qué?

—Nuestra relación de hace un año —Le indicó él señalándola con la mano mientras Abby volvía a coger las maletas y comenzaba a arrastrarlas hacia la puerta.

—Sí, mejor decir eso —susurró aún consternada por lo que le había hecho sentir. Intentó centrarse y se detuvo ante él, aunque observaba de un lado a otro. Miró la estantería y corrió hacia allí. Chase fue consciente de que sus movimientos eran nerviosos después de lo que había hecho, lo cual le divirtió bastante—. Podemos decir que retomamos la relación hace unas tres semanas...

—¿Y que directamente nos casamos? —preguntó no muy seguro—. ¿No es un poco rápido?

—¿No crees que nosotros hemos ido aún más rápido que lo que vamos a decir?

—Sí, eso es verdad... —dijo pensativo.

—Además, mucho mejor eso a decir la verdad.

—De acuerdo —contestó Chase cogiendo la maleta más grande, aunque se sorprendió cuando Abby cogió una fotografía enmarcada y la guardó en su bolso—. ¿Qué haces?

—Es una fotografía familiar —dijo cerrando el bolso—. Te importa si la pongo en...

—Sí, claro, bien pensado.

Abby se colocó el bolso en el hombro y suspiró mientras observaba a su alrededor.

Chase avanzó hasta ella con una maleta en cada mano.

—¿Todo listo?

—Creo que sí —respondió aún mirando a su alrededor.

—Si has olvidado algo podemos volver en otro momento.

Ella asintió y finalmente coincidió la mirada con él. Chase podía ser el mayor socarrón del mundo, pero también era cierto que en ese momento la estaba salvando de un gran problema al estar dispuesto a fingir que eran un

matrimonio.

—Muchas gracias por lo que estás haciendo.

Chase le sonrió con ternura.

—No hay de qué. Aunque no me hace ninguna gracia mentirle a tu familia —admitió.

—Ya, a mí tampoco, pero si los conocieses... —dejó la frase sin acabar —. Al fin y al cabo nos vamos a divorciar... —Se encogió de hombros—. Así al menos les ahorraré un disgusto.

—Bueno, esta tarde hablamos con mi hermano y supongo que en breve lo tendrá listo.

Avanzaron hacia la puerta y en ese momento ella se detuvo.

—Chase. —Él se giró—. ¿Tu hermano tiene que ver el vídeo de la boda?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que sí. —Abby chasqueó la lengua y lo miró no muy convencida.

—No pasa nada —contestó rápidamente—. Es mi hermano. Lo único que va a hacer es reírse de mí. Si lo conocieses no le darías tanta importancia — intentó calmarla.

—Ya, es que... creo que deberías verlo tú primero.

La forma en que pronunció aquello lo dejó aturdido.

—¿Por qué?

Pocos minutos después Abby había insertado el DVD en el reproductor.

Lo miró de reojo. Habían dejado las maletas al lado de la puerta y se habían sentado en el sofá. Había puesto el DVD y se había sentado a su lado bastante nerviosa. No le hacía especial ilusión volver a verlo, pero lo prefería así, por si a su hermano le daba por visionarlo en presencia de ellos dos.

Había puesto directamente la parte de los votos. Chase permanecía apoyado contra el respaldo, mirando con atención la televisión.

—Abby... —pronunció el Chase de la pantalla arrastrando las letras—, nosh conocemosh deshde hashe shinco años. ¡Shincoooo! —gritó hacia sus compañeros que permanecían sentados en los bancos. —She me han pashaaaado volando essshos shinco años... —Y comenzó a reírse.

Chase, sentado al lado de ella, resopló.

—Qué chiste más malo.

—Pues espera y verás —ironizó ella.

Chase volvió a atender a la pantalla.

—Pero no porque yo condushhca un unicornio... —continuó Chase

seriamente—, sshino porque en eshe unicornio mushasss veces vieneshh tú.

Abby miró de reajo a Chase cuando pronunció aquello, Chase no se inmutaba, permanecía tranquilo viendo la tele.

— Revishho desde hashe shinco años losh horarios para ver cuando coinshido contigo, porque sé que eshhe día, el día que apareshes conmigo en el calendario, va a sher un bueeeeen día. Y ahora que eres mi eshposa...

—Aún no, amigo —intervino Elvis.

—Bueno, casi casi... —continuó Chase—, ahora todosh los díasss van a ser fantássssticos. —Se encogió de hombros—. Tanto con unicornio como sin él. —La miró seriamente—. Essshtoy enamorado de ti y... —adoptó una postura más seria e incluso hizo un movimiento asustado—, lo de Alexa no fue nada... —Se llevó la mano al corazón—, te prometo que no. Ella no me interessha. Fue un arrebató que tuve y fue antes de que me casshara contigo. —Elevó la mano haciendo un juramento—. Yo, prometo shherte fiel shiempres... y a Diosh pongo por teshtigo que jamás volveré a pasar hambre.

Abby miraba de reajo a Chase, el cual, en ese momento, sonrió.

—Ya está —comentó Abby queriendo apagar la televisión. Sin embargo, Chase le cogió el mando.

—Espera, ahora vienen los tuyos.

Abby intentó arrebatarse el mando, pero Chase se lo pasó a la otra mano, impidiéndoselo.

—Ammmm... no dije votos. Vomité —confesó avergonzada.

Chase abrió los ojos como platos.

—¿En serio? —preguntó asombrado y miró la pantalla de la televisión.

— Estoy muy, muy, muy, muy felishhhh de sher la sheñora Hudson... —comenzó con una gran sonrisa, aunque luego la modificó y se puso seria—. Chase... —susurró mientras él mantenía una gran sonrisa en su rostro—, creo que voy a vomitar —Y a continuación se giraba hacia atrás llevándose la mano a la boca.

Chase rompió en una carcajada y miró a Abby.

—Mi hermano se va a tronchar cuando lo vea —comentó apagando la televisión.

¿Solo tenía eso que decir? En la grabación él se le declaraba, le decía que estaba enamorado de ella, que revisaba los horarios para ver cuándo coincidían y... ¿después de verlo solo se le ocurría eso?

Abby lo miró asombrada mientras se ponía en pie e iba hacia el DVD para sacarlo. Lo metió en la carcasa y lo guardó en su bolso.

—¿Nos vamos? —preguntó él alejándose a por las maletas.

Abby tragó saliva. Maldito fuese. Había estado loca pensando que aquello podía tener algo de verdad, que no era solo el alcohol el que había hablado. Chase reaccionaba como si aquello no tuviese importancia.

Observó cómo sacaba las maletas de casa sin pronunciar nada al respecto.

—Vamos, Abby... —comentó saliendo ya del piso.

Abby cogió la maleta de mano y lo siguió. Parecía totalmente relajado, al contrario que ella, que había estado hecha un manojo de nervios mientras veía la grabación.

De lo que no era consciente Abby, ya que Chase le había dado la espalda, era de su mandíbula tensa y sus labios apretados.

Kew Gardens Hills era un barrio en pleno centro de Queens. Se tardaba en llegar poco más de media hora desde Manhattan. Habían ido a dejarlo todo al piso de Chase y había aprovechado para deshacer la maleta. Había puesto la fotografía en la estantería junto a la de sus sobrinos. Lo cierto es que eran preciosos, y sonreían a cámara enseñando los dientes.

A las cuatro y cuarto habían cogido el coche y se habían dirigido hacia el barrio. Era buena zona, mucho más tranquila que Manhattan. La mayoría eran casitas adosadas con un pequeño jardín por delante.

Puso el intermitente y aparcó el coche frente a una casa. Abby la observó. Eran casas de obra vista, de un ladrillo marrón rojizo. Daba la impresión de que la casa tenía tres plantas y la última, probablemente, debía de ser una buhardilla.

Se quitó el cinturón y bajó del vehículo mientras resoplaba. Aquello no le gustaba. Desde que se habían subido al coche ella se había mantenido callada.

La puerta de la entrada color blanco se abrió y un niño de unos cuatro años salió corriendo por ella con los brazos en alto.

—¡Tito Chase! —gritó el pequeño corriendo hacia él.

Chase rodeó el coche mirando a los lados, asegurándose de que no pasaba nadie por la acera y se agachó para recibir a su sobrino.

—Hola, Jasper —dijo, lo alzó y le besó la mejilla.

Abby se quedó al lado del coche sin saber cómo reaccionar, aunque el niño la miró muy sonriente.

—Hola —dijo moviendo su mano.

—Hola —contestó Abby dando un paso hacia él.

Chase se giró hacia ella con una sonrisa.

—Mira Jasper, te presento a una amiga. Se llama Abby.

—Hola, Abby —dijo el niño feliz, aunque al momento se movió compulsivamente entre los brazos de su tío intentando bajarse.

—Ya, ya, pequeño suicida —comentó Chase con paciencia mientras lo dejaba en el suelo.

Jasper salió corriendo hacia la puerta donde el hermano de Chase, Evan, los esperaba. Notó cómo el corazón se le aceleraba y carraspeó un poco.

Chase la cogió del brazo asegurándose de que no iba a huir y caminó con ella hacia la puerta donde Evan los esperaba con una gran sonrisa.

—No se come a nadie —bromeó Chase hacia Abby que cada vez estaba más sonrojada. Miró a su hermano y se abrazó con él—. Hola —comentó dándole unos golpes en la espalda. Se apartó y señaló a Abby que apretaba los labios—. Ella es Abby.

—Hola, Abby —dijo Evan tendiendo su mano hacia ella. La estrechó y en ese momento Jasper se lanzó a la pierna de su padre—. ¡Oh! Pero ¿a quién tenemos aquí?

—¿Dónde está la pitufa? —preguntó Chase entrando por la puerta, empujando levemente a Abby para que entrase también.

—Está merendando. Vamos, venid —ofreció Evan conduciéndolos por el recibidor hasta el gran comedor. A diferencia de Chase, Evan tenía los muebles más clásicos—. Ya están aquí, Nora —dijo entrando a la cocina.

Nora se giró mientras le daba un trozo de manzana a una pequeña niña y sonrió hacia Chase, aunque directamente miró a Abby.

—¡Titooo! —gritó la niña corriendo hacia él.

Chase volvió a agacharse para besar a la niña pero la pequeña intentó meterle la manzana en la boca.

—No, no, Lily, ya he merendado.

—¡Come, come, titooo! —dijo riendo.

Nora se acercó a Abby con una sonrisa y le tendió la mano.

—Hola, soy Nora.

—Abby —respondió ella estrechando su mano.

—¿Queréis tomar algo?

Ambos negaron rápidamente. Evan colocó una mano en el hombro de su hermano con una sonrisa traviesa. En ese momento Abby se dio cuenta del parecido. Ambos tenían prácticamente la misma altura, aunque Evan se había dejado un poco más la barba y tenía el cabello un poco más claro. Eran muy

parecidos, se notaba que eran hermanos.

—Menuda habéis liado, ¿no? —bromeó Evan. Chase se encogió de hombros mientras Abby agachaba la cabeza—. Mira que no invitarnos a la boda.

—Tranquilo, tienes un bonito y divertido DVD para verla —ironizó Chase.

Evan asintió y miró a su mujer.

—Vamos arriba, cualquier cosa avísame.

Nora asintió mientras cogía de la mano a los dos niños llevándolos a la cocina.

—Nooooo —Se quejó Jasper—, yo quiero ir con el tito Chase —Lloriqueó.

—Luego podrás, ahora tienen que atender unos asuntos importantes, luego podrás jugar con él un rato —intentó calmarle su madre.

—Nooooo —Siguió llorando.

Los tres subieron unas escaleras y fueron hasta la primera habitación del pasillo habilitada como despacho.

Tenía varias estanterías repletas de carpetas con documentación y ficheros y, sobre la mesa central, reposaba un ordenador portátil y varios expedientes.

—Siéntate —Chase ofreció a Abby la silla de su lado.

Evan se colocó frente a ellos sentado en una amplia butaca. Miró a su hermano con una ligera sonrisa y luego centró su atención en Abby.

—Así que eres mi cuñada...

Abby tragó saliva.

—Va, Evan, no seas cabrón —Le riñó Chase colocando una mano sobre la de Abby—. ¿Cómo solucionamos esto?

Evan rio y miró esta vez a Abby con más ternura, parecía que la muchacha estaba nerviosa por la situación.

—Perdona... es que me hace gracia, joder —Se excusó Evan.

—Evaaaannn —insistió Chase con paciencia.

—Está bien, está bien —reaccionó su hermano sentándose erguido en la butaca—. Por la situación que me habéis explicado vosotros no necesitáis un divorcio.

—¿No? —preguntó Abby.

—No, necesitáis una nulidad matrimonial. No es lo mismo. —Se encogió de hombros—. No os voy a aburrir con términos jurídicos, pero la diferencia radica en que en un divorcio existe voluntad en ambas parte de contraer un

matrimonio y disolverlo posteriormente. En una nulidad básicamente no hay voluntad de contraer matrimonio, por lo tanto no se puede divorciar a quien no ha contraído matrimonio voluntariamente. En este caso con la nulidad sería como si nunca hubieseis estado casados.

Abby enarcó una ceja.

—Entonces, ¿no sería divorciada?

—No, solteros otra vez —concluyó Evan.

Abby suspiró y se llevó la mano al pecho.

—Menos mal... —Luego se fijó en que Chase la miraba de reojo—. No me gusta eso de aparecer como divorciada.

—Entonces... —interrumpió Evan—, lo más importante es si los dos, voluntariamente, queréis disolver el matrimonio.

Ambos se miraron de reojo.

—Ya sabes que sí —insistió Chase—. Para eso hemos venido.

—De acuerdo, pues tengo que elaborar una demanda donde se solicite la nulidad. En ese caso como lleváis menos de dos años de matrimonio...

—No llevamos ni una semana —ironizó Chase.

—Pues eso, no hay que regular nada patrimonial. —Los miró y se centró en su hermano con una mirada burlona—. ¿Hijos? —Chase enarcó una ceja y resopló—. ¿Posibilidad de que vaya a tener un sobrino?

—Nooooo.

Evan chasqueó la lengua y miró a Abby que parecía cada vez más abochornada.

—Disculpa, son preguntas protocolarias...

—Ya, claro. Va, que nos conocemos —Le apremió su hermano—. ¿Qué necesitas?

—Todos vuestros datos. Los tuyos ya me los sé —señaló a Chase—. Abby, tengo que hacerte unas preguntas —dijo encendiendo el ordenador—. Datos personales más que nada. —Ella asintió—. Abby, ¿qué más?

—Abby Mitchell —respondió ella.

—¿Has estado casada con anterioridad?

—No, es la primera vez —Y chasqueó la lengua.

—¿Hijos?

—No.

—¿Edad?

—Veintiocho.

—Casi veintinueve —remarcó Chase—, cumple años en febrero.

Evan fue tomando nota y asintió.

—¿Tienes un documento acreditativo?

—Sí —respondió abriendo el bolso y buscando la cartera. Se lo entregó a Evan que se levanto y fue hacia el escáner—. Supongo que para la semana que viene puedo tenerlo redactado. Necesitaré que nos veamos de nuevo para que lo firméis. —El escáner emitió una luz y cogió el carné de ella—. El problema es que ahora son épocas festivas —explicó mientras se lo devolvía y se sentaba de nuevo—. Ahora, en Navidad, los juzgados civiles cierran, así que hasta después de Navidad no podré entregarlo en el juzgado.

—Y, ¿cuánto tarda luego? —preguntó Chase.

—Depende —contestó Evan—. Normalmente la nulidad es rápida. Entre una y tres semanas. —Ambos asintieron—. Os explico cómo funciona. Redactaré el documento con vuestros datos y el acta matrimonial, ¿la tenéis?

—Sí, la tengo yo —contestó Abby sacando el acta matrimonial y el DVD, dejándolo sobre la mesa.

—Bien —Evan cogió el documento y lo observó—. Entregaré lo que es la demanda de nulidad matrimonial junto con vuestros datos y explicando lo sucedido... —Luego miró a su hermano divertido—, básicamente que firmasteis el matrimonio bajo la influencia del alcohol, sin conocimiento de causa. Eso hace que el matrimonio quede totalmente invalidado, como si no existiese. —Evan cogió el DVD mientras Abby tragaba saliva, ¿no lo vería ahora, verdad? —Para conseguir la nulidad matrimonial es posible que el juez solicite una prueba de que esto es cierto. Entregaré el DVD. ¿Es una copia?

—Es el original —respondió Chase.

—Ya haré una copia y el próximo día te devuelvo este. —Miró a su hermano y enarcó una ceja—. Supongo que sí, pero ¿se nota que estáis bajo los efectos del alcohol?

Chase rio y miró a Abby divertido.

—Cuando lo veas ya verás, no hay lugar a dudas —bromeó.

—Luego me haré unas palomitas —ironizó él—. Poco después de que entregue la demanda el juez solicitará la comparecencia de los cónyuges.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

Evan se encogió de hombros.

—Al solicitar una nulidad el juez os llamará para hablar con vosotros y comprobar vuestro consentimiento.

—Ahhh —respondió ella.

—Ya os acompañaré en el juzgado. Por el resto no os preocupéis, me

pondré manos a la obra el próximo lunes y para el viernes lo tendré redactado. Si queréis podemos quedar ya.

—De acuerdo... —contestó Chase sacando su móvil. Buscó el día y chasqueó la lengua—. Tengo un vuelo por la mañana —comentó—, pero por la tarde estoy libre. —Miró a Abby—, ¿y tú?

—Estoy de vacaciones hasta el día dos de enero —Le recordó.

—Es verdad —asintió Chase—, qué suertuda —rio hacia ella, lo que hizo que ella le hiciese un gesto gracioso con su rostro—. Además, ese día por la tarde tenemos la cena de Navidad de la empresa —recordó él ante la sonrisa de Abby.

Aquello llamó la atención de Evan que se quedó observándolos. La chica era preciosa, y no había pasado desapercibido para él la forma en que su hermano la miraba. Estaba claro que le gustaba, lo que no comprendía era por qué quería anular el matrimonio con ella. La chica parecía sensata y ambos parecían tener una buena relación.

—Bien, pues... ¿tomamos un café? —preguntó Evan levantándose de la butaca.

Chase se levantó y asintió, aunque luego miró a Abby.

—¿Te parece bien?

—Sí, claro —Aceptó más tranquila.

Abby respiró aliviada. Evan había tenido la decencia de no visualizar el DVD ante ellos, aquella había sido su mayor preocupación.

Salieron del despacho y se dirigieron a la planta baja.

—Bueno, ahora sí... de hermano a hermano... —comentó divertido mientras ponía una mano en su hombro y miró a Abby con una sonrisa—, ¿Cómo narices acabasteis casados? ¿Tan gorda la pillasteis?

Abby sonrió en ese momento. Chase había tenido razón, su hermano iba a troncharse de la risa cuando le explicase la historia. Fueron hasta la cocina donde Nora recogía tras la merienda de los niños.

—Vamos a tomar un café —comentó Evan a su mujer mientras él mismo iba hacia la cocina y cogía la cafetera—. ¿Quieres?

—Sí —contestó Nora con una sonrisa—. ¿Ha ido bien? —preguntó a Chase que en ese momento recibió un impacto desde atrás. Jasper se agarraba a su pierna con fuerza.

—Muy bien.

Evan sonrió hacia su mujer.

—Iban a explicarnos cómo acabaron metidos en este lío —bromeó Evan.

Chase hizo unas cosquillas a su sobrino en el costado y este salió corriendo de nuevo hacia el comedor.

—Abby quería casarse... —comentó encogiéndose de brazos.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Tú me lo pediste —rió ella girándose hacia Chase.

—Interesante ese dato —intervino Evan señalando a su hermano.

Chase miró a su hermano en plan divertido y chasqueó la lengua.

—Tampoco fue bien, bien así...

—¿Y cómo fue? —preguntó Nora mientras aceptaba el vaso de café que su marido le entregaba, entusiasmada con conocer los detalles de la boda.

—Pues... —dijo Chase mientras se sentaba en una de las sillas y le indicaba a Abby que se sentase a su lado—, una amiga nuestra iba a casarse con su pareja. A Abby le dio envidia y yo, para que no se pusiese a llorar, me ofrecí a casarme con ella... Tampoco es que lo recuerde mucho.

—Ni yo —admitió ella con más confianza.

—Solo que a la mañana siguiente nos despertamos los dos en mi habitación con el anillo y un vídeo que ponía: “Boda Chase y Abby”. —Y sonrió a su hermano enseñando todos los dientes.

—¿Y no recordáis nada? —preguntó Nora mientras se sentaba frente a ellos.

—Bueno, yo tengo algún vago recuerdo —admitió Abby—, pero es básicamente de la discoteca y de los primeros chupitos que tomamos. Nada del enlace, de hecho, si no tuviese el vídeo ni lo sabría.

Nora y Evan rieron.

—Desde luego, menuda fiesta —rió Nora.

—No lo sabes tú bien. En serio —Y miró a Nora—, le he dejado el vídeo del enlace a mi hermano. Cuando lo veáis me decís algo.

—Cuando acostemos a los niños esta noche lo ponemos —contestó Nora animada, aunque luego miró a Chase con cierta decepción—. Pero qué pena... al fin que ahora iba a tener una cuñada... —Abby y Chase se miraron de reojo—. Me hacía ilusión.

—Bueno, va a ser tu cuñada durante un par de semanas más —continuó Evan—, aprovecha.

En ese momento Chase enarcó una ceja hacia su hermano.

—Estoy de vacaciones ahora, así que si necesitas cualquier cosa... —Se ofreció Abby—, qué menos después de que nos hagas este favor —Señaló a Evan.

—Qué va, no es nada... es como si fuésemos de la familia —bromeó divertido.

Chase seguía mirando a Nora y a su hermano de una forma intrigada. Estaban más felices de lo que esperaba y parecía que les caía bien. Se giró y observó a Abby que en ese momento tenía una gran sonrisa.

—Bueno, Evan trabaja muchas horas... —explicó Nora—, así que si tienes algún momento libre y te apetece pasar a tomar un café...

—Claro —contestó Abby con naturalidad.

—Luego te doy mi teléfono —indicó Nora.

Chase miró extrañado a su cuñada y volvió de nuevo su atención hacia su hermano que examinaba a Abby con una sonrisa. Sí, estaba claro que a ambos les había gustado.

19

Miró de un lado a otro nerviosa mientras resoplaba.

Se había instalado en el piso de Chase y había dormido en una de las habitaciones, una que no sería la de su abuela. Aquel día se había levantado tarde, pues los anteriores apenas había podido dormir.

Chase había hecho lo mismo, aunque se había despertado un poco más tarde. No había aparecido en el comedor hasta las doce del mediodía pasadas, lo que le había dado a ella tiempo suficiente para darse una ducha y recorrerse el piso de nuevo. Era espectacular.

Eran las cuatro de la tarde cuando habían cogido el coche y se habían dirigido al aeropuerto para recibir a su familia. El día anterior ya había hablado con su madre para explicarle que estaba viviendo con Chase y que la abuela se iría con ellos.

En un principio Madison se había negado, pero ella le había insistido.

Miró de un lado a otro mientras se masajeaba nerviosa las manos esperando ante la puerta de llegada. Se giró para observar a Chase, el cual permanecía a su lado con gesto tranquilo, con las manos en los bolsillos mirando a su alrededor.

Al menos él estaba allí con ella, lo cual le daba tranquilidad.

Los pasajeros avanzaban arrastrando sus maletas.

—Es este vuelo, ¿verdad? —preguntó Chase mirando la pantalla sobre sus cabezas.

Ella asintió. Chase se fijó en sus gestos nerviosos. Sabía que aquello no debía ser agradable para ella y que él era tan responsable de aquello como Abby.

Se colocó a su lado y cogió su mano.

—Tranquiiiiiiilaa —susurró. Ella lo miró, apretó los labios y asintió sin

soltar su mano—. ¿Crees que nos harán muchas preguntas?

—Nos harán un tercer grado —indicó ella.

Chase chasqueó la lengua, aunque soltó su mano cuando una mujer apareció entre todos los recién llegados elevando sus brazos hacia el cielo y gritando.

—¡Abby!

Ella dio un paso al frente.

—Mamá —dijo avanzando hacia ella.

Su madre, Molly, se fundió con ella en un gran abrazado. Por detrás asomaban un hombre que suponía que debía de ser su padre, Oliver, y su abuela que sonreía sin parar.

Se fijó en su madre, tenía una media melena rubia como su hija. Sin duda, Abby había heredado las facciones de su madre. Su padre esperaba detrás, un hombre de aspecto rudo que tenía el cabello muy corto y blanco y unos enormes ojos azules, sin duda, heredados de la abuela de Abby. Desde allí podía detectar los ojos azules de Madison que contrastaban con la blancura de su cabello rizado.

—Cariño, qué guapa estás —dijo su madre cogiendo su rostro entre sus manos y le plantó otro enorme beso en las mejillas.

—Abuela —dijo Abby soltándose de su madre y estrechándose con ella.

Chase se quedó observándola a poca distancia. Aquella mujer le transmitía ternura. Se agarró a los hombros de su nieta y se abrazó con fuerza.

—Papá —dijo Abby abrazándose también con él.

Su padre se abrazó a ella mientras una gran sonrisa inundaba su rostro.

Al momento Chase se dio cuenta de que tanto Molly como Madison lo observaban con cara de felicidad.

Abby fue hacia él colocándose a su lado.

—Os presento a Chase —dijo un poco nerviosa.

—¡Chase! —exclamó su madre que fue hacia él y se fundió en un abrazo también, lo que le sorprendió bastante a él. Vaya, parecía que se trataba de una familia muy cariñosa.

Su abuela esperaba detrás de su madre, como si hiciese cola aguardando su turno.

—Venga, Molly —pronunció Madison tras ella—, deja ya de achucharlo. ¡Me toca!

Molly se separó de él colocándose al lado de su hija Abby, cogiéndose a su brazo rápidamente.

—Es más guapo que en las fotografías —dijo Madison ilusionada.

Abby la miró con una sonrisa forzada y miró hacia delante, donde su abuela cogía a Chase por las mejillas y le daba dos grandes besos dejándole parte del pintalabios marcado en la cara.

Al menos Chase sonreía, aunque estaba claro que estaba un poco desbordado con la situación pues no esperaba que fuesen tan efusivos.

Cuando su abuela se apartó Chase elevó la mirada. Debía de sacarle un palmo al padre de Abby, aun así, era un hombre de aspecto serio y lo miraba de una forma extraña, examinándolo minuciosamente.

—Señor Mitchell —dijo Chase tendiendo su mano hacia él.

Oliver se la cogió, aunque ninguna sonrisa se dibujaba en su rostro. Chase arqueó una ceja cuando notó la fuerza con la que apretaba su mano.

—Así que tú eres el reciente marido de mi hija —pronunció con los ojos entornados.

Chase asintió con aspecto serio también.

—Sí, señor. —Vaya, aquel hombre parecía duro de pelar. Incluso sabiendo que aquello no era más que una farsa se sintió intimidado—. Encantado de conocerle.

Oliver lo miró de arriba abajo. ¿A qué venía aquello? Abby no le había avisado de aquella conducta excesivamente protectora de su padre. También era cierto que, por lo que sabía, era su única hija, así que no le quedaba otra que aguantar.

Se sorprendió cuando el hombre se soltó de su mano y le ofreció una gran sonrisa. Extendió los brazos hacia los lados en plan divertido.

—¡Ven aquí! —gritó y sin que Chase lo esperase lo rodeó directamente con los brazos dándole unos golpes en la espalda—. Pareces buen chico —dijo aún golpeando su espalda. Vaya, ¿así que era un bromista? Oliver se apartó de él sin soltarlo de los brazos—. Eso sí, hazle daño a mi niña... y acabaré contigo —rio divertido.

Chase rio aunque se tornó serio cuando vio cierta amenaza en sus ojos. Aquello había sonado a broma, pero sabía que tenía parte de cierto.

—¿Tenéis todas las maletas? —preguntó Abby.

—Todas —contestó su madre.

—De acuerdo, vamos. El coche está en el parquin —dijo cogiendo la maleta de su madre.

Chase cogió la maleta de Madison que lo miró agradecida.

—Oh, mira qué caballero —pronunció su abuela encantada hacia Molly

señalando a Chase que arrastraba su maleta.

Chase miró de reojo a Abby que iba cogida del brazo de su madre. Sí, eran gente agradable, aunque notaba la mirada de su suegro clavada en su nuca.

—Hemos pensado que como acabáis de llegar, ¿qué os parece si hoy cenamos en el piso? —propuso Abby.

Tanto su abuela como su madre asintieron rápidamente. Parecían deseosas de ver el sitio donde vivía su hija.

—Estupendo.

—Y mañana podemos salir a cenar a algún sitio —continuó Abby.

—¡Claro! —exclamó la abuela—. ¡Oh! ¡Está nevando! No me había dado cuenta al aterrizar —dijo al mirar a través de la puerta del aeropuerto.

—Ha comenzado hace poco —respondió Abby.

Fueron hasta el vehículo y dejaron el equipaje en el maletero.

—¡Qué frío hace aquí también! —dijo su madre entrando directamente en la parte de atrás—. Igual que en Mineápolis.

—¿Quieres sentarte delante, abuela? Irás más cómoda.

Su abuela la ignoró deliberadamente y se sentó en la parte trasera.

En cuanto todos estuvieron sentados Chase arrancó poniendo la calefacción y miró de reojo a Abby. Aunque intentase disimular parecía que estaba nerviosa, no se lo iba a negar a sí mismo, él también se había puesto nervioso. Aunque ellos sabían que iban a anularlo todo no quitaba que, en ese momento, él estuviese allí con sus suegros y la abuela de su esposa. El ser consciente de ello lo puso más nervioso.

—Bonito coche —comentó su padre ayudando a Madison a ponerse el cinturón—. Así que trabajas también en el aeropuerto.

—Es comandante —Le recordó su mujer con una sonrisa.

Oliver consiguió anclar el cinturón de su madre y luego se puso el suyo.

—Es verdad —recordó—. ¿Soléis viajar mucho juntos?

Chase inició la marcha y tragó saliva.

—Sí, bastante —respondió mirando de reojo a Abby—. Depende de los horarios que nos den. Hay semanas que nos toca muchos días juntos y otras que no coincidimos.

—¿Y haces trayectos largos o cortos?

—Lo que me manden, señor —contestó con educación—. Normalmente suelo hacer rutas dentro de Estados Unidos, aunque en ocasiones me envían a algún destacamento.

—¿Sueles estar mucho fuera? —continuó preguntando Oliver.

—No, no mucho —respondió saliendo ya del aeropuerto e incorporándose a la carretera—. Nuestra base es la misma —señaló a Abby—. Nueva York —concretó.

—Mira que ahora íbamos bromeando —intervino su madre—, imagínate que es él el piloto de nuestro vuelo —rio su madre.

Aquello le divirtió y observó por el retrovisor un segundo. La madre de Abby y la abuela eran agradables y parlanchinas.

—Tengo unos días libres. El martes vuelvo a estar en ruta —indicó—, pero son vuelos cortos y por la tarde o noche estoy en casa —acabó de explicar.

El resto del viaje lo pasaron charlando, la mayor parte del rato Molly y Madison, Oliver solo intervenía de vez en cuando para hacer alguna aclaración.

—Hemos comprado entradas para *El fantasma de la ópera* —indicó su madre.

—¿Cuántas veces lo habéis visto ya? —preguntó Abby.

—Con esta será la cuarta —aportó Oliver a desgana.

Veinte minutos más tarde Chase aparcaba el vehículo y cargaban las maletas en el ascensor.

Su padre no era tan expresivo, pero tanto su madre como la abuela exclamaron un sonado “*Ohhhhh*” cuando accedieron al piso de Chase.

—Está muy bien ubicado —indicó Molly observando las impresionantes vistas que tenían desde el ático.

Abby miró de reojo a Chase que dejaba la maleta de la abuela en el comedor.

—Sí, decidimos trasladarnos aquí porque nos coge más cerca del aeropuerto. Mi piso está más lejos —explicó Abby. Chase enarcó una ceja al escuchar aquello, justo el motivo que él le había dado para que se quedase allí.

—Tiene toda su lógica y es un piso precioso —comentó su madre emocionada—. ¿Está muy lejos nuestro hotel?

Chase se acercó con una media sonrisa.

—No, en coche son quince minutos —indicó—. Pero ya se lo dije a Abby, no tenéis por qué coger un hotel. Hay habitaciones de sobra —ofreció.

Las dos mujeres sonrieron de una forma tierna a Chase y Molly fue directamente hacia él cogiéndolo del brazo con confianza.

—Oh, muchas gracias, pero no os preocupéis —indicó mirando también a su hija—, nos gusta alojarnos en ese hotel. Además... —dijo con una sonrisa un poco más traviesa—, estáis recién casados, tampoco es plan de...

—Mamáááá —Se quejó Abby.

Su abuela intervino.

—Yo estuve tentada de cogerme una habitación en el hotel. No porque no quiera estar con mi nieta... —aclaró rápidamente—, pero entiendo que una pareja de recién casados necesite su intimidad —Y sonrió a Chase con complicidad.

Abby puso los ojos en blanco mientras Chase miraba abochornado a Abby. ¿Estaban insinuando lo que estaban insinuando?

Chase decidió intervenir.

—Os enseñaré el piso —Luego miró a Madison—. Y su habitación.

—Ay, muchacho, no me hables de usted —pronunció risueña—. Puedes llamarme abuela. —Chase puso su espalda recta—. Al fin y al cabo, ahora eres mi nieto —dijo divertida, con una gran sonrisa.

Chase carraspeó y asintió sin saber qué otra cosa hacer.

—De acuerdo —acabó susurrando mientras se giraba.

Lo siguieron por el pasillo y Oliver se quedó observando el pequeño gimnasio que tenía montado.

—¿Haces deporte en casa? —preguntó sorprendido.

—Intento salir, pero cuando me es imposible lo hago aquí —explicó acercándose—. Nos hacen pruebas médicas cada año para renovar la licencia de vuelo. Hay que estar en forma.

—Oh, ¡mira Molly! —gritó su abuela llamando a su nuera, observando la siguiente habitación. La mujer había avanzado por su cuenta y se había saltado uno de los aseos. La madre de Abby fue hacia allí—. ¿Es vuestra habitación? —preguntó Madison.

Abby avanzó junto a Chase por el pasillo y entraron también.

—Sí —susurró Abby apartando la mirada de Chase.

Lo cierto es que la habitación de Chase era impresionante. La gran cama en el centro de la habitación estaba cubierta con una colcha azul marino a conjunto con los estores que tenía en la ventana, desde donde podía verse toda la ciudad.

—¡Y tiene un jacuzzi! —gritó la abuela observando el baño interior.

Aquel comentario hizo reír a Chase, pues recordó la misma expresión sorprendida en el rostro de Abby en la habitación del hotel.

—Te enseñaremos tu habitación —dijo Abby saliendo de allí. Fue por el pasillo y se dirigió a la que Chase usaba para sus sobrinos.

—¡Qué bonita! —Su abuela estaba realmente emocionada. Se giró y miró a Chase y a Abby con una sonrisa, aunque ambos se sorprendieron cuando comenzó a contar las habitaciones mientras se acercaba a Chase—. Una, dos... la mía es la tercera. —Se giró e hizo un gesto gracioso hacia él—. Prefiero contarlas, no vaya a ser que me equivoque y acabe en vuestra habitación —rio divertida mientras daba unos golpecitos en el costado de Chase y le guiñaba un ojo. En ese momento Chase detectó cómo su párpado inferior temblaba. Madison entró en la habitación observando todo—. A veces me despisto por la noche —acabó diciendo.

Abby resopló ante aquel comentario y miró el perfil de Chase que en ese momento intentaba no desencajar la mandíbula.

—Tenéis un piso precioso —indicó Molly.

Su abuela seguía examinando la habitación, como si la evaluase. Se giró hacia los dos mientras se dirigía de nuevo a la puerta.

—¿Te gusta el pastel de queso? —preguntó Madison colocando una mano en el pecho de Chase.

—Me encanta —respondió.

Su madre rio detrás de ellos mientras su padre seguía investigando el gimnasio, al parecer le había gustado.

—Pues estás de suerte. Hago el mejor pastel de queso de toda Mineápolis.

—Madison ha ganado cinco años consecutivos el concurso a la mejor tarta —indicó Molly con orgullo.

—Ya verás —continuó Madison mientras avanzaban por el pasillo—. Vas a chuparte los dedos. —Volvió al comedor y se dirigió hacia su maleta—. Voy a dejarla...

—Ya lo hago yo —Se adelantó Chase cogiéndola directamente.

Madison lo miró pestañeando varias veces, como si se tratase de una niña enamorada. Estaba claro que tanto su madre como su abuela estaban encantadas con Chase.

—Muchas gracias, cariño —respondió Madison mientras Chase la arrastraba a su habitación. Se acercó a su nieta rápidamente cogiéndola por el brazo—. Me encanta —admitió en un susurro y dio unos golpecitos en su mano—. A ver si me hacéis bisabuela pronto —rio divertida.

Abby casi se atragantó y Chase tuvo que escuchar aquello porque un fuerte golpe provino de la habitación.

Abby se soltó del brazo de su abuela.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —escuchó la voz de él desde la habitación—. Se... —carraspeó—, se me ha caído la maleta.

Eran las nueve de la noche cuando Abby colocaba los platos en el lavavajillas. Chase había recogido la mesa, pero su abuela y su madre ahora lo entretenían enseñándole un pequeño álbum de fotos que habían traído.

Abby salió de la cocina y se dirigió al comedor donde todos permanecían aún sentados a la mesa.

—No sabía que eras tan mona de pequeña —bromeó Chase con una mirada traviesa hacia ella.

Abby suspiró y se sentó frente a sus padres que miraban divertidos el álbum que había traído Madison, casi con total seguridad, para enseñárselo a Chase.

En la fotografía Abby tenía tres años: llevaba solo un pantalón corto y sujetaba una manguera que apuntaba hacia su pecho, mojándose. En la foto enseñaba la lengua hacia la cámara.

Ella resopló al ver la fotografía y miró a Chase, aquellas últimas horas se había relajado bastante y parecía disfrutar de la compañía de su familia, incluso se reía con ellos.

—Era una preciosidad —indicó su madre.

—¿Sabes que fue reina de los lagos? —Le preguntó Madison.

Chase la miró sorprendido.

—¿Reina de los lagos?

Abby suspiró y cerró los ojos cargándose de paciencia.

—Es un concurso de belleza —exclamó su abuela como si fuese mundialmente conocido—. Fue cuando tenía veinte años. Creo que hay alguna foto por aquí —dijo pasando las hojas del álbum.

Chase miró divertido a Abby.

—No me lo habías dicho.

—No creía que fuese un dato importante —respondió ella.

—¿Cómo que no? —ironizó—. Estoy casado con la reina de los lagos —continuó con la broma.

—Mira, mira... —interrumpió su abuela—. Aquí está.

Chase miró la fotografía donde Abby llevaba un vestido largo color azul

claro. Sujetaba un ramo de flores amarillas en su regazo y le habían puesto una brillante corona en la cabeza. Se quedó observándola y tragó saliva. La verdad es que era preciosa.

—Está guapa, ¿eh? —preguntó con voz pillina la abuela.

Chase asintió y sonrió a Madison.

—Mucho. —Luego miró a Abby con una sonrisa tierna.

Su madre intervino.

—Bueno, ¡hora de los regalos!

—¿Regalos? —preguntó Abby—. No, mamá —Se quejó.

—Claro que sí —dijo animada mientras cogía una de las bolsas que había depositado sobre la maleta y la llevaba hacia la mesa.

—No tendrías que haber comprado nada —insistió Abby.

—Oh, tonterías —dijo su madre mientras sacaba uno de los paquetes. Lo observó y se lo entregó a su hija—. Toma —dijo juntando sus manos—, a ver si te gusta.

Ella sonrió mientras Chase se levantaba de la silla situada al lado de Madison y se sentaba al lado de Abby.

Abrió el paquete y durante unos segundos se quedó consternada. Notó incluso cómo los ojos se le empañaban, lo cual llamó la atención de Chase.

Se quedó observando aquella cajita de madera. En la parte superior había el dibujo de unas flores.

Abby sonrió hacia su madre y su abuela y lo abrió. Se mordió el labio cuando cogió la pequeña joya que había en el interior consistente en un corazón brillante color turquesa.

Ella miró con una sonrisa tímida a Chase.

—Es el joyero de mi abuela —Le indicó y la miró con una sonrisa.

Madison sonrió a su nieta y miró a Chase.

—Ese joyero lleva muchas generaciones con nosotros, al igual que esa joya. Mi abuelo se la talló a mano a mi abuela —explicó—. Mi madre me la entregó a mí, yo se la entregue a mi nuera... —indicó con una mano a Molly—, y ahora es tuya —sonrió de nuevo su abuela—. Siempre la entregamos a la mujer cuando se casa. ¡Y al fin podemos entregártela a ti! —rio su abuela y estuvo a punto de dar palmas.

Chase detectó cómo Abby se mordía el labio que temblaba en aquel momento, incluso sus ojos estaban vidriosos. Sabía lo que pasaba por su cabeza. Estaba mintiendo a su familia y, eso, en aquel momento, parecía afectarle.

Bajó su mano por debajo de la mesa y la colocó en su pierna intentando tranquilizarla. Se acercó y observó el pequeño corazón que brillaba.

—Es muy bonito —indicó Chase con una sonrisa.

—Oh, sí. Y el día que tengáis una niña deberéis entregársela el día que se case —apuntó rápidamente Madison.

—Madison, puede que tengan un niño —intervino su madre.

Tanto Abby como Chase pusieron su espalda recta y este apartó rápidamente la mano de su pierna.

—Bueno, pues si es un niño se lo entregarán a la mujer que se case con su hijo, como hice yo contigo —explicó.

Abby carraspeó.

—Ya, muchas gracias, abuela —dijo levantándose. Fue hasta su abuela y su madre y las besó mientras ellas la abrazaban, luego fue hacia su padre e hizo lo mismo con él.

—Bien, y este... —dijo Molly mientras sacaba un pequeño paquete y Abby volvía a sentarse al lado de Chase—, este es para ti —indicó su madre divertida entregándoselo a Chase.

Él se quedó parado unos segundos y miró de reojo a Abby.

—Vamos, que no muerde —bromeó Molly.

Chase tragó saliva y lo cogió.

—No teníais por qué traerme nada.

—Va, tonterías —Le reprendió Molly con una gran sonrisa.

Chase quitó el papel con el que lo había envuelto, se trataba de una cajita negra que parecía contener una joya.

La abrió y observó. En su interior había dos gemelos de plata con forma cuadrada y el interior pintado en azul.

—Son los gemelos con los que me casé —explicó Oliver atrayendo la mirada de los dos.

Aquello hizo que Chase se removiese incómodo en la silla y mirase a Abby de reojo. Aquel era un regalo muy personal que él no merecía. Tragó saliva y miró a Abby ya fijamente. Ella también parecía compungida por el regalo.

—Nos hubiese gustado dártelo antes... —susurró Molly—, pero no sabíamos que existías —rio.

Chase chasqueó la lengua y medio sonrió a Abby. Finalmente elevó su mirada hacia Oliver.

—Muchas gracias, es muy importante para mí.

Aquella respuesta gustó a todos, sobre todo a Oliver que asintió con una mirada clavada en Chase y con una leve sonrisa en su rostro.

—Supongo que tu padre también querrá darte los suyos, así que...

—No, no... —Lo interrumpió él observando los gemelos, finalmente cerró la cajita colocándola sobre la mesa—. No tengo relación con mi padre.

Todos lo miraron con tristeza, incluso Abby que no parecía esperar aquel comentario.

—Vaya, no... ¿no os lleváis bien? —preguntó Madison con delicadeza.

Chase chasqueó la lengua y miró a Abby sonriéndole levemente.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía dieciocho años. No tengo trato con él. Dejó a mi madre por otra mujer y, de hecho, no lo veo desde que se marchó de casa. —Todos lo miraron con ojos como platos—. Mi madre comenzó una relación años más tarde y vive con su actual marido en Atlanta. La veo de vez en cuando. —En ese momento se dio cuenta de que todos lo observaban fijamente. Madison, Molly y Oliver con tristeza en la mirada, Abby, además, lo observaba sorprendida—. La única familia cercana que tengo es mi hermano, mi cuñada y mis dos sobrinos... —pronunció—. Y mi hermano no me regaló sus gemelos de boda —apuntó esta vez ya más divertido haciendo que todos se relajasen, pues por lo visto aquella revelación los había dejado tocados emocionalmente.

—No digas eso... —Le reprendió Madison—. Ahora nosotros también somos tu familia.

Molly asintió con una sonrisa ante las palabras de su suegra, mirando a Chase con cariño.

Aquella revelación había dejado a Abby noqueada. Cuando habían hablado de las vacaciones de Navidad Chase le había dicho que no iba a ningún lado y que con los cinco días que tenía de libranza ya tenía suficiente. No iba a recibir visitas, ni iba a viajar para ver a su familia. Ahora lo comprendía todo.

Se mordió el labio inferior mientras acariciaba su brazo y finalmente lo retiró con una leve sonrisa.

—Aunque también... —comentó Madison—, creo que digo en nombre de los tres que nos hubiese gustado estar presentes en la boda.

Abby carraspeó mientras Chase chasqueaba la lengua.

—Fue improvisada —dijo ella.

—Ya, pero podríais haber esperado... —insistió la abuela—. Al menos, ¿grabasteis un vídeo para que podamos verla? —preguntó con ilusión.

Chase ya estaba negando con su cabeza antes de que Abby respondiese.

—No, qué va. Fue una ceremonia muy rápida...

—Pues qué pena, con lo bonitas que son las bodas —intervino Molly.

—Esta juventud se pasa de moderna —apuntó Madison. Luego los miró sonriente—. Al menos explicadnos cómo fue.

Chase y Abby se miraron unos segundos y él se adelantó señalando a Madison.

—Claro, Abby, explícaselo —dijo sonriente.

—Ammmm... —comentó tragando saliva—. La verdad es que... —Chase se quedó observándola, detectando cómo su labio inferior temblaba.

—Estuvimos saliendo un tiempo hace un año aproximadamente, ¿no? —preguntó Chase ayudándola.

—Sí.

—Pero la cosa no funcionó... —Y se encogió de hombros.

—Ohhhh —exclamaron Madison y Molly.

—Coincidió con una mala temporada en la compañía, nuestros horarios eran muy dispares... —Abby se giró para observarlo mientras asentía—, y nos distanciamos un poco.

—No me habías dicho nada —intervino su madre.

—Fue muy poco tiempo, no estuvimos juntos ni dos meses —improvisó ella.

—Y hace un mes aproximadamente retomamos la relación —continuó Chase recordando lo que habían hablado. Sonrió hacia Abby y cogió su mano haciendo que ella brincase un segundo en la silla, aunque ninguno de los tres se dio cuenta, pues permanecían con toda su atención volcada en Chase—. En el destacamento a Las Vegas dimos un paseo y vi una capilla... —Los ojos de Madison se iluminaron, como si le saliesen chispitas—, y... bueno, le pedí matrimonio —dijo apretando más fuerte la mano de ella—. Ya se me había escapado una vez hacía un año y no quería que volviese a pasar —acabó diciendo.

Las dos suspiraron, incluso Abby tuvo deseos de suspirar por la forma en que Chase había explicado aquello.

—Qué romántico... —susurró Madison—. Aunque me hubiese gustado estar presente el día de la boda —continuó mosqueada.

Molly se apoyó contra la mesa.

—Bueno, supongo que si algún día venís a Mineápolis podríais renovar los votos allí. En la capilla donde nos casamos nosotros —señaló a Oliver.

Abby y Chase que aún se mantenían cogidos de la mano se soltaron de nuevo con una sonrisa tímida.

Vaya con la familia de Abby... ¡No había escapatoria posible!

—Claro —dijeron los dos a la vez en un susurro.

20

Madison se había quedado en el piso y se había ido a acostar mientras ellos llevaban a sus padres al hotel. Habían quedado en que por la tarde los pasarían a recoger para ir a cenar a un buen restaurante de la ciudad.

A esas horas de la noche no había prácticamente tráfico y se llegaba rápido a los sitios. Para las doce de la noche Chase aparcaba el coche en el garaje privado del piso.

Se dirigieron al ascensor y pulsó el ático mientras Abby se apoyaba en la pared del ascensor. Sin poder evitarlo elevó su mano y observó el anillo. Aquello la había afectado más de lo que esperaba. No pensaba que fuesen a estar tan emocionados y menos aún que les hiciesen esos regalos. Aquello la había dejado compungida.

—¿Estás bien? —preguntó Chase que también permanecía apoyado contra la pared frontal del ascensor, observándola fijamente. Desde que sus padres se habían bajado del vehículo no había pronunciado palabra alguna.

Ella asintió y le medio sonrió.

—Mis padres y mi abuela se han encariñado contigo —bromeó. Chase tragó saliva, pero no dijo nada al respecto. Lo cierto es que a él también le habían caído muy bien—. Nunca me habías explicado lo de tus padres —comentó confundida.

—No es algo que vaya explicando por ahí —susurró.

—Ya, supongo —dijo apartando la mirada de él. Sin embargo, se había sentido lo suficientemente a gusto y sosegado como para revelar aquello en presencia de su familia—. Has sido muy amable con ellos, gracias.

—¿Y por qué no iba a serlo? Son tus padres —reaccionó encogiéndose de hombros, mirándola fijamente—. Ellos también lo son conmigo. —Luego resopló y se removió un poco incómodo—. Lo de los gemelos... —dejó la

frase sin acabar.

Ella suspiró.

—Ya, ya te comenté que son muy familiares —Le recordó.

Chase se quedó observándola con cierta melancolía.

—Tienes suerte. Tienes una familia maravillosa.

Ella le sonrió.

—Sí, ya lo sé —contestó en un susurró.

—Y los gemelos mejor guárdalos tú —pronunció con ternura.

Abby lo miró con cierta tristeza y suspiró. Sabía lo que significaba aquello. Ambos se divorciarían y él no pretendía quedarse con una reliquia familiar tan importante.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron ambos avanzaron hacia el ático primera. Chase abrió la puerta con cuidado. Todo estaba oscuro. Madison debía haberse acostado hacía rato.

Encendió la luz y atravesaron el comedor con cuidado, incluso tomaron el pasillo que pasaba por delante de la habitación donde se encontraba su abuela de puntillas, pues tenía la luz apagada.

Abby ralentizó su paso cuando vio que él entraba directamente en su habitación. En ese momento fue consciente. Debían compartir habitación. No había pensado en ello hasta ese momento. Se quedó parada ante la puerta.

Chase se quitó el abrigo y fue directamente al armario, lo abrió, lo colgó y se giró hacia ella que se encontraba bajo el marco de la puerta.

—Vamos, pasa —Le susurró—. Cierra la puerta o tu abuela se despertará.

Abby entró y cerró con cuidado. Notó cómo su corazón latía con más fuerza. Por Dios, iba a compartir cama con Chase. Notó incluso su boca secarse.

—¿Qué lado prefieres? —preguntó él con naturalidad.

Abby pestañeó varias veces. Bueno, la cama era muy amplia.

—Me da igual —respondió encogiéndose de hombros.

Chase la observó mientras comenzaba a desabrocharse la camisa y asintió.

—Yo suelo dormir a la derecha —explicó quitándose la camisa—. Si no te importa a ti dormir en la izquierda...

—No, claro que no —comentó ella mirando hacia la cama.

—De acuerdo —contestó dejando la camisa encima de la silla. Se puso a la pata coja y se quitó el primer zapato.

Aquello era peor de lo que esperaba. Ahí estaban de nuevo aquellos

abdominales en los que una podría rallar queso... aquellos abdominales de infarto.

Fue directa al armario y lo abrió dándole la espalda. El día anterior había colocado su ropa ahí. Cogió el pijama y fue hacia el aseo sin centrar la mirada en Chase que seguía desnudándose con total naturalidad.

—¿Adónde vas? —preguntó sorprendido.

Ella se detuvo bajo el marco de la puerta del aseo, ni siquiera se atrevió a girarse, pues sabía que ahora mismo solo estaba en calzoncillos paseándose por la habitación hacia la cama. No pensaría dormir así, ¿verdad?

—A ponerme el pijama.

—¿Al lavabo?

—Sí, al lavabo —respondió antes de dar otro paso, entrar y cerrar la puerta tras ella.

¿Qué pretendía? ¿Que se desnudase también delante de él? A Chase no parecía importarle lo más mínimo, de hecho, no era la primera vez que lo veía sin camiseta, últimamente se estaba convirtiendo en una costumbre y, de hecho, ya lo había visto en ropa interior, si contaba el día del spa. Ella era diferente, tenía bastante más pudor.

Se aseó y se puso el pijama. Solo esperaba que Chase se hubiese puesto al menos unos pantalones.

Se quedó embobada de nuevo bajo el marco de la puerta. Chase permanecía apoyado contra la pared, de brazos cruzados y solo con los calzoncillos puestos.

—Ya era hora —La señaló dirigiéndose al aseo.

Ella se apartó rápidamente con movimientos tensos.

—Que no muerdo, ¿eh? —Se quejó él al ver que ella se alejaba.

Abby cruzó la habitación y fue hacia la otra silla dejando la ropa sobre ella.

—¿Vas a dormir así?

Chase cogió el cepillo de dientes y se giró desde el aseo.

—Sí, ¿por? —El suspiro de Abby le dio a entender que no estaba de acuerdo—. Puedes dar gracias, suelo dormir como Dios me trajo al mundo —dijo antes de meterse el cepillo de dientes en la boca. Abby cerró los ojos unos segundos cargándose de paciencia—. ¿Pregerirías que me pushiese unoj pantalonej? —preguntó cepillándose los dientes.

Abby finalmente lo miró mientras abría el bolso y cogía el móvil y el cargador.

—Pues sí —admitió.

Chase puso los ojos en blancos, se giró y se enjuagó la boca.

—Qué tontería, eso no cambia nada... —comentó entre sorbo y sorbo de agua. Aquello hizo que ella pusiese su espalda recta y resoplase. Chase se giró, la observó desde debajo del marco de la puerta y ella le devolvió una mirada intrigada—. Por cortesía hacia mi mujer cerraré la puerta para mear —pronunció antes de cerrarla, sin esperar a que ella respondiese.

Abby resopló, puso a cargar el móvil y se metió directa en la cama. Pocos segundos después escuchó cómo tiraba de la cadena y el grifo del lavamanos.

Se echó el nórdico por encima y se hizo un ovillo dando la espalda a la puerta del aseo. En cuanto escuchó la puerta abrirse entró en tensión de nuevo.

—Por cierto... —pronunció Chase mientras apagaba la luz del aseo y se dirigía a la cama—, ¿dónde compras esos pijamas?

Ella se giró levemente.

—¿Qué pijamas?

—El que llevas puesto —comentó mirándola ya a los ojos. Cogió el nórdico y lo desplazó a un lado para meterse en la cama. Ella se removió nerviosa.

—Lo compré hace unos meses.

—¿De ositos? —preguntó divertido.

Abby se giró hacia él enarcando una ceja mientras Chase se acomodaba.

—¿Algún problema?

—Un poco infantil para una mujer casada —bromeó—. ¿La ropa interior que tenías en tu mesita de noche no la has traído?

Abby se quedó observándolo sin decir nada. Sabía que lo único que buscaba era picarla, pero al no obtener la respuesta deseada Chase se giró hacia ella.

—¿Qué? —preguntó él al ver aquella mirada penetrante.

—¿Acaso quieres ponértela? —preguntó ella al final.

Chase sonrió mientras sacaba los brazos por encima del nórdico.

—No era precisamente para mí.

—Ya, pues... es que esa ropa interior la tengo reservada... —Chase arqueó una ceja en ese momento—, para momentos especiales —concretó y se giró dándole la espalda.

Se dio media vuelta tapándose con el nórdico y cerró los ojos con una leve sonrisa. ¿Chase no contestaba? ¿Por primera vez no iba a obtener respuesta por su parte?

Supo que así iba a ser cuando apagó la luz y sintió cómo se giraba dándole la espalda.

—Buenas noches —dijo con voz grave.

—Buenas noches —respondió ella.

Chase apretó los labios sin poder cerrar los ojos. ¿Para momentos especiales? ¿Qué significaba aquello? Sabía que ella bromeaba, pero... notó cómo la piel se le erizaba. Compartir cama con ella y que su última conversación antes de dormir fuese sobre su ropa interior no era un buen aliciente para conseguir dormirse.

—¡Buenos días!

Ronroneó en la cama mientras acomodaba la cabeza a la almohada y hacía un par de movimientos con la boca.

Llamaron a la puerta un par de veces más.

—¡Buenos días! El desayuno está listo —Escuchó la voz de su abuela de fondo.

Chase se incorporó de inmediato en la cama mirando fijamente a la puerta mientras se pasaba la mano por el rostro intentando despejarse.

Se giró hacia Abby que permanecía dándole la espalda y golpeó su cadera.

—Abby —susurró nervioso—. Tu abuela está en la puerta.

—Mmmmmmm —ronroneó ella una vez más.

—Tu abuela —dijo lanzándose sobre ella para despertarla—. Está llamando a la puerta. No entrará, ¿verdad? —preguntó esta vez asustado.

—Se os va a enfriar —Escuchó de nuevo la voz de Madison.

En ese momento Abby reaccionó y se incorporó de inmediato. Chase se apartó en un rápido movimiento esquivando su cabeza.

—¿Mi abuela? —preguntó ella asustada mientras se retiraba el nórdico de encima.

—Sí —susurró él de nuevo.

—Por Dios, pero ¿qué hora es? —preguntó a Chase sentándose en el colchón.

—Las nueve —rugió él cogiendo el despertador. Se giró mientras cogía los calcetines para ponérselos—. ¿No hay forma de dormir últimamente? —Se quejó—. Dile algo a tu abuela o aún entrará —suplicó.

Abby se pasó las manos por el cabello y se fijó en Chase que estaba de

espaldas a ella, sentado sobre el colchón. “Menuda espalda”, pensó.

—Ya vamos abuela, gracias —dijo en un tono más elevado—. Ponte los pantalones —ordenó a Chase.

Chase se puso en pie y fue hacia el armario, aunque se encontró con Abby que iba en dirección contraria rumbo a la silla donde había dejado la ropa del día anterior. Se quedaron quietos y ambos dieron un paso hacia el mismo lado para esquivarse, aunque volvieron a impedirse el paso.

—Agrrrr... —rugió Abby cogiendo a Chase por los brazos y echándolo a un lado—. Y encima en calzoncillos.

Fue hasta la silla mientras él conseguía llegar al armario.

—Y tú con ese pijama —susurró también él cogiendo unos tejanos—. ¿Tu abuela nos va a despertar cada día a las nueve?

Abby se puso la misma ropa del día anterior. Cuando se duchase ya se cambiaría, ahora lo más importante era hacer acto de presencia en el comedor para que su abuela se calmase, no fuese a ser que le diese por entrar en la habitación tal y como Chase había sugerido.

—No lo sé. Ya le diré algo.

—Para los próximos días dile que desayunamos a las once —susurró mientras cogía una camiseta negra y se la ponía. Se giró y observó a Abby mientras se ponía las zapatillas de estar por casa—. ¿Ya estás?

Ella asintió mientras iba a la puerta. Abrió y salió a toda prisa por el pasillo. Chase la siguió cerrando la puerta de la habitación.

El olor a café recién hecho hizo que ambos suspirasen al llegar al comedor.

—Buenos días —canturreo Madison mientras dejaba sobre la mesa un bizcocho.

Abby la miró sin comprender.

—Buenos días. ¿Has hecho un bizcocho? —preguntó sorprendida.

—Sí —respondió con felicidad su abuela—. Hubiese hecho la tarta de queso, pero faltaban ingredientes.

Chase fue hacia la silla y se sentó al lado de Abby.

—Huele muy bien —contestó con una sonrisa.

Madison colocó una taza de café frente a cada uno de ellos.

—¿Cuándo te has levantado? —preguntó Abby.

—Hace un rato —respondió la abuela cogiendo el zumo de naranja que había exprimido.

—Ahhh...

—¿Hay algún supermercado cerca? —preguntó Madison.

—¿Qué necesitas? —preguntó Abby cogiendo el café.

Chase cogió el azúcar y se echó una cucharada en la taza de café mientras reprimía un bostezo.

—Huevos, harina, queso en crema, nata para cocinar y... azúcar ya tenéis —contestó con una sonrisa. Abby arqueó una ceja. ¿Había revisado toda la cocina y la nevera? Miró de reojo a Chase, al cual no parecía importarle, sino que más bien tenía la mirada clavada en Madison y una gran sonrisa en su rostro mientras esta colocaba un buen pedazo de bizcocho en el plato—. Si me traéis chocolate puedo hacer una tarta de...

—Abuelaaa... ¿vas a cebarnos? —bromeó Abby.

—Traeremos —indicó Chase llevándose un trozo de bizcocho a la boca—. Mmmmm... esta buenísimo —susurró cerrando los ojos. Madison sonrió y se sentó frente a ellos—. ¿Lleva naranja?

—¡Sí! —exclamó Madison, que parecía estar a punto de ponerse a dar palmas—. Come, come... —insistió.

Abby cogió un trozo y lo probó. Lo cierto es que estaba riquísimo y muy esponjoso. No le extrañaba lo más mínimo que Chase no dejase de suspirar, sabía lo goloso que era.

—¿Te gusta la tarta de manzana? —preguntó Madison.

—Abuelaaaa... no tienes que... —Se quejó de nuevo Abby.

—Calla —La interrumpió Chase poniendo la mano en su hombro. Miró a Madison directamente—. Es de mis tartas favoritas.

—¡Oh! —gritó Madison loca de contenta juntando las manos frente a él—. Os haré un listado y me compráis ingredientes.

Chase asintió con una sonrisa mientras se llevaba otro trozo de bizcocho a la boca.

—Perfecto —exclamó antes de tragar.

Después de comer Chase y Abby habían salido a comprar. Chase parecía emocionado con la cantidad de pasteles que Madison había prometido hacer durante su estancia.

—Vas a necesitar hacer mucho deporte —comentó Abby mientras él cogía un par de tabletas de chocolate.

—Ya suelo hacer —respondió depositando las tabletas en el carrito, avanzando por el supermercado mientras buscaba los siguientes ingredientes

que Madison les había pedido y que él mismo había apuntado en un papel—. Manzanas —dijo mirando al siguiente pasillo y avanzó con el carrito.

Abby puso los ojos en blanco mientras lo seguía mirando.

—Voy a coger la leche —dijo ella distanciándose.

Chase asintió mientras seguía recto por el pasillo.

Abby avanzó por los pasillos laterales buscando cosas que comprar y que no fuesen para hacer pasteles. En cierto modo le hacía ilusión que Chase estuviese tan emocionado con su abuela. Durante el desayuno sintió ternura al verlo tragar el bizcocho mientras sonreía a su abuela Madison.

Fue hasta el departamento de lácteos y cogió dos botellas de leche.

—¿Abby? —Escuchó a su espalda.

No le hizo falta girarse para saber de quién se trataba.

—Jack —susurró nerviosa sujetando las dos botellas junto a su pecho.

Jack permanecía tras ella. Empujaba también un carro donde había echado un par de pizzas congeladas, algo de carne, pescado y bebidas.

Se giró lentamente observando cómo Jack la miraba con cierta melancolía.

—¿Qué tal estás? —preguntó Jack.

—Bien, bien... —respondió ella sonriendo nerviosa—. Comprando.

—Sí, eso ya lo veo. —Chasqueó la lengua y apartó la mirada de ella con timidez—. Siento lo que ocurrió...

Ella ya estaba negando antes de que él acabase la frase. Vaya, no perdía el tiempo.

—No, no... no pasa nada —comentó mirando hacia los lados.

Recordaba que el último mensaje que le había enviado era justamente el de Chase diciéndole que le caía bien pero que no quería nada con él. Jamás había sentido tanta vergüenza como en aquel momento.

—Me emocioné un poco —admitió Jack pasando la mano por la nuca en actitud nerviosa.

—No pasa nada —repitió ella sin saber qué más decir.

—Pensé... pensé que como habíamos quedado dos veces y nos habíamos divertido tanto, puede que... bueno, quizá...

¿Divertido? Bueno, ella no lo hubiese definido así.

—Jack, no pasa nada, de verdad —Le interrumpió ella al ver el nerviosismo de él—. Perdona si te ofendí. Fui un poco brusca en el mensaje... —susurró recordando lo que Chase había escrito, aunque obviamente no le iba a decir que lo había escrito otro—. Me pillaste en un momento de mucho

trabajo e iba muy estresada...

—No hace falta que seas tan amable —La excusó Jack—. Me excedí, lo siento.

Ella lo observó y sonrió más tranquila. No pensaba que fuese mal tipo, solo era un poco pesado.

—No te preocupes —rio ella al final.

—Bueno, si te parece bien... —La sonrisa de Abby se esfumó de su rostro —, podríamos quedar para tomar un café mañana...

—No, no creo que...

—Ya, son malas fechas ahora —interrumpió él—. Con las fiestas, la Navidad... pero seguro que tienes un hueco para que podamos charlar y arreglar lo que...

Ella apretó los labios.

—Ya, verás, es que...

—Aunque sea media hora, ya me desplazo yo donde digas.

Ella suspiró y se removió inquieta.

—Es mala época —dijo convencida, aunque notó que se quedaba sin aire cuando Chase apareció al lado de ella con el carro y enarcando una ceja.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Chase cogiendo las dos botellas de leche que ella sujetaba, sin reparar en la persona que tenía justo delante—. Te estaba buscando... —En ese momento su mirada coincidió con la de Jack.

Jack miraba a Chase extrañado, como si algo no encajase.

Abby tragó saliva y sonrió nerviosa a Chase, el cual la escudriñó con la mirada.

—Él es Jack —dijo Abby señalándolo. Chase lo miró con detenimiento. Estaba claro que recordaba de quién se trataba—, es un amigo —dijo con los dientes apretados.

—Ah —comentó Chase mirando fijamente a Jack, rodeó el carrito y le tendió la mano para estrecharla—. Soy Chase, su marido —Se presentó.

Abby dio un brinco hacia atrás. Maldito fuese. Sabía que había dicho aquello con toda la intención del mundo.

En ese momento Jack escudriñó con la mirada a Abby.

—¿Tu marido? —preguntó soltándose de la mano de Chase.

—Sí —contestó él muy sonriente y volvió a coger el carro con naturalidad—. Recién casados, no hace ni una semana. —Y sonrió con ironía a Abby, la cual parecía estar en shock. La cogió del hombro y la atrajo hacia él mientras su sonrisa se hacía aún más patente y acariciaba su brazo en actitud cariñosa.

—Ah, vaya... no... no tenía ni idea... —contestó Jack mirando a Abby y a Chase.

Ella se removió inquieta intentando deshacerse de una forma disimulada del brazo de él.

Chase inclinó su rostro para mirarla con inocencia, sin permitir que ella se alejase.

—¿No me dijiste que se lo habías dicho a todos tus amigos? —preguntó Chase como si no diese crédito.

—Ah, bueno... no... —intervino Jack atrayendo la mirada de ambos—, no somos tan amigos... conocidos más bien —dijo rápidamente.

—Ahhhh —respondió Chase. Abby resopló, salió de debajo de su brazo y cogió el carro arrebatándoselo de las manos, con gestos tensos y enfadados—. Ah, vaya, ¿quieres llevar el carro tú, cariño? —bromeó Chase.

—Sí —respondió ella con una mirada enfurecida hacia él. Intentó calmarse y sonrió a Jack—. Me alegro de haberte visto, Jack —Se despidió antes de avanzar, deseando alejarse de allí a toda prisa.

Chase colocó una mano en el hombro de Jack antes de seguirla a ella.

—Encantado de conocerte, Jack —pronunció, aunque apretó más de la cuenta su hombro.

—Ay —Se quejó cuando Chase lo soltó.

—Perdona —Se disculpó—. Es que he estado toda la mañana levantando pesas de treinta kilos cada una. —Se encogió de hombros como si nada—. Una con cada mano.

Jack tragó saliva y asintió, aunque se llevó la mano al hombro masajeándolo mientras lo miraba de la cabeza a los pies.

—Claro, no importa —respondió Jack no muy convencido mientras cogía también su carro y se alejaba.

Chase aceleró el paso con la mirada divertida mirando hacia la espalda de Abby que casi derrapaba para girar por el siguiente pasillo. Se acercó y detuvo el carro.

—¿Vas de rally?

Abby suspiró y miró hacia los lados asegurándose de que Jack no estaba cerca, luego se llevó la mano al corazón.

—Qué pesado es... —susurró más para ella que para él.

—¿Me ha parecido escuchar que te estaba insistiendo para quedar otra vez? —preguntó incrédulo mientras miraba hacia el pasillo. Ella asintió—. Y eso que lo mandé a paseo... —recordó—. ¿Qué les das, Abby?

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Que qué les doy? ¿A quiénes?

—A los hombres —Y enarcó una ceja.

Ella resopló.

—Yo no les doy nada. Jack es un pesado y tú... te casaste conmigo por borracho. No tengo más hombres en mi vida aparte de mi padre. —Luego lo miró fijamente—. No son tantos.

Chase rio apoyándose contra el carro sin dejar que ella continuase el camino.

—Bueno, este seguro que ya no te molesta más. Creo que entre lo de que tienes marido y la muestra de fuerza...

Ella lo miró asustada.

—¿Qué? —gritó incrédula—. ¿Muestra de fuerza?

—No, no es nada —añadió divertido mientras le quitaba el carro, pero Abby lo sujetó con fuerza sin permitir que lo cogiese.

—¿Qué has hecho? —preguntó más asustada.

—Tranquiiiiila —dijo con paciencia quitándose finalmente—. Solo he marcado territorio, nada más. —Dicho esto avanzó mientras volvía a mirar la lista de los ingredientes—. Creo que ya está todo. —Se giró y le sonrió—. Vamos a casa. A ver si tu abuela puede preparar la tarta de manzana — exclamó emocionado mientras arrastraba el carro otra vez.

Abby puso los ojos en blanco y lo siguió hacia la cola de la caja registradora.

21

Sí, su abuela cocinaba muy bien porque no había tenido que volver a llamar a la puerta por la mañana para desayunar. Chase se levantaba un poco antes de las nueve, se daba una ducha y salía de la habitación con una gran sonrisa al grito de: “¡A desayunar!”.

Se quitó la servilleta que se había puesto sobre su uniforme y miró sonriente a Madison. Aquel día le había tocado un vuelo a las dos del mediodía y otro a las siete de la tarde, así que no llegaría ni para cenar. Por esa misma razón Abby había quedado con sus padres para pasar el día, aunque durante las últimas horas no había dejado de nevar.

—Mmmmm... —pronunció Chase pensativo mientras saboreaba el bizcocho, ante la mirada ilusionada de la abuela y la ceja enarcada de Abby—. ¿Calabaza? —preguntó.

—Casi —respondió su abuela—. ¡Zanahoria!

—Mmmmmm... pues está buenísimo —dijo mientras le daba otro bocado. Abby cerró los ojos y resopló.

—¿Y llegarás muy tarde? —preguntó Madison.

Chase se encogió de hombros, dio un sorbo a su café acabándoselo y se retiró la servilleta.

—Supongo que sobre las doce de la noche.

—Oh, a esa hora ya estaré durmiendo —comentó Madison fastidiada.

—Abuela, ya probará las galletas mañana, no te preocupes —susurró Abby.

Su abuela asintió mientras se iba de nuevo a la cocina. Chase se giró hacia Abby con una sonrisa. Así, vestido con el uniforme, estaba guapísimo. Debía reconocer que cada día se sentía más a gusto con él. Chase no era encantador solo con ella sino con toda su familia, sobre todo con su abuela. Parecía que la

mujer había escogido la misión de hacerle todos los dulces que sabía. También estaba claro que su abuela se crecía cuando la gente respondía de aquella forma ante una de sus tartas de manzana, de queso, de chocolate... o un simple bizcocho.

Abby se levantó de la silla y le colocó la corbata correctamente en un acto reflejo.

—¿Adónde es el vuelo?

—Primero Columbus, luego Detroit y vuelta a Nueva York —explicó mientras cogía la gorra que había dejado en la estantería.

Ella asintió y le sonrió.

—¿Quieres que te prepare un táper? —preguntó Madison desde la cocina.

Chase rio girándose hacia ella.

—No, gracias. No me dejan entrar comida en el avión.

Abby lo miró con una ceja enarcada.

—Sabes que sí te dejan —bromeó.

Chase se encogió de hombros.

—Tu abuela me está cebando...

—Y bien que te gusta —contestó con una sonrisa.

—Sí, me encanta. —Se encogió de hombros riendo. Colocó una mano en el hombro de Abby y lo acarició—. Nos vemos luego. Te he dejado las llaves en la estantería —Le señaló con un movimiento de cabeza.

—Gracias —contestó mirándolo fijamente.

Ambos se quedaron observando unos segundos justo cuando Madison apareció por el pasillo en dirección al comedor. Se separaron de inmediato y Chase se puso la gorra con una sonrisa.

—Oh, mira qué guapo —exclamó Madison. Chase sonrió y fue hacia la puerta, pero la voz de Madison lo detuvo—. Eh, espera... ¿te marchas todo el día y no le das un beso a mi nieta? —preguntó sorprendida.

Chase buscó rápidamente con la mirada a Abby, la cual lo observaba con los ojos como platos. Madison los miraba confundida.

—Sí, claro... —respondió Chase dando unos pasos decididos hacia Abby. Miró a Madison que sonreía de nuevo—. No sabía si...

—Tonterías, hay que darse amor —pronunció la mujer con una sonrisa.

Abby arqueó una ceja hacia su abuela y luego miró a Chase que se colocaba ante ella. Él se encogió de hombros mientras le daba la espalda a su abuela.

—Un pico —Le pidió ella.

—En la boda nos dimos más que un pico —Le recordó él—. Tu abuela vio las fotos, no se va a asustar.

—Ya, pero es que yo ni siquiera me acuerdo —susurró también ella mientras observaba de reojo cómo su abuela iba recogiendo la mesa.

—Bueno, pues allá voy...

—No seas bruto —dijo ella.

—Nunca he sido bruto contigo —comentó un poco mosqueado.

La cogió por la cintura y la acercó besándola en los labios. En aquel momento cerró los ojos, relajándose. Los labios de Abby eran más dulces de lo que imaginaba. Si bien por el vídeo que habían visto sabía que la había besado en la boda de una forma mucho más intensa... no recordaba nada. En cierto modo era como besarla por primera vez.

Se apartó mientras abría los ojos y observaba a Abby. Ella debía tener la misma mirada confundida que él. Aquel beso, aunque corto, les había hecho ser conscientes realmente el uno del otro.

Chase tenía los labios calientes y tal y como había sugerido ella, no había sido bruto, más bien delicado.

Se observaron unos segundos más hasta que Madison volvió a interrumpir.

—Te dejaré preparado algo para cenar... —comentó Madison.

En ese momento Chase se giró un segundo y asintió, aunque volvió de nuevo su atención hacia Abby que lo miraba contrariada.

Aquel beso, aunque corto, la había dejado consternada, quería más. Eso era lo malo, le había sabido a poco. Y ese sí lo recordaría...

—Tengo que irme —dijo Chase haciendo que reaccionase. Sonrió levemente a Abby y se giró hacia la puerta pasando al lado de Madison—. Que os divirtáis.

Nada más salir por la puerta resopló.

—Mierda —susurró mientras se alejaba.

Ahora ya estaba seguro al cien por cien. Se había enamorado de Abby. Si su abuela no hubiese estado allí no habría tardado un segundo en arrastrarla hasta su habitación, aunque luego tuviese que ir derrapando hasta el aeropuerto para llegar a la hora del vuelo.

Condujo por las calles de Nueva York sin música, pensativo. Legalmente, él era su marido, aunque hubiesen contraído matrimonio pasados de alcohol. Ahora, comenzaba a darse cuenta de que se estaba enamorando más de la cuenta de ella.

Había detectado cómo Abby también se quedaba parada ante aquel beso,

pero no sabía si era por la misma razón que él o por la timidez de dárselo delante de su abuela.

Despertó de sus pensamientos cuando escuchó que el manos libres del vehículo anunciaba una nueva llamada. Miró la pantalla de su ordenador de abordo: “*Evan*”, perfecto, su hermano.

Resopló y aceptó la llamada.

—Hola, Evan, ¿qué tal?

—Hola Chase... —De fondo se escuchaba a sus sobrinos.

—¿Es el tito Chase? —preguntó Jasper—. ¡Tito Chase!

Chase rio.

—Hola, Jasper —dijo.

—Jasper no te escucha, no tengo el manos libres —explicó Evan—. Venga, niños, id a jugar... con la pelota —acabó diciendo como si fuese el primer objeto que veía por ahí—. ¿Te pillo en buen momento? —preguntó.

—Sí, voy conduciendo para el aeropuerto. Tengo un vuelo a las dos.

Evan fue directo a la planta alta, a su despacho, pues los niños no dejaban de armar jaleo.

—Ya tengo la demanda casi acabada —explicó mientras cerraba la puerta de su despacho. Chase suspiró y tragó saliva sin saber cómo reaccionar ante aquello—. ¿Chase?

—Sí, perdona...

—¿Estás solo?

—Sí, voy solo —contestó deteniéndose en un semáforo.

—Ah, vale... —contestó su hermano—, pues eso, el viernes lo tendré preparado. Me dijiste que por la mañana tenías un vuelo. Nora me ha propuesto si queréis venir por la tarde los dos y de paso tomamos un café.

Chase chasqueó la lengua.

—Ya... ammm... no sé si será muy buena idea.

—¿Por?

—Evan, el matrimonio se va a anular —explicó como si fuese lo más obvio.

—Ya, pero me dijiste que es tu amiga, ¿no?

Chase resopló mientras recreaba aquel corto beso en su mente.

—Sí, es mi amiga.

—El otro día parecía que os llevabais muy bien...

—Y nos llevamos muy bien —confirmó.

—¿Y por qué quieres anular el matrimonio? —preguntó directamente. Ahí

estaba la pregunta estrella de su hermano. Sabía que estaba deseando hacérsela—. La chica es muy guapa y... es encantadora. A Nora y a mí nos cayó muy bien.

—Ya... si... Abby es... —resopló de nuevo—. No lo sé, Evan. —Arrancó de nuevo el vehículo—. Simplemente nos casamos sin saber lo que hacíamos.

—Eso me ha quedado bastante claro con el vídeo —rio él.

—¿Lo has visto?

—Pues claro que lo he visto. El mismo día que vinisteis a las siete y media acostamos a los niños y nos vimos el DVD enterito —acabó riendo—. Está claro que os van a dar la nulidad si es lo que queréis.

—Ya.

—La pregunta es... ¿estás seguro? El otro día me di cuenta de que...

—Evan —Le cortó Chase—, ella fue la que me propuso anularlo todo.

—Ahhhh, ¿y tú? ¿Quieres anularlo?

Aquella pregunta le hizo apretar los labios. Era una respuesta difícil y, por primera vez en su vida, dudaba de algo. Siempre había sido una persona de ideas claras, que no se calentaba la cabeza, pero en ese momento no supo qué responder a aquello.

Por un lado, quería la nulidad, no quería contraer matrimonio de aquella forma, además ella se lo había pedido y parecía tenerlo muy claro, pero, por otra parte... era Abby. Su Abby. Su compañera de trabajo, la persona con la que más se divertía, la mujer con la sonrisa más tierna del mundo...

—No lo sé —Se sinceró con su hermano.

—Eso me parecía a mí. —Y chasqueó la lengua como si lo comprendiese—. ¿Estás seguro de que ella quiere la nulidad? Ya sabes, los niños y los borrachos no mienten nunca y os casasteis muy borrachos, hermanito.

—Estoy seguro casi al cien por cien.

—¿Casi? —insistió su hermano.

—Sí, casi.

—¿Y la parte que no estás seguro? ¿Por qué es?

Chase resopló de nuevo.

—No lo sé, Evan. No me lées más... —Se quejó su hermano—. Bastante tengo ya.

—De acuerdo... Pero creo que sería conveniente que aclarases esto antes de que el juez os llame a declarar...

—Ya —susurró Chase atento a la carretera—. ¿Falta mucho para eso?

—Un poco. Si entrego el documento el lunes que viene es posible que en la semana siguiente indiquen la fecha, quizá en tres semanas, como mucho. No lo sabré hasta que entre vuestro expediente.

—De acuerdo.

—Pero creo que deberías hablar con ella...

—¿De qué? —Se quejó de nuevo.

—Joder, Chase, soy tu hermano. Te conozco desde que naciste. ¿Te crees que soy idiota? A ti Abby te gusta, se te nota demasiado. —Chase suspiró.

—Ya, bueno, pero con eso no basta.

—Creo que deberías hablar con ella y aclararlo todo.

—Gracias por el consejo —comentó desquiciado—. Entonces, ¿el viernes a las cinco?

—Pero ¿os quedaréis al café? —preguntó rápidamente.

—No lo sé, déjame que hable con ella.

—De acuerdo. Dime algo.

—Te lo diré.

—Y háblalo con ella antes de...

Chase colgó el teléfono dejando a su hermano con la palabra en la boca. Sabía que su hermano no se lo tomaría a mal, más bien se lo tomaría como que lo estaba desquiciando y eso, a Evan, le encantaba: ¿qué había mejor que chingar a tu hermano?

Lo cierto es que no sabía qué hacer. Entendía que tenía que hablar con ella sin demora, pero, por otro lado, Abby deseaba esa nulidad y había dejado claro que no quería estar casada.

Suspiró y pasó el resto del trayecto hasta el aeropuerto pensativo, dándole vueltas a la cabeza, sin sacar nada en claro.

En cuanto aparcó el vehículo y bajó de él cogió el móvil escribiéndole un mensaje a Abby. También podía sonsacar información de una respuesta.

Chase: Ya estoy en el aeropuerto.

Chase: Me ha llamado mi hermano para confirmar si el viernes te va bien quedar para firmar.

Chase: Sería a las cinco.

Chase: ¿O prefieres otro día?

Caminó por el aeropuerto y se dirigió directo a la sala de personal. Sabía que su amistad con Abby no se resentiría. No se había resentido estando

casados y mucho menos lo haría cuando dejaran de estarlo. Seguramente bromearían sobre ello y todo.

—Comandante Hudson —comentó una voz femenina por delante de él.

Chase sonrió.

—Hola, Alexa —contestó. Alexa salía del vestuario elegantemente vestida con el uniforme azul—. ¿Qué tal? —preguntó pasando por su lado—. ¿Vuelas conmigo hoy?

Ella negó y caminó a su lado rumbo a las oficinas.

—No, hoy no. Me toca Dallas —dijo sonriente. Chase abrió la puerta de acceso a las oficinas y la dejó pasar a ella primero—. Corre el rumor de que te has casado... —comentó como si no se lo creyese.

—Vaya, las noticias vuelan... Sí, Alexa, me he casado —confirmó.

—Ya, pero... ¿es verdad eso de Las Vegas? —preguntó asombrada.

No le extrañó que se supiera de su reciente casamiento: la tripulación de aquella ruta, sin contarle a él y a Abby, había sido de ocho personas en total y era normal que se comentase algo.

—Parece que sí —Y le mostró el anillo.

Alexa lo miró sorprendida y se volvió a un lado como si estuviese decepcionada.

—Vaya —comentó—. Es con... con Abby Mitchell, ¿no?

Chase la miró divertido.

—Bueno, ahora es Abby Hudson —dijo con ironía.

En ese momento sintió que su móvil vibraba. Llegó hasta la oficina y se apoyó en el mostrador dando su acreditación para que le diesen toda la información para el vuelo.

Miró la pantalla de su móvil y enarcó una ceja.

Abby: Ok

¿Y ya? ¿Aquello era lo único que iba a decir?

Suspiró y guardó el móvil en su bolsillo mientras se quitaba la gorra.

—Ah, pues... —Alexa lo había seguido hasta las oficinas. Chase elevó su mirada al verla todavía allí. Durante unos segundos se había olvidado de su presencia—, espero que os vaya muy bien.

Chase chasqueó la lengua.

—Lo dudo —ironizó más para él que para ella—. ¿Tiene el parte meteorológico? —preguntó al hombre que se encontraba tras el mostrador.

—Vaya —susurró Alexa mirándolo fijamente.

Chase volvió a mirarla, ¿aún estaba allí? Cogió los documentos agradeciéndoselo a su compañero y sonrió a Alexa.

—Tengo que preparar el vuelo. Me alegro de haberte visto.

Alexa asintió y se quedó clavada en el mostrador mientras Chase se alejaba observando el parte meteorológico y la documentación de los pasajeros.

Cuando Chase giró la esquina volvió a suspirar. ¿Un “Ok”? ¿Él estaba hecho un lío y ella solo le escribía un “Ok”?

Se detuvo antes de entrar a la sala donde le esperaba la tripulación e intentó aguantar la compostura. Aquel iba a ser un día muy, muy largo.

Abby volvió a mirar su móvil. Las cuatro de la tarde. Mientras comía con su abuela le había explicado todo lo ocurrido a Dana por *Whatsapp*, dado que iban a verse aquella tarde y no quería más problemas. Dana había puesto el grito en el cielo al principio, aunque luego se había relajado y la había comprendido. Parecía que el sentimiento de culpa la atenazaba, así que finalmente lo había aceptado y la ayudaría.

Así había sido, Dana se había limitado a asentir con una mirada nerviosa y a dejar a Chase en buen lugar.

—Es el mejor comandante con el que trabajamos —explicó a los padres de Abby y a su abuela.

—Es un encanto —rio Madison—. Le encantan mis pasteles —comentó orgullosa.

—Abuela —rio Abby—, eso no tiene mérito. Haces los mejores pasteles que he probado jamás.

La mujer se sentía orgullosa y sonreía sin parar.

—Y... ¿lo habéis visto muchas veces? —preguntó Dana a los padres de Abby.

Aunque Abby ya la había puesto al corriente de todo prefería que fuesen ellos los que hablasen, no quería meter más la pata.

—Lo hemos visto todos los días, excepto hoy. El primero nos invitaron a cenar a su piso. —Dana miró con una sonrisa nerviosa a Abby—. El resto hemos ido a comer o a cenar fuera. Es muy buen chico —exclamó su madre orgullosa y cogió la mano de su hija—. ¡Qué feliz estoy por ti!

—Ya —susurró Abby ante la atenta mirada de Dana.

—Por cierto, este viernes es cuando vamos a Milford, estaremos todo el fin de semana. ¿Podéis venir? Me gustaría que Sarah conociese a Chase.

Abby negó.

—¿Este viernes? Imposible, mamá —informó Abby con bastante timidez—. Chase trabaja.

—Oh, pues... podrías venir tú —insistió su madre.

—¿Y dejar a su marido en casa? —preguntó la abuela—. Están recién casados, Molly —Le recordó, lo que hizo que su madre riese.

—Ya, pero es que... justamente este viernes tenemos la cena de Navidad de la empresa —argumentó también. Además, recordaba que Chase le había dicho en un mensaje que ese viernes irían a casa de su hermano a firmar los papeles de la nulidad matrimonial.

—Es verdad —intervino Dana y miró a Madison—. Incluso habíamos pensado que si estabas aquí este fin de semana te llevaríamos con nosotras a la cena.

—Uy, uy... —contestó la abuela—, yo ya no estoy para fiestas.

—Tonterías —rio Abby—, luego fijo que tenías más cuerda que todas nosotras juntas —bromeó.

Molly cogió la mano de Dana.

—¿Y cómo está Declan?

—Ahora está trabajando.

—¿Vuela con Chase? —preguntó Madison.

—Hoy no —contestó Dana—. Hacen rutas diferentes. Pero me envía un fuerte beso para todos.

—Ayyyy... ese chico es tan majo —comentó Madison con una tierna sonrisa—. Las dos habéis tenido suerte. —Y cogió la mano de las dos—. Mis dos niñas. Qué feliz me hacéis.

Molly miró el reloj de su muñeca.

—¡Mira qué hora es! —dijo levantándose—. *El fantasma de la ópera* comienza en media hora. Tenemos que ir ya.

Todos se levantaron.

—El teatro está aquí al lado —La calmó Abby.

—Y los asientos vienen en la entrada —Le recordó Oliver a su esposa.

—Me gusta ir con tiempo.

Su padre fue a la barra, pero Abby se le adelantó.

—Ya pago yo.

—No hija, ya pago yo.

—Que no, papá. Por favor, déjame a mí —insistió mientras se colocaba primera en la barra.

Su padre suspiró no muy conforme y asintió mientras guardaba la cartera en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—Me quedaré a cenar por aquí con Dana y ahora vendrá otra amiga, Ruby. Cuando salgáis del teatro os estaré esperando por aquí.

Su padre asintió y sonrió a su hija.

—¿Chase llegará tarde hoy?

—Sí, sobre las doce —explicó entregando un billete al camarero—. A no ser que se retrase el vuelo, en ese caso llegará más tarde.

Oliver asintió mientras veía cómo le devolvían el cambio.

—Parece muy buen chico.

Ella tragó saliva y apartó la mirada de su padre mientras metía el dinero en el monedero.

—Lo es —contestó.

Oliver volvió a asentir. Aquello le parecía increíble, era obvio que a su padre le gustaba Chase, de lo contrario no hubiese hecho aquel comentario.

—Vamos o llegarás tarde al espectáculo —bromeó.

—A este paso me lo voy a aprender de memoria —contestó su padre.

Cuando sus padres y su abuela se alejaron Dana la miró fijamente.

—Estás loca —susurró aún con la mirada fija en la espalda de su abuela.

Abby la miró de reojo.

—¿Y qué querías que hiciese? —Finalmente se giró hacia ella—. Si tú te hubieses estado calladita...

Dana le hizo un gesto gracioso.

—Te tomaste demasiado en serio lo de conseguir una cita en el plazo de un mes —bromeó.

Abby suspiró y miró a Dana enarcando una ceja.

—¿Dónde hemos quedado con Ruby?

—Le he mandado la ubicación hace media hora. Supongo que estará al llegar. —Se giró y observó el bar de nuevo—. ¿Entramos? Hace mucho frío.

Las dos entraron de nuevo. Buscaron una nueva mesa donde sentarse, dado que la que habían ocupado con su familia ya estaba ocupada y se quitaron el abrigo.

Un camarero fue hacia ellas cuando por fin tomaron asiento.

—¿Qué desean tomar?

—Un zumo de naranja —indicó Abby.

—Uno de piña —pidió Dana.

En cuanto el camarero se alejó Dana se tiró sobre la mesa.

—Vale, ahora cuéntame la verdad —pronunció acelerada.

—¿Qué verdad?

—No lo entiendo —continuó apoyándose en el respaldo de la silla—. ¿Vas a divorciarte?

—No es un divorcio, es una anulación matrimonial y... por supuesto que sí. —Abby respiró más fuerte como si se cargase de paciencia—. Chase es muy buen amigo mío, pero nos casamos... ammm... bueno, ya lo sabes —dijo rápidamente—. Ni siquiera estábamos juntos.

—Vosotros dos tenéis más confianza que muchas de las parejas que conozco.

—No tanta confianza como debería tener un matrimonio —insistió ella—. Además, no sé si lo recuerdas, pero hace unas tres semanas Chase estaba liándose con Alexa en el vestidor del aeropuerto.

—¿Chase quiere estar con Alexa?

—No, no... —respondió rápidamente—, o al menos es lo que me dice. Me dijo que lo que ocurrió con Alexa fue un error...

—¿Eso te ha dicho? —Abby asintió—. ¿Se excusa delante de ti?

—No se excusa, se sincera conmigo tal y como ha hecho siempre.

En ese momento Dana saludó a Ruby que entraba por la puerta.

—Hola —dijo feliz mientras se inclinaba para darle un abrazo a sus dos amigas. Se quitó el abrigo dejándolo en el respaldo de la silla y se acomodó al lado de Dana—, ¿qué tal? —preguntó con una gran sonrisa—. Vaya, os marcháis a Las Vegas solteras y volvéis casadas... —bromeó.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con Dave —continuó la broma Dana.

Ruby rio.

—De ti me lo esperaba —señaló a Dana—, pero ¿de ti? —Y volcó toda su atención en Abby que puso los ojos en blanco.

—Sinceramente —respondió Abby mientras el camarero servía los zumos—, no me lo esperaba ni yo.

—Por favor, otro zumo de naranja —pidió Ruby señalando la botella de Abby—. Y encima con el comandante buenorro... —continuó volcando toda su atención sobre ella.

Abby se encogió de hombros.

—Pues parece que sí.

Ruby se acercó un poco más reclinándose sobre la mesa y le susurró con una sonrisa traviesa.

—¿Os habéis acostado?

—Rubyyyyy —Se quejó ella.

—¿De qué te escandalizas? —intervino Dana vertiendo el zumo en la copa—. Esa era la siguiente pregunta que iba a hacerte yo.

—¿Y bien? —insistió Ruby.

—No, por supuesto no —respondió acelerada—. Vamos a anular el matrimonio.

—Es decir, que es tu marido pero no te has acostado con él —resumió Ruby—. Pues vaya, qué cosa más rara.

—Es que lo mío no es un matrimonio convencional —recordó Abby—. Lo mío es el resultado de la borrachera del siglo.

—Y tanto —Le dio la razón Ruby—. Me hubiese encantado estar ahí.

—Tenemos un DVD —sonrió Dana.

Ruby dio unas palmas de felicidad.

—¡Genial! Quiero verlo.

—Yo el mío no lo tengo. Lo tiene Evan, el hermano de Chase —explicó Abby mientras daba un sorbo a su zumo—. Es abogado y nos está preparando la nulidad. —Miró a sus dos amigas que la observaban incrédulas—. Este viernes vamos a ir a firmar los documentos.

—¿Este viernes ya? —preguntó Dana.

—Por lo visto primero se tiene firmar con el abogado y él lleva los papeles al juzgado. Luego tendremos que ir a declarar ante el juez que sí deseamos los dos la nulidad del matrimonio. —Se encogió de hombros—. Para eso tardan un poco más. Así que, legalmente, seguiré casada un par de semanas más.

—Vaya —susurró Ruby—. ¿Y eso de que vivís juntos? ¿Vais a anular el matrimonio y vivís juntos? —preguntó asombrada—. He alucinado cuando lo has explicado por el grupo.

Dana intervino.

—Es por su familia.

—No —La cortó Abby—, es por tu culpa —La señaló.

Dana chasqueó la lengua y miró de una forma traviesa a Ruby.

—Culpable —Elevó su mano como si confesase, aunque en ese momento no parecía sentirse responsable de cuanto había causado.

—Ya, las fotografías —recordó Ruby—. ¿Cómo se te ocurre?

—Eso mismo le dije yo —confirmó Abby.

Dana se encogió de hombros.

—No sabía ni lo que hacía —Se excusó.

Ruby negó y miró de nuevo a Abby.

—Al menos él te está ayudando, ¿no?

Abby asintió.

—Sí, me está ayudando mucho. —Se removió incómoda en la silla—. La verdad es que es encantador con mi familia. Creo que mi abuela está enamorada de él.

—Yo creo que es más bien Chase el que se ha enamorado de tu abuela —remarcó Dana.

—Le está haciendo pasteles, ¿no? ¡Qué mujer! ¡Ella sí que sabe! —ironizó Ruby.

—*Touché* —confirmó Abby—. Lo está, literalmente, cebando.

Dana le enseñó los dientes.

—Lo mismo lo quiere usar de pavo para el próximo Día de Acción de Gracias —bromeó.

—Bueno —interrumpió Ruby—, ¿cómo es vivir con ese hombre? —preguntó traviesa.

Abby se encogió de hombros.

—Pues normal, supongo.

—¿No vas a contarnos nada? —insistió Ruby.

Abby la miró sin comprender.

—Es que no ha pasado nada. —Aunque el recuerdo del beso de aquella mañana le hizo tragar saliva.

—Pzzzzz —Se quejó Ruby.

—¿Y tú? —Cambió de tema Abby—. ¿Cómo te va con Dave?

—¡Genial! —Se giró y sonrió a Dana—. Es fantástico. Tenías razón en todo lo que me dijiste.

—¿Quedáis mucho? —preguntó Abby.

—Los fines de semana siempre y luego, entre semana, algún día.

—Pero ¿estáis juntos? —insistió Abby.

Ruby hizo un gesto inseguro.

—Pues no lo hemos hablado. Hace apenas un mes que nos conocemos —Y sonrió—, pero creo que esto puede funcionar.

—Cómo me alegro... —sonrió Dana.

—A malas... —Ruby miró a sus dos amigas con una gran sonrisa—, si no

funciona me voy de fiesta con vosotras a Las Vegas y seguro que vuelvo casada —bromeó.

Abby puso los ojos en blanco mientras daba otro sorbo a su zumo. Sabía que Ruby bromeaba en ese momento, aunque aquello no dejaba de tener parte de verdad: ambas habían vuelto casadas. Dana con su pareja y ella... con su amigo el comandante, el que tenía un cuerpazo de infarto y unos abdominales bien trabajados.

Bien visto, Ruby tenía razón en lo que decía.

22

Chase abrió con cuidado la puerta de su piso. Habían llegado con retraso y era la una menos cuarto de la madrugada. Avanzó por el pasillo con cuidado pasando por delante de la habitación de Madison y se introdujo en la suya alumbrando con el móvil.

Sí, Abby estaba en la cama. Fue directamente hacia el aseo cuando escuchó que ella se removía.

—¿Chase? —susurró.

—Sí, ya estoy aquí. Duérmete —comentó en el mismo tono que ella.

Abby se removió y cogió su móvil que se encontraba encima de la mesita.

—¿Se ha retrasado el despegue de Detroit?

—Sí —dijo entrando al aseo—. Está nevando mucho aquí.

—Ah, ¿sí? —preguntó con ilusión.

—Sí. Está cuajando —explicó. Dejó la puerta entornada y se quitó el uniforme en el aseo. Podría haberse cambiado en el vestidor del aeropuerto, pues tenía ropa en una taquilla, pero no quería llegar más tarde a casa. Salió del aseo y fue hacia el armario para colgar el uniforme. Abby había encendido la luz de la mesita que iluminaba la habitación y ya se encontraba mirando por la ventana.

—Vaya —dijo apartando la cortina—, es verdad, cómo nieva —susurró con una sonrisa. Se giró y observó la espalda de Chase—. ¿Mañana tienes otro vuelo?

—Sí, pero de corta duración —explicó—. Toronto. Debo estar sobre las doce en la base. El vuelo sale a las dos y regreso a las cinco. Sobre las ocho de la tarde es posible que esté aquí. —Se giró hacia ella y sonrió—. ¿Qué tal el día?

Abby se encogió de hombros mientras se dirigía a la cama otra vez.

—Bien, he estado con Dana y Ruby mientras mis padres veían por cuarta vez *El fantasma de la ópera*.

—¿Qué le pasa a tu madre con ese musical? Hay muchos más.

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió retirando el nórdico de nuevo.

—Por cierto —comentó Chase mientras se quitaba el reloj de la muñeca—. Lo de ir a firmar el viernes los papeles a casa de mi hermano... —Ella lo miró—, me ha propuesto si queremos quedarnos a tomar un café.

Ella lo miró no muy segura.

—Por la noche tenemos la cena de Navidad.

—Sí, ya lo recuerdo —dijo metiéndose en la cama—. ¿Te parece bien si estamos un rato hasta la hora de cenar? Así veo a mis sobrinos —pronunció echándose el nórdico por encima.

Ella también se acomodó.

—¿El viernes no tenías otro vuelo?

—Por la mañana —Le recordó él—. No llegaré para comer pero supongo que sobre las cuatro o cuatro y media estaré aquí. Te paso a recoger y vamos a casa de mi hermano.

Ella se quedó observándolo. Si no fuesen a anular el matrimonio esa sería la típica conversación de casados.

—Claro —dijo ella con una leve sonrisa. Se tumbó mirando el techo—. Mis padres se van el viernes por la mañana...

Chase se giró hacia ella.

—¿Se marchan ya?

—No, no... —dijo girándose también—. ¿Recuerdas que te expliqué que tienen unos amigos en Milford? —Chase asintió—. Se van el fin de semana allí con mi abuela.

Chase enarcó una ceja.

—¿Se llevan a tu abuela? —Ella asintió—. Ah, no, ni hablar...

—Te va a dejar un pastel de manzana y galletas de chocolate, tranquilo... —Chase sonrió—. Menudo vicio llevas —ironizó ella—. Se van el viernes por la mañana...

—¿Cómo van hasta allí?

—El hijo de sus amigos pasa a buscarlos. Supongo que volverán el domingo por la noche o el lunes a primera hora para celebrar la Navidad. Mis padres me han insistido en que fuésemos con ellos... querían presentarte a sus amigos.

—Ya te dije que era un buen marido —repitió él—. Tus padres están encantados conmigo... y tu abuela —comentó bravucón.

—A mi abuela la consientes.

—No, tu abuela me consiente a mí —rio él señalándola—. La mujer hace unos pasteles increíbles, ¿qué quieres? A mí se me puede conquistar muy fácilmente por el estómago —Luego suspiró—. Mañana me va a tocar darle caña a la cinta de correr antes de irme.

Abby sonrió mientras observaba su perfil. Lo cierto es que Chase sí que podía ser un buen marido. Era encantador con ella y con toda su familia, aun sabiendo que iban a ponerle fin a su matrimonio en breve.

—Será mejor que durmamos —susurró ella mientras se giraba para apagar la luz—. Ya sabes que mañana a las nueve de la mañana mi abuela llama a la puerta.

—Me levantaré antes.

—¿Para qué?

—Ya te lo he dicho, tengo que darle caña a la cinta de correr —comentó él mientras se giraba.

Abby sonrió ante esa respuesta.

—No te preocupes, los pasteles de mi abuela causan adicción solo al principio. Luego la gente se va calmando —bromeó.

—Conmigo eso no funciona —dijo dándole la espalda—. Buenas noches —comentó antes de cerrar los ojos.

Abrió los ojos lentamente, la luz de la mañana se filtraba por la ventana. Ronroneó y se giró para observar a Chase.

—¿Chase? —preguntó incorporándose sobre la cama. ¿Dónde se había metido?

Miró directa al aseo. La puerta estaba abierta y la luz apagada. Cogió su móvil y miró la pantalla. ¿Las once de la mañana?

Saltó de la cama y se puso las zapatillas a toda prisa. Ni siquiera se había enterado cuando él se había levantado.

Se pasó la mano por el cabello y salió de la habitación dirigiéndose al comedor donde pudo escuchar las voces de Chase y de su abuela.

—Sí, son mis sobrinos. Jasper tiene cuatro años y Lily dos.

—¡Qué guapos son! —comentó Madison con el marco de fotos entre las manos.

—Los más guapos de mi familia —rio Chase.

—Oh, no digas tonterías... que tú eres muy guapetón —comentó Madison dándole unos golpecitos en la mejilla—. Pues llévalos un trozo de tarta de chocolate, les va a encantar.

—Sí, les llevaré.

—Y luego me dices si les ha gustado...

—Les va a encantar —afirmó Chase cogiendo el marco de fotos de sus sobrinos y dejándolo en un lado de la mesa. Cogió la taza de café y le dio un sorbo.

—¿Quieres llevarte para tus compañeros de trabajo?

Abby puso los ojos en blanco mientras se acercaba, su abuela siempre estaba encantada de hacer pasteles y dulces para todos.

—No, no... que se la comen —bromeó él—. Las tartas y los pasteles son solo míos.

—¿Quieres otro trozo? Tienes que reponer fuerzas. ¿Cuánto rato has estado corriendo en esa cinta?

—Una hora. Y es justamente para poder comerme un trozo de este pastel —dijo sonriente. Se giró cuando Abby entró por la puerta del comedor con cara de recién despierta—. Buenos días.

—Buenos días —contestó ella con una sonrisa—. ¿Otra vez comiendo? —preguntó sentándose a su lado—. Me da angustia ya... —bromeó—. ¿Hay café? —preguntó cogiendo la cafetera.

—Sí, está caliente —contestó su abuela mientras cogía una cucharita y removía el contenido de su propia taza.

Abby se echó un buen tazón y luego le echó un poco de leche.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó a Chase.

Él se encogió de hombros.

—Me he levantado pronto. Sobre las siete y media. —Abby abrió los ojos de par en par—. No he querido despertarte, además, me he puesto a hacer deporte. Así que...

—Ya —contestó ella dando un sorbo a su café. Luego miró el reloj de la estantería: las once y cuarto. Sabía que Chase debería marcharse en breve.

—Es una pena que tengas que trabajar —dijo Madison hacia Chase—. Podrías venirte a Milford mañana.

Chase se encogió de hombros y miró de reojo a Abby.

—Bueno, también tenemos la cena de la empresa.

Abby dio otro sorbo a su café, hizo un gesto de desagrado y cogió el

azúcar.

—¿A qué hora os marcharéis? —preguntó Abby.

—Pasan a buscarme sobre las nueve —explicó Madison—. Podemos desayunar juntos.

—Claro, yo mañana hasta las diez de la mañana no tengo que ir al aeropuerto —indicó Chase—. Podríamos cenar fuera esta noche —indicó Chase—. Llegaré sobre las ocho de la tarde.

Su abuela dio palmas. No le extrañaba lo más mínimo que Madison y sus padres estuviesen encantados con él. Guapo, trabajador y no dejaba de querer invitarlos. A este paso sus padres lo iban a pasar peor que ella tras comunicarles la separación.

—Sería estupendo...

—Bien, pues... —dijo levantándose de la silla. Dio un último sorbo a su café y sonrió a Abby—. Nos vemos esta noche.

Chase se giró para despedirse de Madison pero ella lo observaba con una ceja enarcada.

En ese momento Chase cayó en la cuenta. Por Dios, aquella mujer era una romántica empedernida. Abby también detectó la mirada por parte de su abuela dirigida a Chase.

Ambos se miraron.

—Que os divirtáis... —comentó. Se agachó y besó rápidamente los labios de Abby, la cual parpadeó varias veces seguidas. Se miraron unos segundos y se sonrieron. Aquella sonrisa hizo que ella tragase saliva. Durante unos segundos Chase miró sus labios de nuevo, como si evaluase volver a besarla.

Abby carraspeó y agachó su rostro cogiendo el café de nuevo. Aquella mirada la había puesto nerviosa.

—Te aviso cuando llegue a Toronto —dijo Chase mientras se dirigía a la puerta.

—De acuerdo —Escuchó la voz de Abby desde el comedor.

Mierda, aquel beso lo había trastocado más aún que el primero.

Si el día anterior besar a Abby ya lo había dejado tocado, el que le acababa de dar mucho más. No había podido evitar descender su mirada hacia sus labios.

Cuando subió al ascensor resopló y estuvo a punto de golpear la pared con su puño.

23

Habían cenado en un restaurante cerca del hotel de los padres de Abby y llegado al piso sobre las once y media de la noche.

Al día siguiente, ya por la mañana, acompañaban a su abuela con una pequeña maleta de mano que le había prestado Abby a la calle donde pasarían a recogerla. El hijo mayor de sus amigos había pasado a buscarlos, pues trabajaba algunos días en Nueva York, así que le iba de paso.

Sus padres la habían llamado hacía diez minutos informándola de que salían del hotel, así que debían estar al caer.

Su abuela cogió a Abby y la abrazó con fuerza.

—Mi niñaaaaaa —exclamó estrechándola entre sus brazos.

—Nos vemos en dos días —rio ella abrazándola.

—Tres, tres... no volvemos hasta el domingo —Se quejó ella sin soltarse.

—Bueno, pero el domingo ya estáis aquí —continuó Abby.

Le dio unos fuertes y sonoros besos en la mejilla y se giró hacia Chase, el cual la miró con una sonrisa.

—Mi Chase —dijo abrazándolo a él también. Chase le devolvió el abrazo—. Mi niño —dijo estrujándolo. Él comenzó a reír—. En tres días me tienes aquí otra vez para endulzarte la vida —bromeó ella soltándose.

—Y yo encantado.

Le dio también dos sonoros besos ante la risa de él y un claxon les alertó de que sus padres ya habían llegado.

Salieron del portal y se dirigieron hacia el vehículo de donde salía Oliver que de inmediato cogió la maleta que Chase arrastraba.

Molly bajó también del vehículo y fue directo a por Chase.

—Ven, Chase —dijo tirando de él, el cual miró directamente a Abby. Un chico joven bajó del vehículo—. Él es Cody, el hijo de mis amigos.

El muchacho debía de tener unos veinte años. Tenía el cabello corto muy rubio y los ojos azules.

—Hola, Cody —Lo saludó Chase estrechándole la mano—. Encantado.

—Igualmente —contestó el muchacho con una sonrisa.

—Venga, vamos, vamos... —interrumpió Oliver mientras se sentaba en el asiento del copiloto—. Estamos formando caravana.

Madison miró a Chase antes de sentarse en la parte de atrás del vehículo.

—Cómetelo todo, ¿eh? —ordenó.

—Por supuesto —respondió Chase colocándose al lado de Abby.

—Llamadme cuando llegéis —pidió Abby antes de que su madre cerrase la puerta.

Nada más cerrar la puerta, Cody se incorporó a la carretera mientras Madison se despedía con una sonrisa y un movimiento de mano desde el interior del vehículo.

Se quedaron allí hasta que el coche giró la esquina. Chase miró su reloj de muñeca.

Las nueve y veinte. Debía ponerse el uniforme y dirigirse al aeropuerto.

—Vamos —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose al portal.

Se subieron al ascensor y pulsó la planta del ático.

—¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

—Con que salga de aquí un poco antes de las diez llegaré bien. El vuelo no es hasta las doce.

Abby lo siguió al interior del piso y Chase fue directo a su habitación.

—¿Qué vas a hacer tú hoy? —preguntó desde allí.

Ella se encogió de hombros mientras se sentaba en el sofá.

—No lo sé.

—Recuerda que a las cuatro y media estaré aquí —dijo.

—Sí, por eso mismo... —comentó ella quitándose los zapatos y subiendo los pies en el sofá—. Sé que Ruby ha quedado con Dave y no voy a hacer venir a Dana hasta aquí si a las cuatro y media tenemos que irnos.

—Ya.

Chase arrojó el jersey y los pantalones en la silla y se puso la camisa blanca con las líneas doradas y azules en los hombros. Se puso los pantalones y los zapatos, cogió la chaqueta y la gorra y fue hacia el comedor.

—Bueno, puedes quedarte aquí y ver la tele...

—Había pensado en ir a mi piso.

Chase se giró de inmediato hacia ella.

—¿A tu piso? —preguntó sorprendido.

En ese momento cayó en la cuenta, al ser viernes y como sus padres no volverían hasta el domingo era posible que ella quisiese volver a su piso, al fin y al cabo solo estaba allí para fingir que eran un matrimonio de recién casados.

Se quedó observándola unos segundos mientras ella asentía.

—Necesito coger ropa... —continuó Abby.

Chase asintió efusivamente.

—No te preocupes, luego si quieres te llevo. A la vuelta de la cena... —concretó—, o mañana... —dejó caer. Lo cierto es que quería que se quedase allí con él—. Hoy vamos muy liados —continuó sin darle más importancia mientras se acercaba a ella.

—Ammm...

—Tengo que venir a buscarte, hay que ir a casa de mi hermano, luego a la cena de empresa... hoy estamos muy ocupados —Y sonrió mientras se agachaba sobre ella.

Acto seguido la besó en los labios, aunque en ese momento los dos fueron consciente de lo que hacían. Ahora no estaba la abuela Madison y ya no era necesario disimular.

Chase se separó un poco observando a Abby directamente a los ojos. Ella también parecía intimidada por lo que acababa de ocurrir.

—Perdona... —dijo poniéndose erguido—. La costumbre de estos últimos días.

—No pasa nada —comentó ella un poco alterada.

Chase chasqueó la lengua y asintió. Apretó los labios y miró su reloj.

—Mmmmm... será mejor que me vaya, no vaya a ser que haya caravana.

Abby se puso en pie mientras él se ponía la chaqueta y avanzaba hacia la puerta.

Llegó hasta la puerta y se giró antes de abrir.

—Te llamo cuando aterrice.

—Claro —respondió ella.

Nada más salir por la puerta cerró los ojos y resopló.

—Mierda —susurró mientras se dirigía al ascensor que lo conduciría hasta el parquin.

Se estaba acostumbrando demasiado rápido a vivir con ella y además le gustaba, incluso echaría de menos irse sin darle un beso. Aquel ridículo matrimonio se estaba convirtiendo en algo más. Le gustaba tenerla en el piso,

besarla... y ni loco iba a dejar que se fuese a su piso el fin de semana.

Abby fue hasta la ventana y miró. Sus dedos volaron hasta sus labios unos segundos, rozándolos. Aquel era el primer beso que se habían dado aposta, al menos, el primero que ella recordaba, pues los de la boda no contaban. Y cada vez le gustaba más.

Cerró los ojos y sollozó unos segundos.

—Mierda —dijo echándose en el sofá.

Chase le había dejado unas llaves del piso, así que había aprovechado para hacer la compra y llenarle la nevera. La otra vez que habían ido a comprar los ingredientes para las tartas de su abuela había pagado él, así que le daría aquella sorpresa.

Se había hecho una pizza al horno y a las tres y media se había dado una ducha. Se había arreglado a conciencia y, en aquella ocasión, había decidido ponerse el vestido verde que había comprado con Dana.

Se había alisado el cabello y rizado las puntas. No todos los días se iba de cena de empresa.

Eran las cuatro cuando sonó su móvil.

Chase: Ya voy para el piso.

Chase: ¿Puedes cogerme una camisa y unos pantalones?

Abby parpadeó un par de veces.

Abby: ¿Cuáles?

Chase: Te llamo.

Abby aprovechó para ir hacia el dormitorio y abrió el armario cuando una melodía indicó que entraba la llamada de Chase.

—Hola —contestó risueña.

—Hola, ya voy para allí. Estoy conduciendo. He olvidado coger la ropa para la cena de esta noche. ¿Puedes ir a mi armario y coger algo? Así me cambio en casa de mi hermano.

—Estoy frente a tu armario. ¿Qué te cojo?

—Unos pantalones y una camisa —contestó como si no comprendiese la pregunta.

—Ya, pero... ¿cuáles? —preguntó pasando las perchas.

—Pues... no sé —contestó—. Coge lo que te guste.

Chase se incorporó a la carretera poniendo el intermitente.

—¿No quieres alguna en concreto?

—No, la que te guste a ti —respondió él.

Abby cogió unos pantalones negros y pasó varias perchas.

—¿Camisa azul oscuro? —preguntó mirando una que tenía azul marino.

—Sí, esa misma —contestó él.

—¿Necesitas calcetines o zapatos?

—No.

—Y, ¿has comido algo?

—Claro, en Toronto —contestó como si fuese obvio.

—De acuerdo.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Y tú? —preguntó Chase dándole conversación.

—Pizza —respondió mientras cogía la camisa y la dejaba sobre la cama

—. ¿Tienes alguna bolsa?

—En el gimnasio hay un armario. En el cajón de abajo hay muchas bolsas.

Coge una.

Fue directa hacia allí y abrió el cajón. Extrajo una bolsa de papel y volvió a la habitación.

—La tengo.

—¿Y de dónde has sacado la pizza? No recuerdo que tuviese.

—Me la he comprado —indicó ella mientras ponía el manos libres y doblaba la ropa de él.

—¿Has bajado?

—Sí, claro... a comprar la pizza.

—Ah, de acuerdo. ¿Y que más has hecho? —preguntó.

Abby sonrió. Estaba claro que Chase tenía ganas de conversar.

—Pues he visto un rato la tele y después me he arreglado para la cena.

—¿Te has arreglado mucho? —preguntó con curiosidad.

—Ammmm... —Se miró a sí misma—. Me he arreglado para una cena.

—Ya. Bueno, ahora lo veré. Ve bajando, llego en cinco minutos. Echa la llave y... ¡Ah! —dijo como si lo recordase—, al lado de la puerta hay un paraguero. Coge un paraguas negro, me parece que va a nevar otra vez.

—De acuerdo, hasta ahora —contestó ella y colgó.

Se puso el abrigo largo negro, la bufanda color lila y metió los guantes en

el bolso junto a un pequeño gorro. Cogió la bolsa y el paraguas y salió del piso.

Mientras bajaba en el ascensor aprovechó para pintarse los labios otra vez. Lo cierto es que el vestido le quedaba genial. Era muy sencillo, de color verde esmeralda y manga larga, bastante ajustado hasta la cintura y luego se ensanchaba con un poco de vuelo hasta la rodilla. Se había puesto unas medias gruesas transparentes y unos zapatos cerrados color negro a conjunto con el bolso y el abrigo.

Colocó su mechón de cabello rubio tras su oreja y salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron. Chase detenía el vehículo justo ante la puerta. Se despidió del portero y salió, aunque una racha de viento helado hizo que sus cabellos se moviesen de un lado a otro y tuviese que correr hacia el coche apartándose el cabello de la cara.

—¡Qué frío! —gritó cuando entró en el vehículo y cerró la puerta.

Chase la miró sonriente, aunque desvió su mirada hacia las piernas de ella.

—¿Te has puesto vestido? —preguntó asombrado.

Ella lo miró.

—Para la cena —dijo desabrochando los botones de su abrigo, pues dentro del vehículo se estaba bien. Se puso el cinturón y colocó el bolso sobre sus piernas—. El año pasado todos se arreglaron mucho y yo fui en tejanos. No me va a volver a pasar —bromeó.

Chase arrancó y se incorporó a la carretera, aunque volvió a desviar su mirada hacia ella observándola nuevamente.

—Vas muy guapa —susurró.

Ella le sonrió.

—Tú también —dijo ella con una sonrisa.

—Voy con el uniforme... —Se quejó.

—Por eso —contestó risueña.

Chase le devolvió la sonrisa y chasqueó la lengua mientras volvía la mirada al frente.

—Si te vistes así... me va a ser difícil firmar los papeles de la anulación —susurró.

Ella giró su cabeza hacia él enarcando una ceja. Chase miraba al frente, sin decir nada más.

—Deja ya de decir tonterías, Chase —rio ella mientras volvía también su vista al frente.

—Ya, tonterías... —rio él, aunque luego se puso serio y tragó saliva.

Por suerte no había mucha caravana. Les había costado un poco salir del centro, pero luego todo había ido más fluido.

—¿Tus padres han llegado a Milford?

—Sí, me han llamado antes. —Chase asintió mientras volvía a mirarla. Estaba guapísima, más de lo que había imaginado—. Parece que está nevando más allí. Mi madre me ha pasado una foto de la casa de sus amigos y ya tenían un par de palmos de nieve.

Chase miró hacia el cielo.

—Seguro que esta noche llega esa tormenta aquí. En el parte meteorológico decían que esta noche nevaría bastante.

—Y dime, ¿el vuelo bien? —preguntó—. ¿Has tenido complicaciones?

El resto del viaje lo pasaron charlando hasta que aparcó el coche frente a la casa de su hermano.

Evan, Nora y los dos niños estaban en la calle jugando con la nieve. Ambos soltaron una carcajada cuando la pequeña Lily hizo una bola de nieve con sus manos y la arrojó hacia la espalda de su hermano que cayó hacia delante.

—Menudos bichos —bromeó Chase mientras salía del coche.

Evan estaba poniendo en pie a Jasper cuando este vio a su tío que rodeaba el coche.

—¡Tito Chase! —gritó corriendo hacia él, aunque tropezó y cayó sobre la nieve.

Nora que estaba cerca lo cogió del brazo y lo puso en pie mientras Jasper se quitaba la nieve de la cara.

—Un aterrizaje forzoso —bromeó Nora soltando al pequeño otra vez.

Chase rio y se agachó para coger a su sobrino que se abrazó rápidamente a él. Abby se puso a su lado, sonriente, metiendo las manos en los bolsillos, pues hacía mucho frío.

—Hola, Abby —dijo Nora acercándose para darle dos besos.

Evan se acercó con Lily cogida de la mano.

—Uy, ¿dónde está Lily? —preguntó Chase mirando a su sobrina, de la cual solo se veía la cara enmarcada en una capucha apretada. Llevaba una gruesa chaqueta de color rosa y unos pantalones abombados. Miró a su hermano—. Parece una luchadora de sumo —bromeó mientras ponía la mano sobre la capucha de la niña que lo miraba con una sonrisa enganchándose a su pierna.

—No tengo ganas de que vuelva a coger una bronquitis —comentó su hermano que se acercó directamente a Abby—. Hola, cuñada —bromeó.

Abby hizo un gesto gracioso.

—Hola —Se acercó para darle dos besos.

—¿Qué tal todo? —preguntó Evan hacia los dos, los cuales se encogieron de hombros—. ¿Vienes de trabajar? —preguntó a su hermano.

—Ya te lo dije —dijo soltando a Jasper que salió corriendo de nuevo sobre la nieve, aunque tropezó y cayó—. ¿Qué le pasa? —preguntó sorprendido al verlo tendido en la nieve otra vez.

—Le hemos comprado las botas de nieve un par de números más grandes —intervino Nora que cogía de la mano a su niña.

—Venga, machote —Lo animó su padre al ver que intentaba ponerse de pie—. Eso es, ánimo —siguió gritando mientras Jasper se ponía en pie otra vez. El niño se giró y alzó sus manos hacia arriba en señal de que lo había conseguido—. Muy bien, campeón —Lo felicitó. Se giró hacia Chase y Abby y señaló hacia dentro mientras se rozaba las manos—. ¿Vamos? Te vas a congelar, Abby —dijo al ver que llevaba un vestido.

—Luego tenemos una cena de empresa —explicó ella mientras se dirigían a la casa.

—Eh, vamos, ¡a casa! —gritó Evan hacia sus niños, luego miró a Chase que caminaba al lado de Abby—. Vaya... —comentó un poco confundido—, ¿firmáis los papeles de la anulación y os vais de fiesta? —Tanto Chase como Abby se encogieron de hombros. Entraron en casa y se quitaron los abrigos—. Hacedme un favor... —comentó Evan mientras entraba en el comedor, luego los miró de una forma divertida a los dos—. No bebáis alcohol. —Abby rio ante aquello. Su hermano tenía el mismo carácter que Chase, siempre aprovechaba la mínima para bromear, sin embargo, Chase lo observaba seriamente—. Oh, sí... bebed —bromeó. Se frotó las manos con ímpetu—. ¿Tomamos un café para entrar en calor antes de subir al despacho?

Los dos asintieron rápidamente.

24

Abby acabó de leer el documento que les había entregado. No eran más que dos hojas explicativas y luego el resto hasta completar la demanda se trataba de artículos de la ley. Básicamente explicaba que eran amigos y que en un viaje a Las Vegas tras un consumo de alcohol desmesurado habían contraído matrimonio.

Tragó saliva y miró de reojo a Chase que dejaba la última hoja leída sobre el escritorio de su hermano.

—Lo entraré la semana que viene en el juzgado y seguramente en un máximo de diez días se notificará el día de la vista —explicó.

—¿Es obligatorio ir? —preguntó Abby con un hilo de voz.

—Me temo que sí. Por lo que me explicó un compañero la nueva juez de civil va con pies de plomo y prefiere que ratifiquéis en el juzgado.

Ella asintió y tragó saliva.

—Bueno, pues... parece que está todo correcto, ¿no? —preguntó Chase.

Evan arqueó una ceja hacia él.

—Pues claro que está todo correcto, me dedico a esto —ironizó.

—Ya —Y le enseñó una sonrisa impecable.

Evan entregó un bolígrafo a cada uno y señaló los documentos.

—Tenéis que firmar cada hoja en un lateral.

Abby cogió el bolígrafo tras un suspiro y tragó saliva. Notó cómo el bolígrafo le temblaba en su mano. Sabía que tendrían que hacerlo desde un principio, pero aquello era más difícil de lo que imaginaba. Miró de reojo a Chase, el cual destapaba con toda la calma el bolígrafo y leía de nuevo los datos que iniciaban la demanda.

—¿Necesitáis un tiempo? —preguntó Evan al ver que los dos dudaban.

—No, no —comentó Abby reaccionando y comenzó a firmar cada hoja

apretando los labios. ¿Por qué se sentía así? Su labio inferior temblaba amenazando con un puchero.

Chase se quedó observando a Abby unos segundos, firmaba las hojas rápidamente. Tragó saliva y se removió incómodo en la silla. Ahora se daba cuenta de lo enamorado que estaba de ella, de lo importante que era para él... Notó incluso que su mano comenzaba a sudar.

Era extraño, no le temblaba el pulso cuando volaba un Boeing 747, pero sí para firmar unos documentos de nulidad por un matrimonio que había surgido fruto de un consumo excesivo de alcohol. Se sorprendió mirando otra vez a Abby firmar los documentos, concentrada y sin levantar la vista de los papeles y miró al frente.

Su hermano lo observaba enarcando una ceja. Estaba claro que su hermano se había dado cuenta de su indecisión.

—Ammmm... voy a ir un momento a ver a los niños o si Nora necesita algo —pronunció levantándose de la silla para dejarlos a solas.

Abby lo miró extrañada, aunque pasó la siguiente hoja y firmó la última.

Chase tragó saliva y negó. Cuando vio que Abby llegaba a la última hoja reaccionó.

—No, ya estoy... un segundo —dijo comenzando a firmar también los documentos.

Evan se removió inquieto. Desde que los había visto juntos la primera vez había sido consciente de la conexión entre ellos.

Chase firmó todas las hojas y se las entregó a su hermano el cuál las cogió, todavía con una mirada dubitativa posada en él.

—Bien... —susurró Chase depositando el bolígrafo sobre la mesa—, pues ya está —Y se giró hacia Abby, la cual medio sonrió y asintió.

—No, aún no está —intervino su hermano—. Seguiréis casados hasta que firméis en el juzgado y se inscriba la sentencia de nulidad —Y miró a su hermano directamente. Chase asintió, pero apartó la mirada rápidamente de él, pensativo—. ¿A qué hora tenéis la cena? —preguntó su hermano cambiando de tema.

Los dos miraron el reloj.

—A las nueve —contestó ella.

—Son las siete. ¿Tomamos algo hasta que sea la hora de que os tengáis que ir?

Ambos asintieron y salieron del despacho, aunque Evan miró de reojo a su hermano y le indicó con un movimiento de cabeza que fuese hacia las

escaleras.

—Ahora bajo.

Chase fue directo hacia las escaleras seguido de una Abby muy pensativa. Comenzó a bajar los escalones, aunque se quedó parado en medio de ellas.

Se giró hacia Abby y la miró a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó él en un susurro.

Él la miró y donde su rostro denotaba angustia apareció una apacible sonrisa.

—Sí, claro —Se encogió de hombros—. ¿Y tú?

Chase asintió lentamente.

—Sí. —Aunque él no sonrió y se quedó observándola fijamente—. Aunque firmar esos documentos... —dejó la frase sin acabar.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya... —En ese momento apretó los labios y tragó saliva. ¿A Chase le había afectado? Él mismo había sido quien la había llevado con su hermano para firmar—. Los dos sabíamos que esto tenía que pasar... —susurró con delicadeza. Él enarcó una ceja—. Es un matrimonio surgido de una noche de borrachera... —comentó con desprecio. Bajó los escalones esquivándolo, pasando a su lado—. Y yo no quiero eso —comentó más seria.

No, ella no quería eso. Ella quería un matrimonio de verdad, surgido del amor y no de una borrachera de una noche loca en Las Vegas.

—Claro —respondió Chase siguiéndola—. Ninguno de los dos quiere eso —contestó seriamente. Aunque se giró cuando su sobrino apareció al inicio de la escalera.

—¡Titoooooooo!

—Hola, pitufo —rio bajando los escalones y cogiéndolo en brazos—. ¿Qué estás haciendo? —Se giró hacia Abby que permanecía detrás con la mirada perdida—. Vamos —dijo entrando al comedor.

—¡Jugar! —gritó alzando los brazos.

—¿A qué? —preguntó.

El pequeño no respondió, sino que miró la mesa donde había unos cuantos dulces y galletas. Se estiró hacia la mesa y Chase lo sujetó para que no cayese de sus brazos.

—¿Por qué eres tan suicida? —rio Chase mientras Abby se ponía a su lado—. ¿Quieres una galleta? —Le preguntó en un susurro. El niño sonrió y afirmó efusivamente—. ¿Has cenado ya? —Él negó—. Ummmmm... —Y esta vez Chase puso una cara de travieso hacia Abby—. Su madre me va a matar,

pero... —Cogió una galleta de chocolate y se la tendió a Jasper—. Toma, pero si te pregunta de dónde la has sacado no digas que te la he dado yo. —El pequeño la cogió con felicidad y asintió—. Te la ha dado Abby, ¿vale?

—Ehhhhh —Se quejó ella con una sonrisa.

El niño la miró divertido mientras mordía la galleta.

—A ver, vamos a ensayar la jugada... —dijo Chase arrodillándose ante él—. ¿Quién te ha dado la galleta Jasper?

—Abby —contestó divertido.

—Muy bien, muchacho. Choca esos cinco —dijo Chase colocando la mano ante él. El niño dio un salto y la palmeó mientras devoraba la galleta.

—Chase —dijo Nora saliendo de la cocina—, te he escuchado —Y rio. Fue hasta el niño que, en ese momento, se metió el resto de la galleta en la boca y puso cara de inocente—. Más te vale cenar luego —Lo señaló con el dedo.

Lily que iba todo el rato tras su madre fue hasta Chase y se cogió a su pierna, luego señaló también la mesa.

Chase miró divertido a Nora y se encogió de hombros. Cogió una galleta y se la dio a Lily que directamente se la enseñó a su madre.

—Galletaaaaaaa —gritó.

Nora rio por lo que hacían.

—Luego no van a cenar —explicó a Chase.

—Claro que cenarán... ¿a que sí?

Los dos asintieron rápidamente.

En ese momento Jasper fue hacia Abby y le sonrió.

—¿Me das otra galleta? —Le preguntó.

Chase miró divertido a Abby.

—Mira qué listo el muchachito, ¿nos vas a pedir una a cada uno?

Abby sonrió.

—Me parece que no puedo darte más... —comentó con delicadeza.

—Dale una —dijo Nora mientras entraba en la cocina otra vez—. No quedes tú como la mala.

Abby se acercó y le dio otra galleta de chocolate a Jasper, aunque al momento Lily se colocó ante ella extendiendo la mano también.

—Ya está... —dijo Chase divertido—, estas rodeada Abby, ya no hay escapatoria. —Luego miró la mesa y le guiñó el ojo—. Dale otra a Lily...

Abby cogió otra galleta y se la tendió a la niña.

—Su madre nos va a matar... —susurró a su lado.

Él se encogió de hombros.

—Los titos hacen eso. Malcrían a sus sobrinos. —Aunque luego se quedó contemplándola, dándose cuenta del error.

Ambos se miraron durante unos segundos hasta que Evan apareció por la puerta del comedor. Dio una palmada y pasó por delante de ellos en dirección a la cocina.

—¿Queréis otro café? ¿Un zumo? —preguntó dirigiéndose a la cocina—. ¿Tequila?

Tanto Chase como Abby enarcaron una ceja hacia él.

—Ya, muy gracioso... —ironizó Chase entrando en la cocina seguido por Abby.

Habían cenado en el restaurante reservado por Dana. Estaba claro que todos conocían la noticia sobre ellos dos y su matrimonio, pues las miradas de soslayo no dejaban de sucederse. No entendía por qué la gente tenía que ser tan cotilla.

Dana entregó la coca cola a Abby y se apoyó contra la barra de la discoteca a la cual habían ido tras cenar.

—Pero entonces, ¿has firmado ya la nulidad matrimonial?

Abby miró de reojo a Chase que se encontraba bastante alejado conversando con otro de los comandantes y con Max.

Se giró hacia Dana y Declan que esperaban la respuesta con ansiedad.

—Sí. Hemos estado toda la tarde en casa de su hermano.

—El abogado —recordó Dana.

Abby asintió.

—Sí —Se encogió de hombros—, pero la nulidad no será legal hasta que vayamos a declarar y firmar en el juzgado. Lo de hoy es un mero trámite.

—Entonces, ¿sigues casada con él?

—Sí, lo estaré hasta que no declaren la nulidad. —Chasqueó la lengua y dio un trago a su refresco—. Lo bueno... —continuó ella—, es que cuando el juez nos conceda la nulidad será como si el matrimonio no hubiese existido nunca. Estaremos solteros, no divorciados.

Dana hizo un gesto de desagrado y se acercó a Abby.

—¿No te has planteado seguir casada con él?

Abby suspiró y miró de reojo otra vez hacia Chase que seguía hablando con sus compañeros, ajeno a la conversación que ella estaba manteniendo.

—¿La verdad? —preguntó con timidez.

—Por favor —imploró Declan.

Abby suspiró y se encogió de hombros.

—Lo he pensado en algún momento, pero... —comentó en tono bajo—, no creo que sea lo correcto. Quiero decir, nos emborrachamos y acabamos así, casados.

—¿Y no lo habéis hablado? —preguntó Declan.

Ella negó.

—No, los dos lo tenemos muy claro, de hecho, fíjate... ya hemos firmado con su hermano la nulidad.

—Pero Chase y tú... —intervino Dana—, sois muy amigos. A la gente no le ha sorprendido nada lo de vuestro matrimonio. De hecho, ni para mí fue una sorpresa.

Abby resopló.

—Además —siguió Declan—, Chase está colado por ti.

Ante aquel comentario, Declan se llevó una mirada reticente por parte de Abby.

—Lo dudo mucho. Nos llevamos muy bien, tenemos confianza, pero de ahí a...

—Pero si lo confesó en la boda —Le recordó Dana.

—Sí, después de bebernos no sé cuántos chupitos de tequila... —continuó Abby sin dar crédito a lo que decían—. ¿Qué sentido tendría entonces que fuese corriendo a su hermano a solicitar la nulidad?

—Porque tú se lo pediste —contraatacó Dana—. ¿Le has preguntado seriamente qué le parece esta nulidad?

Ella abrió los brazos absorta con lo que decían sus amigos.

—¿Acaso me lo ha preguntado él a mí? —Se defendió.

—¿Cómo quieres que te lo pregunte si desde el minuto cero pusiste el grito en el cielo?

Abby parpadeó varias veces y se quedó pensativa. Lo cierto es que Chase se lo había tomado mucho mejor que ella. Miró a los dos.

—Igualmente no es lo que queremos ni él ni yo. Este matrimonio fue fruto del desmadre de una noche. —Se señaló a sí misma—. No es lo que quiero —enfaticó.

Dana resopló.

—Creo que os iría bien una conversación —sugirió Dana.

—No hay nada de qué conversar, Dana —Se quejó—. No sé por qué

todos os empeñáis en que siga con esta farsa.

—Porque a ti te gusta Chase —Abby apretó los labios—. Y estoy segura de que tú le gustas a él. ¿Qué más da cómo os hayáis casado?

—Pues sí que da, a mí sí que me da. No es lo que quiero recordar en un futuro...

—Ya, pero entonces lo que te sobra de la boda qué es: ¿el alcohol o el novio?—preguntó cruzándose de brazos su amiga.

Ella volvió a resoplar.

—Es lo que hay. Ya está hecho, así que... —dejó la frase a medias.

Dana resopló.

—No he visto persona más tozuda que tú...

—¿Que yo? —ironizó ella.

—Bueno, que vosotros dos. Al menos después de lo que ocurrió merecéis discutir el asunto aunque sea un minuto.

—Ya está discutido —corrigió Abby.

—No, no lo está... —Su mirada voló a su espalda—, mira, ¿qué tal si lo habláis ahora? —Y señaló hacia delante.

Abby se giró, Chase se dirigía hacia ellos con una sonrisa y una copa en su mano.

—Ey, Chase —dijo Dana alzando la mano.

Abby se la cogió y se la bajó.

—Ni se te ocurra decir nada...

—¿O qué? —bromeó—. Se ve a leguas que los dos estáis muy cómodos el uno con el otro, no entiendo por qué no podéis hablar del tema.

—Dana, por favor —suplicó esta vez.

—Si tanta confianza tenéis, usadla. Los dos sois mis amigos y...

—No, lo que pasa es que a ti te encanta formar parejas y ya estás como siempre en plan celestina —Le recriminó ella.

Dana abrió la boca.

—Sí y por cierto... te esmeraste mucho para cumplir el plazo del mes y que no te buscara una cita —Y acabó sacándole la lengua—, así que...

Chase llegó a su lado y dio otro sorbo a su copa, en ese momento Abby soltó a Dana e intentó disimular.

—¿Estás bebiendo? Luego tienes que conducir...

Chase se encogió de hombros con una sonrisa.

—Tienes carné de conducir, ¿no?

—No pienso coger tu coche.

Chase rio por la cara espantada de Abby.

—Tranquila, es un refresco. No lleva alcohol —explicó mostrándole la copa y se giró hacia Dana y Declan que permanecían expectantes.

—Oye, Chase... —dijo Dana y miró de reojo a Abby. Chase centró la mirada en ella esperando que continuase la frase. Abby cerró los ojos y apretó los labios mientras bajaba la cabeza. No sería capaz, ¿verdad? —, me ha dicho Abby que habéis tramitado la nulidad del matrimonio.

A Chase le sorprendió la pregunta, pero reaccionó bien, sin darle mucha importancia.

—Sí, esta tarde.

Abby carraspeó y miró a Dana con mirada asesina.

—No sabía que tenías un hermano abogado —comentó Dana.

—Pues sí, lo tengo —comentó divertido.

—¿Es mayor que tú?

Chase asintió.

—Sí, es el mayor —indicó con una sonrisa y dio un trago al refresco.

—Ah, ya... y... —Se quedó pensativa y dio un paso hacia él—, ¿qué opinas de la nulidad del matrimonio? —preguntó directamente.

Chase se atragantó con la bebida y Abby se llevó la mano a la frente mientras inspiraba con fuerza, armándose de paciencia para no saltar encima de su amiga y estrangularla.

—Mmmmm... —comentó Chase y miró a Abby sin saber qué decir—. Es lo que decidimos desde un principio...

—Ya, bueno... —dijo Dana mientras cogía de la mano a Declan y los señaló a los dos—. Habladlo. —Dicho esto, se giró y se alejó de allí arrastrando a Declan con ella.

Abby cogió con fuerza el vaso mientras la veía alejarse.

¡La muy...! Cuando la pillase por banda iba a estrangularla. Miró a Chase que la observaba sin comprender muy bien la situación.

—Ha bebido demasiado... —excusó a Dana señalándola.

—No lo parece —contestó él mientras la veía apartar a la gente de la pista de baile. Se detuvo, se colocó ante Declan y comenzó a dar brincos bailando—. O quizá sí... —acabó diciendo al observarla.

No, Dana no estaba pasada de vueltas, sabía perfectamente lo que hacía, pero la actitud que demostraba en esos momentos bailando con Declan podía malinterpretarse.

Abby rio quitándole importancia.

—Bebe dos copas y... —Dejó la frase sin acabar—, además, ya sabes, está obsesionada con formar parejas. —Se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia él que la seguía observando intrigado.

Chase se llevó el refresco a los labios y dio un sorbo, pensativo.

—Ya —acabó diciendo. Miró el reloj de su muñeca y resopló—. La una y cuarto. ¿Te importa si nos vamos ya? Estoy un poco cansado.

—Claro —reaccionó rápidamente. Lo cierto es que estaba desesperada por marcharse de allí. No quería que observasen cada uno de sus movimientos ni que Dana volviese a actuar de aquella forma.

—¿Dónde tienes el abrigo? —preguntó.

Abby señaló hacia unos taburetes al lado de las mesas donde el resto de sus compañeros hablaban mientras tomaban algo. La mayoría de las chicas habían dejado sus bolsos y abrigo allí encima.

Fue directamente hacia allí, dio un largo sorbo a su refresco y sonrió a sus compañeras.

—Me marcho ya... —comentó poniéndose el abrigo.

—¿Os marcháis? —preguntó Stephanie, una de las últimas auxiliares de vuelo en incorporarse a la compañía y que ya había viajado con ella una vez, la misma que había estado una semana entera en el Caribe con Chase.

En ese momento Abby se dio cuenta de que Chase estaba a su lado.

—Sí, nos marchamos —respondió él—. He tenido un vuelo esta mañana y estoy un poco cansado.

—Bueno, pues nada. A descansar —contestó Logan con una sonrisa.

Abby se colocó el bolso en el hombro y asintió bastante tímida. Se acercó a Stephanie.

—Perdona, ¿puedes decirle a Dana que nos hemos marchado cuando deje de comportarse como una loca en la pista de baile? —bromeó.

Stephanie miró hacia donde señalaba Abby y rio. Dana se sujetaba al cuello de Declan bailando de forma insinuante.

—Claro, cuando se canse y venga se lo digo.

—Gracias. Felices fiestas a todos si no nos vemos —dijo alzando un poco más la voz.

—Igualmente —respondieron todos casi al unísono.

Chase se despidió con un movimiento de cabeza y, para sorpresa de Abby, la cogió de la mano y se dirigió a la puerta de la discoteca mientras iba sorteando a todos los bailarines, esquivando algún que otro pisotón y bebida derramada.

Nada más salir los copos de nieve cayeron sobre ellos. En ese momento la tormenta se intensificaba y era posible que las máquinas quitanieves comenzasen a circular en breve por la ciudad para facilitar el paso de los vehículos al día siguiente.

—Cuidado —Le advirtió Chase mirando el suelo sin soltarla de la mano—. Resbala bastante.

Tiró de ella sin decir nada más.

Aquellas palabras por parte de Dana los había dejado a los dos en una especie de trance, replanteándose de nuevo lo que tantas veces habían pensado aquellos días cada uno por su lado.

Llegó al vehículo y Abby se sentó en el asiento del copiloto. Observó a Chase rodear el vehículo y se sentó a su lado.

Chase encendió el motor y lo primero que hizo fue poner la calefacción. El termómetro marcaba tres grados bajo cero. Por suerte, la calefacción era rápida y en pocos minutos ya pudieron desabrocharse los abrigo.

—Debes estar helándote con el vestido —comentó sin mirarla atento a la carretera, pues la nevada con la velocidad del vehículo se hacía más intensa y los parabrisas no daban más de sí.

—Estoy bien —comentó ella—. He cogido frío solo en los pies.

Chase pulsó un botón del salpicadero y un segundo después el calor también salía por la parte baja. Se giró y la observó. Dana le había hecho una pregunta muy directa. ¿Estarían hablando sobre si ella estaba de acuerdo con la nulidad? Estaba claro que algo había, de lo contrario, ¿por qué iba Dana iba a hacer aquella pregunta? Sin embargo, ella había sido la primera que había hablado sobre aquello, sobre anular lo ocurrido aquella noche, se había mostrado nerviosa y aquella misma tarde había firmado los papeles rápidamente, casi sin dudar. Pero la pregunta de Dana...

Una ligera esperanza asomó en sus pensamientos. Aquello era un lío, cierto, ni siquiera se lo había planteado, pese a que Abby le gustaba jamás se había imaginado casado con ella, pero debía admitir que aquella última semana había sido la mejor de su vida.

La miró de reojo, aún con cierta duda. Puede que fuese a cometer el error más grande de su vida, ella era su compañera de trabajo, deberían verse de seguido, pero... si algo sensato había dicho Dana era que debían hablarlo. No podía quedarse con aquella espina clavada en el pecho.

Tragó saliva mientras estiraba la espalda y apoyaba su cabeza en el reposacabezas.

—Lo que ha dicho Dana... —comentó sin mirarla. Ella se giró levemente, con un movimiento tenso, aunque sin mirarlo, más bien impresionada porque sacase la conversación—, ¿qué opinas? —preguntó mirándola un segundo.

Abby tragó saliva y se giró hacia la ventana, pensativa. Se encogió de hombros.

—No le hagas caso —respondió nerviosa—, Dana hoy está demasiado emocionada con la fiesta y...

—Claro que le hago caso, Abby —respondió con paciencia. Inspiró con más fuerza y se giró un segundo para observarla—. Solo quiero que sepas que, para mí, no es nada malo estar casado contigo —pronunció al final. Ella lo miró tímidamente—. No quiero que pienses que esta anulación es por ti o porque no me guste convivir contigo. Lo cierto es que... —Y esta vez sonrió—, es bastante divertido.

Ella le sonrió levemente.

—Ya lo sé, Chase —respondió lentamente intentando aparentar tranquilidad, aunque su corazón bombeaba con fuerza.

—De hecho... —Tragó saliva de nuevo. Por Dios, tenía la boca totalmente seca—. He firmado porque has firmado tú, Abby.

En ese momento ella giró su cuello hacia él y lo miró con los ojos muy abiertos. Titubeó unos segundos.

—¿Porque he firmado yo? —preguntó asombrada. Chase la miraba de reojo, con la mandíbula apretada—. ¿Si yo no hubiese firmado tú no...?

Chase negó.

—Por mí no hubiese firmado —respondió con sinceridad. Aquella respuesta la dejó sin habla, en un repentino shock.

Chase la miró, Abby miraba hacia abajo, pensativa. Por Dios, si ella no contestaba iba a morir. Sabía que se exponía sincerándose con ella, pero alguno de los dos debía dar el paso y enfrentarse a la realidad, ya fuese para bien o para mal.

Llevó su mano hasta la de ella, cogiéndosela, lo que hizo que ella observase cómo la tomaba con delicadeza. Abby tragó saliva y elevó su mirada hacia él. Chase esperaba una respuesta.

—¿Y tú? ¿Qué opinas al respecto? —insistió él.

25

Nada más cerrar la puerta la estrelló contra la pared mientras buscaba sus labios y se quitaba el abrigo. Lo arrojó al suelo sin importarle cómo cayese y comenzó a desabrochar el de ella. Sus movimientos eran ágiles, aunque nerviosos.

Abby se sacó las mangas del abrigo, sin separarse de los labios de Chase que la devoraban con una pasión contenida durante días. Cuando su abrigo cayó al lado del de él se cogió a su cuello apretando su cabello entre sus dedos.

Chase besaba mejor de lo que imaginaba. De hecho, ahora sabía la razón por la que no se despegaba de él en todo el vídeo de la boda.

Se sujetó con fuerza a su cuello mientras avanzaban hacia el comedor sin dejar de besarse. Ella caminaba de espaldas mientras él la apretaba con la cintura, así que iban un poco a trompicones, sobre todo cuando ella se quitó los zapatos y perdió de golpe unos centímetros de altura.

—Joer... —susurró Chase agachándose más.

Se estrellaron contra la mesa y ella tuvo que apoyarse un poco para no acabar cayendo.

—Ayyyy...

—Perdón, perdón. —se excusó él sujetándola. La apoyó con cuidado sobre la mesa y se reclinó sobre ella besándola con intensidad.

Ambos habían permanecido en silencio mientras bajaban del vehículo y caminaban hacia el ascensor.

Abby se había quedado pensativa, sin decir nada, evaluando la situación, aunque nada más entrar en el ascensor Chase la había cogido de la mano y la había girado para observarla.

Cuando las puertas se habían cerrado Chase se había acercado y la había

besado suavemente. Puede que ella no se atreviese a dar una respuesta hablada, pero estaba claro cuál era su respuesta porque no pasaron más que unos segundos antes de que colocase las manos en sus hombros abrazándose a él.

El camino del ascensor al piso había sido complicado. No quería separarse de ella, como si le asustase romper el contacto y que ella se distanciase.

Sin embargo, en ese momento, tuvo la certeza de que ella estaba de acuerdo con lo que él había sugerido, y no porque hubiese pronunciado algo sobre ello, sino porque colaboraba en todo lo que Chase hacía, incluso llevó las manos hasta la camisa de él y comenzó a desabrocharle los botones.

Aquello lo alteró aún más y se echó sobre ella mientras Abby desabrochaba el primer botón e iba a por el segundo. En un movimiento acelerado por la excitación la cogió por la cadera y la sentó en la mesa, reclinándose hacia delante.

Abandonó sus labios y fue hacia su cuello mientras Abby seguía quitándole la camisa.

Aquello era embriagador. Puede que en la calle estuviese nevando, pero allí, dentro del piso, el clima era tropical.

Chase bajó su mano hasta la rodilla de ella y comenzó a subirla por debajo del vestido. Escuchó el suspiro de ella y abandonó su cuello para llegar a sus labios mientras ella seguía desabrochando sus botones.

Abby llegó al último botón de la camisa al que podía acceder, pues el resto estaba metido por dentro del pantalón. Tiró un poco de ella y se separó de sus labios para observar. Llevaba un cinturón e iba a desabrochárselo cuando Chase se apartó un poco de ella y se lo desabrochó él mismo con agilidad. Al parecer no quería perder ni un segundo. Extrajo la camisa del pantalón y ella acabó de desabrochar los botones que faltaban.

Abby pasó sus manos por el torso de Chase y fue bajando... Oh, sí, ahí estaban, esos abdominales tan bien definidos... Se recreó unos segundos con caricias y luego posó sus manos en sus hombros retirándole la camisa.

Chase se desabrochó las mangas y ella acabó de quitársela por los brazos.

Chase llevó sus manos hasta la espalda de ella y bajó la cremallera del vestido. Notó cómo la piel se le erizaba mientras Chase la besaba con pasión e iba bajándole el vestido. El hecho de sentir piel con piel fue superior a él. La levantó lo suficiente como para quitarle el vestido y se internó con

facilidad entre sus piernas con un ágil movimiento de cadera.

Paseó sus manos por sus piernas, sus caderas, su cintura y su pecho hasta que llegó a su cuello y la tomó por la nuca besándola con pasión desmedida. No quería dejar ni una sola parte de su cuerpo por explorar, por besar...

Abby permanecía con los ojos cerrados mientras se abrazaba a él. Aquello era realmente excitante. De hecho, era lo mejor que había hecho con Chase hasta el momento. Había volado con él, estado en un spa, luchado cuerpo a cuerpo, jugado al billar y ahora... ahora aquello subía de nivel y el ambiente cada vez estaba más caldeado.

Abby bajó las manos hasta sus pantalones y comenzó a bajárselos mientras Chase ya buscaba en enganche de su sujetador.

Aún le costaba creer lo que estaba ocurriendo, pero sin duda aquello era lo mejor que habían hecho en los últimos años.

Los pantalones bajaron y el sujetador voló por los aires. En ese momento Chase mordió su labio inferior con suavidad haciendo que ella gimiese y apretase sus hombros.

La besó de nuevo con intensidad y la rodeó con sus brazos por las caderas, levantándola.

—Habitación —susurró contra sus labios.

—Sí, mejor que la mesa —aceptó ella mientras se agarraba con fuerza rodeando la cintura de él con las piernas.

Chase avanzó por el pasillo sin encender la luz, con la luz encendida del comedor ya tenía suficiente para ver, además se sabía su piso de memoria.

No tuvieron tiempo ni de quitar la colcha. Fue hasta el colchón y se arrojó con ella. La besó de nuevo y se puso de rodillas. Acabó de desnudarla arrojando su última prenda interior al suelo e hizo lo propio consigo mismo.

Se tumbó sobre ella y separó sus piernas. Abby se abrazó a él y elevó su cabeza para atrapar sus labios. Estaba totalmente entregada a la pasión. Chase respondió al momento y la rodeó con los brazos mientras se incorporaba.

Entró en ella con delicadeza y se quedó quieto unos segundos. Fijó su mirada en los ojos de ella y le sonrió.

—Mola esto de estar casados, ¿eh? —bromeó.

Ella enarcó una ceja y rio.

—Como si hiciese falta estar casados para hacer esto.

Chase la besó de nuevo y comenzó a moverse con lentitud.

—Ya, pero es mejor así... —Se incorporó apoyándose en las manos y comenzó a incrementar el ritmo haciendo que ella gimiese—. Aún lo

estamos... —Susurró antes de incrementar sus movimientos y volver a besarla.

—Ummmhggg —gimió mientras se cogía a sus hombros para acompañarle en los movimientos.

—Así no iremos al infierno —bromeó.

—Chase, por favor, cállate —sugirió ella entre gemidos.

Chase sonrió y se agachó sobre ella. Sujetó su pierna a un lado para coger una buena postura y se movió con más celeridad mientras sus respiraciones se acompasaban.

Abby se removió en la cama y se giró a la derecha. Abrió los ojos lentamente, el sol entraba por la ventana alumbrando toda la habitación. Se pasó la mano por los ojos y se incorporó sobre el colchón al ver que se encontraba sola.

¿Dónde se había metido Chase? Se arrastró sobre la cama y cogió su móvil. Las diez de la mañana. Aquella mañana se habían permitido dormir un poco más, su abuela no iba a despertarlos para desayunar.

Una sonrisa inundó su rostro mientras los recuerdos de la noche anterior volvían a su mente. Aquello había sido una auténtica locura, la locura más grande que había cometido en su vida. Ambos habían firmado los documentos para la nulidad el día anterior y, aquella misma noche, habían hecho el amor.

Estaba enamorada de Chase, no le cabía duda. Podría acostumbrarse a vivir así, pero... el recuerdo de cómo habían formado aquel matrimonio ofuscó sus pensamientos. Ni siquiera eran pareja en su viaje a Las Vegas, solo dos buenos amigos con plena confianza. Por un lado, ya sabía cómo era Chase: el recuerdo de Alexa saliendo de aquel vestuario la hizo ponerse en tensión... por Dios, ¿ahora iba a ponerse celosa? Aquello no era buen síntoma, además, debía tener en cuenta las circunstancias que habían rodeado la creación de aquel matrimonio y los documentos que ya habían firmado para anularlo. Por otro lado, Chase le había dicho que si por él fuese no hubiese firmado la anulación matrimonial.

Le gustaba mucho, pero aquello no era lo que quería. Debía aclararse bien antes de dar el siguiente paso.

Se levantó de la cama mientras se apartaba el pelo de la cara y, en cuanto abrió la puerta, escuchó una música a un volumen muy bajo.

Avanzó por el pasillo hasta el gimnasio. Chase se encontraba sobre la

cinta de correr con los auriculares puestos, de espaldas a ella y mirando por la ventana. En ese momento se fijó en la estampa que se veía desde allí.

Aunque no nevaba todo Nueva York estaba blanco.

La música provenía de los auriculares que llevaba puestos. Se quedó unos segundos mirando su espalda. Uuufff..., aquel era su marido... aún lo era. Se recreó unos segundos en observarlo hasta que Chase tuvo que ver su reflejo en el cristal de la ventana y se giró mientras paraba la máquina de correr.

—Buenos días —comentó risueño mientras bajaba de la cinta y se quitaba los auriculares.

—Buenos días.

—¿Te he despertado? —Se acercó y la besó sin más. Aquello pilló desprevenida a Abby que sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No, me acabo de despertar... pero no por la música, ¿eh?

—¿En serio te acabas de despertar? Quién lo diría... —bromeó al ver su cara de sueño.

Miró a su alrededor, hasta ese momento, aunque había visto el pequeño gimnasio, no se había fijado en la cantidad de máquinas que tenía ahí dentro.

—¿Y tú hace mucho que te has levantado?

—Qué va. Hace media hora. He desayunado un poco y me he subido a la cinta de correr hace unos diez minutos.

—Ahhhh... —respondió mirando hacia la puerta, sin saber qué más decir. Aunque tenía plena confianza con él, por primera vez sintió timidez ante su presencia. Era recordar lo que había ocurrido aquella noche y notaba cómo sus mejillas se sonrojaban.

—¿Has dormido bien? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Abby puso los ojos en blanco. Ahí estaba de nuevo.

—Sí, la verdad es que sí. Tu colchón es muy cómodo...

—Ja... —ironizó Chase mientras daba un paso hacia ella, colocándose en frente—. ¿Y no será por otra cosa? —Y le enseñó los dientes—. Dime, ¿te sientes ya una mujer casada?

Ella tragó saliva. ¿Por qué tenía que ser tan directo? Desde luego nunca iba a poder competir contra él en este tipo de conversaciones... ¿o quizá sí?

—Bueno... —Se encogió de hombros—, no estuvo mal —Y ladeó su cabeza haciendo desaparecer la sonrisa del rostro de él.

—¿Qué? —preguntó absorto y señaló a la pared en dirección a la habitación—. Si gritabas y gemías todo el rato... en algún momento pensé que los vecinos podían llamar a la policía —bromeó.

—No seas tan chulito... —rio ella y se giró hacia la puerta dándole la espada.

Chase la cogió de la mano impidiendo que se alejase.

—¿A dónde vas? —preguntó ansioso.

—A desayunar. ¿Hay café? —preguntó ella con normalidad.

—¿Crees que vas a irte tan ancha después de lo que has dicho? —preguntó divertido.

Ella arqueó una ceja.

—Emmmmm... sí, lo creo —Y le sonrió.

Chase la estudio de arriba abajo y miró hacia la puerta.

—Bien, de acuerdo, vamos a desayunar.

—¿No me has dicho que ya has desayunado?

—Ya, bueno... —dijo rodeándola para salir primero por la puerta—. Me he tomado un café y un trozo de pastel de manzana, pero por la noche hice más deporte de la cuenta —La miró y arqueó una ceja—. Me esforcé bastante, ¿sabes? Aunque te aseguro que puede ser mucho mejor... —Y levantó las dos cejas repetidas veces—. Tengo que recuperar la energía invertida.

Y desapareció tras la puerta. Abby tragó saliva. ¿Mejor? Había bromeado con lo de que no había estado mal...

Abby salió del gimnasio y fue hacia el comedor.

Chase había dejado sobre la mesa una cafetera recién hecha y la tarta de manzana. Cogió el vaso donde se había tomado el primer café de la mañana y lo rellenó de nuevo.

Abby se sentó frente a él y cogió un vaso sirviéndose café.

—Ha nevado mucho esta noche —susurró ella mirando por la ventana.

—Sí —afirmó él—. En el canal del tiempo dicen que esta tarde y noche nevará más. ¿Te apetece salir luego a dar un paseo?

—¿No hará mucho frío?

—Frío va a hacer, seguro. Pero nos abrigamos y ya está.

Dio un sorbo a su café y cerró los ojos unos segundos, saboreándolo.

—Me gustaría ir a mi piso...

—¿Para qué?

—Ya te lo dije, necesito ropa.

—Ya, pero... —comentó intrigado—, luego volveremos aquí, ¿no? —Y se quedó observándola.

Abby lo miró fijamente.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí el fin de semana aunque no esté

mi abuela? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Sí —respondió—. Además, lo de ir a tu piso... —Y chasqueó la lengua—. No me gusta coger el coche con la que ha caído. Si te falta ropa puedes ir desnuda por el piso, no te preocupes, subiré la temperatura de la calefacción y asunto arreglado.

Se atragantó y carraspeó un poco antes de soltar el café sobre la mesa.

Vale, tal y como había intuido Chase quería que se quedase allí, lo cual le parecía fantástico. Lo cierto es que no se le había pasado ni por la cabeza volver a su piso el fin de semana, estaba mucho mejor allí. Pero ¿y cuando su familia se marchase definitivamente? Por Dios, habían firmado la nulidad el día anterior... Aquello la ponía de los nervios. Debía aclarar aquello de una vez por todas.

Dio un sorbo a su café y comenzó a dar golpecitos en el vaso con su uña, haciendo que Chase la mirase confundido. Ella permanecía pensativa.

—¿Ocurre algo?

Ella asintió y lo miró pensativa.

—Tú y yo aún estamos casados... —dijo directamente. Chase la miró sorprendido porque sacase el tema y asintió no muy seguro de lo que diría después—, pero ayer firmamos la nulidad.

—Ajá —comentó intranquilo.

Abby se apoyó contra la silla, mirándolo fijamente, inmersa en sus pensamientos.

—Lo que me dijiste ayer de que por tu parte no habrías firmado... —Se mojó los labios nerviosa—. Estamos fingiendo solo, ¿no? Quiero decir... —reaccionó rápidamente—, lo que ocurrió ayer estuvo muy bien y fue espectacular... —Chase le guiñó el ojo en confianza conforme a lo que decía en ese momento—, pero... los dos firmamos el documento y tu hermano lo entregará. —Suspiró y apartó la mirada de él, perdida en sus propios pensamientos—. ¿Tú quieres esto? —preguntó elevando la mirada hacia él. Chase tragó saliva, ¿estaba hablando en serio? ¿Le estaba preguntando si quería seguir casado con ella? Iba a hablar, pero a Abby le habían dado cuerda—. Porque yo no quiero esto —dijo sinceramente—. Yo... —resopló—, no es la idea que tenía de casarme. —Lo señaló con la mano mientras Chase arqueaba más su ceja—. Quiero decir: ni siquiera éramos pareja antes y, de repente, un día nos despertamos y estamos casados... ¿No crees que es muy precipitado? Ya te dije, el matrimonio tiene mucho valor para mí.

—¿Y acaso no lo tiene lo que ocurrió anoche? —preguntó.

—Claro que sí, pero... la gente hace eso constantemente...

—Sexo, se llama sexo.

—Sí, ya lo sé —Se quejó—. Pero... un matrimonio es diferente —dijo pensativa.

—¿En qué? —preguntó sin comprender.

—¿Cómo que en qué? En que dos personas se quieren, que primero han tenido una relación durante un tiempo y luego se casan cuando están totalmente seguras de que quieren estar el uno con el otro el resto de sus vidas.

Chase suspiró y cogió su café. Abby no llevaba bien el hecho de haberse casado de aquella forma... nada, nada bien.

—De acuerdo, pues no te preocupes. Supongo que en breve mi hermano nos dirá algo para firmar en el juzgado y todo volverá a ser como antes —acabó diciendo.

Ella asintió.

—Ya, pero Chase, que no es por ti...

—Ya lo sé, Abby, ya me lo dijiste —dijo dando un último sorbo al café. Depositó la taza en la mesa y se puso en pie—. Voy a seguir con la cinta. —Y acto seguido se giró y fue hacia la habitación.

No estaba enfadado, sabía que para ella era importante, que seguramente cuando era niña y se imaginaba casándose tenía en mente otra cosa, no acabar tan alcoholizada que se casase con el primer amigo que tuviese al alcance.

Entendía que podía ser una situación complicada para ella.

Una vez anulasen aquel matrimonio le pediría una cita formal, tal y como ella deseaba. Si algo tenía claro era que, aunque ese matrimonio se anulase y fuese como si jamás hubiese existido, le había hecho ser consciente de lo importante que era Abby para él. No pensaba quedarse de brazos cruzados.

Ella quería hacerlo de otra manera, ¿no? Pues lo haría a su manera, pero no iba a dejar que se le escapase. Ya no.

26

Entraron en el piso frotándose las manos. Habían cenado en un bar a un par de manzanas de allí. Era bonito pasear de noche con todo nevado, pero, a medio camino de vuelta, les había sorprendido la tormenta.

Chase cerró la puerta y comenzó a quitarse el abrigo.

—Cielo santo, qué frío —gimió ella frotándose las manos.

—¿No tienes guantes?

—Los tengo en mi piso —informó ella dirigiéndose al comedor.

—Subiré la calefacción un par de grados —comentó Chase dirigiéndose al regulador de temperatura. Subió un par de grados más y se giró para observar a Abby que se había colocado frente a la ventana, sin atreverse aún a quitarse el abrigo—. Ya está.

Ella se abrazaba a sí misma. Quizá no debería haber sugerido lo de ir a cenar fuera, parecía que estaba helada, aunque sabía que en breve entraría en calor.

Caminó hacia ella y apagó la luz para poder observar mejor el exterior a través de la ventana. La nieve comenzaba a caer con fuerza.

Se colocó a su espalda mirando por encima de su cabeza.

—Nos ha ido de poco —susurró él observando la fuerza con la que el viento se llevaba la nieve.

—Sí —Luego sonrió y Chase pudo ver su sonrisa reflejada en el cristal—. Da frío solo de ver la nieve.

—Aquí se está bien, ¿aún tienes frío?

Ella negó.

—No, ya estoy mejor —dijo desabrochándose el abrigo, aunque no se lo quitó.

Debajo llevaba un jersey color verde y los tejanos.

Chase se colocó justo a su espalda y la rodeó con los brazos, acariciándola con ternura. Ella se giró asombrada por aquel gesto, aunque centró su atención de nuevo hacia la ventana, observando los gruesos copos de nieve caer. Era precioso. Las vistas, de por sí, ya eran espectaculares, pero con la nevada más.

Miró un segundo el reloj de muñeca mientras Chase la abrazaba por la espalda. Las once de la noche. En ese momento notó cómo él apoyaba su barbilla en su cabeza.

—¿Estás cómodo? —bromeó.

—Tienes la estatura perfecta para servirme de mirador.

—Cuánto me alegro... —ironizó ella. Se giró levemente, aunque Chase no la soltó del todo—. He visto que tienes una buena videoteca. ¿Te apetece ver una peli?

—No —respondió directamente.

—¿No? —preguntó ella.

Abby se dio cuenta de que Chase la miraba con intensidad, incluso descendía su mirada hacia sus labios. Notó que el corazón se le aceleraba y la respiración se tornaba más rápida. Debía intentar distraerse y no volver a caer en las redes de Chase. Aquello podía complicarlo todo mucho más si se convertía en una costumbre.

Tragó saliva y apartó la mirada de él.

—¿Y por qué no? —preguntó mirando hacia un lado—. He visto que tienes la película... —Se calló cuando él descendió hasta sus labios sin avisar y los besó. Sus labios, a diferencia de los de ella, estaban calientes. Él conseguía una temperatura corporal elevada más rápido que ella. Los besó con suavidad y lentitud, con un cariño y una delicadeza diferente a la que había experimentado el día anterior. Se separó poco a poco y se observaron a los ojos. Abby tragó saliva y recuperó levemente el aliento—, la película... Sully, la del piloto que aterrizó en el río Hudson.

—Mira, se llama el río como yo me apellido... —sonrió Chase—. Y como tú, aún —aclaró.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya, no había caído —respondió—. Como siempre te llamo Chase...

Él le sonrió.

—Prefiero que me llamen por el nombre —aclaró.

De nuevo descendió hasta sus labios atrapándolos sin previo aviso.

La suavidad le hizo estremecer y, sin poder evitarlo, elevó sus brazos

hacia sus hombros rodeando su cuello, agarrándose a él.

Chase la empujó apoyándola contra la pared y sujetó con sus manos la cadera acercándose de una forma indecorosa.

Vale, estaba claro lo que pretendía. La cosa es que a ella también le apetecía.

Se separó de sus labios y lo observó unos segundos. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

“¡A freír espárragos!”, pensó. De todas formas anularían el matrimonio y después ya vería lo que pasaba. Se sujetó con fuerza a él y se puso de puntillas para alcanzar sus labios, pero Chase la sorprendió esquivándola, lo que la dejó totalmente pasmada.

Se miraron unos segundos.

—¿Qué haces? —preguntó ella molesta por su gesto.

Chase la miró y sonrió. Se agachó un poco, la cogió por la cintura y la elevó facilitando que ella rodease con sus piernas su cintura.

La estrelló de nuevo contra la pared e introdujo su mano por debajo del abrigo mientras buscaba sus labios de nuevo.

Aquello era mejor que un simple beso, pensó mientras sentía cómo con un brazo la mantenía sujeta contra la pared y con la otra mano se colaba por debajo de su jersey notando sus caricias en su piel.

Se le escapó un suspiro cuando se besaban, aquellos movimientos de Chase la excitaban más que nunca.

La soltó con delicadeza y le quitó el abrigo. El abrigo cayó al suelo y, esta vez, él mismo se desabrochó la camisa a toda prisa. Ella hizo lo mismo y se quitó el jersey. Chase sabía cómo despertar sus necesidades más primarias, de tal forma que abandonaba la cordura.

Una vez arrojó el jersey al suelo, Chase iba a abrazarla de nuevo cuando ella se desabrochó los pantalones y se puso a la pata coja.

Aquel gesto sorprendió a Chase. Vaya, sí que tenía ganas.

—Perfecto —sonrió él mientras también se desnudaba.

Cuando ella se quitó la ropa Chase la cogió de nuevo por la cintura y la apoyó contra el cristal de la ventana mientras ella enredaba sus piernas alrededor de él.

—Ahhhhhhh —gritó Abby—. Frío, frío... —Se quejó—, ¡el cristal está helado!

Chase sonrió y se alejó del cristal con ella en brazos, aunque parecía que él tenía también bastante prisa. Fue hasta el sofá y se sentó en él con ella a

horcajadas. La atrajo hacia él colocando una mano en su espalda y atrapó un pecho con sus labios.

Abby gimió, acarició su cabello y le besó su cabeza mientras rodeaba sus hombros.

Chase se separó de su pecho y fue a por su cuello obligándola a reclinarse sobre él mientras la cogía por las piernas, acomodándola. Llegó hasta su oreja y la mordió haciendo que se le erizase la piel.

Abby buscó sus labios y se fundió con él.

La levantó un poco y la dejó caer lentamente sobre él, mientras entraba en su interior y un gemido de placer escapaba de los labios de ella.

Chase volvió a besarla mientras ella colocaba la mano sobre su pecho y se apoyaba en él para comenzar a mecerse. Pudo sentir cómo la respiración de él también se aceleraba y un gemido salía a través de su garganta cuando ella comenzó a moverse con lentitud.

Se apoyó contra él mientras Chase la sujetaba por las caderas y la ayudaba en sus movimientos de vaivén.

—Chase —susurró ella—. Deberíamos...

Aunque Chase no permitió que ella dejase de moverse la miró a los ojos.

—¿Qué?

—Deberíamos usar protección, ayer...

—Ya —dijo él mientras plantaba una mano en su trasero para ayudarla a moverse—. ¿No tomas la píldora? —Ella negó.

—¿De dónde has sacado eso?

—Como ayer no dijiste nada pensé que...

—Pues no. —En ese momento Chase se detuvo, como si tomase conciencia de lo que estaban hablando—. ¿Cómo que no me dijiste nada?

—No caí en ese momento —dijo—. Igualmente es imposible que me quede embarazada en estas fechas —explicó.

—Ya —respondió más tranquilo. Sonrió y acarició el cabello de su rostro—. Me encantan los niños, pero es un poco pronto... —bromeó—. A nosotros nos gusta ir rápido, pero con esto preferiría esperar —acabó riendo. La cogió por la cintura y la colocó a un lado del sofá—. No te muevas de aquí.

—¿De aquí? —preguntó ella mientras él se levantaba.

—Me apetece hacerlo en el sofá —dijo mientras iba por el pasillo. Lo escuchó entrar en su habitación.

—¿En el sofá? —preguntó ella totalmente pasmada.

Pocos segundos después él volvía a aparecer en el comedor.

—Es el sofá o la lavadora centrifugando... ¿qué prefieres?

—Estás como una cabra —susurró ella mientras él se sentaba a su lado.

—El sofá entonces, ¿no? —pronunció mientras acababa de ponerse el preservativo.

Ella fue a sentarse encima de él cuando Chase la empujó haciéndola caer sobre el sofá y se situó encima de ella. Le hizo abrir las piernas con las suyas y cogió su mano colocándola por encima de su cabeza, entrelazando sus dedos.

—Esta mañana dijiste que no había estado mal... —pronunció con cierta provocación, como si aún le molestase. Ella arqueó una ceja y asintió, retándolo. Entró en ella con bastante brusquedad haciendo que ella apretase su mano contra la de él. Se echó del todo encima y besó sus labios un segundo—. Veamos qué tal ahora —dijo antes de comenzar a moverse.

La nevada había sido constante desde la noche anterior. Cuando se habían levantado Abby había puesto un par de lavadoras con ropa suya.

Después de que Chase hubiese pasado otra hora en el gimnasio y después de comer, sobre las cinco de la tarde, se habían puesto a ver una película.

Abby se quitó las manos de la cara y miró a Chase mosqueada.

—No sé por qué tenemos que ver esta película —gimió.

Chase la miró de reojo y rio.

—Vamos, está calificada como película de culto. —Ella negó—. Venga, no me negarás que es original.

—Lo estoy pasando mal —gimió ella tapándose el rostro.

Chase resopló.

—Pues hay ocho películas de *Saw*.

—Prefiero una comedia. Nunca me han gustado las películas de miedo.

Chase mantenía la mirada fija en la pantalla.

—¿Por? ¿Tienes pesadillas luego? —preguntó colocando una mano en su pierna—. No te preocupes, Chase está aquí —bromeó. Esta vez fue ella quien resopló—. Venga, luego eliges tú la película que quieras.

Abby miró de reojo la pantalla y cerró los ojos mientras otra sádica escena la hacía enmudecer.

—Prefiero una comedia o una romántica.

—Románticas no tengo —aclaró él—. Y comedia alguna que otra.

—¿Acción? ¿Thriller?

—Sí, de esas sí...

Cuando el protagonista volvió a gritar Abby se levantó desesperada y fue en dirección al pasillo.

—¿Adónde vas? —preguntó él desde el sofá.

Abby fue hacia la habitación y cogió el móvil que estaba cargándose, aunque al elevar la mirada vio el jacuzzi. Cuando se había duchado lo había hecho en el lavabo grande, en la ducha, pero el jacuzzi aún no lo había usado.

Se asomó al pasillo.

—Oye, ¿puedo usar el jacuzzi?

Chase bajó un poco el volumen de la televisión para escucharla bien.

—Puedes usar lo que quieras, no tienes que pedirme permiso. —Se giró hacia la puerta—. ¿No quieres ver el final de la película? Es de lo mejor.

—No, ya he tenido suficiente. Prefiero meterme en el jacuzzi —comentó con una sonrisa inocentona.

—De acuerdo —contestó desde el comedor.

¡Perfecto! Eso era lo que necesitaba después de la tensión de la película. No quería ni saber cómo acababa, ya había sufrido bastante.

Miró el móvil. Tenía un mensaje de su madre.

Mami: Hola, ¿nieva mucho por allí?

Mami: Teníamos pensado salir hoy de aquí, pero nieva mucho y será imposible.

Abby tecleó energicamente.

Abby: Hola

Abby: Sí, aquí también nieva mucho. No para desde ayer.

Su madre se puso en línea.

Mami: Mañana te aviso cuando vayamos a salir, al final con este tiempo nos quedamos un día más.

Abby: De acuerdo, venid con cuidado.

El reloj marcaba las seis y cuarto cuando acabó de llenar el jacuzzi y le echó un buen chorro de jabón formando una capa de espuma. Desde que había disfrutado el spa en Las Vegas estaba deseando volver a uno. Aquello podía rebajar la necesidad que sentía.

Se quitó la ropa y se introdujo en el agua caliente mientras un suspiro de placer escapaba por su boca.

—Se está a gustito, ¿eh? —preguntó Chase desde debajo del marco de la puerta.

Abby abrió los ojos.

—Chaaaaase —Se quejó mientras colocaba la espuma sobre su cuerpo.

Entró en el cuarto de baño cruzándose de brazos.

—Que ya te he visto desnuda —Le recordó sentándose en el borde del jacuzzi.

Ella lo miró un poco irritada, aunque al fin y al cabo tenía razón.

—Mi madre me ha dicho que saldrán de allí mañana lunes —explicó.

—De acuerdo.

—¿No vas a ver el final de la peli?

—No, ya le ha visto muchas veces. —Ella hizo un gesto de desagrado—.

¿Te apetece salir a pasear dentro de un rato?

—¿Con la que está cayendo? —preguntó sorprendida.

—Es bonito caminar bajo la nieve.

—¿Acaso quieres ponerte enfermo? Prefiero quedarme aquí, relajada.

—Podemos salir a hacer un muñeco de nieve, puede ser divertido — insistió con una sonrisa.

Aquello le gustó más.

Una hora después Chase le ponía dos ramas finas que habían caído de los árboles al muñeco de nieve.

—Tienes que subir más el brazo derecho —rio ella al ver que estaba más bajo que el izquierdo.

Chase sacó la ramita y la subió un poco más.

—¿Así?

—Perfecto —comentó divertida.

Chase le había puesto la bufanda al muñeco de nieve, dos piedras por ojos, una más alargada por nariz y una ramita verde como si fuese una sonrisa.

—Le falta el gorro —comentó acercándose a Abby para observar el muñeco desde allí. La miró con una sonrisa mientras metía las manos en los bolsillos de su abrigo—. Tienes la nariz colorada.

Abby cogió el móvil e hizo una fotografía al muñeco.

—Es que hace mucho frío. ¿A qué temperatura debemos estar?

—Supongo que a tres o cuatro bajo cero —explicó él.

Sonrió al ver la fotografía.

—Ha quedado muy gracioso —rio Abby.

—Soy bueno con las manos... —Y miró a Abby enarcando una ceja, ella también enarcó una ceja en señal de respuesta. Chase se echó un poco sobre ella—. ¿Quieres que te haga entrar en calor? —preguntó directamente.

Ella entornó sus ojos hacia él unos segundos, observando aquella mirada que prometía placeres y una sonrisa traviesa. Tragó saliva y apretó los labios pensativa.

Dos minutos después entraban por la puerta de su piso abrazados, chocando con la pared del pasillo. ¿Por qué no podía estarse quieta? Su cuerpo no dejaba de traicionarla.

—Esto no... no es bueno —susurró ella contra sus labios.

—Claro que lo es. Es lo mejor contra la hipotermia —contraatacó mientras le quitaba el abrigo y colocaba las manos en su cintura atrayéndola hacia sus caderas.

—No... no me refería a... eso... —Logró articular entre beso y beso.

No hubo más palabras. Chase se quitó el jersey y cuando aparecieron las tabletas de chocolate se rindió al deseo y a la pasión.

Estaba claro que no era buena idea, ni la primera vez que había ocurrido ni la segunda... pero como se solía decir: “No hay dos sin tres”.

Se habían reunido en el piso de Chase para celebrar el día de Navidad. Madison había estado con ellos desde su llegada hacía dos días. El viaje hasta Nueva York había durado cuatro horas y media, el doble casi de lo que se solía tardar, así que cuando su abuela había llegado al piso no había tardado en irse a dormir y ellos dos en encerrarse en la habitación. La rutina de levantarse a las nueve para desayunar también había regresado con la presencia de la abuela. Madison estaba encantada de prepararles el desayuno y poder compartir ese rato con ellos.

La mañana del veinticinco los tres habían comenzado a preparar lo que sería la cena de Navidad. A las ocho de la tarde acudirían sus padres y cenarían juntos en su piso.

La preparación de la cena la dirigía Madison. El menú iba a ser el tradicional: pavo, puré de patatas con salsa y pasteles salados.

Mientras Madison preparaba la cena Abby y Chase se habían encargado de hacer el ponche de huevo a base de leche, crema, azúcar, huevos batidos y brandy.

—No eches más —susurró Abby a Chase al ver que le echaba un poco más de brandy.

Chase la miró sonriente y le guiñó el ojo.

—Venga, Abby —bromeó en un susurro—, que con suerte renovamos los votos matrimoniales esta noche.

Ella arqueó una ceja y miró a su espalda donde su abuela preparaba el pastel de patata, ajena a la conversación de ellos dos.

—Muy gracioso —dijo cogiendo la jarra que habían preparado y metiéndola en la nevera. Se acercó un poco más—. Oye, ¿no celebras la Navidad con tu hermano? —preguntó con cautela.

Él se encogió de hombros.

—Sí, me invitan siempre a cenar, pero este año le he dicho que la iba a celebrar contigo y no ha insistido. —La miró seriamente—. A mi hermano y a mi cuñada les caes bien. —Ella le sonrió—. Este año iré a celebrar el fin de año con ellos.

—¿No lo sueles celebrar con ellos?

Él negó.

—No. Suelo celebrar la cena de Navidad y el fin de año salgo con mis amigos. —Se encogió de hombros—. Este año lo celebraré con ellos y después me uniré a la fiesta. ¿Y tú? ¿Qué sueles hacer?

—Suelo ir con Dana, Declan y Ruby, y este año creo que viene también Dave. —Puso cara de desagrado—. Me va a tocar estar de aguantavelas.

—Puedes venirte conmigo si quieres. Te lo pasarás bien. Nos solemos juntar en un bar a un par de manzanas de aquí, es de un amigo mío.

—Ahhhh... parece un buen plan —indicó.

Su abuela se acercó.

—¿Ya está hecho el ponche? —preguntó animada.

—Sí —respondió ella.

—Vale, pues voy a hacer los pasteles salados y ya estará todo. —Miró el reloj de la cocina—. Son las seis y media, ¿podéis preparar la mesa? Así ya lo dejamos todo listo.

—Claro —respondió Chase.

Cogieron los vasos y la vajilla y comenzaron a prepararla mientras su abuela encendía el horno.

—¿A qué hora cogen el vuelo tus padres y tu abuela mañana?

Abby colocó las servilletas dobladas y los cubiertos encima.

—A las seis.

Chase fue colocando los platos.

—Podrían venir a comer y luego ya los llevamos al aeropuerto. ¿Te parece bien?

Abby le sonrió y asintió.

—Sí, claro, gracias.

Él le devolvió la sonrisa mientras acababa de poner la mesa y luego la observó.

—Nunca había tenido tanta gente a cenar en el piso.

Ella fue hacia él.

—¿No invitas a tus amigos?

Chase se encogió de hombros.

—Alguna vez, pero normalmente salimos por ahí.

—Ah. —Ambos se quedaron mirando hasta que Abby fue quien hizo una sonrisa traviesa—. ¿Y no te traías a las niñas?

Chase arqueó una ceja y se acercó con una sonrisa bravucona.

—¿Te interesa ese dato? —Le susurró. Ella se encogió de hombros—. Pues sí —respondió al final—. Me he traído a unas cuantas —Y sonrió más.

Ella chasqueó la lengua justo cuando su abuela entraba por la puerta.

—Ya he metido los pasteles en el horno. En veinte minutos estarán listos. —Juntó las manos a la altura de sus labios—. ¡Ohhh! Qué mesa más bonita —dijo emocionada.

A las ocho sus padres llamaron al timbre. Su madre llevaba varias bolsas que dejó en una esquina del comedor.

Chase volvió a llenar los vasos de ponche. Oliver elevó su mano.

—Propongo un brindis. —Todos lo miraron sonrientes—. Por el nuevo miembro de la familia, Chase. Estamos muy felices de que formes parte de nuestra familia —dijo sonriente—. Espero que podamos repetir muchos años estas reuniones.

Abby miró de reojo a Chase, el cual elevó su copa con normalidad.

Todos bebieron y Abby fue quien se levantó.

—Voy a por los pasteles...

—Te ayudo —respondió Chase levantándose.

Molly se puso en pie, pero Abby la disuadió.

—No, mamá, ya vamos nosotros. Tranquila.

Su madre se sentó con una sonrisa mientras ellos dos se dirigían a la cocina. Su abuela había dejado los tres tipos de pastel sobre el mármol, en bandejas.

Chase se colocó al lado de ella y los observó.

—Qué buena pinta tienen... —susurró.

—Como todo lo que hace mi abuela —Y le sonrió.

—Sí, en eso tienes razón. —Ella cogió la bandeja, pero Chase le cortó el paso—. Una cosa... —comentó bajando más la voz, ella lo miró expectante—. Mañana, cuando se vayan...

—Chase, hablamos luego. Esto pesa —comentó mostrándole los pasteles.

—Dame —dijo cogiéndoselos—. Jolín con tu abuela, los ha rellenado a base de bien —comentó comprobando lo que pesaban—. Lo que te decía, mañana cuando se marchen...

—¿No podemos hablar de eso luego?

Él chasqueó la lengua.

—Preferiría ahora. Después del brindis de tu padre me ha hecho pensar...

—¿Has pensado? —Se burló—. Guauuuuuu...

—No te hagas la graciosa —La cortó él. Resopló y miró hacia la puerta

—. ¿Qué vas a hacer? —acabó preguntando.

—¿Hacer de qué? —preguntó ella con impaciencia.

—¿Te vas? ¿Te quedas?

Ella lo miró y tragó saliva.

—¿No podemos hablarlo luego? —insistió esquivándolo.

—Quería saberlo ahora —contestó de mal humor mientras ella salía por la puerta.

Abby volvió al comedor donde su madre había colocado varias bolsas sobre la mesa. Chase la siguió depositando los pasteles en el centro.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Abby inquieta.

—Es Navidad, cariño —dijo con alegría.

—Ya, pero...

Chase colocó una mano encima de su hombro.

—Ahora vengo. —Y se fue por el pasillo mientras Molly miraba el interior de las bolsas con emoción.

Le sorprendió ver que Chase también volvía con unas bolsas. Se colocó al lado de Abby con una sonrisa, aunque ella lo miraba con incredulidad.

¿Había comprado unos regalos para su familia? Tragó saliva y miró a Chase asombrada.

—Os hemos comprado una tontería... —dijo su madre. Y le tendió la bolsa a Abby—. Es para los dos —Y dio unas palmadas.

Abby tragó saliva y cogió la bolsa que pesaba lo suyo, colocándola sobre una de las sillas. De vez en cuando miraba también hacia la bolsa que había traído Chase.

—Si no os gusta podéis cambiarla —comentó su madre.

—¿Es una colcha! —acabó diciendo su abuela con mucha emoción.

—¡Mamá! —gritó Oliver cuando Madison no pudo contenerse.

—La bordé con vuestros nombres el día antes de venir —dijo emocionada.

Abby la abrió. La colcha era preciosa, seguramente hecha a mano ya que era de patchwork, con retales de muchos colores, verde, amarillo, rosa, azul... pero todos colores suaves. En el centro, tal y como su abuela había explicado,

había bordado los nombres de Chase y Abby.

—Qué bonita —susurró Abby maravillada.

De siempre le habían gustado aquellas colchas, aunque tragó saliva y miró a los ojos a Chase. Aquella colcha llevaba el nombre de los dos.

—Muchas gracias —comentó Chase, pues Abby, de nuevo, se había quedado sin palabras.

—Es muy calentita —comentó su abuela—. Así no pasaréis frío —bromeó ella.

Chase rio.

—Y esto también es para vosotros —dijo Molly dándole otra bolsa a Chase que la cogió de inmediato—. Si no os gusta podéis cambiarlo.

En esta ocasión Chase fue quién abrió el paquete. Se trataba de un bonito centro de mesa de cristal.

—Quedará muy bonito aquí en la mesa, he visto que no tenéis nada —remarcó su madre.

Chase asintió con una sonrisa. Los padres de Abby tenían buen gusto.

Abby lo cogió entre sus manos, el centro de mesa brillaba por la luz que emitía la lámpara, realmente era precioso.

—Bien, nuestro turno —comentó Chase colocando la bolsa en la mesa y mirando a Abby con una sonrisa. Le dio un paquete donde ponía Abuela. Ella lo miró asombrada y miró hacia su abuela que parecía intuir que aquel regalo era para ella. Abby volvió a mirar a Chase sin creérselo y este le indicó con un movimiento de cabeza disimulado para que se lo entregase.

—Este es para la abuela —informó Abby.

—Ohhhhh —dijo Madison poniéndose de pie, emocionada.

Lo cogió y lo colocó sobre la mesa. Tanto Molly como Oliver miraban a la joven pareja emocionados.

Abby miró de nuevo a Chase, aún sorprendida por aquel detalle. Chase era realmente encantador con su familia.

—Gracias —Le susurró con una mirada cargada de ternura.

Él se encogió de hombros mientras le devolvía la sonrisa.

—Oh, ¡qué bonita! —exclamó Madison cogiendo entre sus manos una preciosa ensaladera de porcelana con la pintura de unas flores—. Cuando vengáis a Mineápolis os voy a hacer una buena ensalada... —Chase iba a hablar, pero Madison le interrumpió—. Y pasteles... pasteles también.

Chase asintió mientras, en este caso, él cogía un paquete de la bolsa y lo sacaba. En el paquete ponía Molly. Se lo entregó directamente a ella.

Su madre abrió la caja emocionada y sonrió en cuanto lo vio.

—Un juego de té —comentó con una sonrisa. Consistía en cuatro tacitas y una tetera. Lo cierto es que era muy bonito y tenía decoración china.

Chase le entregó un paquete a Abby donde ponía el nombre de Oliver para que ella misma se lo entregase.

—Toma, papá.

—¿Para mí también? —preguntó el hombre emocionado.

—Es una tontería. No sabíamos qué coger —informó Chase sentándose. Abby le sonrió al incluirla en la frase, como si aquello fuese cosa de los dos.

—Oh, vaya —exclamó cuando abrió la cajita. La depositó sobre la mesa y extrajo una pluma estilográfica—. Y lleva mi nombre. —Sonrió a los dos—. Muchas gracias.

—Son unos regalos muy bonitos —dijo su madre emocionada mirando a Chase con una gran sonrisa.

No había duda, Chase se había ganado el corazón de toda su familia, aunque, ¿cómo no iba a hacerlo?

Su madre se acercó y le dio un abrazo, luego miró a su hija y le cogió la mano.

—En verano os quiero allí, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron, aunque débilmente.

—Qué pena tener que irnos mañana ya —dijo Madison apenada.

—Hemos pensado que —intervino Abby mientras se sentaba a la mesa—, como Chase tiene un vuelo mañana por la mañana, llegará sobre la una del mediodía...

—¿Tienes un vuelo mañana? —preguntó Oliver.

—Sí, pero es de corta duración. Sobre la una espero estar aquí.

—¿Madrugas mucho? —preguntó la abuela.

—Tengo que estar a las seis en el aeropuerto —respondió.

—Oh, vaya... —dijo Madison asombrada mirando el reloj de la estantería—. Pues son las diez y media.

—Pero hemos pensado que podéis venir a comer aquí y así os llevamos ya directamente al aeropuerto —acabó la frase Chase—. Os enviaré un taxi para que os pase a recoger por el hotel.

Su madre negó.

—No te preocupes, ya pedimos nosotros el taxi —rio Molly.

—¿Os parece bien si pedimos unas pizzas para comer mañana? —preguntó Abby.

—Claro, estupendo —dijo su madre.

—Aquí cerca hay un restaurante italiano —explicó Chase que miró a Abby—. Si se piden por teléfono las tienen listas en media hora para pasarlas a buscar. —Abby asintió. Chase miró a Madison mientras cogía un trozo de pastel salado—. Voy a probar.

—Come, come... —Lo animó Madison.

Se acomodó en la cama echándose el nórdico por encima. Habían llevado a sus padres al hotel y, de nuevo, su abuela se había ido a dormir antes de que ellos volviesen.

Aquella velada había sido increíble, era como si el falso matrimonio con Chase hubiese unido más a la familia, o al menos así era como lo sentía.

Estaba claro que sus padres y su abuela lo adoraban. Aquello le producía felicidad y pena a la vez. Los dos habían sido muy amigos desde que se habían conocido y sabía que aquello no cambiaría, pero, en parte, el firmar aquella nulidad le producía tristeza.

Tenía sentimientos encontrados. No quería algo así, no quería un matrimonio forjado en una noche loca en Las Vegas, ella siempre había soñado con su boda, con vestir un hermoso vestido blanco, con que su padre la acompañase al altar... Aquello no había sido real, solo un simple espejismo. Por otro lado, la convivencia con Chase era tan sencilla y, a la vez, se sentía tan querida...

Chase llegó hasta la cama y se metió.

—Las doce de la noche —pronunció—. Suerte que mañana es un vuelo corto.

Abby se puso de lado y lo miró con una sonrisa.

—Vas a necesitar una buena taza de café.

Él se encogió de hombros.

—He dormido mucho estos días, no pasa nada. Además, el vuelo es ida y vuelta a Washington D.C, apenas una hora de ruta. No es nada. —Se acercó un poco más a ella y pasó su mano sobre su mejilla apartando un mechón de cabello rubio—. Abby —susurró más serio—, ¿qué quieres hacer mañana? —preguntó directamente.

Ella apretó los labios intimidada por la pregunta. Por un lado, deseaba quedarse allí, pero por otro sabía que a la larga sería peor. Nunca era bueno comenzar la casa por el tejado, aunque el hecho de que Chase se lo preguntase

por segunda vez esperando una respuesta le hacía dudar más de la cuenta.

Tampoco sabía lo que realmente él quería. Intuía que quería que se quedase, de hecho, se lo había dejado muy claro cuando le había dicho que por él no hubiese firmado la nulidad. Sin embargo, ambos habían firmado y esperaban a que llegase la notificación para ir a firmar al juzgado y conseguir la nulidad matrimonial. ¿Qué iban a hacer respecto a eso? Aquel era un paso importante y él tampoco se lo aclaraba del todo.

—No lo sé. —Lo miró pensativa—. No quiero molestar...

—¿Molestar? —preguntó divertido—. Tú no molestas.

—Ya, bueno... —dijo sin saber qué más responder.

Chase la miró pensativo y pasó una mano por encima de su cadera, acariciándola. Se incorporó levemente sobre ella para mirarla a los ojos.

—Te propongo un trato... —Ella lo miró de reojo, pero no dijo nada—, ¿qué te parece si te quedas aquí hasta que llegue el día de firmar la nulidad?

Abby parpadeó varias veces.

—¿Hasta que firmemos la nulidad? —preguntó—. No sé si es buena idea...

—¿Y por qué no? —preguntó como si no entendiese su negativa—. Los dos somos adultos, sabemos lo que va a ocurrir, ¿no? Los dos tenemos claro lo que pasó y que hay que seguir —La miró fijamente—. ¿Tú estás aquí a gusto conmigo?

—Claro que lo estoy —respondió directamente.

—Pues ya está —respondió con una sonrisa—. Además, empiezas a trabajar pasado mañana y desde aquí te coge más cerca la base —acabó diciendo para convencerla.

—Ya, Chase... —continuó ella no muy convencida—, pero ¿y cuándo firmemos la nulidad en el juzgado qué?

—¿Por qué le das tantas vueltas? Es una simple firma... —contestó sin darle mayor importancia—. Es anular lo que hicimos bajo las influencias del alcohol —Le recordó—, por el resto, que yo sepa, desde entonces ninguno de los dos ha vuelto a beber, ¿no? —Enarcó una ceja—. ¿O es que llevas una petaca bajo este pijama tan horrible? —bromeó.

Ella golpeó su hombro.

—Una no... —susurró contra él—, llevo un par —acabó bromeando.

Él sonrió contra sus labios.

—Ya me parecía a mí... —continuó con la broma mientras descendía hasta sus labios. Los besó con suavidad, recreándose en el momento y se

distanció unos centímetros—. Mañana cuando tus padres cojan el vuelo vamos un momento a tu piso y coges lo que necesites. —Sonrió y volvió a besarla antes de que respondiese.

Introdujo la mano por debajo de la parte superior de su pijama y acarició su piel sin apartarse de sus labios. El beso comenzó a ser más posesivo mientras ella elevaba su mano hasta la nuca de él para acariciarla.

Chase se apartó un segundo de sus labios y miró a Abby a los ojos. Ya conocía perfectamente aquella mirada.

—Mejor que no —susurró ella—. Mi abuela nos puede oír.

—Qué va, Madison ya está dormida —comentó Chase mientras comenzaba a bajar los pantalones del pijama de ella—. Igualmente seremos silenciosos —dijo divertido.

—Ammmm... madrugas mañana —Le recordó mientras le facilitaba el trabajo elevando levemente las piernas para que pudiese quitarle los pantalones.

—Silenciosos y rápidos —concluyó colocándose sobre ella y besándola—. Mañana ya me tomaré mi tiempo —acabó diciendo mientras la besaba de nuevo con más intensidad que la vez anterior.

28

Ni siquiera se había despertado cuando Chase se había ido.

Aquel día al menos no nevaba, lo cual la tranquilizaba bastante dado que él estaba en ruta y sus padres debían coger el avión en un par de horas.

Puso los vasos sobre la mesa junto a su madre y miró el móvil.

Chase: Voy para casa. Estoy allí en diez minutos.

Chase: ¿Has pedido las pizzas?

Abby sonrió y miró a su familia.

—Chase viene hacia aquí. —Se puso el abrigo y cogió el bolso—. Voy a buscar las pizzas y vengo enseguida.

—¿Te acompaño? —preguntó su madre.

—No, no hace falta. Hace frío y además así voy más rápida —dijo colgando su bolso en el hombro.

Su padre se había sentado junto a su abuela en el sofá del comedor y veían la televisión.

—Vuelvo enseguida —dijo cogiendo las llaves y saliendo por la puerta.

Fue hasta el ascensor y bajó a la planta baja donde saludó al portero. Aunque no nevaba hacía mucho frío, aquello era un congelador. Por lo que había visto en las noticias en esos momentos se encontraban a una temperatura de menos dos grados.

Subió el cuello de su abrigo a la altura de su boca y caminó con la cabeza agachada hacia la pizzería. Chase le había indicado la noche anterior dónde se encontraba y el número de teléfono. Por suerte no estaba lejos y en unos cinco minutos entró en el local.

Había un par de personas por delante, al menos allí se estaba bien y hacía

calor por los hornos. Se sentó en unos taburetes y cogió el móvil.

Abby: Estoy en la pizzería.

Olía extremadamente bien allí dentro, de repente se había dado cuenta del hambre que tenía.

Aquellos días con su familia estaban siendo estupendos y creía que en parte se lo tenía que agradecer a él.

Escuchó que su móvil sonaba y miró la pantalla: “Chase”.

Lo llevó a su oído.

—Hola.

—Hola, ¿sigues en la pizzería? —preguntó.

—Sí, aquí estoy. Supongo que no tardarán en darme las pizzas. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Muy bien. Voy para la pizzería. ¿Tu familia está ya en el piso?

—Sí.

En ese momento el pizzeró dijo su nombre.

—Yo —respondió ella dirigiéndose a la barra—. Te dejo, Chase —pronunció hacia el móvil—, ya están las pizzas.

—De acuerdo. Ahora nos vemos.

Colgó y pagó la cuenta con la tarjeta. El pizzeró metió las cuatro pizzas en una bolsa y se la entregó para que la llevase sobre los dos brazos. Era como llevar una estufa encima, era agradable el calor que desprendían las pizzas recién horneadas.

—Gracias —dijo dirigiéndose a la puerta.

Uno que esperaba su turno abrió la puerta para ayudarla y justo en ese momento Chase apareció al otro lado.

—Hola —Sonrió hacia ella cogiendo las pizzas que cargaba.

—Hola —contestó ella.

—Qué calentitas están —dijo—, y qué bien huelen. Tengo un hambre... —Observó las cajas—. ¿Has cogido solo cuatro? —preguntó sorprendido.

—Sí, mi abuela, mi madre y yo con una o una y media tenemos bastante. El resto os las podéis comer entre mi padre y tú —bromeó ella.

Él sonrió.

—¿Hace mucho que están en el piso?

—Desde las once aproximadamente. —Caminó al lado de él—. No me he dado cuenta de cuando te has marchado esta mañana.

—Ya, estabas dormida y no he querido despertarte —comentó—. Estabas tan mona.

Ella puso los ojos en blanco.

Caminaron la distancia hasta el edificio y entraron al portal. Saludaron al portero y cogieron el ascensor.

—¿A qué hora cogen el vuelo?

—A las cuatro y diez —respondió ella mientras pulsaba el botón del ático—. Pero tienen que facturar las maletas...

—Se las facturamos nosotros y así iremos más rápido.

—Ya lo había pensado —respondió ella.

—Así podemos comer más tranquilos. Con que salgamos de aquí a las dos y cuarto hay tiempo de sobra. —Miró su reloj de muñeca sin girar las pizzas—. Disponemos de una hora y cuarto antes de salir.

Las puertas del ascensor se abrieron y Abby fue quien abrió la puerta.

—Ya están aquí —escucharon que decía Madison.

Ambos se encaminaron hacia el comedor, pero lo que encontraron los dejó totalmente atónitos. Tanto su abuela como su madre permanecían medio llorando y su padre los miraba con aspecto serio.

Chase dejó rápidamente las pizzas sobre la mesa, preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Abby acercándose a su madre, aunque su madre se alejó levemente ocultando sus lágrimas y miró directamente a Chase.

Chase tragó saliva y se acercó a Abby.

Algo ocurría, algo serio. Notó cómo el corazón se le aceleraba al darse cuenta de que su padre tenía en la mano un documento que provenía del juzgado.

—Han venido a entregar una citación a nombre de Chase Hudson —indicó el padre entregándosela a Chase—. Por una anulación matrimonial de mutuo acuerdo con Abby Mitchell. —Y miró a su hija.

Abby tragó saliva y miró de reojo a Chase, el cual leía el documento con atención.

Sí, acababan de traer la notificación del juzgado indicándoles que en diez días debían ir a firmar ante el juez.

Ambos se miraron de reojo unos segundos, conscientes de lo que aquello significaba.

Abby miró a su familia, su madre y su abuela intentaban contener las lágrimas, el único que parecía estar sereno era su padre.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó su padre.

Chase miró de reojo a Abby, la cual estaba en estado de shock, sabía que lo significaba aquello para ella, para su familia. Se lo había explicado muchas veces.

Cogió del brazo a Abby acercándola y miró a Oliver.

—Es culpa mía —contestó Chase. Tragó saliva y suspiró—. En el viaje...

—No —Le interrumpió Abby reaccionando en aquel momento. Chase guardó silencio observándola. Ella parecía perdida.

Abby miró a sus padres y a su abuela que esperaban expectantes. De nada servía explicarles una mentira, la notificación era muy clara: los citaba para firmar la anulación del matrimonio y de todas formas iban a separarse, su familia se enteraría igual.

Miró a Chase agradecida y se soltó de su brazo.

—No fue culpa de él —dijo conteniendo las lágrimas.

—Pero... pero... —tartamudeó la abuela—, ¿estáis casados?

—Sí, abuela, estamos casados —admitió ella. Suspiró y miró unos segundos a Chase—. Pero la boda no fue en las condiciones que tenían que ser. —Todos la observaban sin comprender. Abby se mordió el labio al comprender que querían más explicaciones. Suspiró y agachó la mirada—. Bebí aquella noche...

—Y yo... —intervino Chase—. Y nos despertamos los dos en mi habitación... casados.

Su padre dio un paso atrás incrédulo ante lo que escuchaba.

—¿Os casasteis sin ser conscientes de lo que hacíais? —preguntó totalmente pasmado.

Ambos asintieron.

—Sí. Por eso vamos a anular el matrimonio —explicó ella mientras un puchero asomaba a sus labios.

—Y... ¿no... no estaréis casados? —balbuceó su madre.

En este caso Chase dio un paso hacia delante.

—Abby y yo nos conocemos desde hace cinco años... —explicó con suavidad, intentando calmar los ánimos—. Somos muy amigos desde entonces.

—Pero estuvisteis saliendo juntos, ¿no? —preguntó su madre desesperada.

Abby negó.

—No, mamá —sollozó ella—. Nunca hemos estado juntos —indicó.

Su madre dio un paso hacia atrás, llevándose la mano al pecho por la impresión.

—¿Por qué nos mentiste?

Abby tragó saliva.

—Yo... no quería decepcionaros —sollozó—. Dana te envió las fotografías de la boda y... —suspiró—, cuando me llamaste estabais todos tan emocionados que no me atreví a decir la verdad. ¿Cómo iba a decir que... —suspiró—, que me había casado pero que ni siquiera lo recordaba? —La miró con lágrimas en los ojos—. Lo siento mucho.

Tanto su abuela como su madre la observaron con dolor.

Oliver miró a su esposa y a su madre, las cuales estaban totalmente en silencio, intentando asimilar la situación. Aun así, su mujer estaba terriblemente afectada. Miró a Chase y dio un paso hacia él.

—¿Y qué pensabais decirnos después de todo esto? ¿Que lo habíais dejado? —preguntó dolido. Chase inspiró—. ¿Acaso no te hemos tratado bien?

—Al contrario, nadie me había tratado nunca tan bien —contestó sinceramente—. Hacía mucho tiempo que... no tenía una familia así.

Molly avanzó espantada hacia las maletas.

—A la familia no se le hace esto. No se le presenta a un falso marido al que se le coge cariño y luego te das cuenta de que todo era una gran mentira...

—Realmente estamos casados. Soy su marido —comentó con suavidad intentando apaciguar la situación.

—Ya... —contestó Oliver—, hasta dentro de diez días.

Aquello hizo que Chase resoplase.

—Vámonos —dijo su madre cogiendo la maleta.

—No, esperad... os llevamos al aeropuerto —reaccionó rápidamente Abby dirigiéndose en su dirección.

—No —La detuvo su madre señalándola con la mano—. No hace falta —acabó llorando.

—Mamá... —sollozó ella.

Su madre la observó unos segundos más y abrió la puerta del piso sacando una de las maletas. Oliver fue a por la siguiente mientras Chase se removía inquieto y miraba a Abby preocupado.

Madison pasó al lado de Abby y colocó una mano en su brazo en señal de cariño, aun así, tenía los ojos llorosos, e hizo lo mismo con Chase que colocó la mano encima de la de ella un segundo también en señal de cariño.

Cuando la puerta se cerró Abby se quedó mirando hacia allí totalmente pasmada, sin saber cómo reaccionar.

Chase observó cómo una lágrima comenzaba a resbalar por su mejilla.

—Abby —susurró él acercándose. Ella se giró hacia él y tragó saliva—.

Lo siento.

Abby negó.

—No es culpa tuya —sollozó.

—Tampoco tuya.

Sorbió por la nariz y se secó una lágrima de los ojos.

—No les tendría que haber mentado.

Él suspiró y ladeó su cabeza hacia ella.

—No creo que hubiese cambiado nada —indicó él.

Ella se separó de él como si rehuyese de su contacto.

—Siento mucho esto, Chase.

—Abby, los dos somos igual de culpables.

Abby negó y abandonó el pasillo rumbo a la habitación.

—Es mi familia... —gimió.

—Abby —volvió a decir Chase desde el pasillo.

—¿Puedes llevarme a mi piso? —preguntó en un sollozo antes de entrar en la habitación para recoger su ropa.

Chase suspiró y cerró los ojos intentando calmarse.

Sabía lo importante que era para ella lo ocurrido y lo desgarrada que debía sentirse en esos momentos.

Con el tiempo todo mejoraría entre ellos, intuía que esa familia no sabía estar peleada, pero también comprendía el daño que podía haber causado a los padres de Abby y a su abuela. Lo habían tratado con ternura y cariño desde un principio para luego descubrir que estaban planeando una anulación matrimonial.

Todo hubiese sido mucho más fácil si no los hubiese conocido, al menos ahora no se sentiría tan culpable.

—Claro —susurró hacia la habitación por donde Abby había entrado, sin moverse del comedor ni un solo paso.

Chase la había llevado a su piso. Ni siquiera le había invitado a subir, lo único que quería era alejarse de todo el mundo y llorar tranquila.

El recuerdo de la mirada de su madre, de su abuela, incluso de su padre la habían atormentado toda la tarde.

Le había enviado un mensaje a su madre pidiéndole que por favor le

avisase cuando llegasen a casa.

Sabía que ya habían aterrizado y que seguramente ya estarían en casa hacía rato, pero su madre no contestaba. Si al menos Dana no hubiese mandado aquella fotografía no tendría que haber hecho todo esto. O una de dos: admitía delante de toda su familia que aquel matrimonio había sido forjado por el alcohol desde un principio y que se había despertado casada con Chase sin recordar nada de lo sucedido o intentaba lo que había hecho, pero ni para eso tenía suerte.

Chase le había enviado un mensaje hacía una hora preguntándole si sabía algo y cómo se encontraba, pero no tenía fuerzas para responderle.

Paseó por el piso nerviosa y se detuvo en su pequeño comedor. Sin lugar a duda, el piso de Chase era más del doble que el suyo.

Miró el móvil y finalmente reunió el valor necesario para marcar el teléfono de su madre. No quería estar enfadada, no quería postergar esa situación.

Notó que el corazón se le aceleraba cuando escuchó los tonos del teléfono. Se movió nerviosa, sin poder dejar de caminar de un lado a otro. Era el séptimo tono e iba a colgar cuando su madre contestó al otro lado de la línea.

—Hola, ya hemos llegado —respondió secamente.

Abby tragó saliva y se detuvo en medio del salón. La voz de su madre se notaba dolida.

—Sí, ya lo he imaginado por la hora que es. —Fue hasta el asiento y se sentó—. Mamá, lo siento de veras...

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Somos tus padres —exclamó.

—Sí, lo sé. —No pudo aguantar más y rompió a llorar—. Pero no quería decepcionaros más de lo que ya lo iba a hacer. Cometí un error aquella noche...

—No, el error lo cometiste al ocultarnos la verdad —comentó su madre—. Has dejado que conociésemos a Chase, que nos encariñásemos con él... Tu abuela ha estado estos días en su piso y, mientras tanto, vosotros estáis planeando una disolución matrimonial. No lo entiendo...

Abby suspiró.

—Mamá, el día que Dana te envió las fotografías intenté explicártelo, pero tú y la abuela estabais tan felices y a mí me daba... me daba vergüenza explicar lo que ocurrió...

—Ya, y los dos os pusisteis de acuerdo para engañarnos.

Su madre no cedía.

—Sé que he actuado mal y lo siento de veras —repitió.

—Es que Abby, no es solo que te hayas tomado a la ligera todo lo que te hemos inculcado desde pequeña, sino que encima nos has mentido.

—Prefería ahorrarnos ese trago —Se excusó—. Lo hice solo por eso. Soy tonta. Pero, lo cierto, es que estamos casados y somos muy amigos. De hecho, aún es mi marido. Eso no es mentira. Ni la forma en la que os ha tratado Chase a los dos y a la abuela.

Su madre suspiró. En ese momento escuchó la voz de su abuela.

—¿Es Abby? —preguntó Madison. Su madre tuvo que responder con un movimiento afirmativo porque escuchó cómo le quitaba el teléfono de la mano a Molly—. ¿Abby?

Abby cerró los ojos y tragó saliva.

—Hola, abuela. Siento mucho lo...

—¿Cómo estás? —preguntó Madison directamente.

Aquello hizo que Abby abriese los ojos y tragase saliva.

—La verdad, no muy bien...

—Ya, no ha estado nada bien lo... lo que ha ocurrido —acabó diciendo su abuela.

—Lo sé.

—¿Y Chase? —preguntó.

—He venido a mi piso.

—¿A tu piso? ¿No estás con Chase?

—No, abuela, he preferido venirme a mi piso.

—¿Por qué? —preguntó asustada—. Pero si Chase te quiere mucho... —susurró su abuela. Aquello la hizo sonreír y notó cómo su labio temblaba—. La juventud os habéis vuelto muy modernos... —ironizó Madison—, pero el sentimiento del amor sigue siendo el mismo y entre vosotros lo hay, ¿verdad? —Abby no pudo ni contestar al principio, abrió el cajón del comedor y sacó un pañuelo de papel.

—Sí, supongo... —balbuceó.

—¿Cómo que supones? Ay, Abby... —rió su abuela—, eso se detecta enseguida. ¿Qué más da cómo haya comenzado todo? Lo importante es que os queréis. —Madison se giró hacia Molly y Oliver que sacaban la ropa de la maleta—. Todos hemos cometido errores de jóvenes, ¿sabes que tu padre se escapaba de casa por las noches para verse con tu madre?

—¡Mamáááá! —gritó Oliver al escuchar lo que decía.

—¿Te crees que no lo sabía? —Se burló ella reprendiéndole a su hijo. Oliver resopló y puso los ojos en blanco hacia su madre—. Con esto... —continuó Madison hacia el teléfono—, no digo que no esté mal lo que has hecho. Está muy mal —confirmó.

—Lo sé.

—Pero yo sé que no estabais fingiendo... —acabó sonriendo su abuela—. A veces es difícil expresar lo que uno siente. No tengas miedo a hacerlo. —Le parecía increíble que su abuela le estuviese diciendo todo aquello, pero en parte tenía lógica, ella había estado allí con ellos todos los días, los había visto juntos, había visto la confianza que había entre ellos y el trato que Chase les había dado a todos—. Estoy segura de que lo arreglaréis... —Abby asintió lentamente.

—Gracias, abuela... emmmmm... ¿están muy enfadados mis padres? —Se atrevió a preguntar.

—Ya se les pasará —pronunció como si no tuviese importancia—. Por cierto, lo de la borrachera ya lo discutiremos en otro momento... —Abby rio al escuchar aquello—, ahora tengo que deshacer la maleta.

—De acuerdo abuela, muchas gracias y... te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, cariño.

—Diles a mis padres que los quiero...

—Ellos ya lo saben, Abby —pronunció de forma cariñosa—, tranquila... —susurró esta vez en un tono más bajo, como si así no pudiesen enterarse sus padres—, ya me encargo yo de ellos. Quizá a tu padre le venga bien recordar algunos errores de juventud y sus tontas excusas. Vosotros dos aclaraos... supongo que ya tendrás bastante preocupación con eso.

—Gracias —repitió una vez más.

—De nada. Descansa tesoro —Y en ese momento colgó.

Aunque la conversación con su madre había sido horrible su abuela la había calmado. Sabía que Madison intercedería por ella para calmar los ánimos y que con el tiempo aquello quedaría como una anécdota, que todo volvería a su cauce.

Dejó el móvil sobre la mesa y ya más tranquila fue hacia el aseo a darse una ducha. Lo primero de todo era relajarse e intentar ordenar las ideas, tomarse las cosas con calma, no de forma precipitada... Necesitaba relajarse y dejar pasar las horas y los días, de esta forma seguro que veía las cosas mucho más claras y desde otra perspectiva.

29

Nueve días después

Chase cerró el documento en su móvil. Lo recordaba bien, Abby volaba a México D.F. hoy, así que habría aterrizado ya.

Acabó de abrocharse el abrigo y salió del vestuario del aeropuerto.

Llevaba más de una semana queriendo hablar con ella, pero no le cogía el teléfono.

Abrió el privado con Abby y leyó la última conversación que había tenido.

Chase: Hola Abby.

Chase: ¿Cómo estás?

Abby: Bien.

Chase: ¿Has hablado con tu familia?

Abby había tardado en responder casi una hora.

Abby: Sí, ya están más tranquilos.

Abby: Siento mucho lo que ocurrió.

Chase: No digas eso, Abby.

Chase: No es culpa tuya.

Chase: Esto es un asunto de los dos.

Abby había vuelto a quedarse callada. No estaba muy comunicativa y las

veces que le había llamado por teléfono no se lo cogía. Entendía que debía estar triste e incluso avergonzada por lo que había ocurrido, pero lo que ella no entendía es que él también había colaborado en aquella farsa y sentía que había defraudado a personas a las que había comenzado a querer. Los padres de Abby y su abuela habían sido encantadores con él. Aquello era peor de lo que pensaba, pues cada día que pasaba sin poder hablar con ella sentía que se distanciaban y eso era lo que menos necesitaba.

Los dos primeros días la había dejado más tranquila, pues comprendía que necesitaba relajarse y ordenar las ideas, pero ahora ya hacía más de una semana que su familia se había marchado. Había pensado en pasarse por su piso, pero no quería molestarla más de la cuenta, quería hacer las cosas con calma.

Miró el último mensaje que le había enviado aquella mañana.

Chase: Mañana hay que ir al juzgado.

No había respondido, luego, tras ver los horarios de vuelos se había dado cuenta de que hoy le tocaba un vuelo largo.

Chase: ¿Podemos quedar para hablar?

No había respondido.

Sabía que ya había aterrizado, de hecho, su propio vuelo había aterrizado hacía una hora y se había quedado allí a esperarla. Necesitaba hablar con ella urgentemente. Salió del vestuario y fue hacia las oficinas justo cuando vio que Abby se ponía en línea.

Se detuvo en seco esperando a que ella respondiese, pero no lo hacía.

Chase: Estoy en la base.

Quizá, de aquella forma, ella dijese algo.

Fue directo a las oficinas, sabía que en aquel momento estarían revisando el avión y que en breve se dirigirían a las oficinas a firmar.

Subió a la planta superior y se quedó esperando fuera de las oficinas.

Metió las manos en los bolsillos y se acercó a la vidriera desde donde podía verse una de las pistas de aterrizaje. Los vuelos eran continuos, el aeropuerto de Nueva York no descansaba nunca.

Se giró cuando una voz femenina lo sorprendió desde atrás.

—Comandante Hudson —comentó risueña.

Chase se giró, aunque la persona que encontró no era la que deseaba ver en esos momentos.

—Hola, Alexa, ¿qué tal? —preguntó mirando por el pasillo por si veía a Abby.

—Bien, acabo de llegar de un vuelo —explicó—. Todo muy bien, un vuelo muy tranquilo.

—Me alegro —Le sonrió él, aunque no la miraba fijamente.

Alexa asintió y se quedó observándolo.

—¿Qué tal va todo? Hacía días que no te veía por aquí.

Él centró la mirada en ella.

—He tenido unos días de fiesta y luego no hemos coincidido en los vuelos —Se encogió de hombros.

—¿Y las fiestas bien?

—Sí, muy bien.

Ella lo miró con una sonrisa, aunque luego lo observó de forma intrigada.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó ella.

En ese momento Chase parpadeó varias veces y la miró extrañado.

—No, gracias —respondió amablemente.

—Es que como te veo aquí...

—Estoy esperando a una persona —Le indicó mirando al final del pasillo.

—Ahhh... ¿a Abby? —preguntó con inocencia. El asintió—. Me dijiste que no te iba muy bien en tu matrimonio —pronunció rápidamente.

Aquello lo dejó consternado y la miró enarcando una ceja.

—¿Cuándo te dije yo eso?

Ella se encogió de hombros.

—No fue bien, bien lo que dijiste... —aclaró ella un poco tímida—. Me confirmaste que te habías casado en Las Vegas. Te dije que esperaba que te fuese muy bien en tu matrimonio y tú me respondiste que lo dudabas.

Chase seguía confundido. Recordaba haberla visto en las oficinas un día que ella volaba a Dallas, pero no recordaba aquella conversación, aunque en ese momento tenía otras cosas en la cabeza.

Ella se acercó un poco más con una gran sonrisa en sus labios.

—¿Seguro que no te apetece un café o...? —dejó la frase sin acabar.

Chase la escudriñó con la mirada.

—Estoy casado —Le recordó.

Ella se encogió de hombros.

—No pareces muy feliz... —contraatacó ella.

—Te equivocas.

—Ya... —contestó ella no muy segura—. ¿Sabes? He volado a México D.F. con Abby —indicó. En ese momento Chase centró la mirada en ella—. Me parece raro que estés aquí esperándola cuando ella le ha pedido a nuestra compañera... —Y señaló a una auxiliar de vuelo que se dirigía hacia allí—, que firme por ella. Que tenía que irse —Y se encogió de hombros con una ligera sonrisa. Colocó la mano en su hombro—. Vamos, Chase... —susurró acercándose más—, yo puedo alegrarte la noche si...

Chase la apartó de inmediato observándola asustado. Inmediatamente comenzó a avanzar por el pasillo rumbo a la puerta.

—Chaaaaase —Se quejó Alexa.

—No me interesas, Alexa —dijo girándose hacia ella.

—No decías lo mismo el día que nos...

—Ya —contestó mosqueado con ella—, tampoco me interesabas en ese momento —remarcó.

Abrió la puerta del pasillo y salió sin esperar la contestación por parte de ella.

Si algo tenía claro era que Alexa quería algo con él...

La muy... le había hecho perder el tiempo sabiendo que estaba esperando a Abby. Bajó las escaleras y avanzó por el aeropuerto a toda prisa mientras cogía el teléfono y marcaba el de Abby.

Ah, no, de eso nada... esta vez no se le iba a escapar. Necesitaba hablar con ella, saber lo que había ocurrido con su familia.

Se llevó el teléfono al oído, sin dejar de caminar a un paso acelerado, esquivando a todos los recién llegados. Suponía que iría a buscar un taxi.

Notó cómo los músculos se le ponían en tensión cuando sonaba el cuarto tono y ella no lo cogía. ¿A qué venía esto? ¿Por qué no cogía el teléfono?

—Cabezota... —susurró, aunque se detuvo de golpe cuando su mirada voló hacia la de ella, un par de metros por delante. Abby estaba observando el teléfono, parecía estar a punto de responder la llamada, pues tenía el dedo pulgar sobre el botón de descolgar. Aunque se había quedado igual de paralizada que él al verlo allí.

—¿Lo de cabezota es por mí? —preguntó ella arqueando la ceja.

Chase inspiró profundo y guardó el móvil en el bolsillo.

—Debes admitir que un poco sí que lo eres —comentó avanzando hacia

ella.

Abby no se había quitado el uniforme. Miró hacia la puerta de salida a pocos metros de ellos y volvió su mirada hacia ella.

—Te llevo a casa —Se ofreció.

Ella chasqueó la lengua.

—Mejor que no.

Chase la miraba sin comprender nada.

—¿Mejor que no? ¿Por qué? —preguntó. Ella se removió inquieta—. Sigo siendo tu marido, Abby.

—Hasta mañana —remarcó ella.

Chase apretó los labios.

—Sí, hasta mañana —indicó. Suspiró y se colocó frente a ella—. Oye, entiendo que debes estar disgustada con tu familia y... lo siento muchísimo, pero no entiendo por qué me esquivas a mí y por qué no me coges las llamadas.

—Iba a cogértela —Se excusó mostrando su móvil en la mano.

—Llevo más de una semana llamándote —Le recordó, lo que hizo que ella resoplase—. ¿Qué te ocurre conmigo? ¿He... he hecho algo que te haya molestado?

—No —dijo rápidamente.

—¿Entonces? —preguntó desesperado.

Ella tragó saliva, se le notaba nerviosa al abordar el tema.

—Mañana vamos a firmar la nulidad matrimonial...

—Sí, los dos tenemos muy clara la fecha, pero es un mero trámite. Por Dios... —dijo nervioso—, hasta el día antes de marcharse tus padres habíamos acordado que te quedarías conmigo —acabó diciendo con melancolía. Ella se removió nerviosa—. ¿A qué viene esto?

—Chase, mentimos a mi familia y ellos se enteraron, y no precisamente porque lo confesásemos —pronunció ella seriamente—. ¿Lo entiendes? —dijo esta vez como si quisiese aguantar el llanto, lo que le desquició bastante a él—. Y aunque no fue tu culpa y lo hiciste por mí los dos mentimos. —Tragó saliva—. Se lo he explicado cientos de veces a mi madre, a mi padre... que tú lo hiciste por mí, porque yo te lo pedí, e incluso me dijiste que la idea no te gustaba pero... —Alzó los brazos hacia él—. Mis padres se sienten dolidos conmigo... y contigo. Aunque tú no fueses culpable de nada mi madre, mi padre... están dolidos. Les he defraudado Chase, yo sola, pero para mi familia les hemos defraudado los dos y no quiero hacerlo más.

Aquello hizo que irguiese su espalda.

No se lo había dicho textualmente, pero lo veía muy claro. La familia de Abby se sentía engañada tanto por ella como por él y, por tanto, por lo que podía deducir, no verían con buenos ojos que tuviese una relación con él.

Se quedó observándola y dio un paso hacia ella, observándola fijamente a los ojos.

—Tus padres no quieren verme... ¿te refieres a eso? ¿Crees que les costará más perdonarte si estás conmigo? —Ella apartó la mirada de él—. ¿Y tú? ¿Qué quieres tú, Abby? Porque lo que yo quiero lo tengo muy claro.

Abby dirigió su mirada hacia él. Se quedaron observándose unos segundos hasta que ella dio un paso atrás.

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó asombrado.

—Chase... no... no es tan fácil.

Chase la cogió de la mano para que no se alejase.

—Claro que lo es —dijo reteniéndola—. ¿Tú me quieres? ¿O no? —preguntó directamente.

Abby se mordió el labio y resopló. Miró nerviosa a su alrededor.

—Prefiero que las cosas se calmen, necesito...

—Me parece muy bien, por supuesto que se tienen que calmar las cosas, pero esa no es la pregunta. ¿Sí o no, Abby?

Ella apretó los labios ante la mirada preocupada de él.

—Necesito tiempo —acabó diciendo, soltándose de su mano.

Chase inspiró y metió las manos en los bolsillos mientras la contemplaba incrédulo.

Se observaron unos segundos hasta que Chase dio un paso hacia atrás como si se diese por vencido.

—Está bien —dijo alzando las manos hacia ella en señal de rendición—. Como tú quieras —dio un paso hacia atrás—. Pero creo que esa no es la solución.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es? Mis padres se sienten engañados por los dos... dime Chase, ¿qué hago?

—Haz lo que a ti te apetezca —dijo como si fuese la respuesta más obvia—. Si quieres estar conmigo estate conmigo, si no es lo que quieres pues no lo hagas... pero que no sea por miedo a que tu familia pueda pensar mal. Es tu familia y aceptará lo que decidas... te querrán igual, Abby.

Ella lo miró intentando contener un puchero.

—No es tan fácil... —susurró—. Nunca había escuchado llorar a mi madre y ha sido por mi culpa. Le he hecho daño y, aunque no lo quiera, tú has salido también perjudicado...

—Por mí no te preocupes —intentó calmarla. Ella lo miró con lágrimas en los ojos—. Déjame que te lleve a casa y...

Ella volvió a negar.

—Necesito estar tranquila y pensar —susurró—. De verdad que no es nada contra ti Chase, ni contra mi familia... es por cómo me siento yo. Me siento que he defraudado a todo el mundo y...

—Eso no es así —comentó con ternura.

Abby tragó saliva e inspiró con fuerza intentando contener las lágrimas. Lo miró unos segundos y dio otro paso atrás.

—Nos vemos mañana a las once en el juzgado, Chase.

—Abby... —Se quejó él—, por favor no... —Se quedó callado cuando ella comenzó a alejarse. Estaba claro que tenía un lío importante en la cabeza. Sabía que lo mejor era que le concediese lo que pedía. Necesitaba estar sola, relajarse... pero, sobre todo, ordenar las ideas. Aquello le partía el corazón. Se sentía hecho trizas.

La vio salir del aeropuerto y se quedó allí plantado, rodeado de cientos de personas que acababan de llegar procedentes de otros países del mundo y, con todo, se sentía totalmente solo y abandonado.

Su familia lo había acogido con los brazos abiertos, lo habían tratado como a un hijo. Era normal que se sintiesen defraudados con él, dolidos... Aquello lo dejó hundido durante unos segundos, pues sabía que Abby podía sentir cierto recelo a estar con él por ese hecho.

Aun así, no iba a rendirse. Cogió el teléfono y envió un mensaje a Declan, el marido de Dana.

Chase: Hola, Declan.

Chase: Necesito un favor. Urgente.

Declan contestó al momento.

Declan: Hola, comandante, ¿qué tal?

Declan: ¿Ocurre algo?

Chase comenzó a caminar entre la gente rumbo al parquin privado del

aeropuerto.

Chase: Sé que Dana suele hablar con Molly, la madre de Abby.

Chase: Necesito su teléfono.

Declan: ¿Por? ¿Qué ocurre?

Chase apretó su móvil en su mano mientras salía del aeropuerto y se dirigía al parquin privado. ¿Por qué eran tan cotillas?

Chase: Ya te lo explicaré.

Chase: Pero lo necesito ahora.

Declan tardó un poco en contestar.

Declan: De acuerdo. Un segundo.

Chase fue hasta su vehículo a un paso apresurado. En cuanto se sentó en el vehículo arrancó y puso la calefacción.

—Qué frío —dijo frotándose las manos.

Se puso el cinturón justo cuando Declan le contestó con un número de teléfono.

Cogió el móvil y contestó.

Chase: Muchas gracias.

Declan: No hay de qué.

Declan: Pero Dana quiere saber qué ocurre.

Declan: Y yo también.

Aquello lo puso en tensión.

Chase: Ya os lo explicaré.

Chase: Por favor, no le digáis nada a Abby.

Declan tardó un poco en responder.

Declan: De acuerdo. Ya dirás.

Aquello lo dejó más tranquilo.

Chase: Muchas gracias. Os debo una.

Miró el teléfono que suponía sería el de Molly, la madre de Abby, y tragó saliva. No se iba a permitir perder a Abby, al menos haría todo lo posible porque eso no sucediese.

Suspiró y pulsó el teléfono de Molly mientras arrancaba. Notó cómo el corazón se le aceleraba cuando el sonido de la llamada inundó el coche a través del manos libres. Aquella era la mayor locura que había cometido nunca, pero merecía la pena intentarlo.

Se aclaró la voz y tragó saliva cuando la voz de Molly sonó a través de los altavoces.

—¿Sí? —preguntó sin saber quién la llamaba.

—¿Molly? ¿Molly Mitchell? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondió aún sin saber quién había al otro lado de la línea.

Chase suspiró y se armó de valor.

—Hola Molly, perdona que te moleste, pero necesito hablar contigo. Soy Chase.

Hubo un silencio al otro lado de la línea por la sorpresa.

—¿Chase? —preguntó asombrada.

—Sí, le he pedido el número de teléfono a Dana —explicó nervioso. Giró a la derecha y se incorporó a la carretera. Molly no respondió, parecía que le había pillado totalmente por sorpresa, cosa que debía aprovechar—. Primero de todo quiero pedir os disculpas, a Oliver, a la abuela... y a ti. —Inspiró—. Sé que no actué correctamente... pero os aseguro que no fingía con vosotros en absoluto —pronunció lentamente. Escuchó un suspiro al otro lado de la línea—, ni con Abby.

—Chase, ese no es el problema. Nosotros te apreciamos mucho, pero imagínate cómo nos quedamos cuando trajeron la citación —explicó la madre con un tono suave—, nos sentimos engañados por los dos y...

—Señora Mitchell... —interrumpió Chase—, estoy enamorado de su hija. —Tragó saliva y apretó los labios—, muchísimo —comentó sonriendo levemente, pues pese a que se sentía un poco nervioso notaba como si le quitasen un peso de encima—. Estoy enamorado de ella desde hace cinco años, prácticamente desde el primer día que la conocí —admitió—. Lo que

ocurrió en Las Vegas... —comenzó en un tono más bajo y vergonzoso—, hacía tiempo que quería pedirle una cita a Abby, pero era tanta la confianza y la amistad que tenía con ella que me daba miedo que si se lo pedía ella me dijese que no... —Su madre no decía nada, permanecía callada escuchando—, supongo que con unas copas de más me envalentoné demasiado pidiéndole matrimonio en vez de una cita —admitió esta vez divertido.

—Sí, quizá un poco sí —bromeó su suegra también, que parecía más relajada que al principio tras escuchar aquellas palabras.

—Jamás he fingido mi comportamiento con ella ni con vosotros. Nunca. Y mucho menos querría haceros daño —admitió—. Vosotros me habéis tratado como si fuese de vuestra familia y era algo que nunca había tenido hasta que...

—Ohhhhhh... qué bonito.

Chase arqueó una ceja ante la interrupción, aquella no era la voz de Molly.

—¿Madison? —preguntó con una sonrisa.

—Hola, Chase. Sí, soy la abuela —dijo contenta. Chase sonrió—. Ya sabía yo que tú estabas enamorado de mi niña. Esas cosas se ven —continuó risueña, lo que hizo que Chase sonriese más.

—Señora Mitchell, Madison...

—Abuela... —Le corrigió ella haciendo que Chase riese más aún.

—Necesito confirmar una cosa con vosotras.

—Claro, dinos —exclamó Molly que parecía contagiarse del buen humor de Madison.

30

No había podido dormir ni desayunar nada aquella mañana.

Miró el mensaje que había recibido hacía escasos cinco minutos en su móvil.

Chase: Ya estamos en el juzgado.

Su hermano y él debían estar allí. Al menos sabía que sería rápido. Hablarían, firmarían y se marcharían. Necesitaba firmar ya para quitarse aquel peso de encima. Solo cuando estampase la firma en aquel documento podría pensar con claridad.

Miró por la ventana del taxi y sacó el monedero de su bolso al ver que giraba ya la esquina, tomando la calle que la llevaría a los juzgados.

Abby: Ya llego.

Abby: ¿Dónde estáis o a dónde tengo que ir?

Suspiró y durante unos segundos cerró los ojos.

La última conversación que había mantenido la noche anterior con Chase no le había permitido pegar ojo. Se lo había dicho claramente, estaba enamorado de ella, él tenía claro lo que quería.

Ella creía que también, estaba enamorada de él, pero lo ocurrido con su familia la había dejado con una capacidad de reacción muy baja y con cierto temor. Sabía que la acabarían perdonando, pero... ¿y a él? Ella era su hija, pero él era un chico al que conocían de una semana y que, además, les había mentado.

Una vez pusiesen punto final a esa farsa podría pensar con mayor

claridad.

El taxi se detuvo y volvió a mirar el móvil.

Chase: Estamos en la puerta.

Pagó la carrera y respiró hondo cogiendo fuerzas antes de salir del taxi. El viento hizo que sus cabellos volasen hacia atrás y tuvo que apartarse varios mechones de su rostro mientras cerraba la puerta.

—Gracias —exclamó al taxista antes de que este arrancase.

Se había puesto unos tejanos y un jersey color azul cielo bastante grueso de cuello alto, pero ni con el abrigo de plumón podía remediar comenzar a temblar cuando una de aquellas heladas ráfagas de aire la alcanzaba.

Se giró y observó el enorme edificio. Los escalones daban con diez enormes y altas columnas que presidían la entrada de aquel ostentoso edificio con techo triangular.

Observó a varios abogados trajeados subir y bajar las escaleras. Allí la gente corría mucho, parecía estresada.

Avanzó y subió los escalones sujetándose con las dos manos al bolso que llevaba colgado del hombro. Su mirada se centró directamente en Chase que esperaba junto a su hermano en el interior del edificio, una vez pasado el arco de seguridad.

Dejó el bolso sobre la cinta, se aseguró de no llevar nada en los bolsillos y pasó por debajo del arco.

—Hola, Abby —dijo Evan acercándose a ella con una sonrisa cariñosa.

—Hola —respondió de igual forma y Evan la abrazó. Vestía de una forma muy elegante, con su traje negro y un maletín colgando de la otra mano. Miró a Chase, el cual la observaba con el rostro ladeado—. Hola —dijo con timidez.

Chase se acercó y la besó en la mejilla en un gesto cariñoso.

—Hola —dijo acariciando su espalda.

Evan miró su reloj.

—Las once menos diez. Será mejor que subamos, es en la segunda planta —indicó mientras les indicaba que le siguiesen.

Abby subió los escalones tras él con Chase a su lado.

—¿Cómo estás? —preguntó directamente.

Ella lo miró y sonrió de forma tierna hacia él.

—Bien.

Chase asintió no muy convencido mientras seguían subiendo los

escalones.

—A mi hermano ya se lo he explicado —comenzó Evan mientras llegaban a un descansillo y giraban a mano derecha para seguir subiendo—, su señoría os hará entrar por separado. Las preguntas serán sencillas dado que ha visualizado el vídeo. Simplemente os preguntará si recordáis el momento de la boda y si aceptáis la anulación. —Abby asintió—. ¿Has traído el documento identificativo?

—Sí, siempre lo llevo encima —indicó ella.

—Chica previsora —bromeó Evan mientras llegaban a la segunda planta. Se detuvo y se giró hacia ellos—. Los necesito.

Tanto Chase como Abby se los entregaron y anduvieron todo el pasillo hacia delante. Había bastante gente esperando su turno en diferentes mostradores. ¿Toda aquella gente iba a divorciarse o a anular su matrimonio? Le parecía increíble.

—Esperad aquí —dijo Evan mientras avanzaba hacia un mostrador. Colocó el maletín encima de este y extrajo unos documentos entregándolos junto a sus acreditaciones, luego comenzó a hablar con la oficial.

—Bueno... —susurró Chase—, llegó el momento... —Ella tragó saliva y asintió.

Lo observó unos segundos y cogió su mano con cariño.

—¿Sabes? Tenías razón... —comentó Abby.

—¿En qué?

—Has sido un buen marido.

Chase enarcó una ceja.

—Te lo dije... —sonrió más tranquilo al ver que ella parecía relajarse antes de entrar—. Tú también has sido una buena esposa... —Le sonrió más y la miró con cariño—. No quiero que esto nos influya o nos separe.

—No lo va a hacer —comentó ella con naturalidad—. Siempre vas a ser mi comandante favorito...

—Y tú mi auxiliar de vuelo favorita.

—Al que gané en una lucha...

—Oh, venga... —comentó él con aire cómico—, creo que eso ya lo habíamos discutido. Me dejé ganar.

—Ya, ya... pues sudaste la gota gorda —dijo ella.

Chase se quedó observándola con una sonrisa. Por Dios, si no estuviese en un juzgado a punto de firmar los documentos para la anulación del matrimonio la besaría.

—Abby... —susurró más serio. Ella lo miró—. Lo que hemos vivido estas últimas semanas ha sido...

—Chase —interrumpió su hermano—. Tenemos que entrar.

Los dos miraron a Evan.

—¿Ya? —preguntaron a la vez.

—Sí. Tú primero —dijo colocando una mano a la espalda de él y conduciéndolo directamente hacia una puerta que había al lado del mostrador—. Ahora vendré a por ti, Abby. Es un minuto.

Ella asintió mientras observaba cómo Chase entraba en el juzgado, aunque se fijó en la última mirada que le echó.

Aquella pequeña conversación los había calmado a los dos.

El hecho de que él estuviese allí y fuesen a firmar los documentos le quitaba un peso de encima. Ya tendrían tiempo de hablar, de aclarar bien la situación, pero por el momento debían resolver el error que habían cometido.

Cogió el móvil e intentó distraerse mientras él se encontraba en el interior. Vio que tenía varios mensajes de sus amigas.

Dana: Vale, pues el próximo fin de semana cena de chicas.

Ruby: ¿No os va mejor el viernes? El sábado he quedado.

Dana: Sí, a mí me da igual.

Ruby: ¿Dónde queréis ir?

Ruby: ¿Abby trabaja?

Dana: No. El viernes y el sábado no trabaja.

Ruby: Perfecto. Podríamos quedar para cenar y salir a tomar una copa.

Aquello era justamente lo que necesitaba.

Abby: Me apunto.

Dana: ¡Hola, Abby!

Ruby: Holaaaaaa

Ruby: Perfecto.

Dana: ¿Qué haces? ¿Cómo va todo?

Abby miró hacia la puerta por donde Chase había entrado.

Abby: Estoy en el juzgado.

Ruby: ¿Te han detenido? 😊

Abby: Voy a firmar los papeles de la anulación con Chase.

Ruby: Ahhhhh

Dana: ¿Estás con Chase?

Abby suspiró mientras controlaba la puerta del juzgado, pues sabía que en cualquier momento la llamarían.

Abby: Él está firmando, yo estoy fuera esperando.

Abby: Ahora me tocará entrar.

Dana: ¿Has hablado con Chase?

Abby resopló.

Abby: Sí, está más que hablado.

Abby: Esto es lo que necesitamos los dos, o al menos yo.

Abby: Me desquicia haberme casado borracha.

Dana: ¡No de eso!

Aquello la sorprendió.

Abby: ¿Y de qué más tenía que hablar con él?

La puerta se abrió y Chase salió clavando la mirada en ella.

—Abby, tu turno. Ya has visto que es muy rápido —indicó Evan.

Abby guardó el móvil en el bolso y tragó saliva. Fue hasta Chase y miró al interior de la sala.

—¿Ya has firmado?

Chase asintió.

—Sí, ya está todo.

—De acuerdo, Chase —indicó Evan—. Espera aquí, no tardamos.

Abby suspiró y entró. En el interior había un estrado presidido por una mujer de mediana edad, a su lado, un hombre más joven que ella tenía las manos posadas sobre el teclado.

—Ponte frente al micro —indicó Evan.

—¿Al micro? —preguntó asustada.

—Para las preguntas —Le susurró—. Es un momento, tranquila.

Abby miró al frente y asintió mientras se acercaba.

—Buenos días Señorita Mitchell —indicó su señoría—. ¿Sabe el motivo por el que se encuentra aquí?

Abby tragó saliva.

—Sí —dijo hacia el micrófono—. Para anular el matrimonio.

Su señoría asintió mientras miraba los documentos.

—¿Era consciente de que estaba contrayendo matrimonio?

—No señoría, había bebido bastante —susurró avergonzada.

La juez la miró fijamente.

—¿Desea anular dicho matrimonio?

Abby tragó saliva y miró hacia Evan quedándose bloqueada. Evan miró hacia su señoría, la cual esperaba una respuesta e inclinó una ceja hacia Abby. Evan tuvo que afirmar con su cabeza indicándole la respuesta.

Abby carraspeó y asintió.

—Sí, señoría.

La jueza bajó su mirada hacia los documentos y escribió.

—De acuerdo. Se concede la nulidad matrimonial entre el señor Chase Hudson y la señorita Abby Mitchell en los términos acordados en el escrito de demanda presentada por el letrado Evan Hudson. —Miró a Abby y sonrió de forma cordial—. Desde este momento es soltera. —Miró al abogado—. Se le notificará la sentencia para su posterior registro.

—Gracias, señoría —indicó Evan levantándose de su asiento. Fue hacia Abby y le indicó que le siguiera. —Buenos días —Se despidió de la jueza.

Nada más salir por la puerta Evan cerró y miró a Abby extrañado.

—¿Estás bien? —Le preguntó.

Ella dudó un poco, pero finalmente asintió.

—Sí, supongo que sí.

Evan chasqueó la lengua y colocó un brazo sobre sus hombros con confianza, comenzando a caminar hacia donde Chase los esperaba.

—No sé, te he visto dudar un poco a la hora de responder afirmativamente... —Luego la miró con una ligera sonrisa—. Igualmente, mi hermano te ha ganado. Casi tengo que darle una colleja para que respondiera —bromeó.

Aquellas palabras la hicieron sonreír. Llegaron hasta donde Chase se encontraba con las manos en los bolsillos y mirando a Abby con una ligera sonrisa.

—Bien —dijo Evan dando un golpe en el brazo a su hermano—, tengo que irme, tengo trabajo. Os informaré cuando registre la sentencia —indicó Evan mientras se alejaba—. Me alegro mucho de haberte visto, Abby.

—Igualmente —Se despidió ella—. Y gracias por todo.

Se giró hacia Chase que movió su cabeza hacia delante indicándole para ir hasta las escaleras.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Ella asintió y luego le siguió un largo suspiro.

—Sí, la verdad es que sí, me siento aliviada —contestó con una ligera sonrisa—. No por ti, ¿eh? —indicó rápidamente—, pero sí por arreglar lo que hicimos.

Chase se adelantó cortándole el paso, ella se detuvo al momento.

—Sé que lo que hicimos fue una... locura —indicó Chase—, pero me ha encantado estar casado contigo... —Aquello la hizo reír—. Comenzamos la relación por el tejado, así que... vamos a hacer las cosas bien, Abby —indicó con su mano—, vamos a comenzar desde el inicio. —Ella lo miró divertida—. Hola —dijo elevando su mano para estrechársela—, me llamo Chase Hudson, comandante en la compañía Alpha Airlines con base en Nueva York.

Abby sonrió sorprendida mientras estrechaba su mano.

—No hace falta comenzar desde tan pronto... —bromeó.

—Ya —Chasqueó la lengua y la atrajo hacia él provocando que ella chocase con su pecho—, tienes razón —susurró hacia sus labios—. Tengo el día libre. ¿Te apetece ir a mi piso y pedimos una pizza? —Y sonrió maliciosamente.

—Tampoco hay que ir tan deprisa... —bromeó ella soltándose de su mano.

Ambos se quedaron mirando con una sonrisa.

—Me casaré contigo, Abby —pronunció al final Chase. Abby parpadeó varias veces, de todas las cosas que esperaba que él dijese aquella ni se le había pasado por la cabeza—. No en un par de semanas, ni en un mes... quiero hacer las cosas bien, pero si de algo estoy seguro es de que me volveré a casar contigo y, esta vez, no habrá alcohol de por medio.

Ella lo miró con una ligera sonrisa en su rostro y chasqueó la lengua.

—Primero tendrás que ser un buen novio y luego tendrás que pedirle la mano a mi padre —bromeó—, y después de lo ocurrido no sé yo si te la dará —confesó con una pizca de humor.

Él se encogió de hombros y rio.

—Vas tarde...

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué?

—Que vas tarde, Abby.

Abby parpadeó varias veces.

—¿Qué significa eso?

—Ayer hablé con tus padres y tu abuela.

Ella abrió los ojos de forma exagerada.

—¿Que hiciste qué? —medio gritó.

—Dana me dio el teléfono...

—La muy... —susurró.

—Y, ¿adivina? —preguntó acercándose de nuevo a ella, con una enigmática sonrisa.

—Ay, ay, ay... —susurró ella totalmente pasmada—. ¿Le has pedido mi mano a mi padre? —preguntó espantada.

Chase comenzó a reír.

—¡Nooooo! —La calmó con un cierto brillo en su mirada—. De momento —aclaró—. Pero les dije que lo sentía mucho y que jamás querría hacerles daño, que nada de lo que había ocurrido o hecho era fingido y que, realmente, estaba enamorado de ti. —Abby tragó saliva—. Así que solo es cuestión de tiempo que me case contigo.

—¿Les... les dijiste... eso? —preguntó pasmada. Chase asintió—. ¿De verdad? —insistió. Él volvió a asentir—. ¿Y qué te dijeron?

—Tu madre y tu padre estuvieron encantados y fueron muy claros en una cosa... —dijo acercándose a sus labios—, me pidieron que por favor no bebiese más alcohol. —Y sonrió antes de plantarle un beso los labios—. Por lo demás, están de acuerdo en que me case contigo en un tiempo prudencial y...

—¿Y? —preguntó con una gran sonrisa.

—En recibirnos en su casa dentro de dos semanas.

—¿Dentro de dos semanas?

Él se encogió de hombros.

—Miré tu horario. Dentro de dos semanas coincidimos un viernes, sábado y domingo, así que vamos a ir a verlos. —Ella sonrió y cogió su mano con más fuerza.

—Vaya, me parece increíble que te hayas tomado tantas molestias —dijo sorprendida.

—¿Qué quieres? Dentro de dos semanas ya se me habrá acabado el pastel de zanahoria y la tarta de manzana de tu abuela... necesito repostar —dijo besándola de nuevo.

Ella negó con su rostro mientras él pasaba el brazo por encima de sus

hombros y se dirigían a la puerta del juzgado.

—Paso a paso —comentó él.

—Sí —respondió ella con una sonrisa.

Sí, eso era lo que ella más deseaba. No despertarse casada después de una noche de fiesta, ella quería que fuese real, una boda que poder recordar con sus seres queridos y amigos. Quería ir despacio, pasar por todas las fases con Chase.

—He venido con mi hermano en coche, hay que pedir un taxi —indicó él mientras la cogía de la mano y se acercaban al final de la acera para detener a alguno.

Le alegraba que él quisiera ir también despacio, que estuviese dispuesto a consolidar su relación antes de casarse de verdad.

Un taxi se detuvo ante ellos. Chase se giró hacia ella antes de abrir la puerta.

—Entonces... a mi piso, ¿no? —preguntó abriendo la puerta—. En otras cosas no hay por qué ir tan despacio, ¿verdad?

De nuevo, le ofreció aquella sonrisa traviesa que tanto prometía.

—Estoy de acuerdo, a tu piso... —afirmó ella.

31

Dos años después

Chase enarcó una ceja mientras Oliver se acercaba y se colocaba frente a él. Directamente, el padre de Abby miró la copa que se estaba tomando.

—La otra vez fue con tequila... —bromeó haciendo que su suegro elevase en este caso las dos cejas—. Le aseguro que esta vez he dado el “sí, quiero” en mis plenas facultades —continuó él.

Su suegro abandonó su gesto serio y esbozó una gran sonrisa hacia él. Dio un golpe en la espalda de Chase y le señaló a los ojos.

—Bien, bien... pero te estoy vigilando —indicó alejándose mientras se señalaba los dos ojos.

Abby, con su flamante vestido blanco fue hasta él muy sonriente.

Al fin, dos años después se casaban y, esta vez, ambos habían sido conscientes de todo.

La carpa que habían preparado en el jardín del hermoso restaurante estaba abarrotada con todos los invitados que bailaban al son de la música.

—¿Qué te dice mi padre? —preguntó Abby mientras se situaba a su lado y le pedía una copa al camarero.

—Tu padre me controla... —comentó. Abby lo miró divertida—. Quería asegurarse de que no bebo mucho —explicó mientras volvía a coincidir la mirada con su suegro y le volvía a hacer el mismo gesto señalando sus ojos y luego los suyos.

Abby tuvo que ver aquello porque rompió en una carcajada.

—Sabes que está de broma, ¿verdad? —preguntó mientras cogía la copa

que el camarero le ofrecía.

—No sé yo... me da un poco de miedo —bromeó.

—Ya... seguro —ironizó ella mientras él sonreía más.

Ambos observaron a todos los allí presentes. Sus compañeros de trabajo, su hermano Evan con su esposa y sus dos hijos, la madre de Abby bailando con un tío segundo de ella, la abuela dando palmas desde su asiento...

—Mucho mejor que la primera boda —aclaró él.

—Ni punto de comparación.

Chase se giró hacia ella.

—Hablando de comparación... —dijo apoyándose contra la barra en plan gracioso—. Podríamos ver los dos vídeos cuando nos entreguen este. La primera boda en Las Vegas y esta segunda.

—¿Para qué? Quitaa, quita... —Le disuadió de la idea—, ¿para ver cómo vomito en medio de mis votos? Ya tuve bastante con una vez.

—Vamos, si fue muy divertida...

—Chaaaaase...

—Aaaaabby....

—No saques el tema otra vez...

—Esta vez lo has hecho mucho mejor —comentó Chase.

—Tú también... aunque te podrías haber ahorrado en los votos lo de que ahora vamos a volar juntos en el mismo unicornio —ironizó—. No me extraña que mi padre te vigile.

Un camarero se acercó a ellos.

—Señores, cuando lo deseen ponemos el vals.

Chase asintió, pero Abby detuvo al camarero.

—Disculpe, ¿puede esperar unos minutos? Quiero entregar el ramo.

—Claro, como desee —contestó el camarero con amabilidad.

Chase cogió el ramo que había depositado sobre la mesa y se lo entregó, aunque ambos observaron a todos los invitados bailar. Habían acabado hacía escasos diez minutos la cena y habían salido a la carpa. Todos, sin excepción, habían comenzado a bailar y a tomar sus copas, parecía que tenían ganas de fiesta.

—¿Cómo vas a hacer que paren?

Abby fue directamente hacia el *disc-jockey*.

—Disculpe, ¿puede parar la música un momento? —El *disc-jockey* asintió—. ¿Tiene micro?

—Aquí mismo —respondió sonriente entregándoselo.

Abby lo cogió y le indicó a Chase que se acercase. Cuando la música cesó ella comenzó a hablar.

—¡Holaaaa! —gritó haciendo que todos se volviesen—. ¿Podéis prestarme unos minutos de atención? Después podréis seguir bailando y bebiendo —rio. Chase se colocó a su lado y la cogió de la mano—. Primero de todo, muchas gracias a todos por acompañarnos en este día tan especial para Chase y para mí. —Todos sonrieron—. Como es tradición... ¡La novia va a entregar el ramo! —gritó haciendo que todos alzasen sus brazos con un grito hacia el cielo—. Pero no lo voy a lanzar... —Y tiró de Chase introduciéndose entre todos los invitados—, quiero darle el ramo a una persona muy especial y que, en nuestra opinión, debe ser la siguiente que pase por el altar. —Se plantó delante de Ruby que la observó con los ojos muy abiertos.

—No serás capaz, ¿verdad? —susurró mirando de reajo a Dave que estaba a su lado.

—Por supuesto que sí... —Le devolvió el susurro. Llevó el micrófono hasta sus labios—. ¡Aquí lo tenéis! ¡Ruby y Dave! —Y directamente le tendió el ramo a ella.

Ruby y Dave se miraron de reajo, sonrientes, aunque cada vez estaban más colorados.

Chase puso una mano en el hombro de Dave.

—Ánimo Dave... —bromeó.

—¡Que continúe la fiesta! —gritó Abby señalando al *DJ* para que volviese a poner la música.

Todos los asistentes comenzaron a bailar de nuevo y a acercarse a la barra para pedir consumiciones.

Dana se acercó a ellos junto a Declan.

—¡Oéééééé! —gritó Dana cogiendo a Ruby por la cintura y miró a Dave—. Ya sabes lo que toca, Dave. —Ambos se miraron de reajo otra vez—. Y vosotros dos... ¿cuándo os vais de viaje?

Chase pasó un brazo por encima de los hombros de Abby.

—Mañana por la tarde —contestó Chase y miró con una sonrisa a su reciente esposa—. Honolulu nos espera doce días.

—Qué suerte —dijo Dana—. Y nosotros a trabajar, ¿eh? —Se quejó hacia Declan—. ¿Os lleva alguien al aeropuerto?

—No te preocupes, cogeremos un taxi.

—Nosotros os podemos llevar —intervino Dave—. Sin problema.

Tanto Chase como Abby asintieron con una gran sonrisa.

—Bueno pues... divertios mucho y atacad la barra libre —comentó Abby mientras les guiñaba el ojo.

Ambos se distanciaron saliendo de la carpa.

—Bueno, ahora ya sí que sí, ya vuelves a ser la señora Hudson.

Ella sonrió.

—Sí, otra vez... —bromeó como si aquello la agotase.

Chase la acercó cogiéndola por la cintura mientras reía.

Dos años habían tardado en contraer matrimonio de nuevo, aunque ambos lo habían tenido claro desde el principio.

Ahora eran un matrimonio de verdad, consentido y consciente al cien por cien. Y no había nada que los hiciese más felices.

Su familia había estado encantada con que iniciasen una relación formal y posteriormente decidiesen casarse, de hecho, no sabía si adoraban más a Chase o a ella, aunque eso realmente le encantaba.

Chase la besó en los labios y miró hacia la carpa donde todos bailaban con alguna copa en la mano.

Miró divertido a Abby y enarcó una ceja.

—¿Un chupito de tequila por los viejos tiempos? —preguntó.

FIN

Agradecimientos

Primero de todo, este libro llegó en un momento en que necesitaba desconectar y escribir algo divertido y desenfadado. Muchas personas me han ayudado en este proceso, pero ante todo: a mi querida portadista y maquetadora Marien F. Sabariego, muchas gracias por tu excelente y profesional trabajo, por involucrarte tanto y hacerme sentir tan cómoda al trabajar contigo. Con amigas así da gusto.

A Adria P. muchísimas gracias por darme un poco más de conocimientos y por esos correos electrónicos tan instructivos donde he podido aprender un poco más de la profesión. Andaba muy perdida en esos temas y gracias a ti se me disolvieron muchas dudas que tenía.

A Julio Soto Aliste, qué envidia me dabas con tus viajes. Muchas gracias por compartir tus experiencias conmigo y por esos mensajes tan instructivos y divertidos.

A Vanessa Lucas, Eve Romu y Nerea Álvarez, muchísimas gracias por estar siempre a mi lado y apoyarme en este camino. Os considero ya mis amigas y espero poder compartir muchos más viajes, cenas, quedadas y conversaciones con vosotras.

A Yadira Tapia, muchas gracias por acudir corriendo a ayudarme cuando lo necesitaba. Me hiciste superar un momento de bloqueo importante.

Y, en definitiva, a todos los lectores: muchísimas gracias por darme la oportunidad de entrar en vuestras vidas y hacerme sentir tan querida. Espero que hayáis pasado un buen rato leyendo la novela.

Un fuerte abrazo.
Mariah.